UNA MIRADA A LA OSCURIDAD
Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Extracto de *«The Other Side of the Brain: An Apossitional Mind»* de Joseph E. Bogen, doctor en medicina, aparecido en el *«Bulletin of Los Angeles Neurological Societies»,* vol. 34, Nº 3, julio de 1969.

Extracto de *«The Split Brain in Man»* de Michael S. Gazzaniga. Aparecido en *«Scientific American»,* agosto de 1967, vol. 217.

Poema sin título extraído de *«Heinrich Heine: Lyric Poems and Ballads»,* traducido por Ernst Feise. Copyright © *1967* by University of Pittsburgh Press.

Otras citas alemanas extraídas de *«Fausto»* de Goethe, parte primera, y de la ópera *«Fidelio»* de Beethoven.

I

Había una vez un individuo que estuvo todo el día sacándose piojos del pelo. El médico le dijo que no había ningún insecto en su cabello. Se duchó durante ocho horas seguidas, soportando el agua caliente hora tras hora y sufriendo el picor de los animalitos. Luego salió de la ducha, se secó... y los piojos seguían en su pelo. En realidad los tenía por todo el cuerpo. Al cabo de un mes los piojos invadieron sus pulmones.

No teniendo otra cosa que hacer o pensar, empezó a estudiar teóricamente el ciclo vital de los piojos y, con ayuda de la *«Enciclopedia Británica»*, trató de averiguar qué tipo concreto de insectos era el que le atormentaba. Su casa ya estaba llena de ellos. Se documentó sobre los numerosos tipos existentes, y finalmente advirtió que también había piojos fuera de la casa, por lo que determinó que se trataba de áfidos. Y no cambió jamás de idea, por mucho que otras gentes le dijeran cosas como que «los áfidos no pican a las personas».

Le dijeron eso porque la picadura constante de los piojos era un suplicio para él. Conocía un establecimiento, el 7-11, parte de una cadena extendida por casi toda California, y fue allí donde compró diversas marcas de insecticidas:

«Raid», «Black Flag» y «Yard Guard». Primero roció la casa, luego su propio cuerpo. El «Yard Guard» pareció ser el mejor.

En cuanto al lado teórico del asunto, advirtió tres etapas en el ciclo vital de los piojos. En primer lugar, personas a las que denominó «portadores» los llevaban encima para contaminarle. Los portadores eran tipos inconscientes de su papel como distribuidores de piojos. Durante esta etapa los piojos no tenían pinzas o mandíbulas (aprendió esta palabra durante sus semanas de investigación, una insólita ocupación teórica para un tipo que trabajaba en Frenos y Llantas Handy reparando tambores de frenos). Así pues, los individuos portadores no sentían nada. Él acostumbraba a sentarse en un rincón de su cuarto de estar contemplando cómo entraban los distintos portadores -a la mayoría ya los conocía, aunque también había algunos desconocidos-, cubiertos con áfidos que se encontraban en esta fase particular inocua. Y no le quedaba más remedio que sonreírse, puesto que sabía que aquellas personas estaban siendo usadas por los piojos sin que se dieran cuenta.

-¿De qué te ríes, Jerry? -le preguntaban entonces.

En la segunda etapa, los piojos adquirían alas, o algo por el estilo, aunque en realidad no eran alas. Bien, eran apéndices de un tipo funcional que les permitían desplazarse. Así era como se movían y esparcían... especialmente por su cuerpo. El ambiente estaba cargado de ellos, constituían una especie de nube que llenaba su cuarto de estar, toda su casa. Durante esta fase tuvo que esforzarse por no tragárselos.

Lo que más pena le daba era su perro. Podía ver los piojos posándose y esparciéndose por todo el cuerpo del animal y, probablemente, introduciéndose en sus pulmones, tal como habían hecho con él mismo. Quizás el perro sufría tanto como él; al menos, eso es lo que intuía. ¿Debería renunciar al perro por el propio bien del animal? Decidió que no haría tal cosa ya que el perro, inadvertidamente, estaba infestado, y los piojos irían en su compañía a cualquier parte que fuera.

Librodot

A veces se metía en la ducha con el perro, tratando de limpiarlo, pero sin mejores resultados que los obtenidos con su propia persona. Resultaba doloroso sentir que el perro sufría, y Jerry nunca cesó en sus esfuerzos por ayudarle. El animal no podía quejarse y esto, los sufrimientos del perro, era hasta cierto punto lo peor de todo.

Un día se presentó su amigo Charles Freck mientras estaba bañando al perro.

-¿Qué narices estás haciendo todo el día metido en la ducha con el maldito perro? -preguntó Charles.

-Quiero quitarle los áfidos -contestó Jerry.

Sacó de la ducha a Max, el perro, y se puso a secarlo. Charles Freck contempló desconcertado cómo Jerry frotaba la piel del perro con polvos de talco y colonia infantil. Toda la casa estaba llena de sprays insecticidas, cajas de polvos talco, botellas de colonia infantil y pomadas para la piel, la mayor parte de ello usado. Jerry debía utilizar cada vez más y más productos.

-No veo ningún áfido -dijo Charles-. ¿Qué es un áfido?

-Es algo que puede matarte -contestó Jerry-, eso es lo que es. Los tengo en el pelo, en la piel y en los pulmones, y el dolor es insoportable... Tendré que ir al hospital.

-¿Por qué no puedo verlos?

Jerry soltó al perro, envuelto en una toalla, y se arrodilló junto al felpudo.

-Te enseñaré uno -anunció. El felpudo estaba cubierto de piojos. Brincaban por todas partes, arriba y abajo, algunos más alto que otros. Jerry buscó uno especialmente grande, puesto que la gente tenía dificultades para distinguirlos.

-Trae una botella o un bote -pidió a su amigo-. Busca debajo del fregadero. Lo taparemos, y se lo llevaré al médico para que pueda analizarlo.

Charles Freck trajo un bote de mayonesa vacío. Jerry prosiguió buscando, hasta encontrar un áfido que daba saltos superiores a un metro. El insecto medía más de dos centímetros de largo. Lo atrapó y metió en el bote, con mucho cuidado, y roscó la tapa del recipiente. Luego lo alzó en señal de triunfo.

-¿Lo ves? -dijo.

-Siiii -contestó Charles, con los ojos muy abiertos mientras examinaba el contenido del bote-. ¡Qué grande! ¡Jo!

-Ayúdame a encontrar más para que el doctor los vea. -Jerry volvió a agacharse sobre la alfombra, dejando el bote a su lado.

-Claro -dijo Charles, y puso manos a la obra.

Al cabo de media hora habían llenado tres recipientes con piojos. Charles, aunque novato, encontró algunos de los más grandes.

Era un mediodía de junio de 1994. Estaban en California, en una gran extensión de edificios de plástico, baratos y duraderos, abandonados desde hacía tiempo por la gente honrada. Jerry había rociado con pintura metálica todas las ventanas para evitar que pasara la luz. La habitación estaba iluminada por un portalámparas en el que Jerry había conectado únicamente focos que lucían día y noche, como si quisiera abolir el tiempo para él y sus amigos. A Jerry le gustaba eso, librarse del tiempo. Así se podía concentrar sin interrupción en cosas importantes. Cosas como ésta: dos

hombres arrodillados junto a una alfombra de felpa, buscando piojo tras piojo y poniéndolos en recipiente tras recipiente.

-¿Qué obtendremos por estos? -preguntó Charles Freck al cabo de un rato-. Me refiero a si el doctor da algo a cambio. ¿Un premio? ¿Algo de comer?

-No, así colaboro a encontrar un remedio perfecto contra ellos -dijo Jerry. El dolor, incesante, se había hecho insoportable. Nunca se había acostumbrado a padecerlo y sabía que jamás se acostumbraría. La urgencia, el ansia de volver a ducharse, era incontenible-. Hey, chico -jadeó, poniéndose en pie-, sigue metiéndolos en los botes mientras me doy una ducha. -Se encaminó hacia el cuarto de baño.

-Vale -accedió Charles. Se tambaleó sobre sus largas piernas al volverse hacia un bote con las manos ahuecadas. Aún conservaba un excelente control muscular, pese a ser un antiguo combatiente. Fue a coger el envase de vidrio, pero cambió de idea-. ¡Hey, Jerry! Estos piojos... me asustan. No quiero hacerlo solo. -Se puso en pie.

-¡Mierda de gallina! -dijo Jerry, jadeando de dolor mientras se detenía momentáneamente junto al cuarto de baño.

-¿No podrías...?

-¡Tengo que ducharme! -Abrió de golpe la puerta y soltó el agua de la ducha.

-Me da miedo estar aquí. -La voz de Charles llegó atenuada, aunque en realidad estaba gritando.

-¡Pues jódete! -chilló Jerry. Se metió en la ducha. ¿Qué coño tienen de bueno los amigos?, se preguntó con amargura. ¡Nada, nada de bueno! ¡Los muy jodidos!

-¿Pueden picar estos bichos? -gritó Charles desde la puerta.

-Sí, pican. -Jerry restregó su cabeza, llena de champú.

-Me lo temía. -Una pausa-. ¿Puedo lavarme las manos para limpiarme y esperarte?

Gallina asquerosa, pensó Jerry, cada vez más furioso. No dijo nada y siguió lavándose. No valía la pena contestar a un bastardo... No prestó atención a Charles Freck, sólo a sí mismo, a sus necesidades vitales, apremiantes, terribles, urgentes. Todo lo demás podía esperar. No había tiempo que perder, ni un segundo. No podía posponer su problema y cualquier otra cosa era secundaria. Excepto el perro. Pensó en Max, el perro.

Charles Freck telefoneó a un conocido. Esperaba que él tuviera lo que quería.

-¿Puedes darme diez muertes? -le preguntó.

-¡Jo, no tengo nada! Estoy buscando para mí. Si encuentras algo, dímelo, podría servirme.

-¿Qué ocurre con el suministro?

-Alguna redada, supongo.

Charles Freck colgó. Apesadumbrado, salió de la cabina telefónica -nunca se utiliza el teléfono propio para una compra- y se dirigió a su coche, previamente aparcado. Dejó correr su fantasía. Imaginó que llegaba a la Farmacia Económica y encontraba un inmenso escaparate: botellas, latas y botes de muerte lenta, bañeras, tinas y escudillas llenas de muerte lenta, miles de pastillas, cápsulas y cigarrillos de muerte lenta, muerte lenta mezclada con *speed*, yerba, barbitúricos y alucinógenos, de todo. Y un gran

cartel: AQUÍ SE FÍA. Y otro: PRECIOS BAJOS, BAJÍSIMOS, LOS MÁS BAJOS DE LA CIUDAD.

Pero, en realidad, la Económica tenía normalmente un escaparate pobre: peines, botellas de aceite mineral, desodorantes en spray y siempre tonterías por el estilo. *Pero apuesto a que en la trastienda de la farmacia tienen muerte lenta bien guardada bajo llave; muerte lenta pura, no cortada, inadulterada,* pensó mientras salía del aparcamiento hacia Harbor Boulevard, hacia el tráfico de primeras horas de la tarde. *Tendrán más de veinte kilos.*

Se preguntó cuándo y cómo descargaban los veinte kilos de sustancia M todas las mañanas, de dónde la traían... Sólo Dios lo sabía, tal vez de Suiza o quizá de otro planeta habitado por alguna raza inteligente. Debían suministrarla de madrugada y con gente armada... policías de aspecto perverso -siempre daban esa impresión-, armados con rifles láser. Mataré a cualquiera que intente llevarse mi muerte lenta, imaginó Charles que pensarían todos los policías.

Suponía que la sustancia M debía ser un ingrediente de todo medicamento legal y que no valía nada. Una pizca aquí y otro poco allí, de acuerdo con la fórmula secreta, exclusiva, de la casa alemana o suiza que la había inventado. Pero Charles conocía perfectamente la situación. Las autoridades mataban o encarcelaban a cualquier persona que vendiera, transportara o usara la droga, y en tal caso la Farmacia Económica y los miles de farmacias congéneres serían puestas fuera de circulación o multadas. Sencillamente multadas, eso era lo más probable. Pero la Económica tenía influencia. En cualquier caso, ¿cómo acabar con una cadena de grandes farmacias? ¿O cómo apartarlas del negocio?

Lo único que obtienen es un material vulgar, pensó mientras conducía. Charles se sentía desgraciado porque sólo le quedaban trescientas ruedas de muerte lenta en su escondrijo. Enterradas en el patio trasero de su casa debajo de las camelias, las camelias híbridas invernales que no se resecaban al llegar la primavera. *Sólo tengo para una semana, pensó. Y cuando se acaben, ¿qué? Mierda.*

¿Y si en California y parte de Oregon todo el mundo se queda sin droga el mismo día? ¡Jo!

Era el horror, la fantasía que a todas horas dominaba su mente y la de todos los drogadictos. Toda la parte occidental de los Estados Unidos quedándose sin droga al mismo tiempo, y todo el mundo derrumbándose el mismo día, probablemente hacia las seis de la mañana. El domingo por la mañana, mientras la gente honrada se vestía para acudir a la iglesia.

Escenario: La Primera Iglesia Episcopal de Pasadena. Hora: Ocho y media de la mañana. Día: El domingo de la catástrofe.

-Devotos feligreses, invoquemos ahora a Dios para rogar su intervención en las agonías de aquellos que se debaten en sus lechos sufriendo la abstinencia.

-Sí, sí -murmura la congregación, concordando con el sacerdote.

-Pero antes de que Él intervenga con una fresca provisión de...

Era evidente que un blanco-y-negro había visto algo en la forma de conducir de Charles Freck que éste no había advertido. El vehículo policial había arrancado al momento, abandonando su puesto de observación y situándose tras el coche de Charles. Sin luces ni sirena, pero...

Quizás estoy haciendo eses o algo así. La jodida bofia me ha visto haciendo el burro. ¿Qué habré hecho?

POLIZONTE: ¿Su nombre?

-¿Mi *nombre*? -(NO PUEDO RECORDAR EL NOMBRE).

-¿No sabe su propio nombre? -El polizonte hace un gesto a otro que espera en el coche patrulla-. Este tipo está grogui, no hay duda.

-No me maten aquí. -Charles Freck sumido en la fantasía de horror causada por la visión del negro-y-blanco que le seguía-. Al menos llévenme al cuartelillo y mátenme allí, que no me vea nadie.

Si quieres sobrevivir en este estado policíaco y fascista siempre debes dar un nombre, tu nombre. Siempre. Es lo primero que preguntan para ver si estás flipado, si no sabes quién demonios eres, se dijo Freck.

Lo que haré será desviarme en cuanto vea un hueco para aparcar, desviarme por mi propia voluntad antes de que ellos enciendan las luces o hagan cualquier otra cosa. Y cuando me alcancen diré que tengo una rueda desinflada o me inventaré cualquier problema mecánico.

Eso es lo que les gusta. Verte rendido, incapaz de proseguir. Echarte al suelo como un animal, exponiendo tus partes más débiles e indefensas. Eso es lo que haré.

Así lo hizo, girando hacia la derecha. Las ruedas delanteras del coche toparon contra la acera. El coche patrulla pasó a su lado y prosiguió su camino.

Una maniobra inútil, pensó. Ahora le resultaría difícil volver al centro, el tráfico era demasiado denso. Apagó el motor. Tal vez se quedaría allí sentado, aparcado durante un rato, y alfa-meditaría o entraría en diversos estados alterados de conciencia. Posiblemente observando a las chicas que deambulaban por allí. ¿Fabricarían bioscopios para la excitación sexual? Antes que para las sensaciones alfa. Ondas sexuales, primero cortas, luego más y más largas, hasta que se salieran de escala.

Comprendió que aquello no iba a llevarle a ninguna parte. Debo tratar de localizar a alguien que tenga droga, pensó. Tengo que conseguir mi suministro o pronto me encontraré delirando y no podré hacer nada. Ni siquiera estar sentado en mi coche como estoy ahora. No sabré quién soy, dónde estoy o qué ocurre.

¿Qué ocurre? ¿Qué día es hoy? Si supiera qué día es hoy, sabría todo lo demás, lo iría recordando poco a poco.

Miércoles, el centro de Los Ángeles, en la zona de Westwood. Por delante, uno de esos gigantescos recintos comerciales rodeado por una valla en la que rebotas como una pelota de goma... a menos que dispongas de una tarjeta de crédito y la introduzcas en el portero electrónico. No poseyendo tarjeta de crédito para ninguno de los recintos, Charles sólo podía imaginarse las tiendas que había en el interior por lo que le habían explicado. Un montón de tiendas, por supuesto, vendiendo excelentes productos a los honrados, en especial a las esposas honradas. Contempló a los guardias, armados y uniformados, vigilando en la puerta del recinto a todos los que entraban, comprobando que el hombre o la mujer de turno se correspondiera con la tarjeta de crédito y que ésta no hubiera sido robada, vendida, comprada o empleada fraudulentamente. Entraba mucha gente por la puerta, pero Charles supuso que la mayoría iban simplemente a mirar escaparates. Era imposible que toda aquella gente fuera de compras a aquella hora del día. Era temprano, acababan de dar las dos. Por la noche,

entonces sí. Todas las tiendas se iluminaban. Él, como todos los hermanos y hermanas, había podido ver las luces desde el exterior, como una lluvia de chispas, como un parque de diversiones para niños crecidos.

Los establecimientos de aquel lado del recinto que no exigían tarjeta de crédito ni disponían de guardias armados eran escasos: una zapatería, una panadería, una tienda de televisores, otra de reparaciones para pequeños aparatos, una lavandería automática. Charles observó a una mujer joven, vestida con una corta chaqueta de plástico y pantalones ajustados, vagando de tienda en tienda. Tenía un pelo muy bonito, aunque no pudo verle la cara, comprobar si era atractiva. No tenía mal tipo, pensó Charles. La muchacha se detuvo un momento ante un escaparate de artículos de cuero. Estaba examinando un bolso adornado con borlas. Charles pudo verla observando, pensando, haciendo planes respecto al bolso. Apostó a que la muchacha entraría y pediría que se lo enseñaran. La chica entró contoneándose en la tienda, tal como se lo había figurado.

Otra mujer caminaba por la acera, mezclada entre la gente, con una blusa repleta de volantes, tacones altos, cabello plateado y excesivamente maquillada. Tratando de aparentar más edad de la que tiene, pensó Charles. Probablemente aún no había acabado la escuela secundaria. Después de ella no vino nadie que valiera la pena, por lo que Charles soltó la presilla que mantenía cerrado el compartimiento de los guantes y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y conectó la radio del coche, buscando una emisora que emitiera rock. En cierta ocasión había tenido un aparato estéreo, de cartuchos, pero un día, después de descargar, se había olvidado de recogerlo y no cerró con llave el coche. Naturalmente, cuando volvió le habían robado el aparato. Eso te pasa por ser descuidado, había pensado entonces, y por eso ahora llevaba tan sólo aquella vieja radio. También se la robarían, algún día. Pero sabía dónde lograr otra, de segunda mano, casi regalada. En cualquier caso, el coche ya no estaba para muchos trotes. Los anillos de engrase estaban destrozados y la compresión había caído a más no poder. Como era lógico, había quemado una válvula en la autopista, volviendo a casa una noche con todo un cargamento de excelente mercancía. A veces, cuando iba muy cargado, se volvía loco. No tanto por la bofia como porque otros tipos le robaran. Algún desesperado por la abstinencia, algún asqueroso cabrón.

Le llamó la atención una chica. Pelo negro, bonita, caminando muy despacio. Llevaba una blusa muy escotada y pantalones de algodón blancos, lavados un montón de veces. ¡Hey, la conozco!, pensó. Es la chica de Bob Arctor, Donna.

Abrió la portezuela y salió fuera del coche. La muchacha le miró y siguió su camino. Charles fue tras ella.

Se piensa que voy a meterle mano, supuso mientras se abría paso entre la gente. La chica iba cada vez más deprisa. Charles apenas pudo distinguirla cuando ella volvió la cabeza. Una cara firme, sosegada... Charles vio unos grandes ojos que le escrutaban. Estaba midiendo su velocidad y si podía alcanzarla. No a aquel paso, imaginó Charles. La chica era todo movimiento.

La gente se había detenido en la esquina, esperando que la palabra PASEN apareciera en lugar de NO PASEN. Los automóviles efectuaban violentos giros a la izquierda. La mujer siguió andando, rápida pero

dignamente, esquivando los automóviles. Los conductores la miraron enfurecidos e indignados, pero ella no pareció advertirlo.

-¡Donna! -El semáforo indicó PASEN, Charles empezó a correr hasta llegar a su altura. La chica no corría, se limitaba a caminar con rapidez-. ¿No eres la chica de Bob? -Trató de ponerse delante de la mujer para examinar su rostro.

-No -dijo ella-. No. -Se dirigió hacia él, directamente hacia él. Charles se echó hacia atrás, porque la muchacha sostenía un pequeño cuchillo que apuntaba hacia su estómago-. Lárgate -amenazó resueltamente.

-Seguro que lo eres -insistió Charles-. Te conocí en su casa.

Charles apenas podía ver el cuchillo. Sólo atisbaba una porción de la hoja, pero sabía que el arma estaba allí. Ella le pincharía y se iría. Charles siguió retrocediendo y protestando. La chica ocultaba tan bien el arma que seguramente nadie más, de entre la gente que pasaba junto a ellos, lo advertiría. Pero él sí. El cuchillo se dirigía hacia él mientras la mujer avanzaba sin vacilar. Se detuvo a un lado de la acera. La chica se marchó sin decir nada.

-¡*Dios*! -estalló Charles.

Sé que es Donna, pensó. Lo que pasa es que no me reconoce, no sabe que nos conocemos. Supongo que tiene miedo. Cree que la voy a atacar. Hay que tener mucho cuidado cuando te encuentras a una desconocida en la calle. Están bien preparadas. Ya han tenido demasiados problemas...

¡Vaya navajita! Las chicas no deberían llevar encima cosas así. Cualquier tipo podía doblarles la muñeca y clavarles el cuchillo siempre que le apeteciera. Yo podía haberlo hecho, si hubiera querido.

Enfadado, se quedó inmóvil. Sabía que era Donna. Finalmente, se dirigió al lugar donde había aparcado el coche. Pero advirtió que la chica se había detenido entre los transeúntes y que le observaba en silencio. Caminó hacia ella, aunque sin olvidar sus precauciones.

-Fue una noche -dijo-. Yo, Bob y otra chica teníamos algunos discos de Simon y Garfunkel, y tú estabas allí...

Donna había estado llenando cápsulas con muerte de primera clase, una por una, trabajosamente. Durante cerca de una hora. El Primo. Número Uno. Muerte. Luego les había dado una a cada uno y todos las habían ingerido. Pero no ella. «Sólo las vendo», les había dicho. «Si me las tomo, acabo con todos mis beneficios».

-Pensé que ibas a pegarme y violarme -dijo la chica.

-¡No! Sólo quería saber si... -vaciló-. Si querías que te llevara... ¿Aquí en la acera? ¿Delante de todo el mundo?

-En un portal. O dentro de un coche.

-*Te conozco* -protestó Charles-. Y Arctor me mataría si yo hiciera eso.

-Bueno, no te reconocí. -Donna avanzó un poco hacia él-. Soy un poco cegata.

-Deberías llevar lentillas. -Charles la miró a los ojos. Preciosos, oscuros, cálidos, grandes... Es decir, no estaba drogada.

-Las usaba antes. Pero se me cayó una en la ponchera, en una fiesta. La ponchera estaba llena de ácido. La lentilla quedó en el fondo y supongo que alguien se la debió tragar. Espero que tuviera buen gusto, porque me costó treinta y cinco dólares.

-¿Quieres que te lleve en coche a donde vayas?

-Me violarás en el coche.

-No. Me es imposible follar desde hace dos semanas. Deben estar adulterando todo con alguna cosa, algún producto químico.

-Eso es muy bonito, pero ya lo había oído antes. Todo el mundo quiere follarme. O lo intenta, vamos. Eso me pasa por ser chica. Precisamente ahora he denunciado a un tío, por molestarme y atacarme. Estamos solicitando daños y perjuicios por más de cuarenta mil dólares.

-¿Qué es lo que hizo el tío?

-Me tocó un pecho.

-Eso no vale cuarenta mil.

Ambos se dirigieron hacia el coche.

-¿Tienes algo para vender? -preguntó Charles-. Estoy realmente desesperado. Casi no me queda nada. Demonios, en realidad no me queda nada, imagínatelo. Aunque sólo fuera un poco... Si pudieras darme un poco...

-Puedo conseguirte algo.

-Ruedas. No me iré de la lengua.

-Sí. -Donna bajó la cabeza-. Pero, mira, ahora van muy escasas... De momento no hay suministro. Ya debes haberte enterado antes. No puedo conseguirte muchas, pero...

-¿Cuándo? -interrumpió Charles. Habían llegado al coche. Se detuvo, abrió la puerta y entró. Donna se metió por la otra puerta. Ya sentados, siguieron hablando.

-Pasado mañana -dijo Donna-. Si es que puedo encontrar a ese tipo. Creo que sí.

Mierda, pensó Charles. Pasado mañana.

-¿No puede ser más pronto? -preguntó-. ¿Esta noche, por ejemplo?

-Mañana como mucho.

-¿Cuánto?

-Sesenta dólares por cien.

-¡Oh, no! ¡Vaya robo!

-Son fabulosas. No es la primera vez que las obtengo de este tío, no son como las que se compran normalmente. Te lo prometo, valen la pena. En realidad prefiero conseguirlas a través de él que de otra persona... cuando puedo. No siempre tiene. Mira, él hizo un viaje al sur, creo y volvió. Las recogió él mismo, así que estoy segura de que son fabulosas. Y no tienes que pagarme por adelantado. Cuando te las traiga. ¿Vale? Confío en ti.

-Nunca pago por adelantado.

-Algunas veces hay que hacerlo.

-De acuerdo -dijo Charles-. Entonces, ¿puedes traerme un centenar, por lo menos?

Rápidamente, trató de imaginarse cuánto dinero podría obtener. En dos días podía recoger unos ciento veinte dólares y comprar doscientas pastillas. Y si entretanto encontraba un negocio mejor, otra gente que tuviera, olvidaría el trato con Donna y se arreglaría con los otros. Esa era la ventaja de no pagar por adelantado, aparte de que así nunca te timaban.

-Ha sido una suerte que me encontraras -dijo Donna, mientras Charles ponía en marcha el automóvil y volvía a circular-. Se supone que veré a otro tío dentro de una hora y seguramente se quedará con todo lo que yo pueda obtener... Has tenido mucha suerte, hoy es tu día. -Donna sonrió, y Charles la imitó.

-Me alegraría si pudieras tenerlas antes -dijo Charles.

-Si yo... -Abrió el bolso y extrajo un pequeño cuaderno y un bolígrafo en el que se leía SPARKS BATTERY TUNE-UP-. ¿Cómo puedo localizarte? Además, he olvidado tu nombre.

-Charles B. Freck.

Dio su número de teléfono. Que en realidad no era el suyo, sino el de un amigo honrado que empleaba para casos como éste. Donna lo apuntó trabajosamente. Le cuesta mucho escribir, pensó Charles. Forzando la vista y garabateando muy despacio... A las chicas ya no les enseñan nada en la escuela. Una ignorante. Pero cachonda. ¿Que casi no sabe leer y escribir? Es igual, lo que importa de una tía es que tenga buenos pechos.

-Creo que te recuerdo -dijo Donna-. Un poco. No me acuerdo demasiado de aquella noche, yo estaba francamente ida. Todo lo que me viene a la memoria es haber estado llenando de polvos aquellas cápsulas, las cápsulas de Librium que habíamos vaciado de su contenido original. Debí tirar la mitad. Al suelo, quiero decir. -Miró pensativamente a Charles mientras éste conducía-. Pareces muy contento. ¿Volverás a comprarme droga? ¿Querrás más al cabo de un tiempo?

-Claro -respondió Charles, preguntándose si podría rebajar el precio la próxima vez que la viera. Sí, casi seguro que podría. Pero él siempre saldría ganando, de una forma o de otra.

La felicidad, pensó, es saber que has obtenido algunas pastillas.

No advirtió el día soleado, ni la gente atareada, ni la actividad que le rodeaba. Era un hombre feliz.

¡Lo que había encontrado por pura casualidad! Todo porque un blanco-y-negro le había seguido. Un nuevo suministro de sustancia M totalmente insospechado. ¿Qué más podía pedir a la vida? Ahora contaba con dos semanas por delante, casi *medio mes*, antes de morir o casi morir. No teniendo sustancia M, las dos cosas eran iguales. ¡Dos semanas! Muy animado, pudo sentir por un instante la breve excitación de la primavera que entraba por las abiertas ventanillas del coche.

-¿Quieres acompañarme a ver a Jerry Fabin? -preguntó a la chica-. Voy a llevarle sus cosas a la Clínica Federal Número Tres; está allí desde ayer por la noche. Sólo le llevo unas cuantas cosas en cada viaje, porque es posible que salga pronto y no quiero tener que volver a cargarlo todo.

-Será mejor que no le vea -contestó Donna.

-¿Le conoces? ¿A Jerry Fabin?

-Jerry Fabin piensa que yo fui la primera en contagiarle esos piojos.

-Áfidos.

-Bueno, *entonces* él no sabía lo que eran. Es mejor que no me acerque a él. La última vez que le vi estaba realmente hostil. El problema está en sus zonas receptoras, en el cerebro. Al menos, así lo pienso. Es lo que parece, por lo que ahora dicen los panfletos del gobierno.

-Eso puede arreglarse, ¿no?

-No. Es irreversible.

-La gente de la clínica me dijo que me permitirían visitarle y creían que eso podía dar algún resultado, ¿sabes? -gesticuló-. No... -Volvió a gesticular. Le era difícil encontrar las palabras adecuadas, lo que deseaba decir sobre su amigo.

-No tendrás dañado el centro del habla, ¿verdad? -preguntó Donna, mirándole fijamente-. En tu... ¿Cómo se llama? Lóbulo occipital.

-No -negó firmemente.

-¿Tienes algún tipo de lesión? -Donna se tocó la cabeza.

-No, es sólo que... Mira, no me gusta hablar de esas jodidas clínicas. Odio las clínicas para afásicos. Una vez estuve visitando a un tío. Le encontré tratando de encerar el suelo y me explicaron que no podía hacerlo, que era incapaz de pensar en la forma de hacerlo... Lo que más me llamó la atención fue que él seguía intentándolo. Y no durante una hora, qué va. Cuando volví al cabo de un mes, aún seguía así, igual que cuando le había visto la primera vez, el primer día que fui a verle. Él no sabía por qué era incapaz de hacerlo. Recuerdo la expresión de su cara. Estaba convencido de que lo lograría si seguía haciendo lo que erróneamente hacía. «¿Qué es lo que hago mal?», preguntaba una y otra vez. No había forma de explicárselo. Porque se lo explicaban, claro... ¡Demonios, yo mismo se lo expliqué! Pero seguía sin entenderlo.

-Las zonas receptoras de su cerebro, eso es lo que va mal al principio, por lo que he leído -dijo Donna con una voz muy suave-. Así reacciona el cerebro cuando la persona ha recibido una inyección muy fuerte, una dosis excesiva o algo así. -Estaba contemplando los coches que circulaban por delante-. ¡Mira, es uno de esos Porsches nuevos, con dos motores! -señaló con excitación-. ¡Qué bárbaro!

-Conocí a un tío que robó uno de esos Porsches. Se fue hasta la autopista de Riverside y lo puso a doscientos ochenta por hora... Se estrelló. -Hizo un gesto muy expresivo-. Contra la parte trasera de un enorme camión. Supongo que nunca lo vio.

Empezó a imaginar una fantasía. Él, Charles, al volante de un Porsche, pero viendo el camión, todos los camiones. Y la gente mirándole correr por la autopista... la autopista de Hollywood a una hora punta. Llamaría la atención, seguro. Un larguirucho de amplia espalda y buena presencia, en un Porsche nuevo y lanzado a trescientos por hora... Y la bofia desesperada, todos los polis con la boca abierta.

-Estás temblando -dijo Donna. Puso una mano sobre el brazo de Charles. Una mano tranquila que él percibió instantáneamente-. Tranquilízate.

-Estoy cansado -explicó-. Estuve dos días y dos noches sin dormir, cogiendo piojos. Cogiéndolos y metiéndolos en botellas. Al final nos caímos muertos de sueño. A la mañana siguiente nos levantamos dispuestos a cargar las botellas en el coche y llevárselas al médico para que las viera. Pero no había nada en las botellas. Vacías, todas las jodidas botellas vacías. -En aquel momento sintió el temblor y lo vio en sus manos, en el volante. Manos temblorosas empuñando un volante a treinta kilómetros por hora-. No había nada. Ni un solo piojo. Y entonces lo comprendí. ¡Jo! Aquello me llegaba a través de su cerebro, del cerebro de Jerry.

El aire ya no olía a primavera y Charles pensó, repentinamente, que necesitaba con urgencia una dosis de sustancia M. Era más tarde de lo que le había parecido, o bien había tomado menos de lo que pensaba. Por fortuna, llevaba consigo el suministro portátil, bien escondido en el compartimento de los guantes. Empezó a buscar aparcamiento para detenerse.

-Tu mente hace travesuras -dijo Donna. Parecía inmersa en sus pensamientos, estar muy lejos de allí.

Charles se preguntó si la estaría mareando con su alocada forma de conducir. Casi seguro que sí. Sin pretenderlo, otra fantasía fue

desarrollándose en su mente. Vio un gran Pontiac, aparcado, con un gato mecánico en la parte trasera. Pero el gato estaba cediendo. Un chico de unos trece años, de pelo largo y abundante, trataba de evitar que el coche rodara cuesta abajo y pedía ayuda a gritos. Se vio a sí mismo, saliendo de la casa de Jerry Fabin y corriendo junto a éste hacia el coche, entre latas de cerveza esparcidas en el paso de vehículos. Él mismo asía la puerta del coche, la del lado del conductor, para pisar el freno. Pero Jerry Fabin, vestido únicamente con calzoncillos, descalzo y con el pelo revuelto -había estado durmiendo-, se dirigió a la parte trasera del automóvil y con su hombro desnudo y pálido, que nunca veía la luz del sol, apartó al chico del coche. El gato se inclinó y cayó, la parte trasera del coche cayó estrepitosamente, el neumático y la llanta rodaron y el muchacho estaba ileso.

-Demasiado tarde para el freno -jadeó Jerry, parpadeando y tratando de apartarse de los ojos su pelo revuelto y grasiento-. No había tiempo.

-¿Estás bien? -gritó Charles. Su corazón aún latía apresuradamente.

-Sí. -Jerry sostenía al chico, todavía jadeante-. ¡Mierda! -le gritó furioso-. ¿No te dije que nos esperaras? Y cuando un gato se desliza... ¡Mierda, tío, es imposible aguantar dos toneladas! -Su rostro se contrajo. El chico, el pequeño Ratass, estaba angustiado, se sentía culpable-. ¡Te lo repetí una y otra vez!

-Quise pisar el freno -explicó Charles Freck, advirtiendo su estupidez, su incompetencia, tan grande como la del chico e igualmente fatal. Su incapacidad como hombre maduro para responder adecuadamente. Pero deseaba justificarse con palabras, igual que el muchacho-. Pero ahora comprendo... -se lamentó... y la fantasía se deshizo.

En realidad se trataba de un hecho real, porque recordaba el día que aquello había sucedido, cuando todos vivían juntos. El gran instinto de Jerry... De otra forma, Ratass habría estado bajo la parte trasera del coche, con la espalda destrozada.

Los tres habían vuelto a la casa, tristes y andando muy despacio, sin preocuparse por recuperar el neumático, que aún seguía rodando.

-Estaba dormido -murmuró Jerry, mientras entraban en la oscura vivienda-. Es la primera vez en dos semanas que los piojos me dejan lo bastante tranquilo. No había dormido nada en los últimos cinco días... siempre despierto, haciendo algo. Pensaba que a lo mejor se habían ido, que se *habían* ido. Que se habían cansado y se iban a otra parte, a la casa de al lado. Ahora vuelvo a sentirlos. Ese insecticida «No Pest Strip» que compré... Es el décimo, o quizás el undécimo... Me han vuelto a engañar, igual que con todos los demás. -Su voz era suave. Ya no estaba furioso, sólo deprimido y perplejo. Alzó el brazo y dio un manotazo a la cabeza de Ratass-. Estúpido chico... Cuando se te suelte un gato has de salir corriendo. Olvídate del coche. Nunca te pongas detrás ni trates de empujar toda esa masa o frenarla con tu cuerpo.

-Pero, Jerry, temía que el eje...

-¡A la mierda el eje! ¡Y el jodido coche! ¡Es tu vida!

Atravesaron la oscura salita, los tres juntos. La proyección de un momento ya pasado centelleó y murió para siempre.

II

-Caballeros del Lions Club de Anaheim -dijo el hombre que hablaba ante el micrófono-, esta tarde tenemos una maravillosa oportunidad, porque han de saber que el condado de Orange nos ha ofrecido la posibilidad de escuchar, y luego formular preguntas, a un agente secreto que trabaja en narcóticos en el departamento del sheriff de aquel condado. -Estaba radiante. Vestía un traje estampado de color rosa, corbata amarilla de plástico, camisa azul y zapatos de imitación de cuero. Era un hombre obeso, viejo y tremendamente feliz, aunque allí había muy poco o nada por lo que sentirse feliz.

Contemplándole, el agente de narcóticos sintió asco.

-Advertirán -prosiguió el anfitrión del Lions Club- que apenas pueden ver a esta persona, sentada aquí, a mi derecha, porque viste lo que se denomina un monotraje mezclador, el mismo que utiliza, y debe utilizar, en la ejecución de algunas, o casi todas, de sus actividades diarias en favor de la ley. Luego él mismo nos explicará el porqué.

La audiencia, que reflejaba las cualidades del anfitrión en todos los sentidos posibles, observó al invitado vestido con su monotraje mezclador.

-Este hombre -declaró el presentador-, al que llamaremos Fred, porque tal es el nombre de código con el que facilita la información que logra obtener... Este hombre, digo, una vez vestido con el monotraje mezclador, no puede ser identificado por la voz, o ni siquiera por registro vocal tecnológico, o por su aspecto. Aparenta ser una masa difusa y nada más. ¿Están de acuerdo? -Mostró una amplia sonrisa. La audiencia, apreciando que el asunto era realmente divertido, también sonrió.

El monotraje mezclador era una invención de *Laboratorios Bell*, un descubrimiento fortuito de un empleado llamado S.A. Powers. Este había estado experimentando, hacía algunos años, con sustancias desinhibidoras actuando sobre el tejido nervioso, y una noche, después de haberse administrado él mismo una inyección intravenosa considerada segura y causante de una ligera euforia, experimentó una desastrosa reducción del fluido GABA de su cerebro. Luego había presenciado, de un modo subjetivo, una espeluznante actividad de falsas impresiones visuales que se proyectaban en la pared de su dormitorio, un montaje de ritmo frenético que él supuso, en aquel momento, que se trataba de cuadros abstractos modernos.

Durante seis horas, extasiado, S. A. Powers había contemplado miles de cuadros de Picasso, sucediéndose a velocidad vertiginosa, y luego había presenciado la obra de Paul Klee, más cuadros de los que el pintor hubiera pintado en toda su vida. S. A. Powers, mientras contemplaba cuadros de Modigliani que iban variando a una velocidad furiosa, supuso primero (todo precisa una teoría) que los rosacruces estaban proyectando imágenes telepáticas en su mente, tal vez amplificadas por sistemas de microrrelés de tipo muy avanzado. Pero luego, cuando las pinturas de Kandinsky empezaron a atormentarle, recordó que el principal museo de arte de Leningrado estaba especializado en este tipo de modernismo irrealista, y dedujo que los soviéticos estaban tratando de contactar telepáticamente con él.

Por la mañana se acordó que una drástica disminución del fluido GABA cerebral producía por lo general aquel tipo de actividad fosfénica. Nadie había estado tratando de contactar telepáticamente con él, ni con estaciones a microrrelés ni sin ellas. Pero esto le dio la idea del monotraje mezclador.

En esencia, su proyecto consistía en una lente de cuarzo, multifacética, unida a un computador miniaturizado cuyos bancos de memoria contenían hasta millón y medio de representaciones fisiognómicas parciales de diversas personas. Hombres, mujeres y niños, con todas sus variaciones codificadas y proyectadas uniformemente en todas las direcciones sobre una membrana tremendamente delgada, similar a una mortaja y lo bastante grande como para ajustarse en torno al cuerpo de una personal normal.

El computador, al recorrer sus bancos de memoria, proyectaba todo posible color de ojos o cabello, forma y tipo de nariz, dentadura, configuración de la estructura ósea facial... Toda la superficie de la membrana adoptaba cualquier característica física que se le proyectara durante un nanosegundo y después pasaba a la siguiente. Para que el monotraje mezclador fuera más efectivo, S. A. Powers programó el computador para que variara al azar la secuencia de características que entraban en cada imagen. Y para rebajar el coste (un detalle que siempre gustaba a la gente del gobierno), encontró la fuente del material de la membrana en un subproducto de una gran firma industrial que ya estaba en tratos con Washington.

En cualquier caso, el usuario del monotraje mezclador era en el transcurso de cada hora todas las personas y en todas las combinaciones posibles (las de un millón y medio de sub-bits). Por lo tanto, describir al usuario, o a la usuaria, no tenía sentido. Ni que decir tiene que S. A. Powers alimentó los computadores con sus propias características fisiognómicas. Así, su ser, diseminado en la frenética permutación de cualidades, era combinado y proyectado a razón, según sus cálculos, de una vez cada cincuenta años por cada traje. Representaba su mayor aproximación a la inmortalidad.

-¡Escuchemos a la masa difusa! -dijo el anfitrión, alzando la voz.

Se produjeron aplausos. Embutido en su monotraje mezclador, Fred, que también era Robert Arctor, gimió y pensó: Esto es terrible.

Un agente secreto de narcóticos era elegido mensualmente por el condado para hablar ante audiencias de cabezas huecas como aquellas. Hoy le había tocado a él. Observando a los reunidos comprendió lo mucho que detestaba a los honrados. Pensaban que todo esto era grandioso. Sonreían. Se estaban divirtiendo.

Tal vez en aquel momento los componentes virtualmente infinitos de su traje mezclador habían formado la imagen de S. A. Powers.

-Pero para ser serios sólo un momento -dijo el anfitrión-, este hombre... -Hizo una pausa, tratando de recordar.

-Fred -dijo Bob Arctor-. S. A. Fred.

-Fred, sí. -El presentador, animado, prosiguió vociferando ante su audiencia-. Ya lo ven, la voz de Fred es como la de uno de esos robot-computadores que ustedes encuentran en los bancos de San Diego. Perfectamente neutra y artificial. No deja características en nuestras mentes, igual que cuando informa a sus superiores del... ¡ah, sí!, del Programa Antidrogas del Condado de Orange. -Hizo una estudiada pausa-. Comprenderán que estos agentes policiales se exponen a un terrible riesgo, porque las fuerzas de la droga, tal como sabemos, se han introducido con asombrosa pericia en las diversas instituciones defensoras de la ley de toda nuestra nación, o pueden hacerlo perfectamente, según la mayoría de

expertos. El monotraje mezclador es preciso, pues, para proteger a estos hombres dedicados.

Un tímido aplauso para el monotraje mezclador. Y a continuación, miradas expectantes dirigidas a Fred, oculto en su membrana.

-Pero Fred, en su línea habitual de trabajo en el campo -añadió finalmente el anfitrión, mientras se apartaba del micrófono para dejar sitio al orador-, no viste esto, claro. Viste como usted o yo, aunque, eso sí, con el aire hippy de esos grupos subculturales a los que acosa incansablemente.

Hizo un gesto para que Fred se levantara y aproximara al micrófono. Fred, Robert Arctor, había hecho lo mismo en otras seis ocasiones anteriores, y sabía qué decir y lo que vendría después: los variados grados y tipos de preguntas estúpidas e imbecilidad incomprensible. La pérdida de tiempo que esto le representaba, más el enfado de su parte, y un sentimiento de futilidad todas y cada una de las veces. Y siempre era peor.

-Si ustedes me vieran por la calle -dijo ante el micrófono, una vez los aplausos se apagaron-, dirían, «Ahí va un desgraciado drogadicto». Sentirían aversión y se alejarían.

Silencio.

-Mi aspecto es diferente al suyo -prosiguió-. Y así debe ser. Mi vida depende de ello. -En realidad, su apariencia no era tan distinta a la de ellos. Además, habría vestido igual de todas maneras, trabajando o no, viviendo como viviera. Le gustaba su vestimenta. Pero lo que estaba diciendo había sido escrito, en su totalidad, por otras personas. Él sólo había tenido que memorizarlo. Podía desviarse un poco, pero todos tenían y usaban un formato típico. Presentado hacia dos años por un entusiasta jefe de división, ya se había convertido en algo de empleo obligatorio.

Aguardó a que sus últimas palabras fueran asimiladas.

-En primer lugar -prosiguió-, no voy a explicarles qué es lo que trato de hacer como agente secreto encargado de seguir la pista de los traficantes, y de la mayoría de sus ilegales fuentes de droga, en las calles de nuestras ciudades y en los pasillos de nuestras escuelas, aquí en el condado de Orange. Lo que voy a explicarles... -Hizo una pausa, tal como le habían enseñado en la academia, en la asignatura de relaciones públicas-. Lo que voy a explicarles es cuáles son mis temores.

Las últimas palabras concentraron todas las miradas en su persona.

-Lo que yo temo -continuó-, lo que me asusta día y noche, es que nuestros hijos, los suyos y los míos... -Otra pausa-. Yo tengo dos niños. -Y a continuación, con extremada lentitud, añadió-: Pequeños, muy pequeños. -Y después elevó enérgicamente la voz-. Pero no demasiado pequeños para ser viciados, calculadamente viciados, en provecho de esa gente que quiere destruir la sociedad. -Nueva pausa-. Aún no sabemos, en concreto -prosiguió en tono más suave-, quiénes son estos hombres, o mejor dicho, animales, que acosan a nuestros jóvenes como si esto fuera una jungla salvaje, un país extranjero, no el nuestro. La identidad de los proveedores de los venenos, de la infección que destruye el cerebro y que es inyectada, tomada oralmente o fumada a diario por varios millones de hombres y mujeres... o de seres que otrora fueron hombres y mujeres, están siendo descubierta gradualmente. Pero vamos a encontrarlos a todos, lo juro ante Dios.

-¡Acaben con ellos! -gritó alguien del público.

-¡Abajo los comunistas! -Otra voz, igualmente entusiasta.

Aplausos y más gritos.

Robert Arctor interrumpió su charla. Contempló a los honrados de elegantes trajes, corbatas y zapatos, y pensó que la sustancia M no podía destruir sus cerebros. No tenían cerebro.

-¡Explíquenos más detalles! -gritó una voz ligeramente menos firme, una voz femenina. Arctor distinguió a una mujer de edad madura, no demasiado obesa, con las manos entrelazadas ansiosamente.

-Cada día que pasa -continuó Fred, Bob Arctor o la persona que fuera en aquel momento-, esta enfermedad cobra su tributo entre nosotros. Al finalizar cada día, el torrente de beneficios, y el lugar al que van... -Se interrumpió. Le resultaba realmente imposible recordar el resto de la frase, aun cuando la había repetido infinidad de veces, tanto estando en clase como en conferencias anteriores.

Todo el mundo guardaba silencio en aquella inmensa sala.

-Bien -prosiguió-, en realidad no se trata de los beneficios. Hay algo más. Los resultados que ustedes pueden ver.

Comprendió que la audiencia no advertía ninguna diferencia. Pero se había apartado del discurso preparado y estaba divagando, improvisando, sin ayuda de los chicos de relaciones públicas del Centro Social del condado de Orange. ¿Y qué importa?, pensó. ¿Y qué? ¿Qué es lo que en realidad saben o les preocupa? Los honrados, siguió pensando, viven en sus apartamentos, colosales y fortificados, protegidos por sus guardas, preparados para disparar a cualquier drogadicto que trepe por el muro con una bolsa para robarles el piano, el reloj eléctrico, la máquina de afeitar y el estéreo -o cualquier cosa por la que ellos, de todas formas, no han pagado un centavo- para solucionar su problema, porque si no roba aquello tal vez muera, así de sencillo, como resultado del dolor y la conmoción de la abstinencia de droga. Pero cuando se vive tranquilamente, en un recinto electrificado y vigilado por guardias armados... ¿para qué preocuparse por ello?

-Si uno de ustedes fuera diabético -dijo- y no tuviera dinero para pagarse una inyección de insulina, ¿robaría para conseguir el dinero? ¿O simplemente se moriría?

-*Creo que hará mejor volviendo al texto preparado, Fred* -dijo una voz por el auricular de su monotraje mezclador-. *Es un buen consejo, créame.*

-*Lo olvidé* -contestó Fred, Bob Arctor o el hombre que fuera, a través del micrófono conectado a su garganta. Sólo su superior en las oficinas del condado de Orange, que no era el señor F., es decir, Hank, podía estar escuchándole. Se trataba de un superior anónimo, alguien que le habían asignado únicamente para esta ocasión.

-*Bieeen* -respondió la apagada voz del oficial-. *Voy a leérselo. Voy a repetirlo, pero trate de darle un tono natural*. -Una ligera vacilación, páginas pasando...-. *Veamos... «Cada día, el torrente de beneficios... y el lugar al que van...». Aquí se interrumpió.*

-*Mi memoria está bloqueada* -dijo Arctor.

-...«*Pronto los determinaremos* -prosiguió el apuntador, sin escucharle-, *y aplicaremos rápidamente el justo castigo. Y en ese momento no me gustaría estar en la piel de esos hombres, se lo juro*».

-¿*Sabe por qué no recuerdo el texto*? -preguntó Arctor-. *Porque eso es lo que lleva a que la gente se drogue.*

Por eso caes y te haces drogadicto, pensó. Por eso cedes. En señal de disgusto.

Pero luego observó una vez más a la audiencia y comprendió que las cosas eran distintas para ellos. Esta era la única forma de llegar hasta aquella gente. Estaba hablando ante mentecatos. Mentalmente simples. Había que explicarles todo como si fueran párvulos: *M* de Manzana y la Manzana es Redonda.

-*M* -dijo en voz alta a su audiencia-, de sustancia M. Que indica Mudez, Miseria y Menosprecio, menosprecio y abandono por parte de tus amigos hacia ti, de ti hacia ellos, y de todo el mundo hacia todo el mundo, aislamiento, soledad, odio y sospechas mutuas. M indica también Muerte. Muerte lenta, como nosotros... -Se interrumpió-. Como nosotros, los drogadictos, la denominamos. -Su voz se hizo ronca y temblorosa-. Como tal vez ustedes la conozcan. Muerte lenta. Empieza en el cerebro y prosigue hacia abajo. Bien, eso es todo. -Se retiró a su silla y se sentó. En silencio.

-*Ha fracasado* -dijo su superior, el apuntador-. *Venga a verme a mi despacho cuando vuelva. Sala 430.*

-*Sí* -dijo Arctor-. *He fracasado.*

Todos le miraban, como si se hubiera orinado en el estrado ante sus ojos. Aunque él no estaba seguro del porqué de aquellas miradas.

El anfitrión del Lions Club corrió hasta el micrófono.

-Con anterioridad a la conferencia -dijo-, Fred me pidió que fuera fundamentalmente un forum de preguntas y respuestas, con tan sólo una pequeña introducción por su parte. Olvidé mencionarlo. Bien -prosiguió, levantando la mano derecha-, ¿quién será el primero, señores?

Arctor volvió a levantarse repentina y torpemente.

-Parece que Fred tiene algo que añadir -anunció el presentador, haciéndole un gesto.

Arctor se dirigió lentamente hacia el micrófono.

-Sólo esto -dijo con la cabeza baja, hablando con precisión-. No los traten a patadas después que ya se han metido en el asunto. A los adictos, a los drogadictos. La mitad, la mayoría de ellos, sobre todo las chicas, no sabían dónde se estaban metiendo, ni siquiera que se estuvieran metiendo en algo. Limítense, la gente, cualquiera de nosotros, a evitar que se metan en ello. -Alzó la vista un momento-. Miren, ellos disuelven algunos barbitúricos en un vaso de vino... Los distribuidores de droga, a esos me refiero. Dan la bebida a una chica, una menor de edad, con ocho o diez pastillas dentro, y ella pierde el conocimiento. Luego la inyectan con mex, mitad heroína y mitad sustancia M... -Se interrumpió-. Gracias.

-¿Cómo podemos impedirlo, señor? -preguntó un hombre.

-Matando a los proveedores -contestó Arctor. Y volvió a sentarse.

No tenía ganas de volver directamente al Centro Social del condado de Orange, a la sala 430, así que deambuló por una de las calles comerciales de Anaheim, contemplando los puestos de hamburguesas McDonald, las estaciones de gasolina y lavado de coches, las pizzerías y otras maravillas parecidas.

Cuando erraba así por la calle, confundido entre gente de todos los tipos, siempre sentía extrañeza respecto a su propia personalidad. Tal como había dicho en la sala del Lions Club, cuando abandonaba su monotraje mezclador su aspecto era el de un drogadicto. Hablaba como un drogadicto. La gente que le rodeaba le tomaba, sin duda alguna, por drogadicto, y reaccionaba en consecuencia. Otros drogadictos... Fíjate en aquel, pensó.

«Otro», por ejemplo, le ofreció una mirada de «paz, hermano», pero no los honrados.

Te pones la ropa de obispo, pensó, coges la mitra y paseas por aquí, y la gente inclinará la cabeza y se arrodillará. Tratarán de besar tu anillo y pronto serás un obispo, por así decirlo. ¿Qué es identidad?, se preguntó. ¿Cuándo termina la comedia? Nadie lo sabe.

Su conciencia respecto a quién y qué cosa era él se enturbiaba realmente cuando la policía le acosaba. Cuando polizontes de servicio, de patrulla o lo que fuera llegaban a su altura, circulando lentamente, de una forma intimidadora, observándole con atención mientras caminaba, con una mirada intensa, penetrante, metálica, escrutadora; y luego, la mitad de las veces, evidentemente a capricho, aparcaban y le hacían un gesto para que se acercara.

-Bien, veamos tu identificación -diría el polizonte, alargando la mano. Y después, mientras Arctor-Fred-Quien-fuera-Dios-sabe buscaba en su cartera, el polizonte preguntaría-: ¿Te han ARRESTADO alguna vez? -O, como una variante, añadiría-: ¿ANTES DE AHORA? -dejando entrever que iban a detenerle precisamente entonces.

-¿Qué he hecho? -solía replicar, si es que contestaba algo.

Como era lógico, se congregaba una multitud. La mayoría de aquella gente suponía que le habían sorprendido haciendo un trato en la esquina. Estaban inquietos, hacían muecas, y esperaban a ver lo que sucedía, aunque algunos, por lo general chicanos, negros o tipos muy sospechosos, parecían muy preocupados. Y estos últimos se daban cuenta, casi de inmediato, de que su cara mostraba preocupación, por lo que se apresuraban a adoptar un aspecto impasible. Todo el mundo sabía que cualquier persona que pareciera estar muy preocupada o inquieta ante la presencia de la bofia, ocultaba algo. Los polizontes eran los que mejor lo sabían -una virtud legendaria-, e interrogaban al instante a este tipo de personas.

Sin embargo, nadie le molestó en esta ocasión. Había muchos sospechosos, y él sólo uno de tantos.

¿Qué soy en realidad?, se preguntó. Arctor deseó por un momento llevar puesto el monotraje mezclador. Así, pensó, sería una masa difusa y los transeúntes, la gente de la calle en general, me aplaudirían. ¡Escuchemos a la masa difusa!, recordó. ¡Vaya manera de obtener reconocimiento! Por ejemplo, ¿cómo podían estar seguros de que se trataba de la masa difusa apropiada y no de otra cualquiera? Dentro de ella podía ocultarse otra persona distinta, u otro Fred, y ellos nunca se enterarían, ni siquiera cuando Fred abriera su boca y hablara. No lo sabrían, jamás. Podría tratarse de Al haciéndose pasar por Fred, por ejemplo. Allí dentro podía meterse cualquiera, o incluso nadie. Podían estar comunicando una voz al traje mezclador, transmitiéndola desde el despacho del sheriff en las oficinas del condado de Orange. Y en tal caso, Fred sería cualquier persona que se presentara aquel día en el despacho para leer el guión ante el micrófono, o la cominación de todo tipo de individuos en sus despachos.

Pero, meditó, creo que lo que dije al final elimina todas las posibilidades. Nadie hablaba por mí. Los tipos del despacho quieren hablar conmigo, eso es un hecho.

No se preocupó más del asunto y siguió vagando y perdiendo tiempo, sin ir a ninguna parte, a ningún lugar concreto. En la California meridional

no tenía importancia ir a un sitio o a otro. Una y otra vez aparecía el mismo puesto de hamburguesas McDonald, como un círculo que se cerraba en torno al individuo cuando éste pretendía ir a un lugar concreto. Y cuando finalmente el tipo se notaba hambriento e iba a comprar una hamburguesa McDonald, le vendían la misma que la última vez, y la penúltima y la antepenúltima, y así sucesivamente hasta llegar a una época anterior a su nacimiento. Además, los mal pensados, los chismosos, decían que la hamburguesa estaba hecha de intestinos de pavo.

Según el letrero que se exhibía en los puestos de venta, habían vendido la misma hamburguesa, la original, cincuenta mil millones de veces. Arctor se preguntó si habría sido a la misma persona. La vida en Anaheim, California, era en sí misma comercial, repetitiva hasta la saciedad. Nada cambiaba. Simplemente, se esparcía más y más como la luz de un tubo de neón. Todo había sido congelado, detenido hacía mucho tiempo, como si la empresa automatizada que suministraba aquellos productos se hubiera atorado en la posición *conectado.* Igual que la materia prima se convierte en plástico, pensó Arctor, recordando la fábula «Cómo el mar se transformó en sal». Algún día, supuso, será obligatorio que todos vendamos y compremos hamburguesas McDonald. Nos las venderemos unos a otros, incansablemente, en los cuartos de estar de nuestras casas. Así nunca tendremos que salir a la calle.

Miró su reloj. Las dos y media: la hora de hacer una llamada para comprar droga. De acuerdo con Donna, podía obtener, a través de ella, tal vez mil pastillas de sustancia M cortada con meta.

En cuanto la consiguiera, claro está, la pasaría al Departamento Antidroga del condado para que fuera analizada y destruida... o lo que fuera que hicieran con ella. Tal vez la tomarían ellos mismos, según se decía. O la venderían. Pero al comprar las ruedas a Donna no pretendía cazarla. Ya las había obtenido de ella en numerosas ocasiones, y jamás la había detenido. No, no se trataba de pescar a una traficante local de poca categoría, a una chica que consideraba el tráfico de drogas como algo seguro y fabuloso. La mitad de los agentes de narcóticos del condado de Orange sabían que Donna era una camello y la reconocían nada más verla. Algunas veces Donna incluso hacia sus tratos en el aparcamiento del establecimiento 7-11, frente a la holocámara automática que la policía había instalado allí, y nada sucedía. En cierto sentido, Donna siempre estaba a salvo, sin importar lo que hiciera o quién estuviera delante.

Lo que pretendía tratando con Donna, igual que siempre, era encontrar una pista que le condujera hasta la persona que suministraba la droga a la chica. Y así, las compras que hacía a Donna habían ido aumentando gradualmente. Al principio la engatusó -si es que esta era la palabra- para que le diera diez ruedas, como un favor, un trato entre amigos. Posteriormente había sonsacado un cartucho de cien a modo de recompensa por el servicio anterior, y luego tres cartuchos más. Ahora, con un poco de suerte, podría conseguir mil tabletas, es decir, diez cartuchos. Y al final compraría tal cantidad que superaría la capacidad económica de la chica. Donna no podría adelantar a su proveedor la suficiente pasta para que la mercancía llegara a su destino, y de tal forma ella saldría perdiendo en lugar de obtener un gran beneficio. Él y Donna discutirían; ella insistiría en que le adelantara al menos una parte del dinero, y él se negaría. La chica no podría adelantar nada a su proveedor. Pasaría el tiempo. Surgiría una cierta

tensión, sin importar que el trato en sí fuera insignificante. Todos se impacientarían. El proveedor, quienquiera que fuese, no podría desembarazarse de la droga y se enfadaría al ver que Donna no daba señales de vida. Y por fin, si todo salía bien, la chica se hartaría y les diría a los dos, a él y al proveedor: «Mirad, es mejor que os entendáis entre vosotros. Os conozco a los dos y sé que sois de confianza. Respondo de los dos. Arreglaré una cita y os conoceréis. Así que a partir de ahora, Bob, puedes empezar a comprar directamente, si es que piensas hacerlo en esas cantidades.» Porque esas cantidades le convertirían, en todos los sentidos, en un traficante; era un volumen de mercancía que se aproximaba al de un traficante. Donna supondría que él estaría revendiendo la droga para obtener beneficios, puesto que como mínimo compraba mil tabletas todas las veces. De este modo iría ascendiendo por la pirámide, llegando hasta la siguiente persona de la cadena, convirtiéndose en traficante como ella. Más adelante quizá podría dar otro paso hacia delante, y aún otro más, mientras las cantidades que comprara fueran aumentando.

Finalmente -este era el nombre del proyecto- conocería a un pez lo bastante gordo como para que valiera la pena detenerlo. Es decir, alguien que supiera algo. Alguien que o bien estuviera en contacto con los laboratorios o que conociera al proveedor principal, que a su vez sabría el origen de la droga.

A diferencia de otras drogas, la sustancia M sólo tenía en apariencia una fuente. Era un producto sintético, no orgánico. Por lo tanto, procedía de un laboratorio. Podía sintetizarse y ya lo había sido en experimentos federales. Pero los constituyentes se derivaban de sustancias complejas casi tan difíciles de sintetizar. En teoría podía ser fabricada por cualquier persona que tuviera, en primer lugar, la fórmula, y en segundo lugar, la capacidad tecnológica para montar una fábrica. Pero en la práctica el costo era prohibitivo. Además, los inventores y distribuidores la vendían a un precio reducido que hacía imposible una competencia efectiva. Y la extensa distribución sugería que, aun cuando sólo existiera una fuente, estaba muy ramificada. Probablemente existiría una cadena de laboratorios situados en varias zonas estratégicas, quizás un laboratorio en las cercanías de toda concentración urbana importante de América del Norte y Europa. ¿Por qué no se había encontrado ninguno de ellos? Un misterio. Pero el público y los medios oficiales, aunque estos últimos veladamente, opinaban que la Agencia S. M. -término arbitrario con que las autoridades la denominaban- estaba profundamente introducida en las instituciones que velaban por el cumplimiento de la ley y que, por ello, toda persona que descubría algo valioso sobre sus operaciones dejaba de preocuparse por el tema al momento... o simplemente dejaba de existir.

Por descontado, Bob disponía de otras pistas, aparte de Donna. Otros traficantes a los que iba presionando con pedidos cada vez mayores. Pero Donna era su chica -o al menos, tenía ciertas esperanzas en esa dirección- y le resultaba la pista más fácil de seguir. Visitarla, hablar con ella por teléfono, pasear juntos o recibirla en su propia casa... eso también era un placer personal. En cierto sentido era el camino más fácil. Puestos a espiar e informar sobre alguien, era mejor que se tratara de personas conocidas; resultaba menos sospechoso y fastidioso. Y si era gente a la que se veía poco antes de vigilarla, esta tarea obligaba pronto a variar las relaciones. El proceso era el mismo, de una forma o de otra.

Entró en la cabina y marcó un número.

Ring-ring-ring.

-Hola -dijo Donna.

Todas las cabinas del mundo estaban intervenidas. Y si no lo estaban era simplemente porque alguna brigada, por la razón que fuese, aún no había tenido tiempo de hacerlo. Las derivaciones alimentaban electrónicamente bobinas grabadoras situadas en una centralita. Cada dos días un oficial obtenía una cinta que le permitía escuchar numerosas conversaciones telefónicas sin necesidad de moverse del despacho. Se limitaba a conectar la cinta y oírla. Además, la grabación había eliminado ya todos los momentos de silencio. La mayoría de las llamadas carecían de importancia. El oficial podía identificar las interesantes con gran facilidad. Era su habilidad. Para eso le pagaban. Algunos oficiales eran mejores que otros en este trabajo.

De modo que nadie les estaba escuchando en aquel momento. La grabación sería examinada probablemente un día después. Y eso como más pronto. Si discutían de algo claramente ilegal, y el oficial encargado lo captaba, se encargaría inmediatamente de tomar los registros vocales correspondientes. Pero todo lo que él y Donna debían hacer era no excederse en la conversación. Siempre sería posible que el diálogo fuera identificado como un trato de drogas, pero aquí entraban en juego las consideraciones gubernamentales sobre economía: no valía la pena tomar registros vocales y seguir su pista cuando se trataba de transacciones ilegales rutinarias, de las que había muchas cada día de la semana y en infinidad de teléfonos. Tanto él como Donna lo sabían.

-¿Cómo te va? -preguntó.

-Bien -respondió la voz cálida y ronca de la chica.

-¿Cómo está tu cabeza hoy?

-No muy bien. Algo deprimida. -Una pausa-. El jefe me ha estado dando la lata esta mañana, en la tienda. -Donna trabajaba de dependienta en una pequeña perfumería de Gateside Mall, en Costa Mesa, a la que acudía todas las mañanas en su MG-. ¿Sabes lo que me ha dicho? Que ese cliente, ese tipo viejo, de pelo gris, que nos estafó diez dólares... Bueno, que yo había tenido la culpa y que tengo que pagarlos, de mi sueldo. Así que debo dar diez dólares sin tener jodida culpa, perdona.

-Hey -dijo Arctor-, ¿puedes pasarme algo?

-¿Cuánto... cuánto quieres? -Donna se hacia la remolona ahora, como si no quisiera saber nada del asunto. Estaba disimulando-. No sé si podré.

-Diez -repuso Arctor. Se habían puesto de acuerdo en que uno significaba cien tabletas. En consecuencia, diez quería decir mil.

Entre revendedores, y cuando el negocio se hacía utilizando los medios de comunicación públicos, un truco muy bueno consistía en hacer pasar por pequeño un pedido grande. De hecho, se podía tratar una y otra vez con estas cantidades sin despertar el interés de las autoridades. Si la brigada de narcóticos se dedicaba a registrar pisos de todas las calles durante las veinticuatro horas del día... poco iba a encontrar.

-Diez -murmuró Donna, irritada.

-Estoy que no me aguanto -explicó Arctor, con un tono más de drogadicto que de traficante-. Te pagaré después, cuando lo tenga.

-No -fue la inexpresiva respuesta-. Te lo daré gratis. Diez. -No había duda: Donna estaba preguntándose si también él estaría en el negocio. Era muy probable-. Diez. ¿Por qué no? Digamos... ¿dentro de tres días?

-¿No puede ser más pronto?

-Mira, eso es...

-Vale, de acuerdo.

-Iré a verte.

-¿A qué hora?

Donna lo pensó.

-Digamos a las ocho de la noche -contestó la chica-. Hey, quiero enseñarte un libro que alguien se dejó en la tienda. Muy bueno. Habla de lobos. ¿Sabes lo que hacen los lobos? ¿Los machos? Cuando un lobo derrota a su adversario, no lo mata: se mea encima. ¡Cómo lo oyes! Se queda allí, se mea encima del vencido, y luego se marcha. Así mismo. Luchan más que nada por el territorio. Y por el derecho a las lobas. ¿Comprendes?

-Hace poco rato me he meado encima de cierta gente.

-¿No es un chiste? ¿Qué pasó?

-Metafóricamente -aclaró Arctor.

-¿No en la forma normal?

-Quiero decir que... les hablé de... -Se interrumpió. Estaba hablando demasiado. Vaya lío. Jesús, pensó-. Estos tíos, los de las motos, ¿sabes? Como los de Foster's Freeze. Bueno, yo pasé a su lado y me insultaron. Así que me volví y les dije... -No se le ocurrió nada.

-Ya puedes decírmelo, aunque sea muy gordo. Hay que decir cosas muy fuertes para que los de las motos te entiendan.

-Les dije que prefería montar a una marrana antes que una moto. Siempre.

-No lo entiendo.

-Bueno, una marrana es una chica que...

-¡Ah, ya te entiendo! ¡puaf!

-Bueno, te espero en mi casa tal como hemos quedado. Adiós. -Hizo ademán de colgar.

-¿Puedo llevar el libro de los lobos, para enseñártelo? El autor es Konrad Lorenz. En la contraportada, donde explican el libro, dicen que era el hombre más entendido en lobos de la tierra. ¡Ah! Otra cosa más. Tus compañeros de piso han venido hoy a la tienda. Ernie no-sé-qué y ese Barris. Te buscaban, querían saber si podrías...

-¿El qué?

-Tu cefalocromoscopio, el que te costó novecientos dólares y que siempre lo pones cuando llegas a casa... Ernie y Barris han estado hablando del aparato. Trataron de usarlo hoy y no funcionaba. Ni colores, ni trazas cefálicas, ni nada. Así que cogieron el equipo de herramientas de Barris y destornillaron la placa inferior.

-¡Maldita sea! -se indignó Arctor.

-Dicen que alguien lo ha jodido. Saboteado. Hilos cortados y cosas por el estilo... una locura. Partes cortocircuitadas y rotas... Bueno, Barris dijo que trataría de...

-Vuelvo a casa ahora mismo -dijo Arctor, y colgó. Mi mejor aparato, pensó con amargura. Y ese imbécil de Barris manoseándolo. Pero no puedo ir a casa ahora, comprendió. Debo ir a New-Path para ver qué van a hacer.

Era su misión: una orden de obligado cumplimiento.

III

También Charles Freck había estado pensando en visitar New-Path. Las alucinaciones de Jerry Fabin le habían afectado hasta ese punto.

Sentado con Jim Barris en la cafetería Fiddler's Three de Santa Ana, manoseó morosamente su buñuelo cubierto de azúcar.

-Es una decisión muy difícil -dijo-. Allí te hacen el pavo frío, la abstinencia total. Te vigilan día y noche para impedir que te mates o te muerdas un brazo, pero jamás te dan nada. Ni siquiera lo que un médico podría recetar. Valium, por ejemplo.

Barris ahogó la risa y examinó su empanada: una imitación de queso fundido con un sucedáneo de paté y pan orgánico de un tipo especial.

-¿Qué tipo de pan es éste? -preguntó.

-Míralo en el menú -contestó Charles Freck-. Ahí lo explica.

-Si te vas allí experimentarás síntomas que emanan de los fluidos corporales básicos, en concreto los del cerebro. Me refiero a las catecolaminas, como noradrenalina y serotonina. Mira, funciona así: La sustancia M, y en realidad todas las drogas que producen hábito, pero sobre todo la sustancia M, se combina con las catecolaminas de tal forma que la complicación queda confinada a nivel subcelular. Se ha producido una contraadaptación biológica, en cierto sentido irreversible. -Dio un gran bocado a su empanada-. Pensaban que esto sucedía sólo con los narcóticos alcaloides, tales como la heroína.

-Nunca tomo hero. Es un depresivo.

La camarera se acercó a la mesa. Era una rubia de pechos llamativos, muy sexy con su uniforme amarillo.

-Hey -dijo-, ¿todo va bien?

Charles, asustado, alzó la vista.

-¿Eres Patty? -preguntó Barris, haciendo un gesto a Charles para indicarle que no se preocupara.

-No. -La chica señaló el nombre que había sobre su pecho derecho-. Beth.

¿Y cómo se llamará el izquierdo?, pensó Charles.

-La chica que nos sirvió la última vez se llamaba Patty -dijo Barris, contemplando descaradamente a la camarera.

-Pues ya lo *ves*: no soy Patty -replicó ella sin inmutarse.

-Todo va fabulosamente -dijo Barris. Charles Freck pudo ver sobre la cabeza de su amigo un bocadillo de historieta en el que la chica, tras desnudarse, imploraba que la follaran.

-A mí no -intervino Charles-. Tengo un montón de problemas que nadie más tiene.

-Los tiene más gente de la que podrías suponer -dijo Barris en tono sombrío-. Y más gente cada día. Estamos en un mundo enfermo, siempre empeorando. -El bocadillo que había sobre su cabeza iba nublándose.

-¿Os gustaría algo de postre? -preguntó Beth sonriendo.

-¿Cómo qué? -quiso saber el receloso Charles.

-Tenemos pastel de fresa y pastel de melocotón. -Beth volvió a sonreír-. Los hacemos nosotros mismos.

-No, no queremos postre -dijo Charles Freck. La camarera se alejó-. Los pasteles de frutas son para las tías.

-La idea de presentarte tú mismo para rehabilitarte -dijo Barris- te está asustando. Temes que sea una manifestación de síntomas negativos deliberados. Es la droga la que habla por ti, tratando de evitar que vayas a New-Path y que te desentiendas de ella. Mira, todos los síntomas son deliberados, tanto los positivos como los negativos.

-Mierda, entonces -musitó Charles Freck.

-Los negativos emergen como deseos, generados por el conjunto del organismo para forzar a su dueño, a ti en este caso, a buscar frenéticamente...

-Lo primero que te hacen cuando entras en New-Path -interrumpió Charles Freck- es cortarte el aparato. Como lección práctica. Y luego prosiguen en todas direcciones a partir de ahí.

-Después te extirpan el bazo -dijo Barris.

-Ellos te cortan... ¿Para qué sirve eso, el bazo?

-Te ayuda a digerir la comida.

-¿Cómo?

-Eliminando la celulosa que contiene.

-Entonces, supongo que después...

-Sólo alimentos sin celulosa. Ni hojas ni alfalfa.

-¿Cuánto tiempo se puede vivir así?

-Depende de cómo te lo tomes.

-¿Cuántos bazos tiene una persona normal? -Charles sabía que por lo general se tenían dos riñones.

-Depende de su peso y edad -replicó Barris.

-¿Por qué? -Charles Freck empezaba a mosquearse.

-Bueno, van creciendo más bazos conforme pasan los años. Cuando el individuo llega a los ochenta...

-¡Me estás tomando el pelo!

Barris soltó una carcajada. Siempre había tenido una risa extraña, pensó Charles Freck. Una risa irreal, como el sonido de algo quebrándose.

-¿Por qué has decidido someterte a una terapia residencial en un centro de rehabilitación para drogadictos? -preguntó Barris.

-Jerry Fabin.

-Jerry era un caso especial -dijo Barris, con un gesto de rechazo-. Una vez vi a Jerry Fabin tambaleándose y cayéndose, cagándose encima, no sabiendo dónde estaba y tratando de que yo examinara qué tipo de veneno había conseguido... Sulfato de talio, seguramente. Se usa en insecticidas y para matar ratas. Era un timo, alguien que le había engatusado. Conozco diez tipos distintos de toxinas y venenos que podrían...

-Hay otra razón -interrumpió Charles Freck-. Se me está acabando la droga, como tantas otras veces. No puedo soportarlo, siempre vas teniendo menos y nunca sabes si volverás a ver una jodida tableta.

-Bueno, nunca podemos estar seguros de volver a ver otro amanecer.

-Pero... ¡mierda! Me queda muy poca, es cuestión de días. Y, además... Creo que me están robando. No puedo tomarlas tan deprisa. Alguien se las está llevando de mi jodido escondite.

-¿Cuántas tabletas tomas cada día?

-Es muy difícil saberlo. Pero no tantas.

-Ten en cuenta que cada vez las toleras más.

-Desde luego, pero no tantas. No puedo soportar estar de vacío y todo lo que sigue. Por otra parte... -Charles reflexionó-. Creo que tengo un nuevo camello. Esa chica, Donna. Donna no sé qué.

-Ah, sí. La que va con Bob.

-Su mujer -dijo Charles Freck, asintiendo con la cabeza.

-No, jamás ha podido bajarle las bragas. Trata de hacerlo, que es muy distinto.

-¿La chica es de confianza?

-¿En qué sentido? ¿En su trabajo o...? -Barris se llevó una mano a la boca y simuló tragársela.

-¿Qué tipo de sexo es ese? -Lo comprendió perfectamente-. ¡Ah, sí! A eso me refiero.

-Muy de confianza. Un poco tonta. Como es de esperar con las chicas, especialmente con las morenas. Tiene el cerebro entre las piernas, igual que la mayoría de ellas. Quizá guarde allí su mercancía. -Barris rió entre dientes-. O toda la mercancía de su proveedor, quién sabe.

Charles Freck se inclinó hacia su amigo.

-¿Arctor nunca se ha cepillado a Donna? Siempre habla como si lo hubiera hecho.

-Así es Bob Arctor. Habla como si hiciera muchas cosas. Pero no es lo mismo que hacerlas, no lo es.

-¿Cómo es que nunca se ha acostado con ella? ¿No puede ponerse en forma?

-Donna tiene problemas -contestó Barris con aire pensativo. Seguía jugueteando con la empanada, ya partida en trocitos-. Quizá por culpa de la droga. Le fastidia que la toquen... Los drogadictos pierden el interés en el sexo, porque sus órganos se entumecen con la vasoconstricción. Y Donna, lo he observado, muestra una excesiva incapacidad para excitarse sexualmente, hasta un punto poco normal. No con Arctor solamente, sino también con... -Se interrumpió y torció el gesto-. También con otros hombres.

-Mierda, lo que quieres decir es que no se dejará camelar.

-Sí que se dejará, si se la trata adecuadamente. Por ejemplo... -Barris adoptó una expresión misteriosa-. Puedo explicarte cómo seducirla por noventa y ocho centavos.

-No quiero seducirla. Sólo hacerle compras. -Charles se sintió molesto. Siempre había algo en Barris que le producía mal de estómago-. ¿Por qué noventa y ocho centavos? Ella no aceptaría dinero, no quiere trucos. Además, es la chica de Bob.

-El dinero no iría a parar directamente a ella -explicó Barris con su característica precisión y educación. Se inclinó hacia Charles Freck. Los peludos orificios de su nariz temblaban de satisfacción y malicia. Y no sólo eso: sus gafas de sol, teñidas de verde, se habían empañado-. Donna toma coca. No hay duda de que abrirá sus piernas a cualquiera que le de un gramo de coca. Sobre todo si se añade a la droga ciertos productos químicos especiales de un modo estrictamente científico que me ha costado mucho trabajo descubrir.

-Me gustaría que no hablarás de esa forma. De ella. Mira, de todas maneras un gramo de coca cuesta ahora cien dólares. ¿Quién tiene ese dinero?

-Escucha -dijo Barris, ahogando un estornudo-. Sin contar el trabajo, sólo los ingredientes, puedo obtener un gramo de cocaína pura por un coste inferior a un dólar.

-Y una mierda.

-Te lo demostraré.

-¿De dónde sacas los ingredientes?

-Del 7-11. -Barris se puso en pie con torpeza. Tan excitado estaba que se olvidó de los trozos de empanada que le quedaban-. Paga la cuenta y te lo mostraré. Tengo un laboratorio en casa, un laboratorio provisional hasta que pueda montarme otro mejor. Podrás verme extraer un gramo de cocaína de sustancias normales y legales compradas a la luz del día en el 7-11 por menos de un dólar. -Se dirigió hacia la salida-. Vamos. -Su voz era apremiante.

-Enseguida -contestó Charles. Recogió la nota y le siguió.

Está majareta, pensó. O quizá no. Con todos esos experimentos químicos que hacía, y leyendo y leyendo en la biblioteca del condado... quizás haya algo de verdad. Pensemos en los beneficios, se dijo. ¡Pensemos en todo lo que podríamos solucionar!

Apretó el paso. Barris pasó la caja de la cafetería, sacando de un bolsillo de su mono de mecánico las llaves de su Karmann Ghia.

Se detuvieron en el aparcamiento del 7-11, salieron del coche y penetraron en el establecimiento. Como siempre, un polizonte imponente y estúpido estaba en pie ante el mostrador de la entrada, simulando hojear una revista porno. Pero en realidad, como Charles Freck sabía perfectamente, el poli vigilaba a todos los que entraban en la tienda, para ver si trataban de cometer un robo.

-¿Qué vamos a comprar aquí? -preguntó a Barris que, con toda naturalidad, paseaba entre las hileras de alimentos.

-Un spray. De Solarcaína.

-¿Un spray para las quemaduras de sol? -Charles Freck no creía que todo aquello estuviera sucediendo realmente, aunque por otra parte, ¿quién podía asegurarlo? Siguió a Barris hasta el mostrador. Al fin y al cabo, esta vez pagaba Barris.

Compraron el spray de Solarcaína, pasaron junto al policía y volvieron al coche. Barris salió del aparcamiento a toda prisa y lanzó el vehículo a lo largo de la calle, ignorando las señales de velocidad máxima. Se detuvo ante la casa de Bob Arctor. Frente a la puerta, sobre la hierba crecida, había periódicos viejos que nadie había recogido.

Barris salió del coche y cogió del asiento trasero algunos objetos de los que colgaban cables. Charles Freck pudo ver un voltímetro, otro aparato electrónico de medidas y un soldador.

-¿Para qué es eso? -preguntó.

-Tengo un largo y arduo trabajo por delante -contestó Barris, llevando todos los aparatos y el spray de Solarcaína hasta la puerta principal. Entregó la llave a Charles-. Y es probable que no gane ni un centavo, como siempre.

Charles Freck abrió la puerta y ambos entraron en la casa. Dos gatos y un perro les rodearon entre sonidos de ansiedad. Los dos hombres los apartaron cuidadosamente con las botas.

Barris había montado un extraño laboratorio en la parte trasera del pequeño comedor. Semana tras semana había acumulado botellas y trastos de todos los tipos, objetos que aparentaban no valer nada y que había birlado de diversos lugares. Charles Freck sabía que Barris, por lo que le habían dicho, creía más en el ingenio que en la amplitud de medios. Barris predicaba que una persona debía ser capaz de usar lo primero que tuviera a mano para conseguir sus objetivos. Una chincheta, un clip, una parte de algún aparato que se hubiera roto o al que le faltaran otras partes... Charles Freck tuvo la impresión de que una rata se había instalado allí y realizaba experimentos con cosas apreciadas por su género.

La primera parte del plan de Barris consistía en hacer una bolsa de plástico con el rollo que había junto al fregadero y verter en ella el contenido del spray hasta que ya no quedara nada en el bote, o al menos hasta agotar el gas del mismo.

-Esto es increíble -opinó Charles Freck-. Superincreíble.

-Lo que han hecho deliberadamente -explicó Barris, muy alegre mientras trabajaba- es mezclar la cocaína con aceite, de modo que la droga no pueda extraerse. Pero con mis conocimientos de química sé con precisión cómo separar ambas cosas. -Agitó vigorosamente un salero sobre el líquido viscoso de la bolsa. Luego la vació en una jarra de vidrio-. Estoy congelando la mezcla -anunció sonriente-. Los cristales de cocaína subirán hasta la superficie, puesto que son más ligeros que el aire. Que el aceite, quiero decir. El paso final es mi secreto, claro, pero se basa en un complicado y metódico proceso de filtraje. -Abrió el congelador de la nevera y metió la jarra con extremo cuidado.

-¿Cuánto tiempo ha de estar ahí?

-Media hora. -Barris sacó uno de sus cigarrillos liados a mano, lo encendió y se acercó al montón de aparatos electrónicos de medida. Se quedó allí, meditando y restregándose la barba.

-Bueno, ya veo -dijo Charles Freck-. Pero, mira, aunque obtengas un gramo de cocaína pura, no puedo usarlo con Donna para... bueno, ya me entiendes, para que se baje las bragas a cambio. Es como comprarla. Sí, es comprarla.

-Un intercambio -corrigió Barris-. Tú le haces un regalo y ella otro a ti. El mejor regalo que puede hacer una mujer.

-Ella se daría cuenta de que la están comprando. -Sabía lo bastante de Donna para adivinar su reacción: la chica comprendería la jugada al momento.

-La cocaína es un afrodisíaco -murmuró Barris como si hablara consigo mismo. Estaba colocando el equipo de medida junto al cefalocromoscopio de Bob Arctor, la posesión más cara de Bob-. En cuanto Donna aspire una buena dosis estará encantada de entregarse.

-Mierda, tío -protestó Charles Freck-. Estás hablando de la chica de Bob Arctor. Es mi amigo y el tipo con el que vivís Luckman y tú.

Barris alzó por un instante su peluda cabeza para escrutar a Charles.

-Hay muchas cosas sobre Bob Arctor que tú desconoces -dijo-. Que ninguno de nosotros sabe. Tu punto de vista es simplista e ingenuo. Crees de él lo que quieres que Bob crea.

-Es un tío fabuloso.

-Sí -admitió Barris sonriendo-. No hay duda de ello. Uno de los mejores del mundo. Pero yo, y todos los que conocemos muy bien a Arctor, hemos

descubierto en él algunas contradicciones. Tanto en su personalidad como en su conducta. En su conexión total con la vida. En su, digamos, estilo innato.

-¿Qué has descubierto, en concreto?

Los ojos de Barris se movieron de un lado a otro detrás de sus gafas verdes.

-El movimiento de tus ojos no me dice nada -dijo Charles-. ¿Qué le ocurre al cefaloscopio? ¿Por qué estás trabajando con él? -Se aproximó al aparato.

-Dime lo que observas ahí, bajo el alambrado -contestó Barris al tiempo que inclinaba el chasis central.

-Veo hilos cortados. Y muchos cortocircuitos que parecen deliberados. ¿Quién lo hizo?

Los ojos de Barris, expertos y risueños, siguieron danzando con especial deleite.

-Ese maldito gesto no me dice una puñetera mierda -protestó Charles Freck-. ¿Quién estropeó el aparato? ¿Cuándo sucedió? ¿Acabas de descubrirlo? Arctor no me dijo nada la última vez que nos vimos, y eso fue anteayer.

-Quizá no estaba preparado aún para hablar de esto.

-Escucha; por todo lo que veo, no haces más que hablarme de misterios. Creo que me iré a una de las residencias New-Path, me internaré y aceptaré el pavo frío y la terapia, el juego destructivo que a ellos les gusta. Estaré con esos tipos día y noche y no tendré que soportar chalados misteriosos como tú, absurdos e incomprensibles. Me doy cuenta de que el cefaloscopio está jodido, pero tú no me explicas nada. ¿Tratas de decirme que lo hizo el mismo Bob Arctor? ¿Qué ha jodido un aparato de tanto valor y que, además, era suyo? ¿Es eso o no? ¿De qué me estás hablando? Me gustaría estar viviendo en New-Path, sin tener que soportar cada día esta mierda absurda que no comprendo. Sin tener que aguantarte ni a ti ni a cualquier chalado tan flipado como tú. -Echaba fuego por los ojos.

-No estropeé esta unidad transmisora -respondió un expectante Barris que se retorcía las patillas-. Y dudo mucho de que Ernie Luckman lo hiciera.

-Dudo mucho de que Ernie Luckman estropeara nada en toda su vida, a no ser aquella vez que se flipó con ácido malo y arrojó por la ventana la mesita del cuarto de estar y todo lo que encontró en el apartamento que tenían él y esa chica, Joan. Eso es diferente. Lo normal es que Ernie sepa muy bien lo que hace, más que todos nosotros. No, Ernie nunca sabotearía el cefaloscopio de otra persona. Y Bob Arctor... Es su aparato, ¿no? ¿Por qué levantarte a escondidas, a medianoche, sin darte cuenta, y hacer esto, estropear tu propio aparato? Esto lo hizo alguien que quería fastidiarle. Esa es la explicación. -Y ese alguien fuiste tú, hijo de puta, pensó Charles. Sabías cómo hacerlo. Y eres lo bastante asqueroso como para hacer una cosa así-. La persona que lo hizo debería estar en una clínica para afásicos o en chirona. En mi opinión, mejor en chirona. En realidad, Bob siempre utilizaba este cefaloscopio Alpec para olvidarse de todos sus problemas. Puedo verle conectándolo una y otra vez, en cuanto llega a casa por la noche, en cuanto entra por esa puerta, en cuanto vuelve de trabajar. Toda persona tiene un tesoro. Y este era el de Bob. Así que no puedo creer que él lo hiciera. ¡Mierda, tío! Eso es lo que te digo.

-Y es lo que yo quería decir.

Librodot

-¿Qué es lo que tú querías decir?

-En cuanto llega a casa por la noche, en cuanto vuelve de trabajar. -repitió Barris-. Hace ya tiempo que me pregunto para quién trabaja Bob. ¿En qué tipo de organización trabaja? ¿Por qué no puede explicárnoslo?

-Trabaja para el jodido Blue Chip Redemption Stamp Center de Placentia -replicó Charles Freck-. Me lo dijo una vez.

-¿Y qué hace allí?

-Pinta los sellos de color azul. -Charles Freck suspiró. No había duda: Barris no le gustaba. Ojalá estuviera en cualquier otra parte, obteniendo droga de la primera persona que viera o llamara por teléfono. Quizá debía irse de allí, pensó. Pero inmediatamente recordó la jarra de aceite y cocaína que estaba congelándose en la nevera: cien dólares de beneficio a cambio de noventa y ocho centavos-. Escucha, Barris, creo que me estás tomando el pelo. ¿Cuándo estará lista la coca? Además, estoy pensando que la gente de Solarcaína no vendería tan baratos sus productos si hubiera un gramo de cocaína pura en ellos. ¿Qué beneficios iban a obtener?

-Sus ventas son enormes.

Charles Freck se sumió en una fantasía mental: camiones repletos de cocaína descargando la mercancía en la factoría Solarcaína, en cualquier parte del mundo que estuviera. Quizás en Cleveland. Camiones vertiendo coca pura, sin adulterar, sin cortar, de primera clase, en un extremo de la factoría. Y allí la mezclaban con aceite, gas inerte y otras porquerías, para envasarla a continuación en pequeños botes que luego se amontonarían en los millares de establecimientos de la cadena 7-11, droguerías y supermercados. Lo que deberíamos hacer, pensó, es asaltar uno de esos camiones, apoderarnos de toda la carga. Tres o cuatrocientos kilos... ¡Qué narices, mucho más! ¿Qué carga puede llevar un camión?

Barris le mostró el vacío envase de Solarcaína para que lo inspeccionara. Llamó su atención sobre la etiqueta del spray, en la que se enumeraban todos los componentes.

-¿Lo ves? -dijo Barris-. Benzocaína. Hay muy poca gente que sepa que se trata de un nombre comercial de la cocaína. Si ellos hablaran de cocaína en la etiqueta, todo el mundo se enteraría y acabarían haciendo lo mismo que yo hago. Pero la gente no está lo bastante educada como para comprenderlo. Es precisa una instrucción científica, y yo la tengo.

-¿Y qué piensas hacer con tus conocimientos? -preguntó Charles Freck-. Quiero decir, aparte de poner caliente a Donna Hawthorne.

-Pienso escribir un best-seller. Con el tiempo. Un libro para el ciudadano medio en el que explicaré la forma de obtener droga a domicilio sin quebrantar la ley. ¿Lo comprendes? Todo esto no va contra la ley. La benzocaína es legal. Telefoneé a una farmacia y lo pregunté al dueño. Es un producto que está en un montón de fármacos.

-¡Jo! -exclamó el impresionado Charles Freck. Miró su reloj de pulsera para saber cuánto tiempo debería esperar todavía.

Hank, el señor F., había ordenado a Bob Arctor que inspeccionara los centros residenciales New-Path. Se trataba de localizar a un importante traficante al que Bob había estado investigando. Pero el individuo se había esfumado de la noche a la mañana.

Era un hecho frecuente el que un traficante, advirtiendo que estaba a punto de ser detenido, se refugiara en alguno de los centros de rehabilitación

para drogadictos, tales como Synanon, Center Point, X-Kalay y New-Path. El individuo se presentaba como un adicto que buscaba ayuda y, una vez internado, su cartera, su nombre y todo lo que pudiera identificarlo desaparecía. Así se preparaba una nueva personalidad no orientada hacia las drogas. En este proceso de reorientación los defensores de la ley perdían la mayor parte de las pistas que podrían llevarles a la localización del sospechoso. Con el tiempo, cuando la investigación perdía fuerza, el traficante abandonaba el centro y reasumía sus actividades normales.

¿Cuántos casos así existían? Nadie lo sabía. El personal de los centros de rehabilitación trataba de averiguar cuándo se los utilizaba de tal modo, pero no siempre lo descubrían. Un traficante temeroso de que lo encarcelaran por cuarenta años estaba lo suficientemente motivado como para inventarse una buena historia que convenciera al personal del centro de rehabilitación. La desesperación del individuo era más real que fingida.

Bob Arctor, conduciendo lentamente por Katella Boulevard, buscó el letrero y el edificio de madera de New-Path. El local había sido una vivienda particular en otros tiempos, pero ahora lo regentaba el activo personal que trabajaba en esta zona tratando de rehabilitar a los drogadictos. A Bob no le gustaba la idea de presentarse allí como un toxicómano en demanda de ayuda, pero no tenía otra alternativa. Si se identificaba como agente de narcóticos que iba en busca de alguien, los del centro de rehabilitación -o la mayoría de ellos- evadirían todas las preguntas. Era su línea de acción. No querían que la policía se metiera en sus asuntos. Y Bob era capaz de simpatizar con esa línea, apreciar su valor. Se suponía que los ex-adictos estaban finalmente a salvo. En realidad, el personal del centro acostumbraba a garantizar oficialmente la seguridad de los internados. Por otra parte, el traficante que buscaba era un canalla de renombre y el hecho de que usara los centros de rehabilitación para despistar a la policía no favorecía los intereses de nadie. Bob no vio otra alternativa, ni para él ni para el señor F., el hombre que en un principio le había asignado el caso de Negro Weeks. Este tipo, Weeks, había sido el objetivo principal de Arctor durante un período de tiempo interminable, sin haber obtenido resultado alguno. Y ahora, en los últimos diez días, Weeks había desaparecido del mapa.

Bob divisó el cartel y dejó el coche en el pequeño aparcamiento que aquel establecimiento concreto de New-Path compartía con una panadería. Recorrió el camino que llevaba a la entrada principal haciendo su numerito de tipo apesadumbrado y miserable, con el paso vacilante y las manos crispadas dentro de los bolsillos.

Al menos el departamento no le había culpado de perder la pista de Negro Weeks. Oficialmente se consideraba el hecho como una prueba de la astucia de Weeks. Técnicamente hablando, Weeks era un proveedor más que un traficante: compraba lotes de droga dura en Méjico, a intervalos regulares, que llegaban a alguna parte de Los Ángeles y se repartían entre los compradores. El método que seguía Weeks para pasar el cargamento por la frontera era excelente: ocultaba la droga bajo el chasis del coche de algún tipo honrado que le precedía en la carretera, lo seguía hasta llegar al lado americano y lo mataba a la primera oportunidad. Si la patrulla fronteriza de los Estados Unidos descubría la droga en su escondite, no era Weeks el detenido, sino el tipo honrado. En California la posesión se determinaba *prima facie*. Una verdadera desgracia para el honrado, su esposa e hijos.

Librodot

Bob reconocía a Weeks en cuanto lo veía, mejor que a cualquier otra persona a la que vigilara en su trabajo secreto para el condado de Orange. Era un negro gordo, treinta y pico de años, que hablaba de forma muy característica, con lentitud y elegancia, como aprendida de memoria en alguna escuela inglesa de pega. Pero la verdad es que Weeks procedía de los barrios bajos de Los Ángeles. Lo más probable es que hubiera aprendido su dicción utilizando educassettes alquiladas en alguna biblioteca universitaria.

Weeks gustaba vestir de un modo sobrio pero elegante, dando la impresión de que era médico o abogado. Era frecuente verle con un maletín de piel de cocodrilo, muy caro, y gafas con montura de carey. Solía ir armado con una escopeta de cañón corto y culata de pistola, construida a la medida en Italia; un arma magnífica y elegante. Pero en New-Path no tenía cabida toda esa elegancia. Le habrían dado la ropa normal para que fuera vestido como cualquier otra persona, y su maletín estaría oculto en algún armario.

Arctor abrió la sólida puerta de madera y entró.

Un vestíbulo sombrío y, a su izquierda, una sala con tipos leyendo. En el extremo opuesto una mesa de ping-pong y una cocina. Había carteles en las paredes, algunos de imprenta y otros hechos a mano: EL ÚNICO FALLO ES FALLAR A OTROS y cosas por el estilo. Pocos ruidos, escasa actividad. New-Path manejaba diversos negocios menores, y era probable que la mayoría de los residentes, hombres y mujeres, estuvieran trabajando en sus peluquerías, gasolineras y fábricas de bolígrafos. Bob aguardó allí con aire cansado.

-¿Sí? -Apareció una chica, bonita, vistiendo una cortísima falda de algodón azul y una blusa de manga corta. Sobre esta prenda y entre los dos pezones de la mujer se leía NEW-PATH.

-Yo... -dijo Arctor con voz ronca y confusa-. Estoy desequilibrado. No sé lo que hago. ¿Puedo sentarme?

-Desde luego. -La chica hizo un gesto con la mano y aparecieron dos tipos de aspecto vulgar e impasible-. Acompañadle para que se siente en algún sitio y traedle café.

Qué asco, pensó Arctor mientras los dos tipos le conducían a un mullido sofá de apariencia descuidada. Paredes lúgubres. Igual que los cuadros, regalados y de escasa calidad. Pero aquella gente subsistía gracias a donaciones, les resultaba difícil conseguir una subvención.

-Gracias -dijo estremeciéndose, como si fuera un alivio tremendo estar allí y sentado-. ¡Huau! -Trató de arreglarse el pelo, simuló no poder hacerlo y desistió.

-Tu aspecto es desastroso -intervino la chica, con voz firme y mirándole fijamente.

-Sí -convinieron los dos tipos a la vez, en un tono sorprendentemente vivaz-. Auténtica basura. ¿Qué has estado haciendo? ¿Nadando en tu propia mierda?

Arctor parpadeó.

-¿Quién eres? -preguntó uno de los tipos.

-Ya puedes ver lo que es -contestó el otro-. Algún desecho del cubo de la basura. Fíjate. -Señaló el pelo de Arctor-. Piojos. Por eso te pica, tío.

-¿Para qué has venido aquí? -La chica habló con tranquilidad, sin hacer caso a los otros dos, pero no de modo amistoso.

Porque tenéis oculto un pez gordo, pensó Arctor. Y aquí está la policía. Y sois estúpidos, todos vosotros. Pero no expresó sus pensamientos en voz alta, sino que, en el tono lastimoso que los demás esperaban, dijo:

-Usted dijo que...

-Sí, te daremos café. -La chica hizo un rápido gesto de cabeza, y uno de los tipos corrió sumisamente hacia la cocina.

Un silencio. Luego la chica se inclinó y tocó una rodilla de Arctor.

-Te sientes muy mal, ¿verdad? -dijo dulcemente. Bob sólo pudo asentir con la cabeza-. Vergüenza y cierto disgusto por tu estado actual.

-Sí -admitió Bob.

-Te fastidia haberte convertido en una piltrafa. Una letrina. Día tras otro inyectándote el trasero, todo tu cuerpo, con...

-Ya no aguanto más -interrumpió Arctor-. Este sitio es la única esperanza que me queda. Creo que un amigo mío está aquí, me dijo que vendría. Un negro. Pasa de los treinta, es educado, muy atento y...

-Verás más tarde a la familia. Si es que se te permite el ingreso. Compréndelo, has de reunir los requisitos. Y el primero es que tu necesidad sea sincera.

-Lo es. Muy sincera.

-Para entrar aquí has de estar muy mal.

-Lo estoy.

-¿Estás muy viciado? ¿Qué cantidad tomas?

-Una onza diaria.

-¿Pura?

-Sí. La tengo en un azucarero, encima de una mesa.

-Será muy duro, durísimo. Destrozarás la almohada a mordiscos todas las noches, y cuando te despiertes encontrarás plumas por todas partes. Sufrirás ataques y se te llenarán los labios de espuma. Y te ensuciarás como si fueras un animal enfermo. ¿Estás dispuesto a pasar por eso? Ya puedes imaginarte que aquí no te daremos nada.

-Es igual, tampoco tengo -dijo Arctor. Aquello era un asco y se sentía intranquilo e irritado-. Mi amigo, el negro, ¿ha venido aquí? Espero que no le detuviera la bofia antes de llegar... Estaba tan chafado... ¡Jo! Apenas podía navegar. El pensaba que...

-En New-Path no hay relaciones de individuo a individuo, ya te darás cuenta.

-Sí, pero, ¿está aquí? -insistió Arctor. Sabía que estaba perdiendo el tiempo. Jesús, pensó, esto es peor que lo que les hacemos en chirona. Y la tía no va a decir ni pío. Es su forma de actuar. Igual que un muro de acero. En cuanto te metes en uno de estos sitios estás muerto para el resto del mundo. Es posible que Negro Weeks esté al otro lado del tabique, escuchando y meándose de risa, o que no esté aquí o yo que sé. Ni una orden judicial arreglaría nada; nunca ha dado resultado. El personal de estos centros sabe hacerse el remolón, poner obstáculos hasta que el tipo buscado por la policía se escabulla por una puerta lateral o se arroje a la caldera del sótano. No es extraño: todo el personal fue drogadicto en otros tiempos. Y a la ley no le complace la idea de hacer una redada en un centro de rehabilitación: los alaridos de la opinión pública serían incesantes.

Ya es hora de que renuncie a Negro Weeks, decidió Arctor, de que me lave las manos. No me extraña que no me hubieran enviado antes aquí. Estos tipos son desagradables. Y luego pensó: Por lo que a mí respecta,

acabo de perder mi trabajo principal por tiempo indefinido. Negro Weeks ha dejado de existir.

Informaré al señor F., siguió pensando, y esperaré una nueva misión. ¡Al infierno con esto! Se puso en pie y dijo:

-Me voy.

En aquel momento regresaban los dos tipos, uno con una taza de café y otro cargado de libros, al parecer de tipo educativo.

-¿Te rajas? -dijo la chica en tono arrogante y despreciativo-. ¿No tienes valor para tomar una decisión? ¿Para quitarte la porquería que llevas encima? Te arrastrarás por el suelo en cuanto salgas de aquí. -Las tres personas le contemplaban, con furia.

-Ya volveré -dijo Arctor. Se dirigió hacia la salida.

-Jodido drogadicto -oyó que decía la chica a sus espaldas-. No tienes valor, chalado, no tienes nada. Arrástrate como una serpiente. Es tu decisión.

-Volveré -insistió Arctor, picado en su amor propio. Aquel ambiente le oprimía, y más ahora que se iba de allí.

-No queremos que vuelvas, cobarde -dijo uno de los tipos.

-Tendrás que pedirlo de rodillas -añadió el otro-. Tendrás que suplicar mucho, y aun así puede que no te dejemos entrar.

-A decir verdad, no queremos que vuelvas. Vete ahora mismo y para siempre -intervino la chica.

Arctor se detuvo junto a la puerta y se encaró con sus acusadores. Quiso decir algo pero, pese a todos sus esfuerzos, no lo logró. Le habían dejado la mente en blanco.

Su cerebro se negó a funcionar. Ni pensamientos, ni respuestas... Nada, ni siquiera una tenue idea le vino a la cabeza.

Extraño, pensó. Estaba confundido.

Salió del edificio y se dirigió a su coche.

Por lo que a mí respecta, meditó, Negro Weeks ha desaparecido para siempre. No pienso volver a uno de estos lugares.

Asqueado, decidió que era el momento de pedir otra misión. De ir tras otra persona.

Son más rudos que nosotros.

IV

Oculta en su monotraje mezclador, la masa difusa que respondía al nombre de Fred se encaró con otra masa difusa denominada Hank.

-Donna, Charles Freck y... veamos... -El monótono tono metálico de Hank se interrumpió-. Bien, y también se ha encargado de Jim Barris. -Hank tomó una nota en el cuaderno que tenía delante-. Y usted cree que Doug Weeks ha muerto o no se encuentra en esta zona.

-O se oculta y está inactivo -añadió Fred.

-¿Ha oído a alguien mencionar este nombre: Earl o Art De Winter?

-No.

-¿Qué me dice de una tal Molly? Una mujerona.

-Nada.

-¿Y sabe algo de un par de negros, hermanos, de unos veinte años, apellidados Hatfield o algo parecido? Es posible que estén traficando con bolsas de heroína de una libra.

-¿Bolsas de heroína de una libra? ¿*De una libra*?

-Así es.

-No -contestó Fred-. No me olvidaría de una cosa así.

-Un tipo de nacionalidad y apellido suecos. Alto. Estuvo en chirona y tiene un retorcido sentido del humor. De aspecto imponente, aunque es delgado. Maneja mucho dinero, tal vez procedente del último cargamento que llegó a principios de este mes.

-Averiguaré lo que pueda -dijo Fred-. Libras de heroína. -Agitó la cabeza. O mejor dicho, fue la masa difusa la que hizo el gesto. Hank estaba examinando sus notas holográficas.

-Bien, este se encuentra en prisión. -Contempló una foto durante un instante y luego leyó la nota que había detrás-. No, este ha muerto. Tienen el cadáver abajo. -Prosiguió su examen. Iba pasando el tiempo-. ¿Cree que esa tal Jora pueda estar puteando por ahí?

-Lo dudo. -Jora Kajas tenía sólo quince años, pero ya se había hecho adicta a la sustancia M inyectable. Vivía en Brea, en una buhardilla de los barrios bajos cuya única fuente de calor era el calentador de agua. Sus ingresos procedían en su totalidad de una beca escolar concedida por el Estado de California. Por lo que Fred sabía, la chica no había asistido a clase desde hacía seis meses.

-Si lo hace, hágamelo saber enseguida. En ese caso buscaríamos a los padres.

-De acuerdo.

-Muchacho, los quinceañeros van cuesta abajo a toda velocidad. Estuvo aquí una mujer, el otro día... Parecía tener cincuenta años. Cabello escaso y canoso, dentadura incompleta, ojos hundidos, brazos que semejaban palillos... Le preguntamos qué edad tenía y contestó: «Diecinueve años». Lo comprobamos. «¿Sabes la edad que aparentas?», preguntó una matrona. «Mírate al espejo». Así lo hizo la chica, y luego se puso a llorar. Yo le pregunté cuánto tiempo hacía que se inyectaba.

-¿Un año? -aventuró Fred.

-Cuatro meses.

-Están vendiendo una mercancía muy mala en estos momentos -dijo Fred, tratando de borrar la imagen de la chica, a sus diecinueve años y cayéndosele el pelo-. La cortan con una porquería peor que la normal.

-¿Sabe cómo se vició? Sus dos hermanos estaban metidos en la droga. Una noche entraron en el dormitorio de la chica, la sujetaron y le pusieron una inyección. Después la violaron. Los dos. Supongo que para introducirla en una nueva vida. Cuando la trajimos aquí llevaba varios meses pendoneando.

-¿Dónde están esos tipos ahora? -Fred pensó que podía ocuparse de ellos.

-Cumpliendo seis meses de cárcel por tenencia de droga. Además, la chica contrajo sífilis, hace poco, y no lo comprende. Es algo terrible para ella, pero sus hermanos creen que todo fue muy divertido.

-Unos tipos fabulosos -fue el irónico comentario de Fred.

-Voy a contarle un caso que le impresionará, estoy seguro. ¿Sabe usted que ingresaron tres bebés en el Fairfield Hospital y que deben ser inyectados

Librodot

con heroína todos los días? Son demasiado jóvenes para soportar la abstinencia, ¿comprende? Una enfermera trató de...

-Sí, esto me impresiona -dijo Fred en su rutinario tono de voz-. No hace falta que prosiga, gracias.

-Cuando se piensa que niños recién nacidos son adictos a la heroína porque...

-Por favor, no siga -rogó la masa difusa llamada Fred.

-Dígame, ¿cómo habría que castigar a una madre que suministra a su hijo recién nacido una pequeña dosis de heroína para calmarlo, para evitar que llore? ¿Una noche en la casa de Caridad del condado?

-Algo así -contestó la otra masa difusa-. Quizás un fin de semana, igual que se hace con los borrachos. A veces me gustaría saber cómo volverme loco. Pero lo he olvidado.

-Es un arte perdido -comentó Hank-. Tal vez exista un manual de instrucciones al respecto.

-Hubo una película, hacia 1970. Se llamaba *French Connection*, y se desarrollaba en torno a un equipo de dos hombres, dos policías dedicados al tráfico de heroína. En el momento que llegaban a su objetivo, uno de ellos se volvía loco y empezaba a disparar contra toda persona que se le pusiera por delante, incluyendo a sus superiores. El protagonista no distinguía a unos de otros.

-Entonces me alegro de que no sepa quién soy. Podría alcanzarme por accidente.

-Es igual -dijo Fred-. Llegará un día en que nos alcanzarán a los dos, a usted y a mí.

-Será un alivio, un verdadero alivio. -Hank continuó examinando sus holonotas-. Jerry Fabin. Bueno, podemos descartarle. Inútil total. Los muchachos de abajo dicen que Fabin habló con los agentes que le conducían a la clínica. Les explicó que un hombrecillo de apenas un metro de alto, sin piernas, montado en un carro, le había estado persiguiendo día y noche. Pero nunca se lo contó a nadie porque temía que la gente se espantaría, se alejaría de él, y entonces se quedaría sin amigos, sin nadie con quien poder hablar.

-Sí -admitió estoicamente Fred-. Fabin está acabado. Vi el electroencefalograma de la clínica. Podemos olvidarnos de él.

Siempre que se reunía con Hank para darle informes experimentaba un profundo cambio interno. Normalmente lo advertía después de la entrevista. Pero durante el tiempo que hablaba con su superior, y por alguna razón desconocida, asumía ante él una actitud comedida, objetiva. Durante ese tipo de sesiones, todo lo que saliera a relucir, fuera lo que fuese, carecía de significado emotivo para él.

Al principio habría creído que la explicación residía en los monotrajes mezcladores que Hank y él empleaban y que les impedían percibirse mutuamente en el aspecto físico. Más tarde supuso que las vestimentas eran algo secundario, que lo importante era la situación considerada en sí misma. Hank, de una forma deliberada, basada en motivos profesionales, reducía el calor, la excitación normal que podía esperarse en reuniones de ese tipo. Enfado, tolerancia, ira, comprensión... Ningún tipo de emociones fuertes servía para nada, a ninguno de los dos. Hablaban de crímenes, crímenes graves perpetrados por personas con las que Fred convivía, e, incluso, como el caso de Donna y Luckman, por gente apreciada por él. Y así las cosas,

¿qué utilidad podían tener las emociones? Fred debía mostrarse neutral. Ambos hablaban de modo natural y con toda la objetividad posible. Con el paso del tiempo, comportarse así le resultó cada vez más fácil. No necesitaba prepararse para la reunión. Pero cuando terminaba la entrevista sus sentimientos se desbocaban.

Indignación ante todo lo que había presenciado, horror al recordarlo: conmoción. Representaciones monstruosas, irresistibles, para las que no estaba preparado. Y dentro de su cabeza un sonido que siempre pecaba de excesivo volumen.

Pero nada sucedía mientras estaba frente a Hank. En teoría, podía describir todo lo que había presenciado sin inmutarse. O escuchar cualquier cosa que le contara Hank.

Por ejemplo, podía decir de repente: «Donna tiene el hígado desecho y utiliza su jeringuilla para destruir a todos sus amigos, a todos los que puede. Lo mejor sería dar una paliza a Donna hasta que no tenga ganas de seguir así». Su propia chica... *siempre y cuando* él hubiera presenciado esos hechos o los supiera a ciencia cierta. O bien: «Donna sufrió una vasoconstricción general. Ingirió un alucinógeno similar al LSD y la mitad de los vasos sanguíneos de su cerebro quedaron bloqueados». O también podía decir: «Donna ha muerto». Y Hank tomaría notas antes de preguntar: «¿Quién vendió la mercancía a esa chica? ¿Dónde la fabrican?». O quizá preguntaría: «¿Dónde es el entierro? Habrá que fichar a todos los que asistan». Y su superior discutiría el asunto con toda tranquilidad.

Así era Fred. Pero luego Fred se convertía en Bob Arctor. El cambio se producía en la calle, en algún lugar situado entre la pizzería y la gasolinera Arco (veinticinco centavos litro en la actualidad). Y el terrible colorido de la transformación se filtraba por todo su ser, tanto si le gustaba como si no.

Siendo Fred, las pasiones quedaban mitigadas. Bomberos, médicos y enterradores pasaban por un proceso similar en su trabajo. Ninguno de ellos saltaba y gritaba. Para sentir la realidad debían quitarse el uniforme, tanto el de expertos en su profesión como el de seres inhumanos. Un individuo no posee tanta energía.

No es que Hank le obligara a ser insensible, sino que le *permitía* ser así. Por su propio bien. Era un detalle apreciado por Fred.

-¿Qué hay de Arctor? -preguntó Hank.

Oculto en su monotraje mezclador, Fred facilitaba informes sobre diversas personas, incluyéndose a sí mismo. Tenía que hacerlo. En caso contrario, su superior -y a través de él todo el aparato de la ley- sabría la verdadera personalidad de Fred, con monotraje mezclador o sin él. La información iría circulando y no pasaría mucho tiempo antes de que él, Bob Arctor, sentado en su casa, fumando y tomando droga con los otros drogadictos, descubriera que un hombrecillo de apenas un metro de alto, montado en un carro, le seguía a todas partes. Y no se trataría de una alucinación, como en el caso de Jerry Fabin.

-Arctor no hace nada del otro mundo -dijo Fred. Siempre hablaba en términos similares-. Sigue con su empleo en el Blue Chip Stamp, se toma algunas tabletas de muerte cortada con meta...

-No estoy seguro. -Hank mostró una determinada hoja de papel-. Aquí tengo un informe, facilitado por un tipo que por lo general es de fiar. Dice que Arctor tiene bastante más dinero del que le pagan en el Blue Chip Redemption Center. Llamamos por teléfono y preguntamos cuál era el salario

de Arctor. Más bien escaso. Seguimos preguntando por qué ganaba tan poco y descubrimos que el tipo no trabaja allí la jornada completa.

-Esto sí que es bueno. -Fred comprendió con tristeza que el dinero de sobra procedía, evidentemente, de su trabajo como agente secreto. Todas las semanas recibía billetes pequeños a través de una máquina automática de bebidas situada en un bar restaurante mejicano de Placentia. En esencia se trataba de gratificaciones por haber suministrado información que había conducido a demostrar la culpabilidad de alguien. Algunas veces la suma era excepcionalmente grande, por ejemplo cuando se descubría un cargamento importante de heroína.

-Y según este informador -prosiguió Hank en tono reflexivo-. Arctor va y viene de modo misterioso, sobre todo al anochecer. Llega a su casa, cena y vuelve a salir con cualquier pretexto. A veces con mucha precipitación. Pero nunca se marcha por demasiado rato. -Hank, la masa difusa, miró a Fred-. ¿Ha observado esto? ¿Puede confirmarlo? ¿Qué hay detrás del misterio?

-Debe tratarse de Donna, su chica.

-¿Debe tratarse? Se supone que usted ha de saberlo con toda seguridad.

-Sí, es Donna. Arctor se acuesta con ella siempre que puede. -Se sentía muy molesto-. Pero lo comprobaré y le diré lo que haya. ¿Quién es el informador? Puede ser alguien que quiera perjudicar a Arctor.

-Demonios, no lo sabemos. Hablamos por teléfono. No tenemos registro vocal... El tipo debió emplear algún truco electrónico casero. -Hank se rió. Una risa extraña, dado su timbre metálico-. Pero funcionó. Ya lo creo que funcionó.

-¡Dios! -protestó Fred-. ¡Se trata de ese flipado de Jim Barris, haciendo su numerito esquizofrénico porque tiene celos de Arctor! Barris asistió a interminables cursos de electrónica práctica cuando estaba en el ejército. Y también aprendió mantenimiento de maquinaria pesada. No daría un centavo por él como informador.

-No sabemos si se trata de Barris. Además, Barris puede ser otra cosa aparte de «flipado». Tenemos varios hombres investigándolo. No creo que nada le fuera útil, Fred, por lo menos hasta ahora.

-De todos modos, se trata de un amigo de Arctor.

-Sí, no hay duda. Se trata de un acto de venganza. Estos drogadictos... Se denuncian el uno al otro en cuanto tienen algún problema entre ellos. Es un hecho probado: él parecía conocer muy de cerca a Arctor.

-Un tipo simpático -dijo Fred amargamente.

-Bueno, así funciona nuestro trabajo. ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que usted hace?

-Yo no lo hago por celos.

-Sinceramente, ¿por qué lo hace?

-Me gustaría saberlo -respondió Fred al cabo de unos instantes.

-Olvide el caso Weeks. Creo que de ahora en adelante le asignaré como misión principal la vigilancia de Bob Arctor. ¿Tiene otro apellido intermedio? El usa la inicial...

-¿Por qué Arctor? -preguntó Fred. Emitió un sonido estrangulado, como si surgiera de un robot.

-Ingresos secretos, trabajo secreto, se gana enemigos a causa de sus actividades... ¿Cuál es el apellido materno de Arctor? -Bolígrafo en mano, Hank esperó la respuesta.

-Postlethwaite.

-¿Cómo se escribe?

-No lo sé, no tengo puñetera idea.

-Postlethwaite. -Hank tomó una nota-. ¿De dónde proviene ese apellido?

-De Gales -contestó secamente Fred. Apenas podía oír nada. Sus oídos, al igual que todos sus sentidos, se habían embotado.

-¿No es en Gales dónde cantan eso sobre los hombres de Harlech? ¿Qué es Harlech? ¿Una ciudad?

-Harlech fue el escenario de la heroica defensa contra la casa de York en 1468... -Se interrumpió. Mierda, pensó, esto es terrible.

-Aguarde -estaba diciendo Hank mientras escribía-, quiero tomar nota.

-¿Significa esto que pondrá aparatos de escucha en la casa y coche de Arctor?

-Sí, con el nuevo sistema holográfico. Es mejor, y en estos momentos disponemos de varios dispositivos de este tipo. Supongo que le interesarán copias y registros. -Hank también anotó esto.

-Me quedaré con lo que pueda obtener -repuso Fred. La situación le resultaba totalmente extraña, y ansiaba que llegara el final de la reunión. Pensó: si pudiera tomarme un par de tabletas, sólo dos...

Frente a él, la otra forma difusa escribía sin cesar, completando todos los números de inventario de los artilugios electrónicos que obtendría en cuanto se diera el visto bueno a la petición. Y tanto Fred como su casa quedarían así sometidos a un sistema de vigilancia de la más reciente invención.

Barris había estado intentando, durante más de una hora, perfeccionar un silenciador construido con materiales caseros que no valían más de once centavos. Casi lo había logrado, utilizando chapa de aluminio y un trozo de espuma de caucho.

Barris se estaba preparando para disparar su pistola, silenciador casero incluido, en la oscuridad nocturna del traspatio de Bob Arctor, entre abundante cizaña y basura.

-Los vecinos lo oirán -dijo Charles Freck, muy intranquilo. Vio muchas ventanas iluminadas en los alrededores. Tal vez gente que veía la televisión o liaba porros.

-A este vecindario sólo le preocupan los asesinatos -dijo Luckman. Nadie le veía, pero él no se perdía detalle.

-¿Para qué quieres un silenciador? -preguntó Charles Freck a Barris-. Son cosas ilegales, ¿sabes?

-Mira, chico -dijo Barris de mala gana-, vivimos en una sociedad degenerada y que corrompe al individuo. Así que toda persona que se precie necesita un arma a todas horas. Para protegerse. -Entornó los ojos y disparó la pistola con su silenciador casero. Sonó un tremendo estampido y los tres hombres quedaron momentáneamente sordos. Se escucharon lejanos ladridos de perros.

Barris, sonriente, empezó a desenrollar la chapa de aluminio que rodeaba la espuma de caucho. Parecía divertirse.

-Un buen silenciador -se mofó Charles Freck, preguntándose cuándo aparecería la policía. Un montón de coches patrulla.

-Lo que pasa -explicó Barris, mostrando a sus dos amigos orificios chamuscados en la espuma de caucho- es que aumenta el sonido en vez de amortiguarlo. Pero ya casi lo tengo. Tengo la idea, vaya.

-¿Cuánto vale esa pistola? -preguntó Charles Freck. Nunca había tenido un arma de fuego. En varias ocasiones había tenido navaja, pero siempre hubo alguien que se la robó. Una vez fue una chica, aprovechándose de que él estaba en el cuarto de baño.

-No mucho -dijo Barris-. Si está usada, como ésta, unos treinta dólares. -Alargó el arma a Freck, que se echó hacia atrás receloso-. Te la vendo. Deberías tener una, para protegerte de la gente que quiera hacerte algo.

-Hay mucha gente así -intervino Luckman, sonriente y con la ironía acostumbrada en él-. El otro día leí en el *Times* de Los Ángeles que regalaban un transistor al que hiciera más daño a Freck.

-Te la cambio por un cuentakilómetros Borg-Wagner -dijo Freck.

-Que robaste del garaje de la esquina -añadió Luckman.

-Bueno, a lo mejor el arma también es robada -dijo Charles Freck. Casi todas las cosas que tenían algún valor eran robadas; indicando así que el objeto valía la pena-. Además, el tío del garaje fue el primero que robó ese cuentakilómetros. No me extrañaría que haya cambiado de dueño quince veces. Es un aparato muy bueno.

-¿Cómo sabes que lo robó? -preguntó Luckman.

-Jo, tío, tiene ocho cuentakilómetros en su garaje, todos colgando de hilos cortados. ¿Cómo se explica que tenga tantos? ¿A quién se le ocurre comprar ocho cuentakilómetros?

-Creo que estuviste enfaenado con el cefaloscopio, ¿no? -dijo Luckman a Barris-. ¿Ya has acabado?

-No puedo ocuparme de eso sin descanso, día y noche. Es muy complicado -explicó Barris-. Me hace falta estirar las piernas de vez en cuando. -Con una complicada navaja cortó otro fragmento de espuma de caucho-. Este será totalmente silencioso.

-Bob piensa que estás reparando el cefaloscopio -prosiguió Luckman-. Está echado en su casa, suponiendo eso. Pero tú estás aquí afuera, disparando tu pistola. ¿No quedaste con Bob en que el alquiler que debes se compensaría con...?

-Como la buena cerveza -dijo Barris-, la reparación complicada y trabajosa de un equipo electrónico averiado...

-Limítate a disparar con ese silenciador de once centavos, el gran prodigio de nuestro tiempo -interrumpió Luckman. Y eructó.

No aguanto más, pensó Robert Arctor.

Estaba solo, acostado en la cama de su habitación. Casi a oscuras, miraba el vacío con un gesto ceñudo. Bajo la almohada tenía su revólver calibre 32, un arma especial de la policía. La había sacado de debajo del colchón al oír que Barris disparaba su 22 en el traspatio. Y la había puesto más a mano.

Pero el revólver bajo la almohada no tenía ninguna utilidad contra algo tan indirecto como el sabotaje de su posesión más apreciada y costosa. Nada más llegar a casa tras rendir informe a Hank, había examinado todas sus cosas, descubriendo que estaban perfectamente. En especial el coche. El coche era lo primero en una situación así. No sabía lo que se estaba tramando contra él, ni quién estaba detrás de todo aquello, aunque tenía

que ser un cobarde rastrero: algún flipado falto de integridad o valor que acechaba su vida en la oscuridad, un francotirador bien oculto en un lugar seguro. No una persona, sino más bien una especie de síntoma ambulante y secreto de su forma de vida.

Hubo una época en la que Bob no había vivido así, con una 32 bajo la almohada, con un chalado que disparaba su pistola en el traspatio con Dios sabe qué propósito y con otro tipo, o tal vez el mismo, imprimiendo por la fuerza su tipo de cerebro, su mente cortocircuitada, en un cefaloscopio increíblemente caro y valioso que era apreciado y gozado por los que vivían en la casa y por todas sus amistades. En otro tiempo, Bob Arctor había vivido de forma muy distinta: había tenido una esposa, muy parecida a las demás esposas, dos hijas de corta edad, un hogar fijo que era barrido, fregado y limpiado cada día, periódicos caducos y ni siquiera abiertos que iban directamente de la puerta al cubo de la basura o que, algunas veces, hasta se leían. Pero un día, al sacar un tostador de maíz que estaba bajo el fregadero, Arctor se golpeó la cabeza contra la punta de un armario de cocina. El dolor, el corte en la cabeza, tan inesperado e inmerecido, había aclarado en cierta forma su confusión. Comprendió al instante que no era el armario de cocina lo que él odiaba: odiaba a su mujer, sus dos hijas, toda la casa, el traspatio con su segadora mecánica, el garaje, el sistema de calefacción, el jardín, la cerca, todo el jodido lugar y toda la gente que vivía allí. Quiso divorciarse, irse. Y así lo hizo, al cabo de poco tiempo, entrando poco a poco en una nueva y sombría vida en la que carecía de todo lo anterior.

Quizá debería haberse arrepentido. Pero no lo hizo. Aquella vida había estado falta de excitación, de aventura. Demasiado segura. Todos sus elementos estaban delante de sus ojos y no podía esperarse nada nuevo, jamás. En cierta ocasión había pensado que era similar a un pequeño bote de plástico que navegara sin cesar, sin problema alguno, hasta que se hundiera para siempre, constituyendo un alivio secreto para todo el mundo.

Pero en este mundo de oscuridad en que ahora vivía, cosas horribles, sorprendentes (y sólo muy de vez en cuando alguna cosa maravillosa) caían sobre él incesantemente. No podía fiarse de nada. Como el destrozo deliberado y diabólico que había sufrido su cefalocromoscopio Altec, el aparato que constituía la parte placentera de su vida, el momento diario que todos aprovechaban para relajarse y ponerse cómodos. Considerando el asunto de modo racional, no era lógico que alguien destrozara el aparato. Pero entre estas largas y oscuras sombras del atardecer no había mucho de racional, al menos en un sentido estricto. La misteriosa acción podía haber sido obra de cualquiera y por casi cualquier motivo. De cualquier persona que conociera o hubiera conocido. Cualquiera de entre el centenar de cabezas alucinadas, flipados de todos los tipos, drogadictos quemados o paranoicos con rencores alucinantes, actuaba en la realidad, no en la fantasía. A decir verdad, podía ser alguien al que nunca había conocido, alguien que había escogido su teléfono al azar en la guía telefónica.

O su mejor amigo.

Quizá Jerry Fabin, pensó, antes de que se lo llevaran. Un chalado, un coco envenenado. Él y sus millones de áfidos. Acusando a Donna -en realidad a todas las chicas- de «contaminarle». Vaya chiflado. Pero, pensó, si Jerry hubiera querido fastidiar a alguien habría sido a Donna, no a mí. Además, ¿habría sabido Jerry sacar la tapa inferior del aparato? Podía

haberlo intentado, pero aún estaría haciéndolo, roscando y desenroscando la misma tuerca. O habría utilizado un martillo para sacar la tapa. Además, si Jerry Fabin hubiera sido el culpable, el aparato estaría lleno de huevos de piojos que habrían caído allí. Bob Arctor rió maliciosamente en su interior.

Pobre diablo, pensó, y dejó de reírse mentalmente. Pobre diablo fracasado. En cuanto restos de complejos metales pesados lleguen a su cerebro... se acabó. Uno más de una larga hilera, una triste entidad entre muchas otras como él, un número casi infinito de retrasados mentales. La vida biológica prosigue, meditó. Pero el alma, la mente... todo muere. Una máquina refleja. Como un insecto. Repitiendo una y otra vez pautas, o una sola pauta, condenadas al fracaso. Sean apropiadas o no.

¿Cómo había sido Jerry?, siguió pensando. No lo había conocido tanto como para saberlo. Charles Freck decía que en otros tiempos Jerry se había comportado muy bien. Sin haberlo visto, pensó Arctor, no puedo creerlo.

Quizá debía informar a Hank del sabotaje del cefaloscopio. Ellos comprenderían al instante las implicaciones del hecho. Aunque pensándolo bien, ¿qué podían hacer por él?

Este trabajo no compensa, reflexionó. No hay bastante dinero para pagarlo en todo el jodido planeta. Pero daba igual; el problema no era de dinero. «¿Cómo es que se ha metido en este trabajo?», le había preguntado Hank. ¿Qué sabía un hombre cualquiera, trabajando en lo que fuese, acerca de sus motivaciones reales? Aburrimiento, quizá. El deseo de un poco de acción. Una hostilidad secreta hacia todas las personas que le rodeaban, sus amigos e incluso las chicas. O una horrible razón positiva: haber contemplado a un ser humano, alguien al que amabas profundamente, con el que te sentías identificado, con el que sufrías y dormías; alguien al que besabas y protegías y, sobre todo, alguien al que *admirabas*... Haber contemplado esa cálida personalidad devorada por llamas internas que consumían el corazón y se extendían por el resto del cuerpo. Hasta verla moviéndose y comportándose con idéntica rutina que un insecto, repitiendo una misma frase una y otra vez. Una grabación. Una cinta sin fin.

«-...sé que con otro viaje, sólo uno más...»

Me encontraré perfectamente, pensó. Y seguir diciendo eso, como Jerry Fabin, cuando tres cuartas partes del cerebro estaban machacadas.

«-...sé que con otro viaje, sólo uno más, mi cerebro se arreglará».

Y entonces tuvo una repentina visión: el cerebro de Jerry Fabin era el saboteado circuito del cefalocromoscopio. Cables cortados, cortocircuitados y retorcidos componentes sobrecargados e inútiles, sobrevoltaje, humo y mal olor. Y alguien sentado allí, con un voltímetro, examinando el circuito y murmurando «¡Dios mío! Hay que cambiar un montón de resistencias y condensadores», y cosas por el estilo. Al final, Jerry Fabin sería un simple zumbido de sesenta ciclos por segundo y todos renunciarían a repararlo.

Y en el cuarto de estar de Bob Arctor, el cefaloscopio de mil dólares, una maravilla técnica creada por Alec y supuestamente reparada, proyectaría sobre la pared un pequeño letrero de letras grisáceas:

SÉ QUE CON OTRO VIAJE, SÓLO UNO MÁS...

Después de eso, tirarían el cefaloscopio, averiado sin reparación posible, y a Jerry Fabin, averiado sin reparación posible, en el mismo cubo de la basura.

Bueno, bueno, pensó. ¿Quién necesita a Jerry Fabin? Nadie que no fuera el mismo Jerry Fabin, que en cierta ocasión había pensado diseñar y

construir un tablero de mando para decodificador cuadrafónico y televisión como regalo para un amigo. Cuando le preguntaron cómo llevaría el regalo desde su garaje a la casa de su amigo, siendo así que el aparato iba a medir tres metros de largo y pesaría muchísimo, Jerry había replicado: «No hay ningún problema, hombre. Lo plegaré. Ya tengo las bisagras preparadas, ¿sabes? Lo plegaré, todo entero, lo pondré en un sobre y lo enviaré por correo a mi amigo».

De todas maneras, pensó Bob Arctor, ya no hará falta que limpiemos la casa tras una visita de Jerry, que nos quitemos de encima todos sus áfidos. Pensando en esto tuvo la misma sensación que si estuviera riéndose. Una vez idearon una pequeña secuencia teatral explicando de modo psiquiátrico las alucinaciones de Jerry, sus áfidos. En realidad, el inventor principal había sido Luckman, que era bueno para eso. Como era de esperar, el protagonista era Jerry Fabin cuando empezaba a ir al colegio. Un día, Jerry llega a casa con los libros bajo el brazo y silbando alegremente. Y en el comedor, sentado junto a su madre, está aquel gran áfido de metro veinte de alto al que su madre contempla con orgullo.

-¿Qué pasa aquí? -pregunta Jerry Fabin.

-Este es tu hermano mayor -dice su madre-, al que hasta ahora no habías conocido. Vivirá con nosotros. Me gusta más que tú. Puede hacer un montón de cosas que tú eres incapaz de hacer.

Y a partir de entonces, los padres de Jerry Fabin le comparan sin cesar, y siempre desfavorablemente, con su hermano mayor, que es un áfido. Conforme los dos van creciendo, Jerry va adquiriendo un complejo de inferioridad, claro está, cada vez más fuerte. Después de acabar el bachillerato, su hermano recibe una beca para la universidad, en tanto que Jerry empieza a trabajar en una gasolinera. Luego, su hermano el áfido se convierte en un doctor o científico de fama. Gana el Premio Nobel. Jerry sigue cambiando neumáticos en la gasolinera, ganando un dólar y medio a la hora. Sus padres no se cansan de recordarle su situación. Una y otra vez le dicen:

-Si hubieras salido igual que tu hermano...

Finalmente, Jerry se va de casa. Pero en su subconsciente sigue creyendo que los áfidos son superiores a él. Al principio supone que está a salvo, pero más tarde empieza a ver áfidos por todas partes, entre su pelo y por toda la casa, porque su complejo de inferioridad se ha convertido en una especie de culpabilidad sexual y los áfidos son un castigo que él mismo se inflige, etc.

La historia ya no parecía tan divertida, ahora que se habían llevado a rastras a Jerry en plena noche y a petición de sus propios amigos. Todos los que estaban con Jerry aquella noche habían tomado la decisión: era algo que no admitía retrasos ni podía evitarse. Aquella noche, Jerry había amontonado todo maldito objeto que hubiera en su casa en la puerta principal. Cuatrocientos kilos de todo lo imaginable, incluyendo sofás, sillas, el refrigerador y la televisión. Luego explicó a todos los presentes que en la calle había un áfido gigante y superinteligente, procedente de otro planeta, preparado para atacarle y capturarle. Y luego aterrizarían más áfidos, aun cuando pudiera deshacerse del primero. Estos áfidos extraterrestres superaban en inteligencia a cualquier humano, e incluso atravesarían las paredes si fuera preciso, revelando así sus poderes secretos. Para salvarse durante el mayor tiempo posible, debía anegar la casa con gas de cianuro,

Librodot

maniobra que ya estaba dispuesto a realizar. ¿Cómo? Ya había cerrado herméticamente todas las puertas y ventanas. Luego propuso abrir los grifos de la cocina y el baño para inundar la casa, diciendo que el depósito de agua caliente del garaje estaba repleto de cianuro, no de agua. Hacía mucho tiempo que sabía lo que iba a suceder y reservaba el depósito para el final, como último recurso defensivo. Todos ellos morirían, claro, pero los superinteligentes áfidos serían mantenidos a raya.

Sus amigos telefonearon a la policía, que echó abajo la puerta principal y se llevó a rastras a Jerry hasta la clínica neurológica para afásicos. Lo último que Jerry les dijo fue:

-Traedme mis cosas más tarde... Traedme mi chaqueta nueva, la que tiene cuentas en la espalda.

Jerry acababa de comprar aquella chaqueta. Le gustaba mucho. Prácticamente era lo único que le gustaba. Pensaba que todas sus otras cosas estaban contaminadas.

No, pensó Bob Arctor, ya no parece divertido. ¿Y por qué había sido divertido antes? Quizás había sido un producto del miedo, el miedo pavoroso que todos habían sentido las últimas semanas que visitaron a Jerry. Este les había explicado que algunas veces, por la noche, recorría la casa pistola en mano, advirtiendo la presencia de un enemigo desconocido, dispuesto a disparar primero para evitar que le mataran. Igual que su enemigo, claro.

Y ahora soy yo el que tiene un enemigo, pensó Bob Arctor. O al menos tengo sus huellas, signos de su presencia. Otro chinche agonizando, como Jerry. Y cuando esa mierda llega a su etapa final, se dispara, a toda velocidad. Mejor que cualquier Ford o GM especial de los que anuncian por TV en horas punta.

Llamaron a la puerta de su dormitorio. Tocó la pistola que había dejado de la almohada.

-¿Qué hay? -dijo.

Murmullos. La voz de Barris.

-¡Entra! -contestó Arctor. Alargó la mano para encender la luz de la mesilla.

-¿Aún despierto? -Barris entró en la habitación. Parpadeaba.

-Me ha despertado un sueño -explicó Arctor-. Un sueño religioso. Escuché un trueno impresionante y, de repente, el cielo se abrió. Apareció Dios y Su voz retumbó en mis oídos... ¿Qué demonios decía? ¡Ah, sí! «Estoy irritado por tu causa, hijo mío». Tenía el rostro muy serio. Yo estaba temblando, en el sueño. Alcé los ojos y dije: «¿Qué debo hacer, Señor?». Y Él me contestó: «No vuelvas a dejarte abierto el tubo de pasta dentífrica». Y entonces comprendí que se trataba de mi ex esposa.

Barris se sentó, puso una mano en cada una de sus rodilleras de cuero, las restregó, agitó la cabeza y miró a Arctor. Parecía estar de muy buen humor.

-Bueno -dijo animadamente-, tengo una visión teórica inicial en cuanto a quién pudo haber estropeado con malicia tu cefaloscopio. Y tal vez vuelva a hacerlo.

-Si vas a decirme que fue Luckman...

-Escucha. -Barris estaba muy agitado y no dejaba de moverse-. ¿Q-q-qué me dirías si te explicara que durante varias semanas he presentido una avería grave en algún aparato de la casa, en especial en alguno caro y difícil

de reparar? ¡Mi teoría *exigía* que esto se produjera, y ahora tengo la confirmación!

Arctor le dirigió una mirada escrutadora. Barris fue calmándose poco a poco hasta recuperar su radiante sonrisa.

-Tú -dijo señalando a Bob.

-Piensas que yo lo hice -concretó Arctor-. Que estropeé mi propio cefaloscopio, un aparato que ni siquiera está asegurado. -Sintió que el enfado y la rabia se apoderaban de él. Y, además, era muy tarde. Necesitaba dormir.

-No, no -se apresuró a replicar Barris, algo apurado-. Estás *contemplando* a la persona que lo hizo. Yo estropeé tu cefaloscopio. Eso quería decir, pero no me dejaste hacerlo.

-¿Tú? -Atónito, contempló a Barris. Los ojos de su amigo parecían haberse oscurecido por alguna extraña sensación de triunfo-. ¿Por qué?

-Bueno, mi teoría es que yo lo hice -dijo Barris-. Evidentemente, bajo sugestión poshipnótica. Y con un bloqueo amnésico, de modo que no puedo acordarme. -Empezó a reír.

-Hablaremos más tarde -dijo Arctor. Apagó la luz-. Más tarde.

-¡Hey! ¿Es que no lo comprendes? -Barris se puso en pie, vacilando-. Poseo conocimientos electrónicos avanzados y tengo acceso al aparato... Vivo aquí. Lo único que no puedo imaginarme es el motivo para hacerlo.

-Lo hiciste porque no tienes un dedo de cerebro -dijo Arctor.

-Tal vez me empujaban fuerzas secretas -murmuró Barris. Estaba perplejo-. ¿Pero cuáles serían los motivos de esas fuerzas? Es posible que pretendan crear sospechas y problemas entre nosotros, que quieran que nos enfrentemos, que nos peleemos, todos nosotros, porque no sepamos en quién confiar o desconfiar...

-Si es así, lo han logrado.

-¿Pero por qué quieren hacer eso? -Barris se dirigió hacia la puerta, agitando las manos-. Todo ese jaleo... Sacar la tapa inferior, obtener una llave maestra para abrir la puerta...

Me alegraré, pensó Bob Arctor, cuando estén instaladas las holocámaras por toda esta casa. Tocó su arma para sentirse seguro y luego se preguntó si debía comprobar que estuviera cargada. Pero después, reflexionó, seguiré preguntándome si alguien ha quitado el percutor o la pólvora de las balas y así sucesivamente, en una obsesión, insuperable. Como un niño contando baldosas en la acera para calmar su miedo. El pequeño Bobby Arctor volviendo a casa después de haber salido del colegio, con los libros escolares bajo el brazo, asustado ante los seres desconocidos que le esperan en su camino.

Alargó un brazo y empezó a buscar a tientas entre el colchón y el somier, hasta que sus dedos tropezaron con una cinta adhesiva. La arrancó, mientras Barris le observaba, y sacó de ella dos tabletas de sustancia M cortada con quaak. Se las llevó a los labios y las tragó en seco. Volvió a tumbarse, suspirando.

-Lárgate -dijo a Barris.

Y se durmió.

V

Para que los dispositivos electrónicos de vigilancia fueran instalados adecuadamente (es decir, sin fallo alguno) en la casa de Bob Arctor, era preciso que éste saliera de la vivienda durante algún tiempo. La operación incluía también el teléfono, aunque ya estuviera intervenido, y por lo general se iniciaba observando la casa en cuestión hasta asegurarse de que no quedaba nadie en ella y de que nadie iba a regresar demasiado pronto. En algunas ocasiones, las autoridades debían aguardar durante días o incluso varias semanas. Por fin, cuando la espera no daba resultado, se inventaba una excusa: los residentes eran informados de la llegada inmediata de un fumigador (u otra persona de oficio poco sospechoso) que estaría en la casa una tarde entera, por lo que todo el mundo debía irse hasta, digamos, las seis en punto.

Pero en este caso, fue el servicial sospechoso Robert Arctor el que se apresuró a salir de la casa, llevándose también a los otros dos inquilinos, para examinar un cefalocromoscopio que alquilarían hasta que Barris reparara el de Bob. Se vio a los tres hombres alejarse en el coche de Arctor, todos con un aspecto serio y resuelto. Más tarde, en un lugar apropiado (la cabina telefónica de una gasolinera), Fred utilizó el emisor de su monotraje mezclador para informar que nadie estaría en la vivienda hasta la noche; que los tres inquilinos estaban decididos, por lo que sabía, a ir hasta San Diego para recoger un cefaloscopio de segunda mano y robado que algún tipo vendía por unos cincuenta dólares. Un precio muy conveniente, ya que justificaba la conveniencia del viaje y la pérdida de tanto tiempo.

Además, esto daba a las autoridades la oportunidad de efectuar una breve investigación ilegal sin que nadie lo viera, mejorando así la que ya realizaban sus agentes secretos. Sacarían los cajones de las mesas para comprobar lo que se ocultaba tras ellos. Desmontarían las lámparas en busca de cientos de tabletas. Escudriñarían los retretes tratando de encontrar pequeños envoltorios de papel higiénico ocultos a la vista en lugares donde el agua los inundaría automáticamente. Examinarían el compartimento refrigerante de la nevera para ver si alguno de los paquetes de judías y guisantes congelados contenía en realidad droga astutamente camuflada. Y mientras tanto, se instalarían las complicadas holocámaras y los agentes irían sentándose en diversos lugares de la casa para comprobar el correcto funcionamiento de los aparatos. Lo mismo harían con los dispositivos de escucha, pero la parte de video era más importante y requería mucho tiempo. Las cámaras, claro está, serían invisibles, operación que exigía gran habilidad. Había que probar distintas ubicaciones. Pagaban muy bien a los técnicos especializados en este tipo de montajes, ya que si cometían un error y un inquilino descubría alguna de las holocámaras, todos los ocupantes de la casa sabrían que estaban siendo vigilados y abandonarían todas sus ocupaciones ilegales. Incluso entraba dentro de lo posible que arrancaran todo el sistema de vigilancia y lo vendieran.

Ante los tribunales, pensó Bob Arctor mientras conducía por la autopista sur de San Diego, había sido problemático culpar a alguien de robo y venta de dispositivos electrónicos instalados ilegalmente en su residencia. Para forzar el arresto, la policía se veía obligada a basarse en otra violación de la ley. No obstante, los revendedores de droga reaccionaban al instante en una situación análoga. Recordó el caso de un traficante de heroína que había querido vengarse de una chica. Colocó dos sobres de heroína en la empuñadura de la plancha de la mujer y después llamó de

forma anónima a la policía para dar el soplo: NOSOTROS LA PASAMOS. Antes de que se comprobara el informe, la chica descubrió la droga, pero en lugar de deshacerse de ella, la vendió. Llegó la policía, no encontró nada, obtuvo un registro vocal de la llamada anónima y detuvo al traficante por facilitar falsa información a las autoridades. El revendedor, en libertad bajo fianza, se presentó una noche en casa de la chica y la golpeó casi hasta matarla. Fue detenido por segunda vez y, preguntado por el motivo que le había llevado a golpear así a la víctima -le sacó un ojo y le rompió los dos brazos y varias costillas-, explicó que la chica se había apoderado de dos sobres de heroína que le pertenecían, que los había vendido muy caros, y que no quería darle siquiera una parte del beneficio. Así es la mente de los revendedores, pensó Arctor.

Dejó que Luckman y Barris se encargaran solos de hacer el numerito de regateo para la compra del cefaloscopio. De ese modo se libraba de ellos, evitaba que volvieran a la casa mientras se instalaba el equipo de vigilancia, y podía visitar a cierta persona que no veía desde hacía un mes. Venía muy poco por aquí y, además, la chica parecía no hacer otra cosa más que inyectarse meta dos o tres veces al día y trabajar de puta para pagar la droga. Vivía con su proveedor, que también, claro está, era su hombre. Dan Mancher solía estar fuera durante el día, cosa que le convenía. También era adicto, pero Arctor no sabía a qué. A diversas drogas, eso seguro. En cualquier caso, Dan se había convertido en un tipo raro, vicioso, violento y de conducta incierta. Era extraño que la policía local no le hubiera detenido hacía mucho tiempo por infracciones relacionadas con la-alteración-del-orden-público. Tal vez sobornaba a los polizontes. O, lo más probable, la policía no se preocupaba por Mancher. Este tipo de gente vivía en barriadas superpobladas, entre pobres y jubilados. La policía sólo iba allí en caso de crímenes mayores; Cromwell Village era una serie de edificios rodeados de basura, aparcamientos y calles de grava.

Nada contribuía tanto a la mugre como un montón de estructuras graníticas diseñadas para evitarla. Bob aparcó, encontró las escaleras que buscaba, apestando a orina, las subió en la oscuridad y llegó a la puerta G del edificio Nº 4. Delante había una botella de lejía, llena, y la cogió sin pensarlo, mientras se preguntaba cuántos niños jugarían por allí y recordando por un momento a sus propias hijas y todo lo que había hecho para protegerlas durante varios años. Como ahora, recogiendo aquella botella. La utilizó para llamar a la puerta.

Escuchó el ruido del cerrojo y se abrió la puerta, retenida por una cadena. La chica, Kimberly Hawkins, le escrutó.

-¿Qué hay? -dijo.

-Hola. Soy yo, Bob.

-¿Qué se te ha perdido por aquí?

-Una botella de lejía.

-No hagas bromas.

Kimberly, de mala gana, quitó la cadena. También su voz demostraba indiferencia. Arctor vio que la chica estaba deprimida, muy deprimida. Además, tenía un ojo morado y un labio partido. Y al apartar la vista observó que estaban rotas todas las ventanas de aquel pequeño y descuidado apartamento. El suelo estaba lleno de vidrios, mezclados con botellas de Coca y ceniceros desparramados.

-¿Estás sola? -preguntó.

Librodot

-Sí. Dan y yo nos peleamos, y él se marchó. -La chica, medio chicana, menuda y no demasiado guapa, pálida como una drogadicta que se derrumba, bajó su mirada vacía, y Bob advirtió que su voz era áspera. Algunas drogas causaban ese efecto, igual que una inflamación de garganta. El apartamento no sería muy cálido, no con las ventanas rotas.

-Te ha dado una paliza. -Arctor dejó la botella de lejía en un estante, sobre algunas novelas porno, algunas muy anticuadas.

-Pues menos mal que no tenía su navaja. Su cuchillo Case. Ahora lo lleva en el cinturón, en una funda. -Kimberly se sentó en un mullido sillón del que sobresalían los muelles-. ¿Qué quieres, Bob? Estoy chafada, te lo aseguro.

-¿Quieres que él vuelva?

-Bueno... -Contrajo un poco los hombros-. ¿Quién sabe?

Arctor se acercó a la ventana y miró la calle. Dan Mancher aparecería tarde o temprano, de esto no había duda. La chica era una fuente de ingresos y Dan sabía que Kimberly necesitaría obtener droga de alguna parte, ya que su proveedor se había ido.

-¿Cuánto puedes aguantar? -preguntó.

-Un día más.

-¿Puedes conseguirla en otro sitio?

-Sí, pero no tan barata.

-¿Qué le pasa a tu garganta?

-Un resfriado. Del aire que entra.

-Deberías...

-Si voy al médico, el tipo verá que estoy hecha polvo. No puedo ir.

-A un médico no le importaría eso.

-Claro que le importaría. -Kimberly se puso repentinamente tensa, escuchando el sonido irregular y potente del tubo de escape de un coche-. ¿Es el coche de Dan? ¿Un Ford Torino 79 de color rojo?

Arctor se asomó a la ventana y observó la calle, llena de basura. Un Torino rojo, muy abollado, acababa de aparcar, despidiendo un humo negruzco por sus tubos de escape. Se abrió la puerta del conductor.

-Sí -contestó Bob.

Kimberly echó los dos pestillos extras de la puerta.

-Seguro que lleva su cuchillo -dijo.

-¿Tienes teléfono?

-No.

-Deberías tener teléfono.

La chica le respondió con un gesto de indiferencia.

-Te matará -dijo Arctor.

-No ahora. Estás tú.

-Lo hará después, cuando yo me vaya.

Kimberly volvió a sentarse y se encogió de hombros.

Al cabo de unos instantes, escucharon pasos fuera de la casa, y luego una mano llamó a la puerta.

-¡Abre la puerta! -gritó Dan.

-¡No! -contestó Kimberly-. ¡Tengo visita!

-¡Muy bien! -chilló Dan-. ¡Voy a pincharte los neumáticos!

Dan corrió escaleras abajo. Arctor y la chica le vieron por una de las ventanas rotas. Era un tipo enjuto, de pelo corto y apariencia homosexual. Se acercó al coche de Kimberly blandiendo un cuchillo.

-¡Voy a destrozarte los neumáticos, los jodidos neumáticos! -seguía gritando, tan fuerte que su voz se escuchaba en toda la zona de edificios-. ¡Y luego te mataré, jodida! -Se agachó y asestó cuchilladas a una rueda y luego a otra del viejo Dodge de la chica.

Kimberly se precipitó hacia la puerta y, de modo frenético, empezó a descorrer los pestillos.

-¡Tengo que detenerle! -gritó-. ¡Está reventando todas las ruedas! ¡Y no tengo seguro!

-Mi coche también está allí -dijo Arctor, tratando de calmar a la chica. Como era de suponer, no llevaba su pistola, mientras que Dan tenía un cuchillo y había perdido el control de sí mismo-. Los neumáticos no son...

-¡*Mis neumáticos*! -chilló Kimberly, esforzándose por abrir la puerta.

-Eso es lo que él quiere que hagas.

-Ahí abajo -jadeó Kimberly-. Podemos telefonear a la policía... tienen un teléfono. ¡*Suéltame*! -Se revolvió con todas sus fuerzas y pugnó por salir a las escaleras-. Voy a llamar a la policía. ¡Mis neumáticos! ¡Hay uno que es recién comprado!

-Iré contigo. -Bob agarró por el hombro a la chica. Kimberly se precipitó escaleras abajo, casi soltándose. Llegó al piso más cercano y empezó a golpear la puerta-. ¡Abran, por favor! ¡Por favor, quiero llamar a la policía! ¡Déjenme llamar a la policía!

-Necesitamos usar su teléfono -intervino Arctor-. Es un caso urgente.

Un anciano, vistiendo un suéter gris, corbata y pantalones convencionales, abrió la puerta.

-Gracias -dijo Arctor.

Kimberly entró corriendo en el piso, alzó el teléfono y marcó el número de la operadora. Arctor se quedó en la puerta, esperando a que apareciera Dan. El único sonido provenía del parloteo de Kimberly: un relato tergiversado, algo sobre una pelea por un par de botas que valían setenta dólares.

-Él dijo que eran suyas porque yo se las compré como regalo de Navidad -barbullaba ella-, pero eran mías, porque yo las pagué. Y luego las cogió y empezó a destrozar las suelas con un abrelatas. Y... -Se interrumpió y asintió con la cabeza-. Bien, gracias. Sí, estaré a la escucha.

El hombre anciano miró a Arctor, que a su vez devolvió la mirada. En otra habitación, una anciana observaba en silencio la escena, vestida con un traje estampado y con el rostro contraído por el miedo.

-Esto no debe sentarles muy bien -opinó Arctor.

-Siempre están igual -dijo el anciano-. Les oímos pelear, noche tras noche, y él siempre está diciendo que la matará.

-Deberíamos volver a Denver -intervino la anciana-. Ya te lo dije, deberíamos trasladarnos.

-Esas terribles peleas... -prosiguió explicando el anciano-. Cosas que se rompen, ruidos... -Volvió a mirar a Arctor. Parecía afligido, tal vez pidiendo ayuda, o tal vez rogando comprensión-. Una y otra vez, sin cesar. Y luego viene lo peor, sabiendo que cada vez...

-Sí, díselo -apremió la anciana.

-Lo peor de todo -concluyó el anciano, adoptando un aire digno-, es que siempre que salimos, a comprar o a echar una carta al buzón, tenemos que andar entre... Bueno, lo que hacen los perros, ya me entiende.

-Lo que hacen los perros -añadió indignamente la anciana.

Apareció el coche de la policía local. Arctor hizo una declaración presentándose como testigo, no como agente de la ley. El polizonte anotó su informe y trató de obtener otro de Kimberly, como parte denunciante, pero lo que dijo la chica fue absurdo: se lamentó una y otra vez del par de botas, se quejó de lo que él había hecho y explicó lo mucho que significaban para ella. El agente, cuaderno en mano, echó un vistazo a Arctor y le miró con frialdad. Una expresión que Arctor no pudo descifrar pero que, en cualquier caso, no le gustó nada. El polizonte aconsejó finalmente a Kimberly que se hiciera instalar teléfono y que llamara si el sospechoso volvía y ocasionaba más problemas.

-¿Se ha dado cuenta de los neumáticos acuchillados? -indicó Arctor cuando el policía se disponía a marchar-. ¿Ha examinado el vehículo de la chica? ¿Ha notado personalmente el número de neumáticos acuchillados? Son cuchilladas hechas con un instrumento muy afilado... y muy recientes. Tal vez se esté escapando el aire todavía.

El polizonte volvió a mirarle, con la misma expresión que antes, y se fue sin decir nada.

-Es mejor que no te quedes aquí -dijo Arctor, dirigiéndose a Kimberly-. Él debería haberte aconsejado que te marcharas. O al menos, debería haberte preguntado si tenías otro sitio a donde ir.

Kimberly se sentó en el raído sofá, rodeada por la basura que llenaba el cuarto de estar. Sus ojos habían perdido de nuevo el brillo, una vez terminado el inútil esfuerzo de explicar su situación al agente de servicio. Se encogió de hombros.

-Te llevaré a otro sitio -dijo Arctor-. ¿Tienes algún amigo que...?

-¡Lárgate! -explotó Kimberly, con un tono de voz malicioso, parecido al de Dan Marcher, aunque más áspero-. Lárgate de aquí, Bob Arctor... ¡Vete, vete, maldita sea! ¿Quieres largarte? -Su voz chillona se quebró de desesperación.

Bob la dejó sola y descendió lentamente las escaleras, peldaño a peldaño. Al llegar al último escalón, un objeto rodó estrepitosamente a su espalda: la botella de lejía. Oyó a la chica cerrar la puerta con todos sus cerrojos. Dispositivos inútiles, pensó. Todo era inútil. El agente de servicio aconseja que ella llame por teléfono si el sospechoso vuelve. ¿Y cómo se las apañará Kimberly para hacerlo sin salir de su piso? Dan Mancher aprovechará el momento para destrozarla, igual que los neumáticos. Y probablemente, dedujo mientras le venía a la memoria la queja de los ancianos vecinos, ella se tambaleará y caerá encima de la mierda de los perros. Al pensar en la escala de valores de aquel par de viejos, no pudo por menos que sentirse como si estuviera riendo histéricamente: el chiflado drogadicto que vivía en el piso de arriba se pasaba las noches golpeando y amenazando de muerte a una chica joven, adicta a las drogas, de mal vivir y que, sin duda alguna, tenía una infección en la garganta (o algo peor). *Y por si eso fuera poco...*

Ya con Luckman y Barris, de vuelta hacia el norte, Bob no pudo ocultar su burla.

-Mierda de perro -dijo-. Mierda de perro. -Hay que saber apreciarlo, pensó, pero es una cosa humorística. La graciosa mierda de perro.

-Es mejor que cambies de carril y pases a ese camión Safeway -aconsejó Luckman-. Ese monstruo apenas puede moverse.

Librodot

Se puso a la izquierda y pisó el acelerador. Pero un momento después, al sacar el pie, el pedal cayó hasta la esterilla. El motor rugió de manera furiosa y el coche fue lanzado hacia delante a una velocidad salvaje.

-¡Más despacio! -gritaron al unísono Luckman y Barris.

El vehículo ya había alcanzado los ciento sesenta por hora. Apareció una furgoneta Volkswagen, circulando en dirección contraria a la de ellos. El pedal del gas no funcionaba: ni recuperaba su posición normal, ni servía para nada. Luckman, sentado junto a Bob, y Barris, en el asiento trasero, se protegieron instintivamente con los brazos. Arctor giró el volante a la izquierda para esquivar la furgoneta y ocupó el reducido espacio que quedaba a la izquierda, antes de ver a un Corvette que avanzaba a toda velocidad y ocupaba todo el carril. Escucharon los bocinazos y chirridos de los frenos del otro coche. Luckman y Barris empezaron a chillar. El primero alargó repentinamente el brazo y cortó el encendido. Al mismo tiempo, Arctor ponía punto muerto. El coche redujo su velocidad y Bob, pisando el freno a intervalos, pasó al carril derecho. Con el motor totalmente parado y en punto muerto, ocupó el arcén lateral hasta detenerse por completo.

El Corvette siguió expresando a bocinazos su indignación, pese a estar ya muy lejos. El gigantesco camión Safeway pasó junto al coche de Bob y, en un momento ensordecedor, hizo sonar su señal acústica.

-¿Qué demonios ha ocurrido? -preguntó Barris.

-El muelle de retorno del cable del estrangulador... el gas -dijo Arctor, voz, manos y todo su cuerpo temblando-. Debe estar atascado o roto. -Señaló la parte averiada.

Los tres hombres se quedaron mirando el pedal, que seguía caído en el suelo. El motor había revolucionado al máximo, un régimen considerable para aquel tipo de coche. Bob no había comprobado la velocidad máxima que habían alcanzado, pero la supuso muy por encima de los ciento sesenta kilómetros por hora. Y advirtió que, pese a haber pisado los frenos, el vehículo sólo había reducido un poco su velocidad.

En silencio, bajaron del coche y levantaron el capó. Brotaba humo blanco de los anillos de engrase y de otras partes situadas más abajo, y agua casi hirviendo escapaba silbando por el inundado tubo del radiador.

Luckman se inclinó sobre el recalentado motor y señaló algo.

-No es el muelle -dijo-. Es la articulación del pedal con el carburador. ¿Lo veis? Se ha caído. -La varilla pendía del bloque, inútil e impotente, con la anilla de fijación todavía en su lugar-. Por eso el pedal del gas no recuperó su posición cuando sacaste el píe. Pero... -Inspeccionó el carburador con gesto de preocupación.

-El carburador tiene un dispositivo de seguridad -dijo Barris, sonriendo y mostrando sus dientes casi artificiales-. Cuando la varilla se suelta...

-¿Y por qué tenía que soltarse? -interrumpió Arctor-. La anilla de fijación debía mantenerla en su lugar, ¿no? -Pasó la mano por la varilla-. ¿Cómo ha podido caerse de esta forma?

-Si la varilla cede, por la razón que sea -dijo Barris como si no hubiera estado escuchándole-, entonces el motor se pone a funcionar al ralentí. Como medida de seguridad. Pero en lugar de eso, empezó a revolucionarse hasta el máximo. -Se inclinó para observar mejor el carburador-. Este tornillo ha sido desenroscado por completo. El tornillo de la marcha lenta. Así que, cuando la varilla cedió, el dispositivo de seguridad funcionó al revés: aumentó la velocidad en lugar de disminuirla.

-¿Cómo pudo suceder eso? -casi gritó Luckman-. ¿Es que el tornillo pudo desenroscarse por accidente?

Sin decir nada, Barris sacó su navaja, abrió la hoja y empezó a enroscar el tornillo de ajuste, contando en voz alta las vueltas que daba: veinte en total.

-Para soltar la anilla de fijación y la tuerca que unen el acelerador y las varillas de articulación -dijo finalmente-, se necesita una herramienta especial. Dos, mejor dicho. Supongo que me hará falta media hora para repararlo. Pero tengo de todo, en mi caja de herramientas.

-Tu caja de herramientas está en casa -advirtió Luckman.

-Sí, es verdad -asintió Barris-. Entonces tendremos que ir a una gasolinera para pedir prestadas las herramientas o para que venga aquí la grúa. Sugiero lo segundo. Será mejor que repasen el coche antes de volver a utilizarlo.

-Oye, tío -dijo Luckman-. ¿Esto ha sido un accidente o lo ha hecho alguien deliberadamente? ¿Igual que el cefaloscopio?

Barris meditó por un instante, sin perder su sonrisa, maliciosa y triste a la vez.

-No puedo asegurarlo -contestó por fin-. Normalmente, sabotear un coche, provocar una avería que lleve al accidente... -Miró a Bob, los ojos ocultos tras sus gafas de sol verdes-. Nos hemos salvado de milagro. Si ese Corvette hubiera ido un poco más deprisa... La cuneta era demasiado pequeña para meter el coche allí. Mira, Bob, debías haber cortado el encendido en cuanto te diste cuenta de lo que pasaba.

-Puse punto muerto -dijo Arctor-, al cabo de un instante. Tardé un poco en comprender lo que pasaba. -Si hubieran sido los frenos, pensó Bob, si el pedal del freno hubiera caído, habría reaccionado más pronto, habría sabido qué hacer. Todo fue tan... raro.

-Alguien lo hizo deliberadamente -opinó Luckman. Se revolvió furiosamente, mostrando los puños-. ¡HIJOS DE PUTA! ¡Por poco nos la pegamos! ¡Los muy jodidos, casi nos han matado!

Barris, ante la infinidad de coches que circulaba por la autopista, sacó del bolsillo una pequeña caja de tabletas de sustancia M y se llevó varias a la boca. Luego las pasó a Luckman, que también tomó unas cuantas, y después a Arctor.

-A lo mejor es esto lo que nos está jodiendo -dijo Arctor, rechazando de mala gana el ofrecimiento-. Lo que nos está volviendo locos.

-La droga no puede sabotear el acelerador y el carburador de un coche -replicó Barris, aún sosteniendo la caja de tabletas en sus manos y ofreciéndola a Arctor-. Será mejor que te tomes tres, por lo menos tres... Son de primera calidad, aunque no muy fuertes. Están cortadas con un poco de meta.

-Quítame esa maldita caja de la vista -fue la respuesta de Arctor. Escuchaba voces en su cabeza, cantando, chillando... Oía una música terrible, como si la realidad, todo lo que le rodeaba, se hubiera vuelto repentinamente irritante. Todo apestaba: los coches circulando a toda velocidad, sus dos amigos, su coche con el capó levantado, el olor del somg la luminosidad cálida y brillante del mediodía... Todo el mundo a su alrededor parecía putrefacto. Sí, putrefacto más que cualquier otra cosa. No fue una repentina sensación de peligro o miedo. Era como si todo fuera

pudriéndose poco a poco. Y no sólo percibía la hediondez por el olfato, sino también por la vista y el oído. Sintió náuseas. Cerró los ojos y se estremeció.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Luckman-. ¿Tienes alguna pista? ¿Algún olor del motor que...?

-Mierda de perro -contestó Arctor. El motor y todo lo que había cerca de él olía a mierda de perro. Se inclinó y sintió aquel olor de forma clara y más fuerte. Qué extraño, pensó. Monstruosa y jodidamente raro-. ¿No oléis a mierda de perro? -preguntó a sus amigos.

Barris, sonriente, negó con un gesto de cabeza.

Al inclinarse sobre el motor, aún muy caliente, y oler mierda de perro, Arctor supo que se trataba de una ilusión. No olía a mierda de perro. Pero él la sentía. Y luego vio una sustancia repugnante que impregnaba el bloque del motor y, en especial, todos los salientes que había más abajo. Manchas de color oscuro que, supuso, eran de aceite derramado, vertido: tal vez una arandela floja. Pero necesitaba tocarlo para estar seguro, para reforzar su convicción racional. Sus dedos tocaron las manchas, espesas y oscuras, y se retiraron automáticamente. Había metido los dedos en mierda de perro. El motor, todas las piezas, estaban cubiertos por una capa de mierda de perro. Después advirtió que también la había en el tabique a prueba de fuego. Alzó la vista y volvió a ver mierda de perro en el aislamiento del capó. El hedor era insoportable. Cerró los ojos y se estremeció de nuevo.

-Hey, tío -dijo Luckman, agarrando a Arctor por la espalda-. Parece que estés viendo un flash-back, ¿eh?

-Y con entradas gratis -añadió Barris, riendo entre dientes.

-Será mejor que te sientes. -Luckman guió a Bob hasta el asiento del conductor y le obligó a sentarse-. Tío, estás flipado del todo. Quédate sentado y no te preocupes. Nadie ha muerto y ya estamos avisados. -Cerró la puerta del coche-. Todos estamos perfectamente, ¿comprendes?

Barris se asomó por la ventanilla y dijo:

-¿Quieres un buen montón de mierda de perro, Bob? ¿Para comértela?

Arctor, tiritando, abrió los ojos y se quedó mirándolo. Los ojos de Barris, cubiertos por las gafas verdes, no decían nada, no daban ninguna pista. ¿Había dicho realmente aquello?, se preguntó Arctor, ¿o son imaginaciones mías?

-¿Qué dices, Jim? -preguntó.

Barris empezó a reír. A reírse sin parar.

-Déjale solo, tío -ordenó Luckman, dando un golpe en la espalda a Barris-. ¡Cierra el pico, Barris!

-¿Qué ha dicho hace un momento? -preguntó Arctor a Luckman-. ¿Qué demonios me ha dicho exactamente?

-No lo sé -contestó Luckman-. No comprendo ni la mitad de las cosas que Barris dice a la gente.

Barris seguía sonriendo, pero ya se había callado.

-Maldito Barris -le dijo Arctor-. Sé que tú eres el culpable. Primero jodiste el cefaloscopio y ahora el coche.

Tú lo hiciste, hijo de puta, chiflado.

Su voz apenas fue audible para él mismo, pero, al decir aquello al sonriente Barris, aumentó el pavoroso olor a mierda de perro. Decidió permanecer callado y quedarse sentado ante el inútil volante de su coche, esforzándose por no vomitar. Por fortuna, Luckman me acompaña, pensó. Si

él no estuviera aquí, todo se habría acabado para mí. Me habría jodido este chalado, este cabeza hueca, este hijo de puta que vive en mi misma casa.

-No te preocupes, Bob -dijo Luckman. Bob pudo escucharle entre las oleadas de náuseas que le agobiaban.

-Él tiene la culpa, lo sé -insistió Arctor.

-¡Jo, tío! ¿Y por qué? -¿Era Luckman el que hablaba? ¿El que intentaba hablar?-. Él también habría muerto si fuera el culpable. ¿Qué ganaba con eso, tío? ¿Por qué iba a hacerlo?

Bob Arctor se sintió dominado por el olor que emanaba del sonriente Barris, y vomitó sobre el tablero de mandos de su propio coche. Miles de vocecitas tintinearon en sus oídos, casi ensordeciéndole, y el olor fue apagándose. Las voces eran extrañas, no podía descifrar su significado. Lo importante era que podía ver y que aquella hediondez desaparecía. Se estremeció, y buscó el pañuelo que llevaba en el bolsillo.

-¿De qué eran esas tabletas que nos diste? -preguntó Luckman al sonriente Barris.

-Demonios, yo también las tomé, igual que tú -dijo Barris-. Y no hemos visto las estrellas. Así que no ha sido la droga. Además, Bob ha reaccionado demasiado pronto. ¿Cómo iba a ser por causa de la droga? El estómago no puede absorber...

-¡Me has envenenado! -estalló Arctor. Podía ver casi perfectamente y estaba lúcido. Pero tenía miedo. Se había sumergido en el miedo, en una respuesta racional que eliminaba la locura. Miedo ante lo que había podido pasar y lo que eso significaba. Miedo, un miedo terrible al pensar en el sonriente Barris, en su jodida caja de ruedas, sus explicaciones, sus frases sobrecogedoras, sus gestos, sus costumbres, sus idas y venidas... Y de su informe anónimo a la policía sobre Robert Arctor, su dispositivo infantil para ocultar la voz que tan buen resultado le había dado. Pero no podía tratarse de otra persona que no fuera Barris.

El hijo de puta la ha tomado conmigo, pensó Bob Arctor.

-Nunca he visto a nadie que se flipara tan rápidamente -dijo Barris-. Aunque la verdad es que...

-¿Ya estás bien, Bob? -preguntó Luckman-. No te preocupes, nosotros limpiaremos todo esto. Será mejor que vayas atrás.

Luckman y Barris abrieron la puerta del coche y ayudaron a Bob a cambiarse de sitio.

-¿Estás seguro de no haberle dado nada raro? -preguntó Luckman a Barris.

Y Barris alzó las manos, agitándolas en señal de protesta.

VI

Item: lo que más teme un agente secreto que trabaje en narcóticos no es que le maten o le den una paliza, sino que le hagan tomar una gran dosis de alguna droga psicodélica, una dosis que proyectará en su mente, y para el resto de su vida, un film horrorífico e interminable. O bien que le inyecten mex, mitad hero y mitad sustancia M, o las dos cosas anteriores más un veneno del tipo de la estrictina, que casi le matará, pero no del todo. Y así ocurrirá lo más temible: convertirse en adicto para toda la vida y presenciar la eterna película de horror. Su existencia quedará reducida entonces a la

jeringa y la cuchara, a darse de golpes contra las paredes de un hospital psiquiátrico o, lo peor de todo, a morir en vida en una clínica del gobierno. Día y noche tratará de sacudirse los áfidos que lo atormentan o se preguntará en vano por qué no puede encerar el suelo. Y todo ello sucederá deliberadamente. Alguien averiguaría lo que estaba haciendo y lo atraparían, condenándolo a una existencia de terror. Lo peor de todo: la culpa sería de la sustancia que ellos vendían y que él trataba de poner fuera de circulación.

Conduciendo precavidamente de vuelta a casa, Bob Arctor prosiguió sus reflexiones. Debía suponer que tanto los traficantes como la gente de la brigada de narcóticos conocía los efectos que las drogas callejeras causaban en la gente. Era un punto de concordancia.

Una gasolinera de la cadena Union, cercana al lugar de su accidente, se había ocupado de reparar el coche, por un total de treinta dólares. Todo pareció haber ido bien, aunque el mecánico había estado examinando durante un buen rato la suspensión de la parte delantera izquierda.

-¿Pasa algo? -había preguntado Arctor.

-Da la impresión de que usted tenga problemas cuando toma una curva muy cerrada -había dicho el mecánico-. ¿No patina el coche?

El coche no patinaba. Al menos, Arctor no lo había advertido. Pero el mecánico no aclaró el problema, limitándose a inspeccionar el resorte espiral, la articulación y el amortiguador bañado en aceite. Arctor había pagado la factura y la grúa se había marchado. Luego se había metido en el coche, con Luckman y Barris ocupando el asiento trasero, para dirigirse al norte, hacia el condado de Orange.

Mientras conducía, Arctor pensó en otras irónicas maniobras propias de agentes y traficantes especializados en narcóticos. Varios policías conocidos suyos se habían hecho pasar por traficantes en su trabajo clandestino, acabando por vender hachís e, incluso, hero. Era una buena coartada, pero el agente veía como sus ingresos iban superando cada vez más el salario que cobraba oficialmente y el dinero que obtenía al colaborar en la requisa de un buen lote de mercancía. Además, los agentes se acostumbraban a tomar sus propios productos; era algo inevitable, un elemento vital. Con el tiempo se convertían en adictos y traficantes de fortuna, mientras seguían desempeñando su trabajo para la policía y en defensa de la ley... que algunos cambiaban para dedicarse por completo al tráfico de estupefacientes. Pero había más: también algunos traficantes, bien para vengarse de gente molesta o bien temiendo una inminente detención, entraban en la policía y se iniciaban como agentes de narcóticos, con un cargo más oficioso que oficial. El panorama era tétrico. En realidad, el mundo de la droga era sombrío para cualquier persona. Como estaba empezando a serlo, por ejemplo, para Bob Arctor: aquella misma tarde, mientras él y sus dos camaradas habían estado a punto de morir en la autopista de San Diego, las autoridades habían estado instalando, por su cuenta, los aparatos de vigilancia y escucha que servirían para controlar a todos los inquilinos de su casa. Y si lo habían hecho, como él esperaba, no tendría nada que temer de ahora en adelante, nada similar a lo que le había sucedido hoy. Era un golpe de suerte que, en último término, podría establecer la diferencia entre su muerte -envenenado, tiroteado o drogado- y el echarle el guante a su enemigo, a la persona que le acechaba y que había estado a punto de acabar con él. En cuanto las holocámaras estuvieran instaladas, meditó, la posibilidad de un sabotaje o ataque contra él sería

Librodot

muy pequeña. O en cualquier caso, su enemigo podría intentarlo, pero no lograrlo.

Tan sólo este pensamiento le dio ánimos. El culpable puede huir si nadie lo persigue, reflexionó mientras se abría paso con todo cuidado entre la maraña de vehículos que circulaban a últimas horas de la tarde. Había oído decirlo y tal vez fuera cierto. Una cosa era segura: el culpable huía, a toda prisa y con grandes precauciones, cuando alguien lo acosaba. Cuando iba tras él un experto, un ser de carne y hueso, pero invisible al mismo tiempo. Y un individuo que siempre estaba muy cerca. Tan cerca, pensó, como el asiento trasero de este coche. Desde ahí atrás, si él tuviera su jodida 22 de fabricación alemana y su irrisorio silenciador casero, y si Luckman se durmiera como suele hacer siempre, me metería una bala en el cerebro y estaría tan muerto como Bobby Kennedy, que murió a causa de heridas de balas del mismo calibre... de un calibre muy pequeño.

Y no sólo ahora, sino cualquier día o cualquier noche.

Claro que, estando en casa, podré examinar las grabaciones de las holocámaras. Sabré perfectamente, y enseguida, qué hacen todos los que viven en mi casa, cuándo lo hacen e, incluso, por qué lo hacen. Incluyéndome yo, por supuesto. Contemplaré a mi propio yo, pensó Bob, despertándose de madrugada para orinar. Veré lo que ocurre en todas las habitaciones en el transcurso de veinticuatro horas... aunque habrá un cierto retraso. No me será de mucha ayuda el ver a través de las cámaras que me están dando alguna droga desorientadora robada por los Ángeles del Infierno de un arsenal militar y vertida en mi café. Será otra persona de la brigada, la que se encargue de las grabaciones, la que observará mis convulsiones, incapaz de ver o comprender qué me pasa o en qué me he convertido. Será una escena retrospectiva que nunca podré contemplar. Otra persona deberá hacerlo por mí.

-¿Qué habrá pasado en casa mientras estábamos fuera? -preguntó Luckman-. Entiéndeme, Bob. Todo este asunto demuestra que hay alguien dispuesto a joderte, a fastidiarte de mala manera. Espero que la casa siga igual que antes.

-Sí -dijo Arctor-. No lo había pensado. Además, ni siquiera hemos conseguido un cefaloscopio prestado. -Se esforzó por mostrar resignación en el tono de su voz.

-Yo no me preocuparía demasiado -intervino Barris, exhibiendo una sorprendente jovialidad.

-¿No te preocuparías? -Luckman, en cambio, pareció muy enfadado-. ¡Jo! A lo mejor han entrado en la casa y nos han robado todo lo que teníamos. Bueno, quiero decir todo lo que tiene Bob. Y pueden haberse cargado a los animales. O...

-Dejé una pequeña sorpresa para los que entraran en la casa mientras estábamos fuera -interrumpió Barris-. Lo hice de madrugada... trabajando hasta que lo conseguí. Una sorpresa electrónica.

-¿Qué tipo de sorpresa? -dijo Arctor, esforzándose en ocultar su preocupación-. Se trata de mi casa, Jim, y no tienes derecho a...

-Calma, calma. Como dirían nuestros amigos alemanes, *leise*. O sea, tómatelo con calma.

-¿Qué es lo que hiciste?

-Si alguien ha entrado en la casa por la puerta principal, durante nuestra ausencia -explicó Barris-, mi cassette empezará a grabar. La puse

debajo del sofá. Tiene una cinta de dos horas. Coloqué tres micros Sony omnidireccionales en tres diferentes...

-Debías habérmelo dicho -dijo Arctor.

-¿Y qué pasará si entran por una ventana? -preguntó Luckman-. ¿O por la puerta de atrás?

-Te lo explicaré -contestó Barris-. Para aumentar las posibilidades de que entraran por la puerta principal, en vez de por otros sitios más difíciles, la dejé sin cerrar con llave. Un detalle providencial.

Hubo unos instantes de silencio. Finalmente, Luckman empezó a reírse entre dientes.

-Supongamos que no saben que la puerta está abierta -dijo Arctor.

-Dejé una nota -contestó Barris.

-¡Me estás tomando el pelo!

-Sí -se apresuró a responder Barris.

-¿Nos la estás pegando o no? -dijo Luckman-. Contigo es imposible saberlo. ¿Tú qué piensas, Bob?

-Te lo diré cuando lleguemos -repuso Arctor-. Si hay una nota y la puerta no está cerrada con llave, entonces sabremos que no nos toma el pelo.

-Lo más seguro es que tiren la nota -comentó Luckman-. Después de haber robado y saqueado la casa, claro. Y luego habrán cerrado la puerta. Así que no nos enteraremos de nada. Nunca sabremos si era verdad o no, eso es seguro. Nos quedaremos en la duda, como siempre.

-¡Claro que estoy bromeando! -afirmó Barris-. Dejar la puerta abierta y una nota en ella sólo puede ocurrírsele a un loco.

-¿Qué pusiste en la nota, Jim? -preguntó Arctor, volviendo la cabeza.

-¿Para quién era la nota? -inquirió a su vez Luckman-. Ni siquiera sabía que fueras capaz de escribir.

-Esto es lo que escribí -dijo Barris, con aire de resignación-: «Donna, puedes entrar. La puerta no está cerrada con llave. Nosotros...». Era para Donna -concluyó con cierta vacilación.

-Lo ha hecho -aseguró Luckman-. Todo lo que ha dicho es verdad.

-Así sabremos quién es el culpable de todo esto, Bob -prosiguió Barris, esta vez en tono seguro-. Y eso es muy importante.

-Lo sabremos si es que no roban la grabadora cuando se lleven el sofá y todo lo demás -objetó Arctor.

Bob trató de llegar a una rápida conclusión respecto a si el problema era o no grave. Se encontraba ante una nueva muestra del confuso genio electrónico de Barris, de una mente tremendamente infantil. Bueno, reflexionó, la bofia descubrirá los micrófonos antes de que pasen diez minutos y de ellos llegará hasta la grabadora. No tendrán problema alguno: borrarán la cinta, la rebobinarán y lo dejarán todo tal como estaba, incluida la puerta y la nota. Bien pensado, la puerta abierta les facilitará la tarea. El jodido de Barris... Grandes planes geniales que acabarán en la confusión universal. Hasta es probable que se olvidara de enchufar la grabadora. Y claro, si la encuentra desenchufada...

Deducirá que alguien ha estado allí, concluyó Arctor. Se agarrará a eso y nos dará la lata durante varios días. Alguien entró en la casa, descubrió el dispositivo y fue lo bastante inteligente como para desconectarlo. Espero, pensó Bob, que si encuentran la grabadora desenchufada la conecten a la red. Y no sólo eso, sino que comprueben que funciona perfectamente. En

Librodot

realidad, deberían comprobar todo el sistema que ha montado Barris, desarrollar la secuencia completa, tal como hacen con sus aparatos, para asegurarse de que funciona a la perfección. Y como paso final, borrar la cinta. En caso de que alguien -la bofia, por ejemplo- hubiera entrado en la casa, su presencia habría sido indefectiblemente detectada por la grabadora. Si no lo hacían así, Barris mantendría sus sospechas para siempre.

Mientras seguía conduciendo, Bob continuó su análisis teórico de la situación, ahora con un segundo ejemplo bien establecido. Era algo que había aprendido durante su entrenamiento en la academia de policía, o que había leído en los periódicos.

Teoría: una de las formas más efectivas de sabotaje industrial o militar se limita a causar daños que no puedan ser completa o absolutamente atribuidos a una acción deliberada. Es similar a un movimiento político invisible; quizá ni siquiera exista. Si se conecta una bomba al encendido de un coche, es evidente que hay un enemigo. Si un edificio público o una sede política sufre un atentado, es que existe un enemigo político. Pero si ocurre un accidente, o una serie de accidentes, si se trata de fallos de funcionamiento, de errores, en especial si son poco importantes, ocurridos en un período natural de tiempo, de pequeñas faltas... entonces la víctima, sea un individuo, un partido o un país, no puede organizar jamás su defensa.

En realidad, especuló Arctor mientras conducía a poca velocidad por la autopista, la persona tiende a suponer que es una paranoica y que no tiene enemigos, a dudar de sí misma. Su coche sufre un accidente normal; eso es porque la suerte empieza a darle la espalda. Y sus amigos están de acuerdo en esa apreciación. El problema está en su cabeza, realidad que empieza a consumirle más violentamente que cualquier otra situación tangible. Y, además, el proceso dura un tiempo superior. La persona o personas que persiguen la ruina del individuo en cuestión deben acechar, aguardar y aprovechar la oportunidad durante un período de tiempo más prolongado. Entre tanto, si la víctima puede sospechar la identidad de los agresores, dispone de una mayor posibilidad para atraparlos... Mucho mejor que en el caso, por ejemplo, de que le disparen con un rifle de mira telescópica. Es la ventaja que tiene *el perseguido*.

Toda nación del mundo, Bob lo sabía, entrena y envía un gran número de agentes para que aflojen tornillos aquí y eliminen conexiones eléctricas allá, para cortar cables e iniciar pequeños incendios, para hacer desaparecer documentos... en fin, percances poco importantes. Una bola de chiclé, introducida en una máquina de xerocopias de una oficina gubernamental, puede destruir un documento único y vital: en lugar de salir una copia, aparecerá el original inservible. Los hippies de los años sesenta sabían que con un exceso de jabón y papel higiénico podían atorar toda la instalación de desagüe de un edificio comercial, dando así a los empleados una inesperada semana de vacaciones. Una bola de naftalina metida en el depósito de gasolina de un coche agota el motor al cabo de dos semanas, cuando el vehículo ya está en otra ciudad, y no deja residuos que puedan analizarse. Toda estación de radio o TV puede ser puesta fuera de antena mediante un martinete que corte accidentalmente un cable de microondas o eléctrico. Y miles de casos más.

Entre las antiguas clases sociales de la aristocracia se sabía muy bien lo que podía ocurrir con criados, jardineros y otros siervos: un jarrón roto,

una joya heredada de valor incalculable que se desliza de una mano indolente...

-¿Por qué has hecho eso, Rastus Brown?

-¡Oh! ¡Ah! Bue... Es que yo...

Y no había nada, o casi nada, que pudiera remediarlo. Podía ser un rico propietario, un escritor político mal visto por el régimen, una pequeña nación recién formada que amenazara a los Estados Unidos o a la URSS...

En cierta ocasión, la esposa de un embajador americano en Guatemala había alardeado en público de que su marido era un perfecto «pistolero» que había terminado con el gobierno izquierdista de aquella pequeña nación. Cumplida su misión, el embajador cayó en desgracia y fue trasladado a un pequeño país asiático. Un día, conduciendo su deportivo, descubrió de repente un lento camión de heno que salía de un camino lateral y embestía su vehículo. Bastó un momento para que el embajador quedara reducido a un montón de restos deformes. Ser pistolero y tener a sus órdenes todo un ejército privado formado por la CIA no le había sentado demasiado bien. Su esposa no escribió ningún poema épico en su honor.

-Este... ¿Qué he hecho? -habría sido la posible contestación del propietario del camión ante la policía-. ¿Qué he hecho, jefe? ¡Oh! ¡Ah! Bue... Es que yo...

O como el caso de su propia ex esposa, recordó Arctor. Al principio de su matrimonio Bob había trabajado como investigador para una casa de seguros («¿Ha observado si los vecinos de enfrente beben mucho?»), y su mujer se quejó de que se pasaba las noches redactando los informes en vez de comérsela con los ojos en cuanto la veía. Poco antes del divorcio, ella había aprendido a fastidiarle mientras trabajaba por la noche: se quemaba la mano encendiendo un cigarrillo, decía que tenía una mota en el ojo, pasaba el polvo a su despacho o, en fin, se pasaba las horas buscando alguna tontería en o cerca de la máquina de escribir. Su reacción inicial consistió en dejar el trabajo, no sin un cierto enojo, y simular que se comía con los ojos a su mujer en cuanto la veía. Luego ocurrió lo del golpe contra el canto de un armario, mientras sacaba el tostador de maíz, y descubrió una solución más conveniente.

-Si matan a nuestros animales -estaba diciendo Luckman-, los machacaré. A todos. Alquilaré una banda profesional de Los Ángeles. Tal vez un grupo de Panteras.

-No harán eso -intervino Barris-. No ganan nada matando animales. Los animales no les han hecho nada.

-¿Y yo? -preguntó Arctor.

-Es evidente: ellos piensan que sí -repuso Barris.

-*Si hubiera sabido que era inofensivo, lo habría matado yo misma* -recitó Luckman-. ¿Os acordáis?

-Sí, pero esa tía era una honrada -dijo Barris-. Nunca se metió en la droga y estaba cargada de dinero. ¿Recordáis su apartamento? Los ricos nunca entienden el valor de la vida. Eso es otra cosa. ¿Te acuerdas de Thelma Kornford, Bob? Aquella chica bajita de pechos impresionantes... Nunca llevaba sostenes y pasamos el tiempo sentados a su lado y mirándole las tetas. Vino a buscarnos para que matáramos aquella libélula, ¿te acuerdas? Y cuando explicamos a la chica que...

Al volante de su coche, conduciendo lentamente, Bob Arctor olvidó los asuntos teóricos y volvió a vivir un momento que les había impresionado

Librodot

mucho a los tres: la delicada y elegante chica honrada de suéter con cuello de cisne, pantalones acampanados y pechos bailarines que les llamó para matar un gran insecto inofensivo. Un bicho que en realidad era beneficioso, ya que se alimentaba de mosquitos y aquel año habían anunciado un brote de encefalitis en el condado de Orange. Cuando vieron que se trataba de una libélula y se lo explicaron, Thelma había pronunciado unas palabras que se convirtieron para ellos en algo que debía ser temido y despreciado, en un lema de parodia:

SÍ HUBIERA SABIDO QUE ERA INOFENSIVO,
LO HUBIERA MATADO YO MISMA.

La frase había sido un resumen (y todavía lo era) de los motivos que les llevaban a desconfiar de sus enemigos honrados, suponiendo que tuvieran enemigos. De todos modos, Thelma Kornford, una persona bien-educada-y-de-buena-posición, se convirtió en enemiga en el mismo instante que pronunció aquellas palabras. Y ellos se habían ido corriendo de su apartamento, aquel día, dejando perpleja a la chica. El abismo entre los dos mundos, el de Thelma y el suyo, se había mostrado con toda claridad. Y seguía existiendo, no importa lo mucho que hubieran pensado en irse a la cama con la chica. El corazón de Thelma, reflexionó Bob Arctor, era una cocina vacía: baldosas, grifos, un escurridero para platos de aspecto descolorido y, junto al fregadero, un vaso abandonado por el que nadie se preocupaba.

Una vez, antes de que se dedicara exclusivamente a su trabajo como agente secreto, había tomado declaración a un par de honrados de excelente posición y nivel de vida. Les habían robado mientras se encontraban ausentes. Los ladrones, cosa evidente, habían sido yonquis. En aquella época aún era frecuente que este tipo de gente viviera en barrios donde bandas de ladrones vagabundos robaban todo lo que podían, que era bastante. Eran bandas profesionales que situaban vigías, hombres con un walkie-talkie en las manos, en los alrededores del lugar del robo, para advertir el regreso de los primos. Recordó lo que había dicho aquel matrimonio: «La gente que viene a robar, a llevarse el televisor en color que es tuyo, son el mismo tipo de criminales que matan despiadadamente a los animales o que destruyen obras de arte invalorables». No, había respondido Bob Arctor, dejando a un lado el informe que estaba redactando, ¿qué les hace pensar eso? Los adictos, al menos por lo que él sabía, rara vez dañaban animales. Había visto yonquis que alimentaban y cuidaban animales heridos durante largos períodos de tiempo. Y en casos similares, muchos honrados habrían optado por «hacer dormir» a las pobres bestias. «Hacer dormir», un extraño término empleado por los honrados -y también por un viejo «Sindicato»- para no verse obligados a decir «matar». En cierta ocasión había colaborado con dos tipos, totalmente flipados, en la penosa experiencia de liberar a una gata que había quedado atrapada en una ventana rota. Los dos tipos, apenas conscientes, llevaban casi una hora dedicados a la paciente y difícil tarea de lograr que la gata saliera viva del lance. Todos sangraban un poco, tanto los hombres como la gata. Uno de los tipos permanecía dentro de la casa, con Arctor, sujetando al animal, que estaba muy quieto, por la cabeza, y el otro estaba en la calle, aguantando el culo del animal. Al final, liberaron a la gata, que salió muy bien parada, y le ofrecieron comida. No sabían a quién pertenecía el animal que, al parecer, teniendo hambre y oliendo comida por la ventana rota, había tratado de meterse en la casa por

el hueco. Al oír los maullidos, los dos flipados habían olvidado por un rato sus viajes y sueños para socorrer a la gata.

En cuanto a las «obras de arte invalorables», Bob no estaba demasiado seguro, ya que desconocía el significado exacto de la expresión. En My Lai, durante la guerra de Vietnam, la CIA había dado órdenes de destruir cuatrocientas cincuenta obras de arte inapreciables... aparte de bueyes, pollos y otros animales no catalogados. Siempre que recordaba este detalle perdía un poco la cabeza, y le resultaba muy difícil razonar sobre cuadros, museos y cosas similares.

-¿Sabéis una cosa? -dijo en voz alta, mientras seguía su lenta conducción-. Cuando muramos y comparezcamos ante Dios el Día del Juicio, se hará una lista de nuestros pecados siguiendo un orden cronológico, o de gravedad, que podrá ser ascendente o descendente, o alfabético. ¿Será verdad? Porque no me haría ninguna gracia que Dios, cuando yo muera a los ochenta y seis años, me dijera a la cara en un bramido: «¿Así que tú eres el niño que en 1962 robó tres botellas de Coca-Cola del camión de reparto cuanto estaba aparcado frente al 7-11? Pues vas a tener muchas cosas que explicar».

-Creo que este asunto de los pecados lo tratan mediante referencias o remisiones -opinó Luckman-. Lo único que hacen es entregarte una hoja de registro de computador.

-El pecado -dijo Barris, sin poder aguantar la risa-, es un mito judeo-cristiano y, además, anticuado.

-Tal vez ellos tengan tus pecados en conserva, como si fueran un enorme barril de escabeche. -Y diciendo esto, Arctor volvió la cabeza para mirar a Barris, el antisemita-. En un barril de conservas autorizadas por la religión judía, claro. Y es posible que lo alcen y te arrojen todo el contenido a la cara, para que te quedes chorreando pecados. Los tuyos y puede ser que algún otro que haya ido a parar allí por error.

-Algún otro pecado de gente que se llame igual -añadió Luckman-. Otro Robert Arctor. ¿Cuántos Robert Arctor crees que haya, Barris? -Dio un codazo al aludido-. ¿Podríamos averiguarlo con los computadores Cal Tech? ¿Y saber cuántos Jim Barris hay?

¿*Cuántos Bob Arctor existen*?, se preguntó mentalmente Bob. Un pensamiento extraño y fastidioso. Al menos había dos, se dijo. Uno que se llama Fred y otro que se llama Bob y que estará siendo vigilado por el primero. La misma persona. Aunque... ¿son la misma persona? ¿Fred y Bob son el mismo individuo? ¿Hay alguien que lo sepa con certeza? Si ese alguien existe, yo lo sabría, puesto que soy la única persona en todo el mundo que sabe que Fred es Bob Arctor. Pero, *¿quien soy yo? ¿Fred o Bob?*

Por fin, llegaron a la casa, aparcaron en el camino de entrada y, con mucha cautela, se dirigieron a la puerta principal. La encontraron cerrada, pero sin llave, y vieron la nota de Barris. Al entrar, todo parecía estar igual que cuando se habían ido. Pero Barris no tardó mucho en manifestar sus sospechas.

Murmuró algo entre dientes y, sigilosamente, recogió la pistola calibre 22 que había dejado sobre la estantería cercana a la puerta. Bob y Luckman recibieron a los animales que, como era acostumbrado, pedían comida.

-Bien, Barris -dijo Luckman-. Veo que tenías razón. Porque es indudable que hubo alguien aquí. Habrás advertido, igual que Bob, ¿verdad,

Bob?, cómo han eliminado todos y cada uno de los rastros que habrían demostrado su... -Asqueado, se tiró un pedo y se dirigió a la cocina para buscar una lata de cerveza en la nevera-. Barris, eres un chiflado.

Pero Barris no le prestaba atención alguna. Pistola en mano, siguió buscando pistas delatoras. Y Arctor, sin dejar de observarle, pensó: *quizás encuentre algo*. Es posible que hayan dejado alguna huella de su presencia. Es extraño cómo la paranoia y la realidad pueden coincidir de vez en cuando, en instantes pasajeros, en condiciones especiales como las de hoy. Dentro de poco, Barris llegará a la conclusión de que los engañé para que salieran de la casa, permitiendo así que unos intrusos desconocidos ejecutaran propósitos extraños. Y dentro de otro poco, comprenderá quiénes son esos tipos, qué pretendían... Tal vez ya lo imagine, desde hace mucho tiempo. Si fuera así, le habrían sobrado días para preparar y realizar su sabotaje destructor del cefaloscopio, el coche y Dios sabe qué otras cosas. Es posible que al encender la luz del garaje se incendie la casa. Pero la cuestión vital es ésta: ¿Han estado aquí los técnicos? Y si es así, ¿han tenido tiempo de completar la instalación? No lo sabría hasta que hablara con Hank y éste le diera la confirmación de que las holocámaras estaban funcionando. Y que le dijera, claro está, dónde podía obtener las grabaciones y toda posible información que el jefe del equipo de instalación, u otros expertos que hubieran colaborado en la operación, pudieran facilitar. Todo lo concerniente a sus planes contra Robert Arctor, el sospechoso.

-¡Mirad esto! -gritó Barris, inclinado sobre un cenicero en la mesita del café-. ¡Venid aquí! -les urgió.

Arctor y Luckman obedecieron. Bob sintió un calorcillo que emanaba del cenicero.

-Una colilla de cigarrillo -dijo Luckman, apenas dando crédito a lo que veía-. Y aún está encendida. Sí, no hay duda.

¡Jesús!, pensó Arctor. Han metido la pata. Uno de los técnicos ha debido fumar y, lógicamente, ha puesto la colilla aquí. Es decir, han terminado poco antes de que llegáramos. El cenicero, cosa normal en aquella casa, rebosaba de colillas. Y el técnico habría supuesto que una más no se notaría, que se apagaría en cuestión de segundos.

-Un momento -dijo Luckman, que estaba inspeccionando el cenicero. Recogió una colilla-. Esta es la que todavía arde. Se han fumado un porro mientras estaban aquí. Lo que no entiendo es el motivo. ¿Por qué narices lo han hecho? -Malhumorado y confuso, empezó a escudriñar la habitación-. ¡Mierda, Bob! Barris tenía razón. ¡*Alguien ha estado aquí*! Esta colilla sigue ardiendo, huélela... -La alzó hasta la nariz de Arctor-. Sí, está encendida por dentro. Una semilla, seguramente. No han triturado bien la mierda antes de liarla.

-Quizá no sea accidental el que hayan dejado aquí esa colilla -dijo Barris-. Quizá no sea un descuido.

-¿En qué estás pensando? -preguntó Arctor. ¿Cómo podía ser que un equipo de intervención policial tuviera un miembro que se fumaba un porro en pleno trabajo y ante las narices de sus compañeros?

-Es posible que hayan venido exclusivamente para dejar droga en esta casa, para comprometernos. Luego un soplo por teléfono y... Quizás haya droga oculta en el teléfono, por ejemplo, o en los enchufes de la pared. Vamos a tener que examinar toda la casa y dejarla limpia antes de que den el soplo. Y no creo que nos quede mucho tiempo.

-Encárgate de los enchufes -dijo Luckman-. Yo miraré el teléfono.

-Espera -repuso Barris, alzando una mano-. Si nos cogen revolviéndolo todo antes del registro...

-¿Qué registro? -inquirió Arctor.

-Si nos cogen buscando droga por toda la casa, no podremos alegar, aunque sea cierto, que no sabíamos que hubiera droga. Nos cogerán con las manos en la masa. Y eso también puede formar parte de su plan.

-¡Mierda! -protestó Luckman. Se dejó caer en el sofá-. Mierda, mierda, mierda. No podemos hacer nada. Además, habrá droga oculta en un montón de sitios y no podremos encontrarla toda. Estamos jodidos. -Sus ojos encendidos por la furia se posaron en Arctor-. *¡Estamos jodidos!*

-¿Qué me dices de tu cassette conectada a la puerta principal? -preguntó Arctor a Barris. Se habían olvidado de la grabadora, los tres.

-Sí -repuso Barris-. Tienes razón, esto podría darnos mucha información. -Se arrodilló junto al sofá, metió un brazo debajo, gruñó y sacó una pequeña cassette de material plástico-. Esto nos será de gran utilidad... -De repente se apagó el brillo de sus ojos-. Bueno, en realidad ya no va a servirnos de mucho. -Quitó el cable de la grabadora y dejó el aparato sobre la mesita-. Sabemos lo más importante: alguien estuvo aquí durante nuestra ausencia. Y para eso estaba el aparato.

Silencio.

-Me atrevería a adivinar lo que pasó -dijo Arctor.

-Lo primero que hicieron nada más entrar fue poner la grabadora en posición *off*. Yo la dejé en *on*, pero mirad: ahora está en *off*. Así que...

-¿No ha grabado nada? -preguntó Luckman apenado.

-Actuaron deprisa -explicó Barris-. La apagaron antes de que pasaran dos centímetros de cinta por la cabeza grabadora. Este aparato, aprovecho para decirlo, es muy bueno, un Sony. Cabezales separados para reproducción, borrado y grabación, y el sistema Dolby para reducción de ruidos. Me costó muy barato. Lo compré a un agente que hacía cambalaches. Y siempre me ha ido muy bien.

-Jim, no es momento para rollos -apremió Arctor.

-Sí, tienes razón. -Barris se sentó en un sillón y se quitó las gafas-. En vista de sus tácticas evasivas, no tenemos otro remedio. Mira, Bob, hay una cosa que podrías hacer, aunque llevaría tiempo.

-Vender la casa y marcharnos de aquí -dijo Arctor.

Barris asintió con la cabeza.

-¡Mierda! -protestó Luckman-. ¡Es nuestro *hogar*!

-¿Qué puede valer ahora una casa así, en este barrio? -preguntó Barris, entrelazando las manos por detrás de la cabeza-. ¿Cómo estará el mercado? Tampoco sé cómo estarán las tasas de interés, Bob, pero puede que obtengas un buen beneficio. Por otra parte, podrías salir perdiendo en una venta rápida. Pero piensa una cosa, Bob: te estás enfrentando a profesionales.

-¿Conocéis algún corredor de fincas bueno? -preguntó Luckman.

-Sí, no podemos decir la verdad al corredor -convino Luckman-. Podríamos decir que... -Meditó mientras bebía su cerveza-. No puedo pensar en un buen motivo. ¿No se te ocurre algo, Barris? ¿Una excusa?

-Simplemente, diremos que hay narcóticos por toda la casa -dijo Arctor-. Y que no sabiendo dónde están, hemos decidido trasladarnos y dejar que detengan al nuevo propietario en vez de a nosotros.

-No, por favor -repuso Barris-. No creo que podamos ser tan claros. Bob, te sugiero que pretextes un traslado por motivos de trabajo.

-¿Un traslado? ¿Adónde? -preguntó Luckman.

-A Cleveland -contestó Barris.

-Creo que deberíamos decir la verdad -insistió Arctor-. Hasta podríamos poner un anuncio en el *Times* de Los Ángeles: «Se vende casa moderna y amplia. Tres habitaciones. Dos cuartos baño con agua abundante. Droga de primera oculta en todas las habitaciones e incluida en precio venta».

-Pero empezarán a llamar preguntando el tipo de droga -opinó Luckman-. Y no lo sabemos. Puede haber de todo.

-Y también preguntarán la cantidad -añadió Barris en un murmullo-. Los posibles compradores querrán saber cuánta droga hay.

-Puede haber una onza de tate -aventuró Luckman-, o mierda como la que había en el cenicero, o quizá varias libras de caballo.

-Lo que yo sugiero -dijo Barris- es que telefoneemos a la brigada de estupefacientes del condado. Les informamos de lo que ocurre y pedimos que vengan aquí para que se lleven la droga, para que la busquen y dispongan de ella. Hay que ser realistas: no tenemos tiempo para vender la casa. Hace algún tiempo investigué los aspectos legales para un lío como éste, y la mayoría de textos...

-Estás loco -dijo Luckman, mirando a su amigo como si se tratara de uno de los áfidos de Jerry-. ¿Telefonear *a la brigada de estupefacientes*? La bofia estará aquí en menos tiempo que...

-Es lo mejor para nosotros -le interrumpió Barris, sin inmutarse-. Y podemos pasar la prueba del detector de mentiras para demostrar que no sabíamos dónde estaba la droga o de qué tipo era, y que nosotros no la pusimos allí. Que la han puesto sin nuestro conocimiento o permiso. Bob, si les dices eso, no te harán nada. -Hizo una pausa y añadió-: Claro que la cosa no acabará hasta que todos los hechos sean presentados ante un tribunal.

-Pero por otra parte -dijo Luckman-, tenemos nuestros propios escondites. *Sabemos* dónde están y qué tenemos en ellos. ¿Tendremos que tirarlo todo al water? ¿Y si nos olvidamos de algo, por poco que sea? ¡Jo, esto es terrible!

-No hay salida -afirmó Arctor-. Estamos perdidos.

Se abrió la puerta de una de las habitaciones y apareció Donna Hawthorne. Llevaba una graciosa falda-pantalón, el pelo revuelto y estaba medio dormida.

-Vi la nota y entré -dijo Donna-. Me quedé sentada un rato y luego me derrumbé. La nota no decía cuándo volveríais. ¿Por qué gritabais? Me habéis despertado. ¡Dios, estáis pálidos!

-¿Te fumaste un porro? -preguntó Arctor-. ¿Antes de dormirte?

-Claro -contestó Donna-. De otra forma, me es imposible dormir.

-La colilla era de Donna -dijo Luckman-. Dádsela.

¡Dios santo!, pensó Bob Arctor. He vivido la misma alucinación que Barris y Luckman. Hasta el fondo, hasta creerme perdido como ellos. Sintió un escalofrío que le hizo estremecerse y parpadear. Sabiendo todo lo que sé, les he seguido en esa pesadilla paranoica, viviéndola con tanta intensidad como ellos... en una confusión total. Otra vez la oscuridad. La misma oscuridad que les rodea, que me ahoga. La oscuridad del horrible mundo de sombras en el que flotamos.

-Tú nos has sacado de ahí -dijo a Donna.

-¿De dónde? -preguntó la asombrada Donna.

Sé quién soy, pensó Arctor, y sabía lo que probablemente ocurriría en esta casa. Pero saber las dos cosas no es lo que me ha devuelto la cordura. No, ha sido *ella* la que nos ha liberado a los tres. Ella, una chica insignificante, de pelo negro y graciosamente vestida. Y yo paso informes sobre ella y me muero de ganas por llevármela a la cama... Otro mundo real de rutina-y-deseo, con esta tía sexy en el centro: un punto de racionalidad que nos ha liberado al momento. O si no, ¿cómo habrían terminado nuestras cabezas? Nosotros, los tres, estábamos al borde de la locura.

Y no por primera vez, reflexionó Bob. Ni siquiera por primera vez en lo que va de día.

-Deberíais cerrar con llave cuando os vais -dijo Donna-. Si os roban, la culpa será vuestra. Hasta las grandes compañías de seguros capitalistas advierten que si el cliente se deja la puerta o la ventana abierta, ellas no pagarán un centavo. Por eso mismo entré cuando vi la nota. Si no echáis la llave, alguien debe quedarse dentro de la casa.

-¿Cuánto rato llevas aquí? -preguntó Arctor. Tal vez su presencia había impedido la instalación de las holocámaras. O tal vez no, casi seguro que no.

Donna miró su reloj de pulsera, un Timex eléctrico de veinte dólares, regalo de Bob.

-Hace una media hora -contestó. Su rostro se iluminó de repente-. ¡Hey, Bob! He traído el libro de los lobos... ¿Quieres verlo? Bueno, quizá no te guste. Hay cosas muy desagradables.

-La vida -intervino Barris, aunque parecía estar pensando en voz alta-, es desagradable. Y nada más. La gran alucinación. Siempre es dura, tanto que te lleva a la tumba. A ti y a cualquiera, a todas las cosas.

-¿Vas a vender la casa? -preguntó Donna a Bob-. Me pareció oírlo... Bueno, a lo mejor lo soñé. No lo sé seguro, pero escuché algo que parecía una pesadilla muy extraña.

-Todos soñábamos -repuso Arctor.

Si el adicto es el último en enterarse de su condición, pensó Bob, quizás entonces sea el mismo individuo el último en saber si habla o no en serio. ¿Qué había de real en todo lo que había estado diciendo, en todo lo que Donna había escuchado por casualidad? Los desvaríos de aquel día, sus propios desvaríos, ¿hasta qué punto habían sido reales? ¿Hasta qué punto había influido la situación en todos esos disparates? Desde hacia mucho tiempo, Donna significaba para él un elemento orientador, de realidad, cosa que para la chica era la cuestión natural y fundamental. Bob deseó poder responder las preguntas que bullían en su cabeza.

VII

Fred, vestido con su monotraje mezclador, se presentó al día siguiente en el despacho de Hank. Iba a obtener datos sobre los aparatos de vigilancia y escucha recientemente instalados.

-Tenemos seis holocámaras dentro de la casa -explicó Hank, extendiendo un plano de la casa de Bob Arctor sobre la mesa metálica que le separaba de Fred-. Creemos que con seis será suficiente por ahora. Las seis

Librodot

cámaras envían sus imágenes a un apartamento seguro situado a cierta distancia de la casa de Arctor, pero en la misma manzana de edificios.

Contemplando el plano, Fred se sintió algo intranquilo, pero no demasiado. Levantó el croquis y estudió la situación de las diversas holocámaras. Todas las habitaciones quedaban bajo una permanente vigilancia que registraba imágenes y sonidos.

-¿Debo entender que obtendré las grabaciones en ese apartamento? -preguntó Fred.

-Lo utilizamos como central receptora en la vigilancia de ocho, o quizá sean nueve ahora, casas o apartamentos situados en ese barrio en particular -contestó Hank-. Por lo tanto, cuando vaya allí se encontrará con otros agentes secretos, encargados del mantenimiento de la central. *Lleve siempre puesto su monotraje mezclador.*

-Me verán entrar. Está demasiado cerca.

-Supongo que sí, pero se trata de un complejo enorme, de cientos de unidades, y es el único lugar adecuado desde el punto de vista electrónico. Tenemos que contentarnos con ese apartamento, al menos hasta que consigamos un desahucio legal que nos permita emplear otro. Lo estamos intentando... en otro piso a dos manzanas de distancia, donde usted será menos visible. Es cuestión de una semana. Si las holocámaras pudieran transmitir como las antiguas, con una resolución correcta y a través de microrrelés y líneas ITT...

-Si Arctor, Luckman o cualquiera de esos tipos me ve entrar al apartamento, usaré la excusa de que tengo un plan allí.

El asunto no creaba demasiadas complicaciones. Además, reduciría el tiempo que perdía trasladándose de un sitio a otro, un factor muy importante. Le resultaría fácil entrar en la central clandestina, examinar los registros, determinar lo que era relevante o no para sus informes y regresar con toda rapidez a...

A mi casa, pensó. A la casa de Arctor. En aquel lugar de la calle soy Bob Arctor, el sospechoso drogadicto que está siendo vigilado sin saberlo. Y luego, cada dos días, encuentro un pretexto para desplazarme hasta el apartamento y me convierto en Fred, para examinar centenares y centenares de cintas y ver lo que he hecho. Todo este asunto me deprime. Excepto por la protección -y la valiosa información personal- que me facilitará.

No sé quién me estará acechando, pero las cámaras lo descubrirán en la primera semana.

Este pensamiento le tranquilizó.

-Excelente -dijo a Hank.

-Ya puede ver dónde están situadas las holos. En cuanto a su mantenimiento, si fuera preciso, puede encargarse usted mismo cuando esté en la casa de Arctor y no le vea nadie. Porque usted suele ir a esa casa, ¿no?

Mierda, pensó Fred. Si lo hago, apareceré en los registros. Y cuando los entregue a Hank, es obvio que tendré que ser uno de los tipos que aparezcan allí. Una posibilidad entre muy pocas.

Hasta entonces, nunca había dado ninguna pista a Hank sobre los métodos que empleaba para obtener datos de sus sospechosos. Era Fred mismo, el efectivo mecanismo de protección, el que llevaba la información. Pero ahora se trataba de unidades exploradoras holográficas y auditivas que no eliminaban automáticamente, como él hacía, todo dato que pudiera identificarle. Sería Robert Arctor el que apareciera reparando las holos

cuando hubiera una avería. Sería su rostro el que se iría ampliando en la pantalla hasta llenarla por completo. Pero por otra parte, *él* sería el primero en examinar las cintas. Esto le daba la posibilidad de hacer recortes, aunque le llevaría tiempo y mucho tacto.

Pero... ¿eliminar *qué*? ¿A Bob Arctor? Arctor era el sospechoso. Eliminaría a Arctor sólo cuando tocara las holocámaras.

-Me eliminaré del montaje -dijo-. Así, usted no me verá. Como una medida de protección convencional.

-Desde luego. ¿No lo había hecho antes? -Hank le mostró un par de fotografías-. Se utiliza un dispositivo de borrado que elimina toda imagen en la que aparece el informador. Eso en cuanto a la imagen, claro. Por lo que respecta al sonido, no hay ninguna línea establecida. Pero eso no le causará problemas. Damos por supuesto que usted es uno de los tipos del círculo de amigos de Arctor y que frecuenta esa casa. Usted puede ser Jim Barris, Ernie Luckman, Charles Freck, Donna Hawthorne...

-¿Donna? -Se rió. Mejor dicho, fue el traje, no él, en su forma característica.

-O Bob Arctor -prosiguió Hank, analizando su lista de sospechosos.

-Siempre informo sobre mí mismo -dijo Fred.

-Por lo tanto, deberá incluirse en los registros de vez en cuando, o de lo contrario, si se borra por sistema, un proceso de eliminación nos permitirá deducir quién es usted. Aunque no queramos saberlo. Lo que en realidad debe hacer es eliminarse de una forma... ¿cómo le diría yo? Imaginativa, artística... Creadora, esa es la palabra. Por ejemplo, durante los breves intervalos que usted se halle solo en la casa, cuando esté registrando papeles y cajones, reparando una holo dentro del radio de acción de otra o...

-Lo que debería hacer es enviar a alguien a la casa, una vez al mes y vestido de uniforme. Y que ese alguien dijera: «¡Buenos días! He venido a comprobar los dispositivos de vigilancia instalados en la casa, teléfono y coche». Es posible que Arctor pagara la factura.

-Lo más probable es que Arctor se deshiciera del tipo y desapareciera del mapa.

-En el supuesto de que Arctor tenga tanto que ocultar. Eso no está probado.

-Arctor puede estar ocultando muchas cosas -opinó Hank-. Hemos obtenido y analizado información fresca sobre él. No hay dudas fundamentales: es un impostor, un billete falso. Un *farsante*. No le pierda de vista hasta que caiga, hasta que podamos detenerle y encerrarle.

-¿Desea introducir droga en la casa?

-Lo discutiremos más tarde.

-¿Piensa que esté muy arriba en eso que llaman la Agencia SM?

-Lo que nosotros *pensemos* no tiene importancia alguna en su trabajo -dijo Hank-. Nosotros valoramos y usted informa y da sus forzosamente limitadas conclusiones. No pretendo quitar importancia a su trabajo, pero disponemos de información, en grandes cantidades, que no podemos facilitarle. La imagen completa, computerizada.

-Arctor está condenado -opinó Fred-. Si es que trama algo. Y por lo que usted dice, ese es el caso.

-Confío en que pronto tengamos cargos contra él. Y entonces cerraremos el caso, para satisfacción de todos.

Impasible, Fred memorizó las señas del apartamento. De repente recordó haber visto de vez en cuando a una pareja, los dos con aspecto de drogadictos, entrando o saliendo del edificio. Habían desaparecido de la noche a la mañana. Detenidos. Y su apartamento utilizado por la policía. Le habían caído bien. La chica tenía el pelo largo, rubio, y no llevaba sostenes. Una vez, al pasar junto a ella, la vio cargada de comestibles y se ofreció para llevarla en coche. Estuvieron hablando un momento. Era una mujer vital, adepta a las megavitaminas, algas y el sol, agradable y tímida, pero rechazó su ofrecimiento. Ahora comprendía el porqué. Era evidente que los dos habían estado usando droga. O traficando con ella, que era más probable. Por otra parte, si el apartamento hacía falta, bastaba con una acusación de posesión, y eso siempre podía arreglarse.

¿Qué harían las autoridades con la casa de Bob Arctor, grande pero desordenada, cuando cogieran a Arctor?, se preguntó. Lo más seguro es que montaran un centro procesador más amplio.

-Le gustaría la casa de Arctor -dijo en voz alta-. Está en ruinas y tiene la suciedad típica de los drogadictos, pero es muy grande. Un patio fabuloso y montones de arbustos.

-Eso es lo que informaron los técnicos que hicieron la instalación. Ofrece excelentes posibilidades.

-*¿Cómo?* ¿Informaron que ofrecía «excelentes posibilidades»? -La voz del monotraje mezclador brotó frenéticamente, pero sin tono ni resonancia, cosa que aún encolerizó más a Fred-. ¿Para qué?

-Bueno, hay un detalle evidente: el cuarto de estar permite ver un cruce, de modo que se podría vigilar el paso de vehículos y registrar sus matrículas... -Hank estudió algunos de los numerosos documentos que tenía en la mesa-. Pero Burt X, que dirigía la operación, opinó que la casa estaba dejada de la mano de Dios y que, como inversión, no valdría la pena para nosotros.

-¿Dejada de la mano de Dios? ¿A qué se refiere?

-Al tejado.

-El tejado está en perfectas condiciones.

-A la pintura, tanto exterior como interior. Al estado de los suelos. Los armarios de la cocina...

-Eso es una exageración -dijo Fred, la voz anónima del monotraje mezclador-. Sí, Arctor ha dejado que los platos sucios se amontonaran, igual que la basura y el polvo. Pero al fin y al cabo, ¿qué puede esperarse de tres tipos que viven allí solos, sin mujeres? La esposa de Arctor le abandonó. Y se supone que son las mujeres las que tienen que limpiar una casa. Otro gallo cantaría si Donna Hawthorne se hubiera mudado a la casa, tal como Bob quería. Hasta llegó a la humillación para que ella accediera. Y esa chica podía haberlo arreglado todo. De todas formas, cualquier servicio profesional podría dejar la casa en condiciones. Es cuestión de un día. En cuanto al tejado, es un detalle que me pone enfermo, porque...

-Si no le entiendo mal, me está recomendando que adquiramos la casa en cuanto Arctor sea detenido y pierda los derechos de propiedad. ¿Me equivoco?

Fred, la masa difusa, se quedó contemplándole.

-¿Y bien? -insistió Hank, impasible pero con el bolígrafo dispuesto para tomar nota de la respuesta.

Librodot

-No puedo opinar. En ningún sentido. -Fred se puso en pie, preparado para marcharse.

-Aún no hemos terminado -dijo Hank, haciéndole una seña para que volviera a sentarse. Rebuscó entre los papeles que tenía delante-. Aquí tengo un memorándum...

-Usted siempre tiene memorándums. Para todo el mundo.

-Este memorándum me ordena que le envíe a la sala 203 antes de que usted salga del edificio.

-Si es por la charla antidrogas que di en el Lion's Club, ya he recibido una buena reprimenda.

-No, no se trata de eso. -Hank le pasó la hoja de papel-. Es algo distinto. Ya hemos terminado. Lo mejor que puede hacer es dirigirse hacia allí y averiguarlo por usted mismo.

Fred se encontró en una habitación de paredes blancas. Todos los muebles eran metálicos y estaban atornillados al suelo. Le dio la impresión de estar en la habitación de un hospital, con su característica limpieza, frialdad y luz excesiva. Para más semejanza, tenía a su derecha una báscula en la que se leía: MANEJO EXCLUSIVO PARA TÉCNICOS. Había dos agentes en la habitación, ambos con el uniforme de la Oficina del Sheriff del Condado de Orange, aunque con distintivos médicos.

-¿El agente Fred? -dijo uno de ellos, el que lucía un bigote con las puntas levantadas.

-Sí, señor -contestó Fred. Estaba asustado.

-Bien, Fred. En primer lugar debo aclarar, quizás innecesariamente, que grabamos para su posterior estudio todas las instrucciones que usted recibe y todos los informes que usted nos facilita. Lo hacemos únicamente para subsanar posibles descuidos en las sesiones normales. Es el procedimiento ordinario, desde luego, y no se aplica solamente a usted, sino también a todos los agentes que facilitan informes orales.

-También grabamos todos los demás contactos que usted mantiene con el departamento -dijo el otro agente-. Llamadas telefónicas y actividades secundarias, tales como su reciente charla en Anaheim ante los socios del Rotary Club.

-Lion's Club -corrigió Fred.

-¿Ingiere usted sustancia M? -preguntó el agente que estaba a su izquierda.

-Es una pregunta meramente formal -añadió el otro-. Se da por supuesto que usted, en su trabajo, está obligado a tomar droga. Por lo tanto, no hace falta que responda. No porque ello le incriminara, sino porque no tiene ninguna importancia. -Señaló una mesa en la que se hallaba una mezcolanza de cubos y otros objetos de plástico y llamativos colores que Fred no supo identificar-. Venga aquí y tome asiento, agente Fred. Vamos a efectuarle unas pruebas rápidas y muy sencillas. No perderá mucho tiempo y tampoco le resultará físicamente desagradable.

-En cuanto a esa charla que di... -empezó a decir Fred.

-Le explicaré nuestros propósitos -dijo el agente que se sentaba a su izquierda, sentándose y extrayendo un bolígrafo y varios impresos-. Todo proviene de una reciente encuesta realizada por el departamento y que ha puesto de manifiesto que en el último mes varios agentes secretos, asignados a esta zona, han ingresado en clínicas para afásicos.

Librodot

-¿Es usted consciente del alto grado de adicción que provoca la sustancia M? -preguntó el otro agente.

-Claro. Por supuesto que lo soy.

-Ahora se someterá usted a estos tests -prosiguió el agente que estaba sentado-. Empezaremos con el que denominamos BG o...

-¿Creen que soy un adicto? -interrumpió Fred.

-No es de gran importancia el hecho de que lo sea o no, puesto que se espera que el Departamento Químico del Ejército produzca un agente bloqueador antes de cinco años.

»Estos tests no están relacionados con las propiedades adictivas de la sustancia M, sino... Bueno, será mejor que empecemos con este test, que determinará fácilmente su capacidad para distinguir entre forma y contexto. ¿Ve esta figura geométrica? -Extendió una hoja sobre la mesa, poniéndola ante Fred-. Mezclado entre la aparente confusión de líneas hay un objeto familiar. Lo que debe decirme es...

Item. En julio de 1969, Joseph E. Bogen publicó su revolucionario articulo «El otro lado del cerebro: una mente yuxtapuesta». Bogen citó en dicho articulo a un desconocido doctor A. L. Wigan, que en 1844 escribió:

> La mente es fundamentalmente dual, como los órganos que permiten el desempeño de sus funciones. Esta idea se me ha presentado, y la he desarrollado por más de un cuarto de siglo, sin ser capaz de encontrar una sola objeción válida o, al menos, razonable. En consecuencia, me considero capacitado para demostrar que:
>
> 1º Todo cerebro es un conjunto concreto y perfecto en tanto que órgano del pensamiento.
>
> 2º En todo cerebro puede desarrollarse simultáneamente un proceso de pensamiento o raciocinio separado y concreto.

Bogen concluyó su artículo diciendo: «Creo (con Wigan) que cada uno de nosotros posee dos mentes en la misma persona. Sería preciso examinar un sinfín de detalles, pero en último término debemos enfrentarnos directamente a la principal resistencia contra la teoría de Wigan: el sentimiento subjetivo poseído por todos y cada uno de nosotros de que somos Uno. Esta convicción interna de Unicidad es una idea muy estimada por el hombre occidental...».

-...de qué objeto se trata y señalarlo en su contexto.

Se están cachondeando de mí, pensó Fred.

-¿Qué es todo esto? -preguntó, mirando al agente en vez de al dibujo-. Seguro que es por la charla del Lion's Club-. Estaba convencido de ello.

-En numerosos individuos que ingieren sustancia M -dijo el agente que estaba sentado-, se produce una escisión entre los dos hemisferios del cerebro, el izquierdo y el derecho. Hay una pérdida de estructuralismo, un defecto interno de los sistemas perceptivo y cognoscitivo, aunque *en apariencia* el sistema cognoscitivo funcione con toda normalidad. Pero lo que recibe el sistema perceptivo está deformado a causa de la escisión, y así, también este sistema sufre un proceso gradual de malfuncionamiento y deterioro. ¿Ha localizado el objeto familiar en este dibujo?

-¿Se refiere a trazas de metales pesados depositadas en las zonas neurorreceptoras? ¿A un proceso irreversible...?

-No. No se trata de una lesión cerebral, sino de un tipo de toxicidad, toxicidad cerebral. Es una psicosis tóxica que afecta al sistema preceptivo escindiéndolo. Lo que tiene delante suyo, este test BG, mide la capacidad de su sistema perceptivo para actuar como un todo unificado. ¿Puede distinguir la forma? Debería resultarle muy fácil.

-Veo una botella de Coca -dijo Fred.

-En realidad es una botella de soda. -El agente que estaba sentado cambió el dibujo por otro.

-¿Han advertido algo al estudiar mis informes? -preguntó Fred-. ¿Algo confuso? -Es la charla, pensó-. ¿Qué me dicen de la charla que di? ¿Mostré una disfunción bilateral? ¿Por eso me han traído aquí? -Había leído algo sobre estas pruebas de cerebro dual, realizadas por el departamento de vez en cuando.

-No, es pura rutina -respondió el agente que más hablaba-. Comprendemos, agente Fred, que los agentes secretos deben tomar drogas para cumplir con su deber. Los que han debido ingresar en...

-¿De modo permanente? -interrumpió Fred.

-No, en la mayoría de los casos. Se trata de una degradación perceptiva que con el transcurso del tiempo puede rectificarse...

-Oscuridad -dijo Fred-. Lo oscurece todo.

-¿Padece interferencias cerebrales? -preguntó repentinamente uno de los agentes.

-¿Cómo dice? -respondió vacilante Fred.

-Interferencias entre hemisferios. Si el hemisferio izquierdo, el punto donde se localizan normalmente las funciones lingüísticas, está lesionado, el hemisferio derecho lo suplantará eventualmente en la medida de sus posibilidades.

-No lo sé -contestó Fred-. No, que yo sepa.

-Pensamientos extraños. Como si pensara otra persona o mente. Pero de modo distinto al suyo. Incluso palabras extranjeras que usted no conoce, aprendidas por percepción periférica en algún momento de su vida.

-Nada de eso. Lo habría advertido.

-Sí, es probable. Es una experiencia muy desagradable, según han informado personas con el hemisferio izquierdo dañado.

-Bien, supongo que me habría dado cuenta.

-Solía creerse que el hemisferio derecho no tenía función lingüística alguna, pero eso fue antes de que mucha gente perjudicara con las drogas sus hemisferios izquierdos y diera a los otros hemisferios, los derechos, la posibilidad de actuar, de llenar el vacío.

-Le aseguro que mantendré los ojos bien abiertos -dijo Fred. El tono meramente mecánico de su voz le hizo pensar en un obediente escolar, aceptando obedecer cualquier orden que le dieran sus maestros, por más estúpida que fuera. Esos hombres eran más altos que él y estaban en posición de imponer su fuerza y voluntad aunque fuera de modo irracional.

Limítate a decir que sí, pensó. Haz lo que te digan.

-¿Qué ve en este segundo dibujo?

-Una oveja.

-Indíquemela. -El agente sentado se inclinó hacia delante y giró la imagen-. El deterioro de la discriminación forma-contexto origina muchos problemas. En lugar de no percibir ninguna forma, se perciben formas incorrectas.

Librodot

Como la mierda de perro, supuso Fred. La mierda de perro sería considerada como forma incorrecta, seguro. Bajo todo criterio. El...

> Los datos indican que el hemisferio mudo, el dominado, está especializado en percepción *Gestalt*, siendo fundamentalmente un sintetizador en el tratamiento de la información recibida. El hemisferio parlante, el dominante, como contraste, lo está para operar de un modo más lógico y analítico, como un computador, y los hallazgos sugieren que la incompatibilidad básica de las funciones lingüísticas, por un lado, y las funciones perceptivas sintéticas, por el otro, podrían explicar la lateralización del cerebro en el hombre.

...se sentía enfermo y deprimido, casi tanto como durante su charla en el Lion's Club.

-¿No hay ninguna oveja ahí? ¿No? -dijo Fred-. ¿Algo parecido?

-No se trata de un test Rorschach -explicó el agente sentado-, en el que un borrón confuso puede ser interpretado de diversos modos por diferentes individuos. En este test se ha dibujado exclusivamente un objeto concreto, como este. Se trata de un perro.

-¿Qué?

-Un perro.

-¿Cómo puede afirmarlo? -No vio ningún perro-. Muéstremelo.

El agente...

> Esta conclusión encuentra su prueba experimental en el animal de cerebro dual cuyos dos hemisferios pueden ser educados para percibir, considerar y actuar independientemente. En el hombre, donde el pensamiento propositivo se halla típicamente lateralizado en un hemisferio, el otro hemisferio se especializa, como es lógico, es un distinto modo de pensamiento que puede denominarse *apositivo*. Las reglas o métodos por los que se elabora el pensamiento propositivo en «este» lado del cerebro (la mitad que habla, lee y escribe) han estado sometidas a análisis de sintaxis, semántica, matemáticas, etc., durante muchos años. Las reglas por las que se elabora el pensamiento apositivo en la otra mitad del cerebro deberán ser muy estudiadas en el futuro.

...dio la vuelta al dibujo. En el reverso había UN PERRO toscamente dibujado y Fred lo identificó con la forma oculta en la otra cara del papel. Era un tipo concreto de perro: un galgo con la barriga hundida.

-¿Qué significa que yo haya visto una oveja? -preguntó Fred.

-Quizás un simple bloqueo psicológico -repuso el agente que estaba de pie, moviéndose de un lado a otro-. Hasta que no haya visto todas las cartas y completemos varios tests más...

-Esta prueba es superior a la de Rorschach en un sentido -interrumpió el otro agente, mostrando el siguiente dibujo-: no es interpretativa. Usted puede ver muchas cosas, *pero sólo una es la correcta*. El objeto que el departamento de psicografía de los Estados Unidos dibujó y certificó en cada cartulina; por eso es el objeto correcto, porque nos viene de Washington. Usted puede verlo o no, y si muestra una *tendencia* hacia lo segundo,

tendremos un problema de trastorno funcional en la percepción. En ese caso, estará inactivo un tiempo, hasta que supere las pruebas.

-¿En una clínica federal? -inquirió Fred.

-Sí. Y bien, ¿qué ve en este dibujo, entre estas líneas blancas y negras?

La ciudad de la muerte, pensó Fred mientras estudiaba el dibujo. Eso es lo que veo: muerte en todas las formas, en la correcta y en todas las demás. Hombrecillos de menos de un metro de altura montados en carros.

-Sólo una pregunta -dijo Fred-. ¿Fue la charla del Lion's Club el detalle que les alertó?

Los dos agentes médicos intercambiaron miradas.

-No -contestó por fin el que estaba de pie-. Tuvo que ver con un intercambio de palabras francamente fuera de lugar. De hecho, simples disparates mientras discutía con Hank. Fue hace dos semanas... Ya comprenderá que hay una cierta demora tecnológica en el procesamiento de todo este desorden, este torrente de información bruta que fluye constantemente. Aún no tenemos su charla. Tardará otro par de días.

-¿A qué disparates se refiere?

-Algo sobre una bicicleta robada -explicó el otro agente-. Una supuesta bicicleta de siete velocidades. Usted había estado pensando a dónde habrían ido a parar las tres velocidades restantes, ¿no es cierto? -Los dos médicos policías volvieron a mirarse mutuamente-. ¿Creyó que se habrían quedado en el suelo del garaje donde fue robada la bicicleta?

-¡Hey! -protestó Fred-. Fue culpa de Charles Freck, no mía. Se quedó con todo el mundo hablando y hablando del asunto. Yo pensaba que fue muy divertido.

BARRIS: (*De pie en la sala de estar con una enorme y reluciente bicicleta, muy contento*). Mirad lo que he conseguido por veinte dólares.

FRECK: ¿Qué?

BARRIS: Una bici de carreras, con diez velocidades y casi recién salida de fábrica. La vi en el patio de los vecinos y me interesé por ella. Tenían cuatro iguales, así que les ofrecí veinte dólares y me la vendieron. Son negros. Hasta me han ayudado a sacarla por encima de la valla.

LUCKMAN: No sabía que se pudiera conseguir una bici de diez velocidades y casi nueva por veinte dólares. Es increíble la de cosas que se pueden hacer con veinte dólares.

DONNA: Se parece a la que tenía una chica de enfrente de mi casa. Se la robaron hace un mes. Esos negros debieron ser los ladrones.

ARCTOR: Claro, si tienen cuatro y las venden tan baratas...

DONNA: Si es la de mi vecina, deberías devolvérsela. O enseñársela para que viera si es la suya.

BARRIS: Imposible, es una bici de hombre.

FRECK: ¿Por qué dices de diez velocidades, si sólo tiene siete?

BARRIS: (*Sorprendido*). ¿Qué?

FRECK: (*Se acerca a la bicicleta y señala*). Mira, cinco aquí y otras dos al otro extremo de la cadena. Cinco y dos...

> Cuando el quiasma óptico de un gato o un mono es dividido sagitalmente, la señal recibida por el ojo derecho va únicamente al hemisferio del mismo lado y, de forma similar, el ojo izquierdo sólo informa al hemisferio correspondiente. Si se adiestra un animal así operado a elegir entre dos símbolos mientras usa un solo ojo, las

Librodot

pruebas posteriores demuestran que pueden hacer la elección adecuada con el otro ojo. Pero si las comisuras, en especial el cuerpo calloso, han sido seccionadas antes del entrenamiento, el ojo inicialmente tapado y su hemisferio ipsilateral deben ser entrenados desde el principio. Es decir, la instrucción no se transfiere de un hemisferio a otro cuando las comisuras han sido cortadas. Este es el experimento fundamental de Myers y Sperry en cuanto a cerebro escindido (1953; Sperry, 1961; Myers, 1965; Sperry, 1967).

-...son siete. Esta bici sólo tiene siete velocidades.

LUCKMAN: Sí, pero un trasto de carreras y con siete velocidades sigue valiendo la pena por veinte dólares, sigue siendo una buena compra.

BARRIS: (*Picado*). Esos negros me dijeron que tenía diez velocidades. Esto es un robo.

(*Todos se acercan para examinar la bicicleta. Cuentan las velocidades una y otra vez*).

FRECK: Ahora he contado ocho. Seis delante y dos detrás. Son ocho.

ARCTOR: (*Lógicamente*). Pero deberían ser diez. No hay bicicletas de siete u ocho velocidades, no que yo sepa. ¿Qué supones que habrá pasado con las que faltan.

BARRIS: Esos negros la habrán estado tocando, desmontándola con malas herramientas y sin conocimientos técnicos. Y cuando la volvieron a montar se les quedarían tres velocidades en el suelo de su garaje. Es probable que aún estén allí.

LUCKMAN: Entonces habría que volver a preguntarles.

BARRIS: (*Meditando y muy enfadado*). Pero me han engañado. Ahora lo más probable es que no me las den, como sería su obligación, sino que me las vendan. Me pregunto si habrán estropeado algo más. (*Inspecciona toda la bicicleta*).

LUCKMAN: Si vamos todos juntos, tendrán que dárnoslas. ¿Qué te apuestas? Iremos todos, ¿vale? (*Mira a su alrededor esperando una respuesta*).

DONNA: ¿Estáis seguros de que sólo tiene siete velocidades?

FRECK: Ocho.

DONNA: Siete u ocho, es igual. Bueno, es mejor que os aseguréis antes de ir allí. No creo que hayan hecho algo como desmontar la bici. Tenéis que averiguarlo antes de ir allí y liaros con ellos. ¿Me explico?

ARCTOR: Donna tiene razón.

LUCKMAN: ¿A quién podemos preguntarle? ¿A quién conocemos que entienda de bicis de carreras?

FRECK: Preguntaremos al primero que veamos. Dejamos la bici afuera, junto a la puerta, y esperamos a que venga el primer flipado. Él nos dará una opinión imparcial.

(*Sacan la bici todos juntos. Un joven negro acaba de aparcar su coche. Señalan las siete -¿ocho?- velocidades y preguntan cuántas hay, aunque todos, excepto Charles Freck, ven siete: cinco en un extremo de la cadena, dos en el otro. Cinco y dos son siete. Lo ven con sus propios ojos. ¿Qué ocurre?*).

JOVEN NEGRO: (*Tranquilamente*). Lo que tenéis que hacer es multiplicar el número de engranajes de delante por el número de engranajes

de detrás. No es una suma, sino una multiplicación. Mirad, la cadena salta de un engranaje a otro. O sea, que obtenéis cinco relaciones (*señala los cinco engranajes*) por cada una de las dos velocidades que hay delante (*las señala*). Es decir, una por cinco, que es cinco, y luego, moviendo esta palanca del manillar (*lo demuestra*) la cadena salta al otro engranaje de los dos que hay delante y actúa con los mismos cinco traseros, o sea, otras cinco. La suma es cinco más cinco, diez. ¿Lo comprendéis? La relación de multiplicación siempre...

(*Todos le dan las gracias y, silenciosos, entran la bicicleta en la casa. El joven negro, al que no habían visto antes de ahora, con diecisiete años como mucho y conduciendo un viejo modelo de transporte increíblemente abollado, acaba de cerrar su coche. Cierran la puerta y se quedan de pie*).

LUCKMAN: ¿Alguien tiene droga? Mientras hay droga, hay esperanza. (*Nadie...*

> Toda la evidencia indica que la separación de los hemisferios crea dos esferas independientes de conciencia dentro del mismo cráneo, es decir, dentro de un mismo organismo. Esta conclusión resulta inquietante para algunas personas que consideran la conciencia como una propiedad indivisible del cerebro humano. Otras la consideran prematura, e insisten en que las capacidades reveladas hasta ahora por el hemisferio derecho se hallan al nivel de un autómata. A decir verdad, existe desigualdad hemisférica en los casos presentes, pero podría tratarse perfectamente de algo característico en los individuos que hemos estudiado. Es muy posible que si se dividiera el cerebro de una persona muy joven, ambos hemisferios pudieran desarrollar funciones mentales separadas e independientes de un nivel más elevado que el del hemisferio izquierdo de individuos normales.

...se ríe.)

-Sabemos que usted era una de las personas de ese grupo -dijo el agente médico que estaba sentado-. No importa cuál de ellas. Ninguno de ustedes, contemplando la bicicleta, pudo percibir la sencilla operación matemática que determinaba el número de su reducido sistema de relaciones multiplicadoras. -Fred notó cierta compasión, un deseo de ser amable, en la voz del agente-. Una operación así constituye uno de los tests de las escuelas de segunda enseñanza. ¿Estaban todos ustedes intoxicados?

-No -contestó Fred.

-Realizan pruebas de aptitud similares a esta con los niños -dijo el otro agente médico.

-¿Qué ocurrió, Fred? -preguntó el primero.

-Lo he olvidado -repuso Fred. Calló por un momento y luego dijo-: A mí me parece que es un fallo cognoscitivo, más que perceptivo. En un caso así, ¿no está involucrado el pensamiento abstracto? No...

-Sí, podríamos suponerlo -dijo el agente sentado-. Pero los tests demuestran que el sistema cognoscitivo falla por no recibir datos precisos. En otras palabras, la información está de tal modo deformada que, cuando se pretende razonar sobre lo que se ve, se hace de manera errónea, porque no... -El agente gesticuló, tratando de encontrar un medio para expresar la idea.

-Pero una bicicleta de diez velocidades tiene siete engranajes -objetó Fred-. Lo que vimos era real. Dos delante, cinco detrás.

-Pero no percibieron, ninguno de ustedes, cuál era su relación mutua: cinco engranajes detrás relacionados con los dos delanteros, tal como les dijo el chico negro. ¿Era un tipo muy instruido?

-No lo creo -opinó Fred.

-Lo que aquel negro vio -dijo el agente sentado- fue distinto de lo que todos ustedes vieron. El observó dos conexiones diferentes entre los engranajes traseros y los delanteros, dos conexiones simultáneas y distintas percibidas por él... Y ustedes sólo observaron una conexión.

-Entonces, serían seis engranajes. Dos delanteros, pero uno de ellos conjunto.

-Esa es una percepción inexacta. Nadie había enseñado eso al chico negro. Lo que le enseñaron, y es mucho suponer, fue a descifrar, por medio del conocimiento, cuál era el significado de las dos conexiones. Ustedes, todos ustedes, perdieron de vista una de ellas. Aunque ustedes contaban dos engranajes delanteros, *percibían* un todo homogéneo.

-Lo haré mejor la próxima vez -afirmó Fred.

-¿A qué próxima vez se refiere? ¿Cuándo vuelvan a comprar una bicicleta robada? ¿O abstrayendo diariamente toda percepción?

Fred no dijo nada.

-Prosigamos el test -dijo el agente sentado-. ¿Qué ve aquí, Fred?

-Mierda de perro plástica -contestó Fred-. Como la que venden en Los Ángeles. ¿Puedo irme ya? -La charla del Lion's Club parecía repetirse de nuevo.

Pero los dos agentes se rieron.

-Mire, Fred -dijo el que estaba sentado-, si conserva el sentido del humor, es posible que lo haga.

-¿*Que lo haga*? ¿Hacer qué? ¿Casarme? ¿Conseguir una chica? ¿Triunfar? ¿Aparentar? ¿Progresar? ¿Ser sensato? ¿Hacer fortuna? ¿Ganar tiempo? Definan sus términos. «Hacer» viene del latín *facere*, que siempre me recuerda otra palabra, *fuckere,* y que significa «copular» en latín. Y en ese aspecto hace mucho tiempo que...

> El cerebro de los animales superiores, incluido el del hombre, es un órgano doble, formado por los hemisferios izquierdo y derecho, que están unidos por un istmo de tejido nervioso denominado cuerpo calloso. Hace quince años, Ronald E. Myers y R. W. Sperry, entonces en al universidad de Chicago, realizaron un descubrimiento sorprendente: cuando esta conexión entre las dos mitades del cerebro era cortada, ambos hemisferios funcionaban con
>
> independencia, como si se tratara de dos cerebros distintos.

-...no he conseguido ni una mierda, de plástico o de lo que sea. Y ya que ustedes son psicólogos y han estudiado mis interminables sesiones con Hank, díganme: ¿cuál es el jodido punto débil de Donna? ¿Qué hago para acercarme a ella? Es decir, ¿cuál es el procedimiento con ese tipo de chica dulce, única y obstinada?

-Todas las chicas son distintas -dijo el agente sentado.

-Hablo de acercarme a ella desde un punto de vista ético. No de atiborrarla de narcóticos y bebida y echarme encima en cuanto se caiga al suelo del cuarto de estar.

-Puede obsequiarla con flores -dijo el agente que estaba de pie.

-¿Qué? -se extrañó Fred, abriendo hasta el límite sus ojos ocultos por el monotraje mezclador.

-En esta época del año se pueden comprar flores primaverales. Por ejemplo, en los semilleros de Penney's o K. Mart. O un ramo de azaleas.

-Flores -murmuró Fred-. ¿De plástico, o auténticas? Auténticas, supongo.

-Las de plástico no son buenas -dijo el agente sentado-. Parecen... bueno, falsas, un engaño, hasta cierto punto.

-¿Puedo irme ahora? -preguntó Fred.

Tras un intercambio de miradas, ambos agentes asintieron.

-Haremos su evaluación en otro momento, Fred -dijo el agente que estaba de pie-. No corre prisa. Hank le avisará de la próxima sesión.

Fred, por un motivo que no acaba de comprender, quiso estrechar las manos de los dos hombres. Pero no lo hizo. Se fue sin decir palabra, algo deprimido y un poco confundido, a causa, seguramente, de la rapidez con que había sucedido todo. Han estado estudiando mis informes una y otra vez, pensó, buscando síntomas de que estoy chalado, y han encontrado algunos. O los bastantes para hacerme pasar estos tests.

Flores de primavera, recordó al entrar en el ascensor. Flores pequeñas. Deben crecer muy poco, tan poco que la gente las pisará. ¿Serán flores silvestres? ¿Plantadas en macetas para usos comerciales? ¿Cultivadas en grandes granjas? Me pregunto qué aspecto tendrá el campo. ¿Qué extraños olores habrá? ¿Y dónde estará? ¿Cómo ir hasta allí, cómo vivir allí? ¿Qué tipo de viaje es ése? ¿Qué tipo de billete hace falta? ¿Quién lo venderá?

Y me gustaría ir acompañado cuando vaya allí, siguió meditando. Quizá con Donna. Pero, ¿cómo pedir eso, cómo pedir eso a una chica cuando ni siquiera sabes cómo acercarte a ella? He hecho planes respecto a Donna y no he logrado nada, ni dar el primer paso. Y deberíamos darnos prisa, porque todas esas flores de primavera se morirán enseguida.

VIII

Charles Freck, de camino hacia la casa de Bob Arctor, donde era habitual encontrar un grupo de tipos dispuestos a pasar un buen rato de euforia, ideó una broma para el viejo Barris, pensando en devolverle la tomadura de pelo que le había hecho aquel día en el Fiddler's Three. Charles conducía hábilmente, evitando las trampas de radar que la policía tenía por todas partes (las furgonetas de radar de la policía, las que vigilaban a los conductores, se disfrazaban normalmente como viejos Volkswagen pintados de color marrón deslustrado e iban conducidas por agentes barbudos y con aspecto de flipados. Charles reducía velocidad en cuanto veía uno de esos vehículos). Y entretanto, su mente imaginó cómo podría resultar la broma:

FRECK: (*Sin darle importancia*). He comprado una planta de metadrina.

BARRIS: (*Poniendo cara de suficiencia*). La metadrina es como la benzadrina, como el speed. Es krystal, anfetamina... una síntesis de

laboratorio. O sea, que no es orgánica como la yerba. Existe una planta de marihuana, pero no de metadrina.

FRECK: (*Revelando la gracia de la historia*). Lo que quiero decir es que he heredado cuarenta mil dólares de un viejo tío y comprado una planta, un laboratorio secreto que un tipo tiene en su garaje para hacer metadrina. No me has entendido, yo he dicho planta en el sentido de...

Le resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas mientras conducía, puesto que una parte de su mente estaba atenta a los semáforos y los coches que le rodeaban. Pero estaba convencido de que en casa de Bob la broma sería fabulosa. Y Barris picaría, quedando delante de todo el mundo (eso era importante, que hubiera muchas personas presentes) como un perfecto idiota. Una venganza estupenda, porque Barris no podía soportar que se rieran de él.

Aparcó. Barris estaba fuera de la casa, ocupado con el coche de Bob Arctor. El capó estaba levantado. Barris y Bob estaban de pie junto a un montón de herramientas.

-¡Hey, tío! -dijo Freck, cerrando ruidosamente la puerta de su coche y caminando con fingida tranquilidad-. Barris -insistió, poniendo la mano sobre el hombro del otro para llamar su atención.

-Tengo trabajo -gruñó Barris. Iba vestido con el mono, muy sucio y, además, cubierto de grasa.

-He comprado una planta de metadrina.

-¿De qué tamaño? -preguntó Barris frunciendo el ceño en un gesto de impaciencia.

-¿A qué te refieres?

-¿De qué tamaño es la planta?

-Bueno... -Freck no sabía cómo proseguir.

-¿Cuánto has pagado por ella? -dijo Arctor, también lleno de grasa. Habían sacado el carburador, el filtro de aire, un manguito y un montón de cosas más.

-Diez dólares -contestó Freck.

-Jim te la podría haber conseguido más barata -dijo Arctor, reanudando la reparación-. ¿Verdad, Jim?

-Están regalando plantas de meta, o poco le falta -repuso Barris.

-¡Es todo un garaje! -estalló Freck-. ¡Un laboratorio! Produce un millón de tabletas cada día... Maquinaria para liar cigarrillos... Bueno, de todo. ¡*De todo*!

-¿Todo eso cuesta diez dólares? -dijo Barris, esbozando una sonrisa terriblemente burlona.

-¿Dónde está? -preguntó Arctor.

-Lejos de aquí -repuso Freck, cada vez más asqueado-. ¡Hey, ya está bien, jodidos!

Haciendo una pausa en su trabajo -una de las muchas que efectuaba, tanto si le estaban hablando como si no-, Barris dijo:

-Ya lo ves, Freck. Si tomas o te inyectas demasiada meta, empiezas a hablar como el Pato Donald.

-¿Y qué? -dijo Freck.

-Pues que nadie te entiende.

-¿Qué estás diciendo, Barris? No te entiendo -intervino Arctor.

Barris, rebosante de alegría, imitó la voz del Pato Donald, cosa que divirtió a sus dos amigos. Barris prosiguió un buen rato, hasta que por fin señaló el carburador.

-¿Qué pasa con el carburador? -inquirió Arctor, ya muy serio.

-Tienes la mariposa torcida -contestó Barris con voz normal, aunque sin abandonar su terrible sonrisa-. Habrá que rehacer todo el carburador o se te bloqueará la mariposa mientras vas por la autopista y te encontrarás con el motor calado y un idiota embistiéndote por detrás. También es posible, si la mariposa dura lo bastante, que la gasolina que se escapa por las paredes del cilindro se mezcle con el aceite. Entonces se rayarán los cilindros, quedarán estropeados para siempre, y los tendrás que rectificar.

-¿Por qué se ha torcido la mariposa? -preguntó Arctor. Barris no respondió. Se encogió de hombros y siguió desmontando el carburador, dejando que Arctor y Charles Freck meditaran el problema, aunque ninguno de los dos sabía nada de motores.

Luckman salió de la casa. Vestía una camisa muy llamativa y unos elegantes y ceñidos tejanos. Iba con gafas de sol y llevaba un libro en la mano.

-Acabo de telefonear -dijo-. Van a mirar lo que te costaría un carburador nuevo para este coche. Telefonearán dentro de un rato, así que he dejado abierta la puerta.

-Podrías poner un cuatro cilindros en lugar de éste, que es de dos -opinó Barris-. Pero necesitarás un nuevo colector. Podemos conseguir uno usado que no valga mucho.

-El ralentí será muy fuerte con, por ejemplo, un cuatro cilindros Rochester -dijo Luckman-. Es lo que pensabas, ¿no? Además, el cambio de marchas sería muy malo.

-Los chiclés de ralentí pueden sustituirse por otros más pequeños -aseguró Barris-. Eso compensará. Además, con un cuentarrevoluciones Bob podrá vigilar que el motor no se embale, o ver cuándo el cambio de marchas va mal. En estos casos, cuando la transmisión automática no funciona, basta con un golpe de acelerador. También sé dónde conseguir un cuentarrevoluciones. Bueno, tengo uno.

-Sí, claro -dijo Luckman-. Pero supongamos que Bob va por la autopista y de repente tenga que reducir mucho. La velocidad no entrará y revolucionará tanto que se cargará la junta de culata o algo peor. Sí, mucho peor, se cargará el motor.

-No -contestó Barris sin inmutarse-. Bob verá saltar la aguja del cuentarrevoluciones y reaccionará a tiempo.

-¿Y si está adelantando? -insistió Luckman-. ¿Y si está pasando a uno de esos jodidos remolques? Mierda, tendrá que seguir acelerando, cargándose el motor, o nunca conseguirá adelantar.

-La inercia -dijo Barris-. La inercia, con este coche tan pesado, le permitirá adelantar aunque reduzca.

-¿Y si va cuesta arriba? -objetó Luckman-. La inercia no te llevará muy lejos si vas cuesta arriba y estás adelantando.

-¿Cuánto pesa este...? -Se inclinó para ver la marca-. ¿Cuánto pesa este Oldsmobile?

-Unos quinientos kilos -dijo Arctor. Charles Freck le vio hacer un guiño a Luckman.

Librodot

-Entonces tienes razón -convino Barris-. No habría mucha fuerza de inercia con tan poco peso. ¿O quizá sí? -Buscó un bolígrafo y algo donde escribir-. Quinientos kilos viajando a ciento veinte por hora da una fuerza igual a...

-Son quinientos kilos -añadió Arctor-, pero contando los pasajeros, el depósito lleno de gasolina y una gran caja de ladrillos en el maletero.

-¿Cuántos pasajeros? -preguntó el impasible Luckman.

-Doce.

-O sea, seis atrás y seis.

-No -corrigió Arctor-. Once atrás y el conductor sentado delante, a solas. Así habrá más peso en las ruedas traseras, ¿comprendes? Más fricción de las ruedas. Y el coche no coleará.

-¿Este coche colea? -se extrañó Barris.

-Sí, a menos que pongas once personas detrás -repuso Arctor.

-Entonces, sería mejor cargar el maletero con sacos de arena -dijo Barris-. Tres sacos de cien kilos. Así los pasajeros podrían ir mejor distribuidos y más cómodos.

-¿Y si pusiéramos trescientos kilos de oro en el maletero? -preguntó Luckman-. En lugar de tres sacos...

-¿No podéis cerrar el pico? -se quejó Barris-. Estoy tratando de calcular la fuerza de inercia de este coche corriendo a ciento veinte kilómetros por hora.

-No llegará a los ciento veinte -dijo Arctor-. Tiene un cilindro inútil. Quería decírtelo. Perdió una biela ayer por la noche, cuando yo volvía del 7-11.

-Entonces, ¿por qué estamos desmontando el carburador? -dijo Barris incrédulo-. Lo que hay que sacar es la culata. Bueno, y muchas cosas más. No sería extraño que el bloque estuviera cuarteado. Claro, por eso no arranca.

-¿No arranca? -preguntó Freck a Bob Arctor.

-No -dijo Luckman-, porque hemos sacado el carburador.

-¿Hemos sacado el carburador? -dijo Barris muy confundido-. ¿Para qué? No me acuerdo.

-Para cambiar todos los muelles y otras cosas más pequeñas -repuso Arctor-. Para que no vuelva a joderse y nos mate a todos. Eso es lo que nos aconsejó el mecánico.

-Si vosotros no estuvierais charloteando como un montón de flipados -dijo Barris, francamente enfadado-, acabaría mis cálculos y os podría decir cómo se comporta este coche con un carburador Rochester de cuatro cilindros, modificado, claro, con chiclés más pequeños. Así que ¡CERRAD EL PICO!

Luckman abrió el libro que llevaba en las manos. Inspiró profundamente, más de lo normal, hinchando el pecho y haciendo salir los bíceps.

-Barris, quiero leerte algo. -Empezó a recitar en voz alta, de modo especialmente fluido-. «Aquel que recibe la gracia de ver a Cristo *más real* que cualquier otra realidad...».

-¿Qué? -dijo Barris.

-¿Qué es eso? -preguntó Arctor.

-Chardin, Teilhard de Chardin.

-Jo, Luckman -dijo Arctor.

-«...ese hombre vive realmente en un lugar donde ninguna multiplicidad puede afligirlo y que, sin embargo, es el taller más activo de la realización universal». -Luckman cerró el libro.

Charles Freck, muy inquieto, se interpuso entre Barris y Luckman.

-Apártate, Freck -dijo Luckman, echando atrás el brazo derecho, como si fuera a soltar un tremendo puñetazo en dirección a Barris-. Vamos, Barris, voy a dejarte frito hasta mañana, por hablar así a tus superiores.

Barris dejó caer papel y bolígrafo, gimió de terror y corrió dando tumbos hacia la abierta puerta de la casa.

-¡El teléfono, está sonando el teléfono! ¡Son los del carburador! -gritó mientras corría.

Todos se quedaron mirándole.

-Sólo era una broma -dijo Luckman, mordiéndose el labio.

-¿Y si vuelve con la pistola y el silenciador? -preguntó Freck, con los nervios totalmente descontrolados. Fue desplazándose poco a poco hacia su coche, en busca de un lugar seguro por si Barris volvía disparando.

-Vamos -dijo Arctor a Luckman. Ambos reanudaron el examen del coche, mientras el receloso Freck vagaba cerca de su propio vehículo, preguntándose por qué habría decidido venir por aquí, precisamente hoy.

No había tranquilidad alguna en aquella casa, como era lo normal. Freck había sentido las malas vibraciones, ocultas bajo las bromas, desde que había llegado. ¿Qué huevos va mal aquí?, se preguntó. Sombrío, se metió en el coche.

¿También aquí van a empeorar las cosas?, meditó. ¿Cómo en casa de Jerry Fabin en las últimas semanas que estuve con él? Antes se estaba bien aquí, con todo el mundo de buen humor, poniéndonos cómodos para escuchar rock ácido, en especial los Rolling. Donna sentada, con su chaqueta y sus botas de cuero, llenando cápsulas, Luckman liando cigarrillos y explicando el seminario que planeaba ofrecer en el UCLA sobre el modo de fumar droga y liar marihuana. Y cómo el mismo Luckman liaría un día el cigarro perfecto, que luego sería exhibido en una vitrina de helio, en Constitución Hall, formando parte de la historia americana y junto a objetos de similar importancia. Cuando miro hacia atrás, reflexionó Charles, todo me parece mejor que ahora. Hasta el otro día, sentado con Barris en el Fiddler's... Jerry ha sido el causante, pensó. De lo que está empezando aquí, lo mismo que le pasaba a Jerry. ¿Cómo es que días y momentos tan buenos se convierten de repente en algo asqueroso, y sin que haya motivo alguno, sin que haya una razón real? Un simple cambio, sin nada que lo origine.

-Me voy para siempre -dijo a Luckman y Arctor, que le observaban mientras ponía en marcha el coche.

-¡Hey, tío! -dijo Luckman, sonriendo amistosamente-. Te necesitamos. Eres nuestro hermano.

-No, me voy.

Barris salió de la casa en aquel momento. Tenía un aspecto precavido y llevaba un martillo en la mano.

-Se habían equivocado de número -gritó, avanzando con grandes precauciones. Se detenía y observaba a su alrededor como si fuera un monstruo en una película de autocine.

-¿Para qué es el martillo? -preguntó Luckman.

-Para arreglar el motor -dijo Arctor.

-Cuando estaba dentro -explicó Barris, avanzando hacia el Oldsmobile con el mismo aire cauteloso-, lo vi y se me ocurrió cogerlo.

-El tipo más peligroso es aquel que se asusta de su propia sombra -dijo Arctor.

Fueron las últimas palabras que Freck escuchó antes de alejarse. ¿Por quién iba aquello? ¿Por él, Charles Freck? Sintió un poco de vergüenza. Aunque bien pensado... ¡Mierda!, pensó. ¿Para qué quedarme en un sitio tan desagradable? Irse es lo normal, no es ninguna cobardía. *No te metas en líos*. Era su lema en la vida. Así que se alejó a toda velocidad, sin volver la cabeza. Que se arreglen entre ellos, pensó. ¿Qué falta me hacen? Pero... ¿Abandonarlos, después de haber presenciado aquel cambio tétrico? Se sintió muy mal. ¿Por qué había pasado eso? ¿Qué significaba? Luego, pensó que las cosas podrían seguir otro rumbo, mejorar, y esto le hizo sentirse mejor. Siguió conduciendo, atento a los invisibles coches de la policía. Su mente volvió a urdir una nueva fantasía:

TODOS VOLVIERON A REUNIRSE COMO ANTES.

Todos, incluso los que habían muerto y los que se habían vuelto chiflados, como Jerry Fabin. Todos volvieron a reunirse, y allí, en medio de una luz blanca, brillante, mucho mejor que la del sol, les parecía estar sobre el mar, y con otro mar por encima de sus cabezas.

Donna y otras dos chicas parecían tan sexys... Con pantalones cortos, Sin sostenes... Escuchó música, pero no reconoció el disco. ¡Hendrix, quizá!, supuso. Sí, un antiguo disco de Hendrix... aunque ahora le pareció ser J.J. No, eran todos juntos: Jim Croce, J.J. y, sobre todo, Hendrix. «Antes de que muera», murmuraba Hendrix, «dejadme vivir como quiero». La fantasía mental estalló al momento. Había olvidado que Hendrix y Janis Joplin estaban muertos, igual que Croce. Hendrix y J.J. murieron después de una sobredosis... Dos personas tan fabulosas, tan fantásticas... Charles recordó que el manager de Janis sólo entregaba a la cantante unos cientos de dólares de vez en cuando. Janis no cobraba todo debido a sus hábitos de drogadicta. Y después, Freck escuchó en su mente la canción «Todo es soledad», de J.J. Empezó a chillar y no dejó de hacerlo hasta llegar a su casa.

Robert Arctor, sentado en el cuarto de estar de su casa, rodeado de sus amigos, trató de decidirse: ¿Qué le hacía falta? ¿Un carburador nuevo, uno de segunda mano o uno trucado? Y mientras meditaba, sentía la presencia constante, silenciosa, vigilante, de las holocámaras electrónicas. Y era una sensación agradable.

-Pareces atontado -le dijo Luckman-. Yo no perdería la cabeza por unos cientos de dólares.

-He decidido ir a pie hasta que encuentre un Oldsmobile como el mío -explicó Arctor-. Para llevarme el carburador sin pagar nada. Como cualquier persona haría.

-Especialmente Donna -intervino Barris-. Ojalá no hubiera estado aquí el otro día, cuando estuvimos fuera. Donna roba todo lo que puede, y para lo que no puede llama a sus amigos y les pide que lo hagan por ella.

-Me explicaron algo sobre Donna -dijo Luckman-. Un día, Donna metió veinticinco centavos en una de esas máquinas automáticas de sellos. El aparato no iba bien y empezaron a salir sellos, hasta que Donna llenó un cesto de la compra. Y la máquina siguió dando sellos. Al final, ella (y sus

amigos los ladrones) contaron cerca de dieciocho mil sellos de quince centavos. Fabuloso, sí, pero ¿qué iba a hacer Donna Hawthorne con ellos? No ha escrito una carta en toda su vida... Bueno, escribió una a su abogado, para acusar a un tipo que la había estafado en un trato de drogas.

-¿Donna hace *eso*? -se extrañó Arctor-. ¿Dispone de un abogado para denunciar una transacción ilegal? ¿Cómo puede hacerlo?

-Posiblemente alegará que el tío le debe dinero.

-Imaginaos que recibís una carta de un abogado en la que os dice que paguéis la droga o vayáis a juicio -dijo Arctor, maravillado ante las ideas de Donna cosa que era muy frecuente.

-A lo que iba -prosiguió Luckman-. Donna tenía dieciocho mil sellos de quince centavos. ¿Qué demonios hacer con ellos? Es imposible venderlos a una estafeta de correos. Además, cuando fueran a revisar la máquina, los de correos verían que estaba averiada y si alguien se presentaba en una ventanilla con todos esos sellos de quince centavos... bueno, se darían cuenta al momento, sobre todo si fueran dieciocho mil. O sea, que estarían esperando a Donna con los brazos abiertos, ¿vale? Así que la chica meditó la jugada. Claro, antes había cargado los sellos en su MG y huido a toda prisa del lugar. Luego telefoneó a otros amigos, también de esos ladrones flipados que ella conoce. Los tipos se presentaron con una taladradora hidráulica, de un tipo que no hace ruido, un modelo muy raro que también habían robado. Arrancaron la máquina de sellos del hormigón a medianoche, la metieron en un Ford Ranchero y la llevaron a casa de su amiga. El coche también debía ser robado, no me extrañaría. Y todo por los sellos.

-¿Quieres decir que vendió los sellos? -preguntó Arctor, asombrado ante lo que oía-. ¿Con una máquina automática? ¿Uno por uno?

-Lo que me explicaron es que volvieron a poner la máquina de sellos en un cruce muy concurrido, pero de forma que no pudiera verla ningún coche de correos. Y se preocuparon de que siguiera funcionando.

-Habría sido más inteligente robar la caja del dinero -objetó Barris.

-Así que vendieron los sellos -dijo Luckman- durante algunas semanas, hasta que la máquina se agotó, como era de esperar. ¿Y luego? Ya veo a Donna rompiéndose la cabeza durante aquellas semanas, estrujándose ese cerebro campesino que tiene... Su familia procedía del campo, de no sé qué país europeo. Bueno, la cuestión es que Donna, cuando el aparato agotó los sellos, decidió utilizarlo para vender bebidas no alcohólicas. Esas máquinas también las atiende correos y están muy vigiladas. Te condenan a cadena perpetua por una cosa así.

-¿Es cierto? -preguntó Barris.

-¿El qué? -repuso Luckman.

-Esa tía está loca -opinó Barris-. Deberían encerrarla. ¿Os dais cuenta de que nos aumentaron los impuestos por culpa de su robo? -añadió con voz enojada.

-Escribe una carta al gobierno -dijo Luckman. No le había gustado la reacción de Barris-. Y le pides a Donna que te dé un sello. Seguro que te lo vende.

-Y sin descuento -dijo Barris.

Las holos, pensó Arctor, grabarán metros y metros de película en sus costosas cintas. Y no será una película vacía, sino llena de acontecimientos.

No le importaba mucho lo que pasara mientras Robert Arctor estuviera sentado frente a una holocámara. Lo importante era lo que ocurría... al

Librodot

menos para él... ¿para quién? para Fred, mientras Bob Arctor estaba ausente, o dormido, y otras personas se hallaban dentro del radio de acción de las cámaras. Debería irme, pensó, dejar solos a estos tipos y hacer que vinieran otros conocidos. De ahora en adelante debo hacer mi casa accesible a infinidad de gente.

Fue entonces cuando empezó a pensar en algo que le asustó. Supongamos, meditó, que al analizar las cintas veo a Donna, abriendo una ventana con un cuchillo o una cuchara, entrando en la casa y destruyendo mis cosas, robándome. *Otra* Donna: la chica tal cual es, o como es cuando nadie puede verla. El hecho filosófico «cuando un árbol cae en el bosque». ¿Cómo es Donna cuando nadie la observa?

¿Es posible que esa chica fabulosa, fantástica, vivaz y tremendamente cordial se transforme al momento en un ser maligno? ¿Es que voy a ver un cambio que me destrozará la mente? Donna o Luckman, toda la gente que aprecio. ¿Serán como un perro o un gato cuando te vas de casa? El gato vaciará una almohada y empezará a rellenarla con todas las cosas de valor: el reloj eléctrico, el transistor, la máquina de afeitar... meterá todo lo que pueda antes de que regrese el dueño. Otro gato se aprovechará de que estás fuera para robarte o comprometerte, o se fumará tus porros, o caminará sobre el techo, o hará conferencias telefónicas... Quién sabe. Una pesadilla, un mundo sobrenatural al otro lado del espejo, una ciudad terrorífica con seres irreconocibles arrastrándose por ella. Donna andando a cuatro patas y comiendo en el plato de los animales... Cualquier viaje psicodélico, algo horrible, insondable y repugnante.

Aunque... También es posible que el mismo Bob Arctor recorra la casa a medianoche, sonámbulo, y haga cosas por el estilo. Como tener relaciones sexuales con la pared. O que aparezcan flipados misteriosos, desconocidos hasta la fecha, girando en redondo sus cabezas como si fueran lechuzas. Y los micros ocultos captarán las conspiraciones demenciales maquinadas por Bob y sus amigos para hacer volar el water de hombres de la gasolinera Standard, empleando explosivos plásticos y cumpliendo así los planes de algún cerebro calenturiento. Quizá todo esto ocurra de noche, cuando Bob piensa que está dormido, y todo sea normal durante el día.

Bob Arctor, especuló, puede conocer más información de la que está preparado para recibir, más datos sobre Donna, la chica de la chaquetilla de cuero, Luckman, el hombre de la vestimenta chillona, o incluso sobre Barris... que tal vez se vaya a dormir cuando nadie le vea y siga durmiendo hasta volver a ver a alguien.

Aunque esto último era muy dudoso. Lo más probable es que Barris agarrara repentinamente el transmisor que ocultaba entre la confusión y el caos de su habitación -que, como todas las demás, se encontraba ahora, por primera vez, sometida a vigilancia las veinticuatro horas del día- y enviara una señal en clave al otro montón de esotéricos hijos de puta con los que maquinaba sus conspiraciones contra gente como él o como ellos. ¿Será otra sección del gobierno?, reflexionó Bob Arctor.

Por otro lado, Hank y sus camaradas no se alegrarían mucho de que Bob Arctor dejara su casa. Después de haber hecho la dificultosa instalación de las costosas holocámaras no sentaría bien que Bob desapareciera, que nunca saliera en alguna de las cintas. En resumen, no podía irse para realizar sus planes personales de vigilancia. Sería a costa de la policía, que al fin y al cabo era la que pagaba los gastos.

Iba a ser el protagonista de la película que se estaba filmando. Actor, Arctor, pensó. Bob el Actor que está siendo perseguido y que es el principal perseguidor.

Dicen que nunca se reconoce la voz de uno la primera vez que la escuchas grabada en una cinta. Y que tampoco te reconoces cuando te ves en video-tape, o en un holograma tridimensional. Supones que eres un hombre alto y grueso, de cabello negro, y resulta que contemplas una mujer delgada, insignificante y calva... ¿Será verdad? Estoy seguro de que reconoceré a Bob Arctor, siguió pensando. Al menos, por la ropa que lleve puesta. O por un proceso de eliminación. Si vive aquí y no es Barris ni Luckman, debe ser Bob Arctor. O uno de los perros o gatos... Bueno, me fijaré solamente en los seres que van a dos patas.

-Barris -dijo-. Me voy a comprar una lata de judías. -Se llevó las manos a la cabeza, fingiendo acordarse de que no tenía coche-. Luckman, ¿puedo usar tu Falcon?

-No -respondió Luckman, después de pensárselo un instante-. Me parece que no va.

-¿Puedes prestarme tu coche, Jim? -preguntó Arctor.

-Mira... no sé si sabrás llevarlo -contestó Barris.

Era la clásica excusa de Barris cuando alguien le pedía su coche. Jim había efectuado modificaciones secretas en el vehículo, trucajes que afectaban a:

(a) la suspensión.
(b) el motor.
(c) la transmisión.
(d) el puente trasero.
(e) el eje propulsor.
(f) el sistema eléctrico.
(g) el puente delantero y el mecanismo de dirección.
(h) el reloj, el encendedor, el cenicero, la guantera...

La guantera era algo muy importante. Barris siempre la mantenía cerrada con llave. También la radio había sido astutamente *modificada* (aunque Barris no había explicado cómo, o por qué motivo). Al sintonizar una emisora sólo se escuchaban ecos con un minuto de intervalo. Todos los botones producían el mismo tipo de transmisión absurda y, cosa extraña, nunca se escuchaba un fragmento de rock. A veces, cuando acompañaban a Barris, éste aparcaba el coche, y antes de ir a comprar alguna cosa, se aseguraba de dejarles escuchando una emisora en especial, con el volumen muy subido. Si tocaban la radio mientras su amigo estaba ausente, Barris adoptaba una actitud incomprensible y se negaba a conversar durante el viaje de vuelta o dar la más mínima explicación. Era un misterio todavía no resuelto y que podía indicar que cuando sintonizaba esa frecuencia su radio transmitía directamente:

(a) a las autoridades.
(b) a una organización paramilitar y clandestina.
(c) al sindicato.
(d) a seres extraterrestres de inteligencia superior.

-Me refiero a que la velocidad... -empezó a decir Barris.

-¡Jo, tío! -estalló Luckman-. Eres un puñetero. Tu coche tiene un motor de seis cilindros, vulgar y corriente. Cuando lo aparcamos en el centro de

Los Ángeles dejas que el encargado del aparcamiento lo conduzca. Pero Bob es distinto, ¿no? Eres un imbécil.

Sin embargo, el mismo Bob Arctor tenía instalados sus trucos, unas cuantas modificaciones en el autorradio de su coche. No lo había explicado a nadie. A decir verdad, la idea había sido de Fred. En resumidas cuentas, en el coche de Bob había ciertas modificaciones, similares a las que Barris afirmaba haber introducido... en su imaginación.

Por ejemplo, todos los coches de la policía emiten una interferencia de amplio espectro que en los autorradios ordinarios suena como si se tratara de un fallo del dispositivo antiparásitos, del encendido del coche policial. Pero Bob Arctor, en su condición de agente del orden, estaba facultado para llevar en su vehículo un artilugio especial. Y así, lo que para otra gente, la mayoría, eran simples ruidos, para él representaba un torrente de información. En primer lugar, los diversos subsonidos indicaban a Bob Arctor qué cerca se encontraba de un vehículo policial, y en segundo lugar, a qué departamento del servicio pertenecía dicho vehículo: municipal, del condado, de autopistas, federal, etc. También podía captar las señales que, a intervalos de un minuto, controlaban el tiempo de aparcamiento de un coche. Los ocupantes de dicho vehículo podían saber cuántos minutos llevaban aparcados sin necesidad de consultar sus relojes. Era algo útil cuando, por ejemplo, se trataba de irrumpir en una vivienda al cabo de tres minutos exactos. El *zt zt zt* del autorradio indicaba el momento preciso.

Bob también conocía la existencia de una emisora comercial que ofrecía los mejores discos del momento y presentados por disc jockeys parlanchines... que, de vez en cuando y en cierto sentido, no eran tan «parlanchines» como pudiera parecer a simple vista. Al sintonizar esa emisora, el bullicio llenaba el coche y cualquier persona pensaría que estaba escuchando un programa normal de música moderna y la típica charlatanería del «pinchadiscos». En un momento dado, el disc jockey diría con la acostumbrada locuacidad: «Ahora vamos a complacer a nuestros amigos Phil y Jane con un nuevo disco de Cat Stevens titulado...». Y nadie comprendería el significado *real* de esa frase: «Vehículo azul: diríjase dos kilómetros hacia el norte, hacia Bastanchury. Las otras unidades...». Por lo que Bob sabía, nadie se había dado cuenta del truco. Y eso que había llevado en su coche a infinidad de hombres y mujeres, incluso en ocasiones en que había debido llevar conectada la emisora policial; por ejemplo, antes de efectuarse una gran redada o acción que pudiera involucrarle. Y si alguien sospechaba algo, lo más probable es que pensara ser un loco o un paranoico y olvidara el asunto.

Arctor también estaba enterado de que la policía utilizaba numerosos vehículos sin identificación alguna del cuerpo: antiguos Chevrolet, el modelo más normal, con tubos de escape ruidosos (cosa ilegal a todas luces) y las típicas franjas de un coche de rally, conducidos salvajemente por tipos de aspecto hippie. Los reconocía en cuanto le tocaban la bocina o pasaban a su lado a toda velocidad puesto que la radio de su coche recogía electricidad estática, portadora de información.

Cuando pulsaba un botón de su autorradio, el que en teoría conectaba la frecuencia modulada, escuchaba una música indefinida, machacona, emitida por una determinada emisora. En aquel preciso momento quedaba conectado el transmisor del coche, que no recogía la música, sino únicamente las voces de todos los que acompañaran a Bob Arctor. De este

Librodot

modo, el servicio policial correspondiente estaba al tanto de toda la conversación. Y la música de aquella emisora tan especial no interfería en absoluto, por muy alto que estuviera el volumen de la radio: un filtro la eliminaba.

Lo que Barris *afirmaba* tener en su coche guardaba un cierto parecido con lo que él, Bob Arctor, agente secreto de la policía, *tenía* en el suyo. Aparte de eso, por lo que respectaba a modificaciones de la suspensión, motor, transmisión, etc., no había más alteraciones. En primer lugar, habrían sido deficientes y obvias. Y en segundo lugar, millones de locos del volante podían efectuar trucajes igualmente espectaculares, por lo que Bob se había limitado a instalar un motor potente... y nada más. Un vehículo de gran potencia puede sobrepasar a cualquier otro. Barris estaba confundido en este punto; un Ferrari está dotado de una suspensión, dirección y capacidad de maniobra que ninguna «modificación especial» puede igualar, así que, punto y aparte. Además, los polizontes no pueden tener coches deportivos, aunque sean «baratos». Olvidemos a los Ferrari: la habilidad del conductor es la cuestión decisiva en último término.

Pero aún tenía otra ventaja como agente de la ley: llantas de un tipo poco normal. Las Michelin X habían introducido bandas de acero años atrás, pero éstas eran completamente metálicas. Se gastaban muy deprisa, desventaja que se compensaba con velocidad y aceleración superiores, y eran muy caras, pero a Bob no le costaban nada, ya que las obtenía a través de la bofia y no precisamente, como el dinero, de una máquina de bebidas. Era un buen asunto, aunque debía aprovechar citas absolutamente necesarias para obtener el material. Después, él mismo colocaba las llantas, cuando nadie le veía, del mismo modo que había efectuado las modificaciones del autorradio.

El único temor que Arctor sentía era que alguien descubriera su radio. No un entrometido como Barris, sino un simple ladronzuelo. El aparato, con todos los dispositivos que habían sido incorporados, valía una fortuna. En caso de que lo robaran, Bob tendría que dar muchas explicaciones.

También ocultaba un arma en el coche, claro está. Barris nunca podría imaginarse dónde, aunque estuviera en medio de la más espeluznante de sus fantasías o el más clarividente de sus viajes. Barris buscaría un lugar exótico, como la columna de dirección o un sitio hueco. O colgando de un alambre en el depósito de gasolina, quizá recordando el cargamento de coca del clásico film *Easy Rider*. (Escondite que, dicho sea de paso, es el peor que puede encontrarse en caso de apuro. Todos los policías que hubieran visto la película habrían captado al momento lo que inteligentes psiquiatras habrían determinado después de arduo trabajo: que los dos tipos deseaban ser detenidos y, si era posible, que los mataran.) Bob Arctor escondía su arma en la guantera.

Todos los trucajes que Barris afirmaba, como una gran cosa, poseer en su vehículo podían guardar alguna relación con la realidad, la realidad del automóvil de Arctor, porque numerosos dispositivos radiofónicos que Bob tenía instalados en su coche habían sido exhibidos en programas de TV, en debates nocturnos que contaron con la presencia de los expertos que habían colaborado en su diseño, o descritos en revistas especializadas. Algunos de estos aparatos habían desaparecido de los laboratorios de la policía, levantando el consiguiente escándalo. En definitiva, el ciudadano medio (el *típico* ciudadano medio, como siempre decía Barris en su característico tono

Librodot

ampuloso, casi intelectual) sabía ya que ningún vehículo blanco-y-negro, es decir, de la policía, se arriesgaba a detener un Chevrolet 57 con rayas de rally, que fuera a toda velocidad conducido por un aparente quinceañero flipado. El polizonte que lo hiciera podía encontrarse con la desagradable sorpresa de haber impedido que un coche de la brigada de narcóticos persiguiera su presa. El típico ciudadano medio reconocía a todos esos vehículos en cuanto los veía aparecer a toda velocidad, asustando a viejas y gente honrada que luego manifestaría su indignación mediante cartas, y no cesaba de señalarlos y explicar su identidad a cualquier otra persona... cosa que no importaba nada. Lo que sí *sería* importante, y peligroso, es que los delincuentes, los locos del volante, las bandas de motoristas y, sobre todo, los traficantes y usuarios de la droga se las arreglaran para montar dispositivos similares e instalarlos en sus propios coches.

En ese caso, podrían desenvolverse con total impunidad.

-Entonces, iré andando -dijo Arctor. De todos modos, era lo que deseaba hacer. Sólo había estado probando a Barris y Luckman. *Tenía* que ir andando.

-¿Dónde vas? -preguntó Luckman.

-A ver a Donna. -La chica vivía muy lejos, demasiado para ir a pie. Así se aseguraba que nadie quisiera acompañarle. Se puso la chaqueta y se dirigió a la puerta-. Nos veremos luego.

-Mi coche... -Barris insistió en dar excusas.

-Si usara tu coche -le interrumpió Arctor-, tocaría lo que no debo y me encontraría flotando sobre el centro de Los Ángeles como el dirigible de año nuevo. Y me utilizarían para verter borato sobre los pozos de petróleo incendiados.

-Me alegra que entiendas mi posición -murmuró Barris, aunque Arctor acababa de cerrar la puerta.

Fred, vestido con su monotraje mezclador, se hallaba sentado ante el cubo holográfico del Monitor Dos, contemplando impasible el cambio de imágenes que se sucedía ante sus ojos. Otros observadores examinaban hologramas, procedentes de diversas fuentes y playbacks en su mayoría, en aquel seguro piso. Lo que Fred veía era un holograma directo. Aunque el aparato grababa, como todos los demás, él había desestimado la cinta y preferido observar la transmisión en el mismo instante que era efectuada desde la supuestamente ruinosa casa de Bob Arctor.

El holograma captaba a Barris y Luckman a todo color y en imágenes muy definidas. Barris, sentado en el mejor sillón del cuarto de estar, estaba inclinado sobre la pipa de hash que estaba haciendo desde hacía varios días. La concentración en el trabajo, el enroscamiento de una cuerda blanca alrededor de la cazoleta, había convertido su cara en una máscara impasible. Luckman estaba encogido ante la mesita, devorando su cena Swanson de pollo frío, y observando un western por TV. Cuatro latas de cerveza vacías, aplastadas por la fuerza de su poderosa mano, yacían en la mesa. Cogió una quinta lata, medio llena, pero se le cayó al suelo. Volvió a asirla y soltó un taco. Barris alzó la vista, le miró como Mime en *Sigfrido* y reanudó su trabajo.

Fred prosiguió observando.

-Jodida televisión nocturna -murmuró Luckman con la boca llena de comida.

Librodot

De repente, Luckman soltó la cuchara y se puso en pie a trompicones. Tambaleándose, escupió en dirección a Barris con ambas manos levantadas, gesticulando en silencio. De su boca abierta brotaba pollo a medio masticar, manchando sus ropas y el suelo. Los ansiosos gatos se precipitaron hacia allí.

Barris hizo una pausa en su trabajo y miró al desventurado Luckman que, entre repugnantes y furiosos sonidos guturales, dio un manotazo a la mesita, tirando las latas de cerveza y la comida. Los gatos huyeron asustados al escuchar el estruendo. Barris observaba fijamente la escena. Luckman dio varios pasos hacia la cocina. Otra holocámara, ante los aterrorizados ojos de Fred, captó a Luckman cuando éste buscó a tientas un vaso en la semioscuridad de la cocina y trató de abrir el grifo. Fred se puso en pie de golpe. Incrédulo, vio por el monitor dos que Barris, todavía sentado, reanudaba su trabajoso enrollamiento de la cuerda en torno a la cazoleta de la pipa de hash. Barris no volvió a alzar la vista. El monitor dos siguió captándole con toda su atención puesta en la tarea.

El sistema de sonido recogió un gran estrépito, sonidos desgarradores de agonía: un ser humano atragantándose y el furioso alboroto de objetos cayendo al suelo. Luckman tiraba todo lo que encontraba, ollas, sartenes, platos y cubiertos, en un desesperado intento por llamar la atención de Barris. Barris, insensible al ruido, seguía ocupándose de su pipa de hash, sin levantar los ojos de ella.

En la cocina, captada por el monitor uno, Luckman cayó al suelo de repente. Se derrumbó, produciendo un ruido sordo, y quedó inmóvil con los brazos extendidos. Barris prosiguió anudando la cuerda de su pipa de hash. En las comisuras de sus labios apareció una ligera y mezquina sonrisa.

Fred, puesto de pie, contempló la imagen paralizado e indignado al mismo tiempo. Alargó la mano hacia el teléfono que había junto al monitor, se detuvo, siguió observando.

Luckman estuvo varios minutos tendido en el suelo de la cocina, mientras Barris seguía dando vueltas y más vueltas a la cuerda. Estaba inclinado como una vieja haciendo calceta, sonriente, siempre sonriente, y meciéndose ligeramente. De repente, Barris tiró a un lado la pipa de hash, se levantó y miró con agudeza la forma de Luckman echada en el suelo de la cocina, el vaso roto que había cerca, la comida vomitada, las sartenes, los platos rotos... El rostro de Barris reflejó una repentina y fingida sorpresa. Se quitó las gafas de sol, dejando ver unos ojos grotescamente desorbitados. Gesticuló sin saber qué hacer, se movió de un lado a otro, corrió hacia Luckman, se detuvo a poca distancia del cuerpo, dio media vuelta y empezó a jadear.

Está representando su comedia, comprendió Arctor, ejecutando su numerito descubrimiento-pánico. Como si estuviera en un escenario. Barris, la imagen del monitor dos, se retorció, gimió de pena. Su rostro enrojeció. Luego se precipitó hacia el teléfono, lo cogió, se le cayó y volvió a cogerlo con dedos temblorosos... Acaba de descubrir que Luckman, solo en la cocina, está agonizando con un trozo de comida impidiendo su respiración, sin nadie que le oiga o ayude, pensó Fred. Y ahora, Barris trata frenéticamente de conseguir ayuda. Demasiado tarde.

-¿Operadora? -dijo Barris con lentitud y en tono estridente-. No sé si debo pedir por la brigada de inhalación o por la de resucitación.

-Señor, ¿se refiere a que hay alguien que se asfixia? ¿Desea...?

-Me parece que es un paro cardíaco -aclaró Barris, ya con su característica voz profesional, tranquila y apagada. Una voz mortífera que jugaba a sabiendas con el peligro, la gravedad del momento y el tiempo que iba pasando-. Puede ser eso o una involuntaria aspiración de un bolo alimenticio dentro de...

-¿Cuál es la dirección, señor? -le interrumpió la operadora.

-La dirección... Veamos, la dirección es...

-¡Dios mío! -dijo Fred en voz alta.

De pronto, Luckman, tumbado en el suelo, se retorció convulsivamente. Se estremeció y vomitó la comida que obstruía su garganta. Ya en pie, aunque vacilante, abrió los ojos. Su mirada reflejó una confusión total.

-Un momento, parece que ya se repone -dijo Barris con toda tranquilidad-. Gracias, pero no hará falta su ayuda. -Y colgó sin esperar respuesta.

-¡Jo! -pareció decir Luckman mientras se recuperaba-. Mierda. -Respiraba con gran dificultad y tosía sin cesar.

-¿Estás bien? -preguntó Barris con voz preocupada.

-Debo haberme atragantado. ¿Me he desmayado?

-No exactamente. Entraste en un estado alterado de conciencia. Durante algunos segundos. Un estado alfa, es muy posible.

-¡Jo! ¡Estoy hecho un puerco! -Inseguro, dando tumbos, el debilitado Luckman trató de ponerse en pie. Todo le daba vueltas y buscó apoyo en la pared-. Estoy degenerando. Como un borracho viejo. -Se dirigió con pasos vacilantes hacia el lavabo.

Las últimas escenas hicieron que Fred recuperara la tranquilidad. El chico se repondría. ¡Pero Barris...! ¿Qué tipo de persona era? Luckman se había salvado *a pesar* de él. ¡Vaya chiflado! ¡Qué retorcimiento! ¿Cómo podía haber estado tan tranquilo? ¿Dónde tenía la cabeza?

-Un hombre puede morir así -dijo Luckman mientras se lavaba.

Barris sonrió.

-Tengo una constitución física muy fuerte -prosiguió Luckman, escupiendo agua-. ¿Y qué hacías mientras yo estaba muriéndome? ¿Contemplarme?

-Me viste con el teléfono en la mano. Estaba hablando con los auxiliares médicos. Me puse en acción en cuanto...

-Trolas -interrumpió Luckman agriamente, y siguió tragando agua fresca-. Sé muy bien lo que harías si me muriera... Robarías todo lo que tengo en mi escondite. Y hasta buscarías en mis bolsillos.

-Es sorprendente comprobar lo limitada que es la anatomía humana, el hecho de que comida y aire deban compartir un mismo conducto. De modo que los riesgos...

Luckman le dedicó un silencioso corte de manga.

Rechinar de frenos. Un bocinazo. Bob Arctor observó el tráfico nocturno. Un coche deportivo con el motor en marcha, junto a la acera. En su interior, una chica haciéndole señas.

Donna.

¡Vaya!, pensó. Fue hacia la acera, y Donna abrió la puerta del MG.

-¿Te he asustado? -preguntó la chica-. Pasé a tu lado cuando iba a tu casa, pero no te reconocí al momento. Luego he girado en redondo para volver a buscarte. Sube.

Arctor entró en silencio y cerró la puerta.

-¿Por qué vas a pata? -preguntó Donna-. ¿Tiene la culpa el coche? ¿Aún no está reparado?

-Acabo de hacer una flipada. No un viaje, sino... -Se estremeció.

-Tengo tu mercancía.

-¿Qué?

-Mil tabletas de muerte.

-¿*Muerte*? -repitió Arctor.

-Sí, muerte de primera calidad. Será mejor que conduzca yo. -Donna puso la primera y arrancó. No tardó mucho en conducir demasiado aprisa. Siempre conducía aprisa, y muy cerca del vehículo que iba delante, pero era una experta.

-¡El jodido de Barris! -estalló Bob-. ¿Sabes cómo actúa? Si quiere matar a alguien, no lo mata. Se limita a esperar que surja una situación adecuada y la víctima muera, para quedarse sentado presenciando la agonía. En realidad, prepara las muertes, pero no sé cómo lo hace, no estoy seguro. Es igual: lo arregla todo para que ocurra la jodida muerte. -Hizo una pausa mientras meditaba-. Por ejemplo, Barris no pondría explosivos plásticos conectados al encendido de tu coche. Lo que haría...

-¿Tienes el dinero? -preguntó Donna-. ¿El dinero de la mercancía? Es francamente de primera y necesito el dinero ahora mismo. Debo tenerlo esta noche para pagar otras cosas.

-Lo tengo. -Y era cierto. Estaba en su cartera.

-No me gusta Barris -dijo Donna-. Y no confío en él. Está chiflado, ¿sabes? Y si estás con él, también te vuelves loca. Pero si te alejas de Barris, todo va bien. Ahora mismo, tú estás loco.

-¿Lo estoy? -preguntó él, sorprendido.

-Sí -repuso Donna con toda tranquilidad.

-¡Vaya...! -No supo que responder. En especial porque Donna no se equivocaba nunca.

-¡Hey! -dijo Donna con entusiasmo-. ¿Por qué no me llevas a un concierto de rock? La semana que viene, en el Anaheim Stadium. ¿Vale?

-Bueno -respondió Bob mecánicamente. Y después comprendió lo que eso significaba: Donna le pedía que salieran juntos-. ¡*Claro que sí*! -Alegría. La vida volvía a él. Y gracias de nuevo a la chiquilla morena a la que tanto quería-. ¿Cuándo?

-Es el domingo por la tarde. Llevaré un poco de ese hash oscuro y voy a ir muy cargada. Habrá un montón de gente, así que no se darán cuenta. -Donna le miró escrutadoramente-. Pero ponte ropa limpia y no esa asquerosidad que llevas a veces. Me refiero a que... -Su voz se dulcificó-. Bueno, quiero que parezcas atractivo, porque lo eres.

-De acuerdo -dijo Bob muy complacido.

-Iremos a mi casa. Me darás el dinero, nos tomaremos algunas tabletas, nos pondremos cómodos y disfrutaremos. Y si tú quisieras comprar una botella de Southern Comfort también nos podríamos atiborrar.

-Fabuloso -respondió él sinceramente.

-Lo que de verdad me gustaría hacer esta noche es ir al autocine. -Donna redujo velocidad para doblar la curva de su calle y entrar en el camino particular de la casa-. He comprado el periódico y he mirado la cartelera. Lo único que vale la pena es el programa del Torrance, pero ya es demasiado tarde. Empezó a las cinco y media. Un asco.

-Nos hemos perdido... -empezó a decir Arctor mientras consultaba su reloj.

-No, aún podemos ver la mayor parte. -Donna le dedicó una sonrisa cariñosa antes de parar el motor-. Es toda la serie del *Planeta de los simios*, las once películas. Desde las cinco y media de la tarde a las ocho de la mañana. Me iré a trabajar saliendo del autocine, así que tengo que cambiarme ahora. Iremos al cine, fumaremos y beberemos Southern Comfort toda la noche. ¡Es fabuloso!, ¿no? -La chica miró a Bob, esperando una respuesta afirmativa.

-Toda la noche -repitió Arctor.

-Sí, sí, sí. -Donna salió del coche y fue hasta la otra puerta para ayudar a Bob-. ¿Cuándo viste por última vez todas las películas del *Planeta de los simios*? Yo he visto muchas a principios de este año, pero luego me puse enferma y me perdí las últimas. Fue por culpa de un bocadillo que compré en el autocine. Me supo muy mal, porque me perdí la última película y ahí es donde se revela que todos los hombres famosos, como Lincoln y Nerón, fueron monos camuflados que dirigieron la historia humana desde sus principios. Por eso tengo tantas ganas de ver el programa. -Donna bajó la voz conforme se acercaban a la puerta principal de la casa-. Me estafaron vendiéndome aquel bocadillo, así que cuando volví a ir al autocine, el de La Habra, metí una moneda doblada en la ranura y un par más en otras máquinas automáticas. No se lo dirás a nadie, ¿verdad? ¿Te acuerdas de Larry, Larry Talling, el que salía conmigo? Pues él y yo doblamos un montón de monedas de veinticinco y cincuenta centavos usando la prensa y una llave muy grande que tenía Harry. Claro, me aseguré que todas las máquinas fueran de la misma empresa. Bueno, estropeamos casi todas las máquinas, prácticamente todas. -Abrió la puerta de la casa, sumida en la oscuridad, lenta y gravemente.

-Estafarte a ti es un mal negocio, Donna -opinó Bob al entrar en la cuidada vivienda de Donna.

-No pises la moqueta -se apresuró a decir Donna.

-¿Por donde voy, entonces?

-Quédate quieto, o anda por encima de los periódicos.

-Donna...

-No empieces a darme la lata por tener que pisar los periódicos. ¿Sabes el trabajo que me cuesta tener limpia la moqueta? -Empezó a desabrocharse la chaqueta.

-Tacaña -dijo Arctor, quitándose su propia chaqueta-. Tacaña como una campesina francesa. ¿Tiras alguna cosa a la basura? ¿Conservas trozos de cuerda demasiado cortos para...?

-Mira, Bob -interrumpió Donna, echando hacia atrás su pelo negro y sacándose la chaqueta de cuero-. Un día de estos me casaré y necesitaré todas esas cosas, todo lo que guardo. Cuando te casas no te sobra nada. Por ejemplo, ese espejo fantástico lo vimos en el patio de los vecinos. Éramos tres y nos costó una hora pasarlo por encima de la valla. Y algún día...

-De todas las cosas que tienes en tu casa, ¿cuántas son robadas y cuántas compradas?

-¿*Compradas*? -Donna le miró inquisitivamente-. ¿Qué quiere decir *compradas*?

-Cosas que se compran, como la droga, como la mercancía que me vas a dar ahora. -Sacó la cartera-. Voy a darte dinero a cambio, ¿no?

Donna asintió. Observó a Bob con aire de sumisión (en realidad, de educación), pero sin perder la dignidad. Con ciertas reservas.

-Tú vas a darme droga a cambio del dinero -dijo Arctor, mostrando los billetes-. *Comprar* es una extensión en el gran mundo de las transacciones comerciales de lo que estamos haciendo nosotros ahora, o sea, un negocio de droga.

-Creo que lo entiendo. -Donna se quedó mirándole con sus grandes ojos oscuros, serena pero alerta. Deseaba aprender.

-Cuando... cuando seguiste a aquel camión de reparto de la Coca-Cola, ¿cuántas botellas robaste? ¿Cuántas cajas?

-Para todo un mes. Para mí y mis amigos.

Bob la miró con aire de reproche.

-Es una especie de cambio, ¿no? -dijo Donna.

-¿Qué...? -Arctor empezó a reír-. ¿Qué diste a cambio?

-Me doy yo misma a cambio.

-¿A quién? -Bob cambió la risa por sonoras carcajadas-. ¿Al conductor del camión que probablemente tuvo que...?

-La Coca-Cola es un monopolio capitalista. Solamente ellos pueden hacer Coca, como la compañía telefónica cuando quieres telefonear a alguien. Todo son monopolios capitalistas. -Sus ojos centellearon antes de añadir-: ¿Sabes que la fórmula de la Coca-Cola es un secreto cuidadosamente guardado y transmitido, que sólo conocen algunas personas de la misma familia, y que si muere la última de ellas que haya memorizado la fórmula, no se fabricará más Coca? O sea, que debe haber una fórmula escrita y guardada en una caja fuerte, para evitar ese caso. ¿Dónde la tendrán? -concluyó, meditabunda y con los ojos muy brillantes.

-Ni tú ni tus amigos de robo encontraréis nunca la fórmula de la Coca-Cola. Aunque viváis mil años.

-¿Y PARA QUÉ NARICES FABRICAR COCA SI LA PODEMOS ROBAR DE LOS CAMIONES? Tienen muchos camiones. Siempre te encuentras con ellos y van muy despacio. Yo los sigo siempre que puedo, es algo que pone enfermos a los conductores. -Donna le sonrió. Fue una sonrisa íntima, cariñosa, repleta de picardía, como si la chica tratara de atraerle a la extraña realidad que ella vivía.

Imaginó a Donna siguiendo incansable a un camión de reparto, cada vez más ansiosa e impaciente. Y por fin, cuando el camión aparcaba, en lugar de irse a toda velocidad, Donna frenaba también y saqueaba la carga. No tanto porque fuera una ladrona, o por venganza, sino porque, cuando el camión se detenía, la chica ya llevaba un buen rato mirando las cajas de Coca y había planeado lo que haría con ellas. *Su impaciencia se había convertido en ingeniosidad*. Había cargado el coche -no el MG, sino el otro más grande, el Camaro que llevaba por entonces, antes de reventarlo por completo- con cajas y más cajas de Coca-Cola. Y después, durante un mes, ella y sus amigos se habían hartado de bebida gratis. Y entonces...

Había devuelto los cascos en diferentes tiendas, reclamando lo que supuestamente le habían cobrado por ellos.

-¿Qué haces con las chapas? -había preguntado un día Bob Arctor-. ¿Las envuelves en muselina y las guardas en tu cobre de cedro?

-Las tiro -había sido la triste respuesta de Donna-. No se puede hacer nada con chapas de Coca. Ya no hay concursos ni premios.

Mientras Bob recordaba esto, Donna había desaparecido en otra habitación, de la que salió cargada con varias bolsas de polietileno.

-¿Quieres contarlas? -preguntó-. Hay mil, seguro. Las pesé en mi balanza antes de pagarlas.

-Perfecto.

Arctor cogió las bolsas y ella el dinero. Bob pensó: Donna, podría meterte en chirona. Pero no lo haré nunca, hagas lo que hagas y aunque sea en mi contra. Eres una maravilla, dulce y llena de vida. Nunca voy a destruirte. No lo entiendo, pero es así.

-¿Puedes darme diez? -preguntó la chica.

-¿Diez? ¿Diez para ti? Desde luego. -Abrió una de las bolsas. Eran difíciles de desatar, pero Bob tenía experiencia... y extrajo diez justas. Más otras diez para él. Volvió a cerrar la bolsa y se fue al recibidor en busca de su chaqueta, para dejar la mercancía allí.

-¿Sabes qué hacen ahora en las tiendas de discos? -preguntó Donna enérgicamente cuando Bob volvió. Las diez tabletas de la chica habían desaparecido. Ya las había ocultado-. ¿Sabes lo que hacen con las cassettes?

-Te detienen si las robas.

-Siempre lo han hecho. Pero ahora... Ya sabes, coges un LP o una cinta, te vas al mostrador y el dependiente arranca la etiqueta del precio. Pues bueno, a ver si imaginas lo que he averiguado casi exponiéndome a que me detuvieran. Adivínalo. -Se echó en un sillón, sonriendo satisfecha, y cogió un pequeño envoltorio que Arctor identificó como hash antes de que Donna lo desenvolviera-. No es sólo una etiqueta engomada para el precio. Debe tener un trocito de metal especial, de forma que si el dependiente no arranca la etiqueta y tratas de salir de la tienda, suena una alarma.

-¿Y por qué dices que te expusiste a ser detenida?

-Una tía muy menuda iba delante mío y trató de irse con una cassette bajo la chaqueta. Sonó la alarma, la cogieron y luego vino la poli.

-¿Y cuántas llevabas tú escondidas?

-Tres.

-¿Llevabas droga en el coche? -preguntó Bob-. Porque si te cogen con una cinta robada te embargarán el coche. Se lo llevarán a la comisaría, descubrirán la carga y también te meterán en chirona por eso. Aunque apostaría a que tú hiciste eso en un lugar donde... -Se interrumpió antes de completar la frase, «...sabías que ningún polizonte podía intervenir para ayudarte».

Pero no podía decir tal cosa, porque ese polizonte era él mismo. Si echaban el guante a Donna, él la ayudaría con toda su alma, al menos hasta donde llegara su influencia. Pero no podría hacer nada en el condado de Los Ángeles, por ejemplo. Y si alguna vez llegaba el caso, que finalmente llegaría, él estaría lo bastante lejos como para enterarse o prestar ayuda. Un drama, una fantasía horrible, empezó a desplegarse en su mente: Donna agonizando, como Luckman, sin que nadie la oyera o moviera un dedo. Alguien podría escucharla, gente como Barris, pero se quedaría inmóvil hasta que la chica expirara. No sería una muerte literal, igual que la de Luckman... ¿La de Luckman? Bueno, *podía* haber muerto. Pero Donna, adicta a la sustancia M, sería encarcelada y forzada al pavo frío, a la abstinencia total. Y puesto que era traficante, drogadicta y ladrona... estaría en chirona mucho tiempo, expuesta a muchas otras cosas, todas horribles. Cuando saliera en libertad sería una Donna distinta. Aquella expresión

tierna y cariñosa, aquel calor tan apreciado por Bob Arctor... se convertiría en Dios sabía el qué, en algo vacío y envejecido. Donna transformada en objeto. A todos les pasaría lo mismo, algún día, pero Bob esperaba estar muerto cuando Donna pasara esa experiencia. Encontrarse en un lugar donde no pudiera prestar ayuda.

-Animoso, no miedoso -dijo Arctor con tristeza.

-¿De qué hablas? -Lo comprendió al cabo de un momento-. ¡Ah, sí! Es eso de la terapia de análisis transaccional, ¿no? Cuando fumo hash... -Había sacado su pequeña pipa de hash, un objeto hecho de cerámica por ella misma y que parecía un erizo de mar aplanado. La encendió-... me convierto en Soñolienta. -Le miró, rebosante de felicidad, rió y le alargó la preciosa pipa de hash-. Siéntate, te daré una sobrecarga.

Se sentó. Donna se levantó, sopló para dar a la pipa el máximo de actividad y se puso en cuclillas. Arctor abrió la boca... Como un polluelo, pensó. Siempre tenía la misma impresión cuando Donna hacía esto. La chica exhaló en dirección a él gruesas y grises bocanadas de hash, comunicándole así el ardor, el vigor inacabable que ella tenía. Un agente pacificador que los relajaba y ablandaba al mismo tiempo. Donna daba la sobrecarga, Bob Arctor la recibía.

-Te quiero, Donna -dijo Bob. Este era el sustituto de las relaciones sexuales con ella. Quizás era mejor. Ese tipo de relación resultaba tan intimo, tan extraño... Primero, ella podía poner algo dentro de él. Luego, si Donna quería, era él quien ponía algo dentro de ella. Un intercambio constante, una y otra vez hasta que se agotaba el hash.

-Sí, lo comprendo... Tú enamorado de mí. -Donna rió entre dientes y se sentó a su lado. Ahora le tocaba a ella disfrutar del hash.

IX

-¡Hey, Donna! -dijo Bob-. ¿Te gustan los gatos?

-¿Esos animales tan pesados? -Donna le miró con los ojos encendidos-. ¿Que no paran de correr a un palmo sobre el suelo?

-Sobre el suelo, no. *En* el suelo.

-¡Vaya lata! Corriendo por todos los muebles.

-¿Y flores de primavera?

-Sí, eso sí... Pequeñas flores de primavera, de color amarillo. Las primeras que crecen.

-Antes que ninguna otra.

-Sí. -Donna asintió. Tenía los ojos cerrados, perdida en su viaje-. Antes de que las pisen y... mueran.

-Donna, tú me conoces. Puedes adivinar mis pensamientos.

La mujer dejó la pipa de hash.

-Se acabó -dijo. Su sonrisa fue desapareciendo.

-¿Qué ocurre?

-Nada. -Agitó la cabeza por toda respuesta.

-¿Puedo cogerte por la cintura? Me gustaría hacerlo. ¿Vale? Como si te abrazara. ¿Vale?

Donna abrió los ojos, que ahora reflejaban confusión y cansancio.

-No -contestó-. No, eres demasiado feo.

-¿Qué?

-¡Que no! Aspiro mucha coca. Debo tener mucho cuidado porque aspiro mucha coca.

-¿Feo? -repitió Bob, furioso-. Vete a la mierda, Donna.

-No toques mi cuerpo -advirtió ella, mirándole fijamente.

-No, claro que no. -Se levantó, dispuesto a marcharse-. Ya puedes creértelo. -Pensó en ir al coche y coger la pistola para destrozar el cráneo y los ojos de Donna. Pero el odio y la furia del hash sólo duraron un instante-. Maldita sea -añadió tristemente.

-No me gusta que la gente me meta mano -explicó Donna-. Tengo que ser muy cuidadosa con eso porque hago mucha coca. Tengo pensado irme un día a la frontera canadiense con cuatro libras de coca ahí, entre las piernas. Diré que soy católica y virgen... ¿A dónde vas? -Empezó a levantarse, alarmada.

-Me voy.

-Tienes el coche en tu casa. Te llevaré. -Donna, desgreñada, confusa y medio dormida, se dirigió tambaleante hacia el recibidor para ponerse su chaqueta de cuero-. Te llevaré a tu casa. Pero ya puedes ver por qué me preocupo tanto por mi virginidad. Cuatro libras de coca valen...

-No me acompañarás, jodida. Estás tan flipada que no podrías conducir ni un minuto. Y por si fuera poco, nunca dejas que nadie conduzca ese patín a ruedas que es tu coche.

-¡Porque nadie sabe conducir mi coche! -estalló Donna-. ¡Nadie! ¡Y menos un hombre! ¡No sabéis tratar un coche ni cualquier otra cosa! ¡Tenías las manos puestas en mi...!

Y Bob se encontró de repente en un lugar de la ciudad que no conocía, rodeado de sombras, vagando sin rumbo, desprovisto de su chaqueta... Nadie le acompañaba. Solo, jodidamente solo, pensó. Y entonces oyó a Donna, corriendo tras él, tratando de alcanzarle. La chica jadeaba. Había inhalado tanta yerba en los últimos días que sus pulmones estaban medio obstruidos por los residuos. Bob se detuvo, aunque sin volver la cabeza. Aguardó lo que fuera, sintiéndose muy deprimido. Donna aflojó el paso. Apenas podía respirar.

-Lo siento mucho, de verdad -dijo la chica-. Lo que he dicho te ha hecho daño, lo sé. He perdido la cabeza.

-Sí. ¡*Soy demasiado feo*!

-Escucha. Cuando he trabajado todo el día y me encuentro muy, muy cansada, la primera dosis me saca de quicio. ¿Quieres volver? ¿Qué te parece? ¿Quieres ir al autocine? ¿Y la botella de Southern Comfort? Yo no puedo comprarla... no me la venderían. -Hizo una pausa-. Soy menor de edad, ¿no?

-Vale. -Volvieron juntos a la casa.

-Buen hash, ¿eh? -dijo Donna.

-Es hash negro, desagradable. Porque está saturado de alcaloides de opio. Lo que tú respiras es opio, no hash... ¿Lo sabías? Por eso te cuesta tanto, ¿comprendes? -Advirtió que había levantado la voz. Se detuvo-. No estás quemando hash, preciosa. Es opio. Y eso quiere decir que te estás habituando para toda la vida y pagando... ¿Cuánto vale ahora una libra de «hash»? Seguirás fumando, y cayendo y cayendo hasta que no puedas poner en marcha el coche, ni seguir a los camiones de reparto. Y te hará falta ese «hash» antes de ir a trabajar, todos los días...

-Me hace falta ahora -le interrumpió Donna-. Tomo una dosis antes de ir al trabajo. Y a mediodía, y en cuanto vuelvo a casa. Por eso soy una camello, para poder comprar hash. El hash me tranquiliza. Por eso vale lo que vale.

-Opio -repitió Arctor-. ¿Cuánto vale ahora ese «hash»?

-Unos diez mil dólares la libra. De buena calidad.

-¡Jo! Tanto como el caballo.

-No usaré nunca la jeringuilla. No lo hago ni lo haré. Cuando empiezas a inyectarte, sea lo que sea, no duras más de seis meses. Aunque sea agua del grifo. Es un hábito...

-Tú *tienes* un hábito...

-Como todo el mundo. Tú tomas sustancia M, ¿no? ¿Qué diferencia hay? Soy feliz, igual que tú. Vuelvo a casa y fumo hash de primera, todas las noches... es mi viaje. No trates de cambiarme. Ni siquiera lo intentes. Ni a mí, ni a mi moralidad. Soy lo que soy. Y me evado con hash. Es mi vida.

-¿Has visto fotos de los antiguos fumadores de opio? ¿De los chinos hace mucho tiempo? ¿O de los indios que fuman hash ahora? ¿Has visto su aspecto?

-No espero vivir muchos años. Así que me importa un bledo. No *quiero* vivir muchos años. ¿Tú sí? ¿Por qué? ¿Qué hay en este mundo que valga la pena? ¿Y has visto...? Caramba, fíjate en Jerry Fabin, o en cualquiera que lleve mucho tiempo tomando sustancia M. ¿Qué podemos esperar de este mundo, Bob? Es un lugar de paso hasta la siguiente vida. Nos castigan aquí porque nacimos malditos...

-*Eres católica.*

-Nos castigan aquí. Así que, si puedes evadirte de vez en cuando... ¡qué narices, hazlo! El otro día por poco me la pego. Iba en el MG, hacia mi trabajo. Había puesto el estéreo de ocho pistas y estaba fumando mi pipa de hash, así que no vi a ese tipo del Ford Emperador 1984...

-Eres una tonta, una superimbécil.

-Voy a morir pronto, ¿sabes? Haga lo que haga. Quizás en la autopista. Apenas consigo frenar con mi MG, ¿comprendes? Y ya me han puesto cuatro multas este año, por exceso de velocidad. Ahora tengo que ir otra vez a la escuela de conducir. Una lata. Durante seis meses.

-Así que un día, de repente, no podré volver a verte. ¿No es eso? No te veré nunca más.

-¿Lo dices por lo de la escuela de conducir? No, cuando pasen los seis meses...

-Estarás en el cementerio. Acabada antes de que la ley de California, la jodida ley de California, te permita comprar una lata de cerveza o una botella de licor.

-¡Es verdad! -exclamó Donna-. ¡La botella de Southern Comfort! ¿Vamos a comprarla y nos la llevamos a las películas de los monos? ¿Sí? Aún podemos ver ocho películas, incluida la de...

-Escúchame -dijo Bob Arctor, cogiendo a Donna por el hombro. La chica se apartó en un gesto instintivo.

-No -dijo Donna.

-¿Sabes lo que tienen obligación de dejarte hacer? ¿Quizá una sola vez? Darte permiso para comprar una lata de cerveza. Una vez y sólo una vez.

-¿Por qué?

-Como un obsequio, si es que te portas bien.

-¡Me sirvieron una vez! -dijo Donna, muy complacida por el recuerdo-. ¡En un bar! Yo iba muy bien vestida y acompañada por varias personas. La camarera me preguntó qué quería y yo contesté, «Un collins de vodka». Y me lo sirvió. Fue en La Paz, un sitio muy fino. ¡Algo fabuloso! Yo había visto un anuncio de collins de vodka, así que, siempre que me preguntaban en un bar, pedía eso y quedaba muy bien. ¿Te das cuenta? -De repente, Donna le cogió del brazo. Un detalle poco normal en ella-. Fue el viaje más fabuloso de mi vida.

-Entonces, supongo que ya te han hecho el obsequio. El único obsequio.

-¡Claro! ¡Es lógico! Bueno, esa gente que estaba conmigo me dijeron después que debía haber pedido una bebida mejicana, un tequila, por ejemplo, porque es un bar de tipo mejicano, el bar del restaurante La Paz. Pero ya lo sé para la próxima vez. Si vuelvo a ir, me acordaré, ya lo creo. ¿Sabes qué haré algún día, Bob? Me trasladaré al norte de Oregon y viviré en la nieve. Apartaré la nieve de la puerta todas las mañanas. Tendré una casita y un huerto con hortalizas plantadas.

-Tendrás que ahorrar, ahorrar mucho dinero. Eso es muy caro.

-Él me lo dará -dijo Donna, repentinamente reservada-. Un hombre.

-¿Quién?

-Bueno, el hombre de mis sueños, ¿sabes? -Donna dulcificó el tono de su voz, dándose cuenta que estaba compartiendo un secreto. Y lo hacía porque él, Bob Arctor, era su amigo y alguien de confianza-. Ya me lo imagino: conducirá un Aston Martin y me llevará al norte con él. Allí encontraremos la casita en la nieve, al norte de aquí. -Hizo una pausa y añadió-: Se supone que es muy bonito estar en la nieve, ¿no?

-¿No lo sabes?

-Nunca he estado en la nieve. Bueno, estuve una vez en San Berdoo, en aquellas montañas. No me gustó porque era más bien agua-nieve, barro... No es eso lo que busco, sino nieve *auténtica*.

-¿Estás segura de todo lo que dices? -preguntó Bob Arctor, en cierta forma pesaroso-. ¿Todo será tal como lo dices?

-¡Claro que sí! Está escrito.

Caminaron en silencio en dirección al MG de Donna, de aquella chica rodeada de sueños y planes. Y Bob... Bob recordó a Barris, a Luckman, a Hank, la central clandestina... al propio Fred.

-¡Oye! -dijo Arctor-. ¿Puedo ir contigo a Oregon? ¿Cuándo te vayas para siempre?

Donna le sonrió. Una sonrisa amable y tierna que significaba: no.

Y Bob lo comprendió así, porque la conocía muy bien. Nada iba a cambiar. Se estremeció.

-¿Tienes frío? -preguntó Donna.

-Sí. Mucho frío.

-Tengo buena calefacción en mi coche, para cuando estemos en el autocine... Allí podrás calentarte. -La chica le cogió la mano, la apretó... y luego, de repente, la soltó.

Pero aquel contacto persistió en su corazón, siguió dentro de él. Se avecinaban años en los que estaría sin ella, sin verla, escucharla o saber qué era de Donna, sin saber si estaba viva o muerta, si era feliz. Pero aquella caricia permanecería para siempre en su recuerdo, encerrada en su ser, y nunca la olvidaría. La única vez que había tocado la mano de Donna...

Aquella noche, Bob llevó a su casa a Connie, una simpática drogadicta. Iba a acostarse con ella a cambio de diez dosis de mex, ya que la chica acostumbraba a inyectarse, era una yonki.

La chica, delgada y de cabello lacio, se sentó en el borde de la cama, peinándose aquel pelo tan raro que tenía. Era la primera vez que Connie venía a su casa -la había conocido en una fiesta- y sabía muy pocas cosas de ella, aunque hacía semanas que había apuntado su número de teléfono. Era frígida, cosa normal en una mujer que se inyectaba heroína, pero esto no representaba obstáculo alguno. El sexo no le proporcionaba ningún placer, pero por otra parte, tampoco le importaba acostarse con cualquiera.

Esto era evidente nada más verla. Connie estaba sentada en la cama, a medio vestir, descalza, con una horquilla en la boca y mirando al vacío, prueba suficiente de que su mente corría una fantasía solitaria. Su rostro, alargado y huesudo, no dejaba por ello de ser llamativo. Quizá, pensó Arctor, porque los huesos, sobre todo los de las mandíbulas, eran muy pronunciados. Tenía un grano en la mejilla derecha. Algo que, probablemente, no había advertido o que no le importaba lo más mínimo. Al igual que el sexo, los granos tenían poco interés para ella.

Quizás ella pensaba que todo era lo mismo. Una drogadicta que llevaba mucho tiempo abusando de la aguja podía creer que sexo y granos eran algo similar, incluso idéntico. Es inútil, pensó Bob. No puedes saber lo que hay dentro de su cabeza.

-¿Puedes dejarme un cepillo de dientes? -preguntó Connie. Había empezado a cabecear y mascullar, cosa normal para este tipo de gente cuando iba pasando la noche-. No me gusta que se estropeen... los dientes son los dientes. Me los lavaré... -Bajó tanto la voz que Bob apenas pudo oírla. Pero el movimiento de los labios le permitió comprender lo que murmuraba.

-¿Sabes dónde está el cuarto de baño? -preguntó Bob.

-¿Qué cuarto de baño?

-El de esta casa.

-¿Quiénes son esos tíos que están aquí tan tarde? -inquirió. Se puso en pie y siguió peinándose-. Están liando porros y no paran de darle al pico. Viven contigo, supongo. Sí, claro. Seguro.

-Dos de ellos, sí -contestó Arctor.

-¿Eres marica? -Sus ojos apagados fijaron la mirada en Bob.

-Trato de no serlo. Por eso estás aquí.

-¿Te esfuerzas por no serlo?

-Ya puedes creértelo.

-Sí, supongo que lo averiguaré enseguida. Si eres un gay en potencia, querrás que yo tome la iniciativa. Échate y yo lo haré todo. ¿Quieres que te desnude? Bien, acuéstate y me ocuparé de todo. -Alargó las manos hacia la cremallera de Bob.

Más tarde, Bob se encontró en la penumbra, adormilado por su, digamos, mujer a sueldo. Connie roncaba a su lado. Estaba de espaldas, con los brazos pegados al cuerpo y por encima de la sábana. Apenas podía distinguirla. Los yonkis, pensó Arctor, duermen como Drácula: tiesos, inmóviles hasta que se despiertan de repente, como una máquina que varía de la posición A a la B. «Ya... es... de... día», dice el yonki, o la grabación que hay dentro de su cabeza, da lo mismo. La mente de estos tipos sigue

instrucciones, es como la música que suena en una radio-despertador... A veces parece fabulosa, pero está ahí para forzarte a hacer algo. La música de la radio-despertador suena para que te levantes. La música del yonki suena para que le sirvas como medio de obtener más droga, sea como sea. Él, una máquina, te convertirá en *su* máquina.

Todos y cada uno de los yonkis son grabaciones, pensó. Siguió dormitando, y meditando sobre estos seres perversos. Y el yonki, si es una chica, no tiene otra cosa que vender más que su cuerpo. Igual que Connie, la que estaba a su lado.

Abrió los ojos, se volvió hacia la chica y vio a Donna Hawthorne.

Se sentó de un salto. ¡Donna!, pensó. Podía distinguir su cara con toda claridad. No había duda. ¡Dios mío! Alargó la mano hacia la lámpara de la mesita. La tocó con los dedos y la tiró al suelo. La chica, pese al ruido, siguió durmiendo. Volvió a mirarla y, poco a poco, apareció de nuevo Connie, el perfil de su rostro, la barbilla descarnada, el cuerpo enjuto... la cara demacrada propia de una yonki. Era Connie, no Donna. Una chica, no la otra.

Volvió a echarse, apesadumbrado, y se durmió sin saber cómo, preguntándose qué significado tenía aquella alucinación en medio de la oscuridad.

-No me importa que apestara -murmuró la chica al cabo de un rato. Estaba soñando-. Lo quería a pesar de todo.

Bob reflexionó. ¿A quién se refería? ¿Un amigo? ¿Su padre? ¿Un gato? ¿Un apreciado juguete de la infancia? ¿A todos a la vez? Pero había dicho «lo quería», no «lo quiero». Era evidente que él, o lo que fuera, había desaparecido. Quizá, pensó Arctor, la hayan obligado a abandonarlo, alegando que olía muy mal.

Sí, era muy probable. Esta chica, se dijo Bob, la demacrada yonki que duerme a mi lado, ¿cuántos años debía tener entonces?

X

Fred, con su monotraje mezclador puesto, estaba sentado ante una batería de holocámaras, contemplando a Jim Barris mientras éste leía un libro sobre hongos en la sala de estar de Bob Arctor. ¿Por qué hongos? Para averiguarlo, Fred apretó el botón de retroceso hasta contemplar lo sucedido una hora antes. Barris seguía sentado, leyendo con gran atención y tomando notas.

Al cabo de poco rato, Barris dejó el libro a un lado y salió de la casa, quedando fuera del alcance de las cámaras. Al regresar llevaba una pequeña bolsa de papel marrón. La abrió sobre la mesita del cuarto de estar. Seleccionó algunos hongos secos y empezó a compararlos uno por uno con las fotos a todo color que había en el libro. Su concentración en la tarea resultaba anormal, tratándose de él. Por fin, apartó un hongo de pobre aspecto y metió los demás en la bolsa. Sacó del bolsillo un montón de cápsulas vacías y, con idéntico cuidado, fue introduciendo pedazos de aquel hongo especial en cada una de las cápsulas, para acabar cerrándolas.

A continuación, Barris empezó a telefonear. El intervenido teléfono grabó automáticamente todos los números que Jim iba marcando.

-Hola, soy Jim.

-¿Qué hay?

-Tengo algo que ofrecerte.

-No bromees.

-*Psilocybe mexicana.*

-¿Qué es eso?

-Un extraño hongo alucinógeno usado en los cultos sudamericanos de hace miles de años. Vuelas, te haces invisible, entiendes el lenguaje de los animales...

-No, gracias. -*Click.*

Otra llamada.

-Hola, soy Jim.

-¿Jim? ¿Qué Jim?

-El de la barba... Gafas de sol verdes, pantalones de cuero... Te conocí en una fiesta en casa de Wanda y...

-¡Ah, sí! Jim. Ya me acuerdo.

-¿Te interesaría conseguir algunos psicodélicos orgánicos?

-Bueno, no se... -Nerviosísmo-. ¿Seguro que eres Jim? No te pareces en nada.

-Tengo algo increíble. Un extraño hongo orgánico de Sudamérica, usado en los cultos indios de hace miles de años. Vuelas, te haces invisible, tu coche desaparece, puedes entender el lenguaje de los animales...

-Mi coche está desapareciendo siempre. Cuando lo dejo en una zona de las afueras. Ja, ja.

-Podría darte seis cápsulas de este *Psilocybe.*

-¿A cuánto?

-Cinco dólares cada una.

-¡Vaya robo! ¿Es una broma? Mira, ya nos veremos. -Recelo-. Bueno, creo que te recuerdo... me estafaste una vez. ¿De dónde has sacado esos hongos? ¿Cómo sé que no es ácido de mala calidad?

-Entraron en los Estados Unidos dentro de una estatua de arcilla. Formaba parte de un envío a un museo, un cargamento muy vigilado. La bofia de la aduana ni lo olió. Si no te gusta lo que compres, te devolveré el dinero.

-¿Y de qué me servirá eso si pierdo la cabeza y me encuentro colgado de un árbol?

-He probado el producto hace unos días. Para comprobarlo. Ha sido el mejor viaje de toda mi vida... Infinidad de colores. Es mejor que la mescalina, no lo dudes. No me interesa estafar a mis clientes. Siempre compruebo la mercancía. Está garantizada.

Fred advirtió que otro monotraje mezclador estaba observando el monitor.

-¿Qué está ofreciendo ese tipo? -preguntó el recién llegado-. ¿Mescalina?

-Ha estado poniendo hongos dentro de unas cápsulas -explicó Fred-. Hongos que él, u otra persona, ha cogido por aquí cerca.

-Algunos hongos son tremendamente tóxicos -afirmó el monotraje mezclador que estaba detrás de Fred.

Un tercer monotraje mezclador abandonó su propio monitor por un momento y se acercó a los otros dos.

-Es cierto -dijo-. Los hongos del tipo *Amanita* contienen cuatro toxinas que actúan como agentes disruptores de los glóbulos rojos. La muerte se

produce a las dos semanas y no se conoce ningún antídoto. Produce unos dolores terribles. Si los hongos son silvestres, sólo un experto puede afirmar si son o no nocivos.

-Lo sé -dijo Fred. Apuntó el número de la cinta para conocimiento del servicio.

Barris estaba marcando un tercer número.

-¿Qué infracción de la ley puede asociarse con esto? -preguntó Fred.

-Falsa publicidad -repuso uno de los monotrajes mezcladores. Hubo risas y los otros dos agentes volvieron a sus monitores. Fred continuó observando.

El monitor cuatro captó a Bob Arctor entrando por la puerta principal de la casa y con aspecto de abatimiento.

-Hola.

-¿Cómo te ha ido? -preguntó Barris, recogiendo las cápsulas y ocultándolas en su bolsillo-. ¿Algún progreso con Donna? -Soltó una risita-. En todos los sentidos, quiero decir. ¿Qué cuentas?

-Muy bien, déjame en paz -contestó Arctor.

El monitor cinco filmó su aparición en el dormitorio, pocos segundos después de la escena anterior. Ya con la puerta bien cerrada, Bob sacó varias bolsas repletas de tabletas blancas. Durante un instante pareció indeciso. Luego metió la mercancía bajo la sábana, ocultándola a la vista. Se quitó la chaqueta. Estaba cansado y muy triste. Tenía ojeras.

Bob Arctor se sentó en la revuelta cama. Agitó la cabeza, se puso en pie, miró a uno y otro lado... Se arregló el pelo y salió de la habitación. La holocámara central de la sala de estar recogió sus movimientos mientras se dirigía hacia Barris. Antes, la cámara número dos había captado a Barris ocultando la bolsa de hongos bajo los cojines del sofá y colocando el libro en la estantería, un lugar en el que pasaría desapercibido.

-¿Qué has estado haciendo? -preguntó Arctor.

-Me he dedicado a la investigación.

-¿Qué es lo que has investigado?

-Las propiedades de ciertos organismos micológicos de naturaleza muy delicada. -Barris rió entre dientes-. No te ha ido muy bien con la menuda chica de grandes pechos, ¿eh?

Arctor le miró y luego se fue a la cocina para enchufar la cafetera.

-Bob -dijo Barris, marchando tras él-. Si he dicho algo que te ha ofendido, lo siento. -Empezó a canturrear y tamborilear sobre la mesa mientras Arctor esperaba que saliera el café.

-¿Dónde está Luckman?

-Por ahí, supongo que tratando de robar el dinero de alguna cabina telefónica. Se llevó tu gato hidráulico, cosa que suele hacer cuando va a desvalijar una cabina, ¿no?

-Mi gato hidráulico -repitió Arctor.

-¿Sabes una cosa? Podría darte mi ayuda profesional en tus intentos con la menuda chica...

Fred pasó la cinta a toda velocidad. El contador señaló finalmente que habían pasado dos horas.

-...paga el maldito alquiler o ponte a trabajar en el cefaloscopio -estaba diciendo Arctor a Barris.

-Ya tengo encargadas unas resistencias que...

Fred volvió a lanzar la cinta adelante. Pasaron otras dos horas.

El monitor cinco recogió a Arctor en la cama de su habitación. El radio-despertador, sintonizado en la emisora KNX, ofrecía folk rock a bajo volumen. El monitor dos mostró a Barris solo en el cuarto de estar, de nuevo interesado en los hongos. Pasó un buen rato sin que ninguno de los hombres hiciera gran cosa. Arctor alargó el brazo para aumentar el volumen de la radio; había escuchado una canción que evidentemente le gustaba. Barris siguió leyendo sin apenas moverse. Arctor volvió a aparecer inmóvil en la cama.

Sonó el teléfono. Barris estiró el brazo y cogió el aparato.

-¿Hola?

-¿El señor Arctor? -Una voz masculina.

-Sí, yo soy -contestó Barris.

Esta cabra de Barris va a joderme, pensó Fred. Aumentó el volumen del teléfono.

-Señor Arctor -dijo en voz muy baja el desconocido comunicante-, lamento llamarle tan tarde, pero ese talón suyo que no...

-¡Ah, sí! Pensaba llamarle. Esta es la situación, señor. He sufrido un ataque grave de infección intestinal, con pérdida de temperatura corporal, espasmos pilóricos, calambres... En fin, que me es imposible arreglar lo de ese insignificante talón de veinte dólares y, con toda franqueza, tampoco pienso arreglarlo.

-¿Qué? -La voz del hombre no reflejó sorpresa, sino rabia.

-Sí, señor. Tal como lo ha oído.

-Señor Arctor, el banco ya ha devuelto dos veces el talón. Y en cuanto a esos síntomas de infección intestinal que usted describe...

-Creo que alguien me hizo tragar algo malo. -Barris esbozó una rígida sonrisa.

-*Creo* que usted es uno de esos... -No encontró la palabra.

-Crea lo que quiera. -Barris seguía sonriendo.

-Señor Arctor. -La respiración del otro era perfectamente audible-. Voy a ir a la oficina del fiscal del distrito con este talón. Pero antes voy a decirle un par de cosas sobre lo que...

-Drógate, ponte fino y adiós. -Y colgó.

La derivación del teléfono grababa automáticamente el número de todos los que llamaban. Era un proceso electrónico que se iniciaba con la emisión de una señal inaudible en cuanto el circuito quedaba conectado. Fred leyó aquel número en particular en un contador instalado al efecto. Fred desconectó el sistema reproductor de todas las holocámaras, cogió su propio teléfono y pidió información sobre el desconocido comunicante.

-Cerrajería Englesohn, 1343 Harbor, Anaheim -contestó el policía encargado de este servicio-. Un negro de buena fama.

-Una cerrajería -repitió Fred. Anotó los datos-. Gracias.

Una cerrajería... Veinte dólares justos: sugerían un trabajo fuera de la tienda, quizá para hacer el duplicado de una llave que el «propietario» había perdido.

Una hipótesis: Barris, haciéndose pasar por Arctor, había telefoneado a Englesohn pidiéndole un duplicado, bien para la casa, el coche, o ambas cosas. Había dicho al cerrajero que había perdido su llavero... Pero entonces, el receloso Englesohn había exigido un talón como garantía. Barris había robado un talonario nuevo de Arctor y hecho un talón para el cerrajero. Pero el talón había sido devuelto. ¿Por qué? Arctor tenía una buena suma en su

cuenta corriente, de manera que un talón tan insignificante debía haber sido aceptado. Aunque en ese caso... Arctor se habría enterado y descubierto que lo había hecho Jim Barris. Así que éste habría buscado entre las cosas de Arctor un viejo talonario de alguna época anterior, de alguna cuenta que ya estaba dada de baja. Y lógicamente, si la cuenta estaba cancelada el talón no fue admitido. Barris estaba en un lío ahora.

Pero, ¿por qué Barris no iba a la tienda y pagaba en metálico? Englesohn ya estaba harto y había telefoneado. Cuando se cansara del todo, iría a ver al fiscal del distrito. Arctor lo averiguaría. Y Barris se encontraría nadando en mierda. Pero Barris había contestado de una forma muy extraña al furioso cerrajero... Había estado provocando a Englesohn para enojarlo aún más, sin importarle las medidas que tomara contra él. Y lo peor de todo es que Barris había descrito su «infección intestinal» de forma que cualquier persona, por poco informada que estuviera, reconocería los síntomas como un resultado de la heroína. Barris había insinuado claramente durante la conversación que era un drogadicto. ¿Y qué más daba, si estaba hablando en nombre de Bob Arctor?

En este momento el cerrajero sabía que tenía un yonki por deudor, un tipo que le había entregado un talón sin fondos y que no había mostrado intención alguna de arreglar la situación. Y si el drogadicto se comportaba así era porque estaba lo bastante chiflado, flipado y aturdido por la droga como para no preocuparse por el talón. Un insulto para América. Un insulto deliberado y detestable.

De hecho, Barris había concluido la conversación con una cita del temible ultimátum lanzado por Tim Leary a la sociedad burguesa y los individuos honrados. Y esto era el condado de Orange, lleno de miembros de la John Birch Society y civiles armados que buscaban, precisamente, estos barbudos drogadictos de respuestas insolentes.

Barris acababa de poner una bomba a Bob Arctor. Como mínimo podían juzgarle por firmar un talón sin fondos. Pero también se exponía a bombas auténticas u otros medios de venganza, sin tener idea alguna de lo que se avecinaba.

¿Por qué?, reflexionó Fred. Anotó en su cuaderno el número de código de esta secuencia de la grabación, y añadió también el teléfono del cerrajero. ¿Por qué Barris quería hundir a Arctor? ¿Qué demonios le había hecho? Algo muy malo, pensó Fred, o no se explica la reacción de Barris. Es pura malicia, mezquina, diabólica...

Este Barris es un hijo de puta, decidió. Quiere matar a alguien.

Otro de los monotrajes mezcladores que había en el piso le sacó de sus pensamientos.

-¿Conoce en realidad a estos tipos? -El otro agente señaló los monitores, ahora en blanco, que Fred tenía ante sí-. ¿Los frecuenta para cumplir alguna misión?

-Sí.

-No sería mala idea advertirles sobre la gran toxicidad de los hongos, de lo que está preparando ese imbécil de las gafas verdes. ¿Puede hacerlo sin comprometer su identidad?

Otro monotraje mezclador que estaba cerca, sentado en su sillón giratorio, dijo:

-Si uno de ellos mostrara náuseas incontenibles... Bueno, a veces es un síntoma de envenenamiento por hongos.

Librodot

-¿Cómo la estrictina? -dijo Fred. Sintió un frío terrible que se extendía por su cabeza. Volvió a vivir el día de la mierda de perro, lo sucedido con Kimberly Hawkins, las náuseas que tuvo cuando se averió el coche...

Sus náuseas.

-Se lo diré a Arctor -contestó-. Con él puedo hacerlo sin que sospeche nada. Es un hombre dócil.

-También tiene muy mal aspecto -dijo uno de sus compañeros-. ¿Es el tipo que apareció en la puerta, encorvado y echo un asco?

-¡Puf! -dijo Fred. Dio la vuelta al sillón para encararse de nuevo con los monitores.

¡Maldita sea!, pensó. Aquel día Barris nos dio tabletas cuando estábamos en la carretera... Su mente se convirtió en un torbellino de imágenes confusas hasta que se produjo la escisión. Se encontró en el lavabo de la central clandestina con un vaso de agua en la mano. Se enjuagó la boca y trató de pensar. Bien mirado, soy Arctor, reflexionó. Soy el hombre de los monitores, el tipo al que el jodido Barris quiere hundir mediante su asquerosa charla con el cerrajero. Y yo estaba preguntándome, ¿qué ha hecho Arctor para que Barris le acose así? Estoy enfangado. Mi cerebro está lleno de barro. Esto no es real. No lo creo, puedo verme... ¡Ese es Fred! ¡El que está en la casa es Fred sin el monotraje mezclador! Es Fred cuando no lleva puesto el disfraz.

Y el otro día fue Fred el que estuvo a punto de dañarla por culpa de fragmentos tóxicos de hongo, comprendió. Estuvo a punto de no volver aquí para encargarse de estos monitores. Pero ahora ha vuelto.

Fred tiene una posibilidad. Aunque muy lejana.

Maldito trabajo de locos me han encomendado, siguió pensando. Claro que, si yo no lo hiciera, habría otro en mi lugar y las cosas podrían complicarse. Mi sustituto le acosaría... acosaría a Arctor. Le tendería una trampa para obtener su recompensa. Metería droga en casa de Arctor y luego le detendría. No hay duda, concluyó, soy el más indicado para vigilar esa casa, por muchas desventajas que tenga el trabajo. Proteger a todo el mundo contra el chalado y jodido Barris es una compensación suficiente.

Si otro agente observa las acciones de Barris y ve lo que con toda seguridad verá, llegará a la conclusión de que Arctor es el mayor traficante de drogas de la costa oeste de los Estados Unidos y recomendará -¡Dios mío!- que sea eliminado por nuestras fuerzas secretas. Esos tipos de negro que alquilamos en el este, que se mueven silenciosamente y llevan Winchester 803 de miras telescópicas. Las nuevas miras dotadas con telescopios de infrarrojos sincronizados con proyectiles de seguimiento térmico, en manos de individuos siempre descontentos, aunque sea con una simple máquina de bebidas automática, y que siempre están jugando a sacar la paja más larga para ver quién de ellos será el próximo presidente de los Estados Unidos. ¡Dios mío!, siguió pensando, esos chiflados son capaces de abatir un avión en pleno vuelo y hacerlo de tal modo que se eche la culpa a una bandada de pájaros inhalados por el motor. Esos proyectiles de seguimiento térmico... Los muy jodidos dejarán restos de plumas en lo que quede del motor. Y les darán una prima por eso.

Es espantoso pensarlo, se dijo. No que Arctor sea sospechoso, sino que sea... cualquier cosa. Un blanco. Seguiré observándole. Fred seguirá cumpliendo con su trabajo como Fred. Será mucho mejor. Yo puedo encargarme de la dirección e interpretación. Y de decir un montón de veces,

Librodot

«Esperemos hasta que él haga en realidad...». Tras su último pensamiento, Fred dejó el vaso de agua y salió del lavabo.

-Se le ve agotado -le dijo uno de los monotrajes mezcladores.

-Bueno -contestó Fred-, estaba camino de la tumba, pero he tenido suerte. -En su mente vio la imagen del proyector láser que había producido un ataque cardíaco mortal al fiscal del distrito, de cuarenta y nueve años de edad, cuando faltaba poco para que reabriera el caso seguido para aclarar un atroz y famoso asesinato político cometido en California-. Casi he llegado al final -añadió en voz alta.

-*Casi* -dijo el monotraje mezclador-. Eso no es el final.

-Oh, claro que no -admitió Fred-. Desde luego.

-Siéntese y prosiga su trabajo -dijo otro agente-, o en vez de paga tendrá que cobrar el seguro de paro.

-¿Se imaginan que este trabajo valiera para lograr un ascenso en...?

No terminó la frase. A sus compañeros no pareció divertirles mucho el comentario, suponiendo que estuvieran escuchándole. De modo que Fred volvió a tomar asiento y encendió un cigarrillo. Una vez más, conectó la batería de monitores.

Lo que debo hacer, decidió, es volver a casa ahora mismo, ahora que puedo pensar tranquilamente. Como tarde mucho voy a perder la cabeza y acabaré con Barris en un instante.

Cumpliendo con mi deber. Así es como debo hacerlo.

Le diré, «¡Hey, tío!, estoy chafado. ¿Puedes darme un porro? Te pagaré un dólar». Barris dirá que sí. Le detendré, le obligaré a subir al coche, iré a la autopista y le obligaré a tirarse en marcha, a punta de pistola, justo cuando pase un camión al lado. Luego explicaré que trató de huir. Es una cosa muy normal.

Si no hago esto, me será imposible comer o beber cualquier cosa que haya en mi casa. Igual que a Luckman, Donna o Freck. El primero que se lleve una cosa a la boca morirá envenenado por fragmentos de hongos tóxicos. Moriremos todos. Y después Barris explicará que habíamos ido al bosque a coger setas. Que él trató de disuadirnos. Y que no le hicimos caso porque no tenemos tanta instrucción como él.

Aunque el psiquiatra del tribunal afirme que está totalmente loco y acabe con él para siempre, alguien la dañará. Quizá Donna, pensó. Tal vez la chica vaya a buscarme a casa después de una dosis de hash, preguntando por las flores de primavera que le había prometido. Barris le ofrecerá un tazón de alguna cosa viscosa que haya preparado él mismo, y diez días después Donna se encontrará agonizando en una unidad de cuidados intensivos, cosa que no será nada agradable.

Si eso sucede, pensó, llenaré la bañera de lejía, de lejía hirviendo, y meteré dentro a Barris hasta que sólo queden sus huesos. Y luego los enviaré por correo a su madre o a los familiares que tenga, si es que tiene alguno. Y si no tiene parientes, echaré los huesos a los perros que me encuentre por la calle. Sea como sea, vengaré a Donna.

Su fantasía mental le llevó a preguntar a los otros agentes, vestidos con sus monotrajes mezcladores, «Por favor, ¿pueden decirme dónde puedo comprar cien litros de lejía a estas horas de la noche?».

Estoy loco, pensó, y se concentró en los monitores para no seguir llamando la atención de los otros ocupantes de la central clandestina.

Librodot

Barris, captado por el monitor dos, estaba hablando con Luckman, que se tambaleaba ante la puerta principal, sin duda alguna emborrachado con vino vulgar. Luckman trataba de encontrar la puerta de su habitación y demostraba estar pasando un mal momento.

-En los Estados Unidos -dijo Barris-, hay más alcohólicos que drogadictos. Las lesiones cerebrales y hepáticas producidas por el alcohol, sin contar con las impurezas de...

Luckman desapareció sin advertir siquiera la presencia de Barris. Te deseo suerte, pensó Fred. Aunque de nada te servirá si el asesino sigue estando allí.

También Fred se encuentra allí ahora. Pero Fred no puede hacer otra cosa más que contemplar lo que ya ha sucedido. A menos que yo, pensó, vuelva atrás las holograbaciones. En ese caso estaré allí antes que Barris. Lo que yo haga precederá a todo lo que pretenda hacer Barris. Si es que se atreve, viéndome allí.

La otra parte de su mente empezó a hablarle con más sosiego. Era su otro yo que le transmitía un mensaje mucho más sencillo sobre cómo enfrentarse al problema.

-Para arreglar lo del talón del cerrajero -le dijo su otro yo-, debes ir a su tienda a primera hora de la mañana, pagar el talón y recuperarlo. Es lo primero que debes hacer, antes de cualquier otra cosa. Hazlo. Acaba con ese posible problema ahora mismo. Después podrás dedicarte a otras cosas más serias. ¿De acuerdo?

Sí, meditó, eso me apartará de la lista de los condenados. Debo empezar por ahí.

Apretó el botón de avance rápido hasta que el contador le permitió deducir que el monitor captaría una escena nocturna mientras todos dormían. Era un pretexto para acabar su trabajo en la central clandestina.

Todas las luces estaban apagadas. En tales momentos, las holocámaras trabajaban mediante rayos infrarrojos. Luckman estaba acostado en su habitación. Barris en la suya. Arctor hacía lo propio... aunque con una chica al lado. Ambos dormían.

Veamos, pensó Fred. Se llama Connie no-sé-qué. Tenemos sus antecedentes en los archivos. Una drogadicta sin remedio, que también es una prostituta y una traficante. Una auténtica condenada al fracaso.

-Tiene suerte -comentó uno de los agentes-. Por lo menos no ha de observar al sospechoso mientras está en pleno coito.

-Es un alivio -contestó Fred, contemplando estoicamente las dos figuras que dormían en la cama. Pero pensaba en el cerrajero y en lo que haría al respecto-. Nunca me ha gustado...

-Es algo muy agradable de hacer -le interrumpió el otro monotraje mezclador-, pero no tan agradable de observar.

Arctor dormido, pensó Fred. Con su ramera. Supongo que podré largarme de aquí enseguida. En cuanto se despierten empezarán a follar, pero eso no me incumbe.

Sin embargo, continuó observando la imagen. El ver durmiendo a Bob Arctor... hora tras hora, sin cesar. De repente se fijó en algo sorprendente. ¡*Esa chica sólo puede ser Donna Hawthorne*!, se dijo. Allí en la cama, acostada junto a Arctor...

Esto no concuerda, decidió, y alargó el brazo para detener la grabación. Apretó el botón de retroceso y luego el de avance rápido. ¡Bob Arctor estaba

con una chica, pero no podía ser Donna! ¡Era Connie, la yonki! No se había equivocado. Los dos cuerpos estaban allí, muy juntos, ambos durmiendo.

Mientras Fred seguía examinando la escena, las demacradas facciones de Connie fueron diluyéndose. El rostro de Donna Hawthorne apareció en su lugar.

Volvió a detener la grabación y trató de aclarar sus pensamientos. No lo entiendo, pensó. Esto es... ¿Cómo lo llaman? ¡Un truco de cine! Una película trucada. ¡Jo! ¿Qué es esto? ¿Un montaje para TV? ¿Con un director que utiliza efectos visuales?

Una vez más, apretó el botón de retroceso, luego el de avance. Detuvo la grabación en el preciso momento que la cara de Connie se alteraba. Observó aquella escena fotográfica.

Movió el mando de ampliación. Las ocho zonas holográficas quedaron reducidas a una sola, captando a Bob Arctor y a una mujer durmiendo en la cama.

Fred se puso en pie, introduciéndose en la imagen holográfica, acercándose a la proyección tridimensional de la cama. Quería ver de cerca el rostro de la chica.

Un rostro intermedio, fue su conclusión. Parecido al de Connie y al de Donna al mismo tiempo. Será mejor que lleve la cinta al laboratorio, pensó Fred. Un experto ha trucado la imagen, no hay duda. Me han dado una grabación retocada.

¿Quién será el culpable?, pensó. Salió de la imagen holográfica y eliminó la ampliación. Volvió a sentarse frente a las ocho zonas holográficas que componían la escena.

Alguien había hecho una superposición. La cara de Donna puesta sobre la de Connie. Falsas pruebas de que Arctor se había acostado con la señorita Hawthorne. ¿Por qué? Un técnico experto, capaz de trucar una banda de sonido o de video, había hecho lo propio con una grabación holográfica. Algo increíble, pero...

Si todo se reducía a un simple corte en la cinta, pensó Fred, habría una secuencia en la que Arctor estaría en la cama con una chica con la que probablemente no se había acostado, ni se acostaría, jamás en su vida. Pero no era un corte, sino un cambio paulatino.

O quizá sea una interrupción visual, un fallo electrónico, meditó Fred. Lo que los técnicos denominan impresión. Holoimpresión: una parte de la grabación que se confunde, se mezcla con otra. Supongamos que en un principio hubo un fallo en el avance de la cinta o que el factor de ampliación fuera muy elevado... En tal caso, se producirían sobreimpresiones. ¡Jo!, pensó Fred. Tal vez Donna había estado en el cuarto de estar y su imagen se hubiera confundido con otra escena anterior o posterior.

Me gustaría poseer más conocimientos técnicos sobre el proceso, se dijo Fred. No puedo hacer nada antes de documentarme. ¿Y si hubiera otra emisora de onda normal que interfiriera...?

Diafonía, pensó, algo accidental.

Como una imagen secundaria en una pantalla de televisión. Un problema operacional, un funcionamiento defectuoso. Un transductor momentáneamente disparado.

Volvió a pasar la cinta. Connie de nuevo, inalterada. Y un momento más tarde... Fred vio por segunda vez cómo el rostro de Donna iba apareciendo poco a poco. El hombre que había junto a la chica, Bob Arctor,

se despertó al cabo de un instante y se sentó bruscamente en la cama. Arctor quiso encender la luz de la mesita de noche, pero sólo consiguió tirarla al suelo. Sorprendido, Bob se quedó mirando a la mujer dormida junto a él, a Donna.

La cara de Connie volvió a surgir de repente. Arctor se tranquilizó, se tumbó de nuevo y siguió durmiendo, aunque sin cesar de revolverse en la cama.

Bien, concluyó Fred, esto elimina la posibilidad de una «interferencia técnica». No es una sobreimpresión ni tampoco un fenómeno de diafonía. *Arctor también lo ha visto*. Se despertó, vio a Donna, la miró fijamente... y todo volvió a la normalidad.

Esto es demasiado para mí, pensó Fred. Desconectó la batería de monitores.

-Bueno, ya no puedo seguir -dijo a sus compañeros. Se levantó del sillón, sin poder evitar que su cuerpo temblara-. No puedo aguantarlo por más tiempo.

-¿Alguna escena sexual escabrosa? -preguntó un monotraje mezclador-. Con el tiempo, se irá acostumbrando.

-Nunca me acostumbraré a este trabajo -contestó Fred-. Puede estar seguro.

XI

A la mañana siguiente, Bob se presentó en la cerrajería Englesohn con cuarenta dólares en metálico y un montón de excusas preparadas. Había ido allí en taxi, puesto que ahora, y aparte del cefaloscopio, también su coche estaba en reparación.

La tienda tenía el aspecto de la madera vieja, con un letrero más moderno y un escaparate repleto de adminículos de latón: buzones espantosos, alucinantes perillas que parecían cabezas humanas y grandes llaves de imitación hechas de hierro forjado. Entró y se encontró en la penumbra. Igual que la casa de un drogadicto, pensó, comprendiendo la ironía de la situación.

En el mostrador se vislumbraban dos enormes máquinas de hacer llaves y miles de moldes balanceándose en sus tableros.

-Buenos días -le saludó una regordeta mujer ya entrada en años-. ¿Qué desea?

-He venido aquí...

Ihr Instrumente freilich spottet mein,
Mit Rad and Kämmen, Walz's und Bügel:
Ich stand am Tor, ihr solltet Schlüssel sein;
Zwar euer Bart ist kraus, doch hebt ihr nicht die Riegel.

-...para pagar un talón que el banco devolvió. Es de veinte dólares, creo.

-Ah, bien. -La mujer extrajo un archivador metálico, buscó la llave para abrirlo y luego descubrió que no estaba cerrado. Lo abrió y sacó el talón al momento, junto con una nota unida a él-. ¿El señor Arctor?

-Si -contestó, ya con el dinero preparado.

Librodot

-Veinte dólares justos. -Separó la nota del talón y con gran dificultad empezó a escribir en la primera, señalando que el cliente se había presentado y satisfecho la deuda.

-Lamento lo ocurrido -se excusó Arctor-. Me equivoqué y les di un talón de una cuenta que ya está cancelada, en vez de la buena.

-Mmm -murmuró la vieja, sonriendo mientras escribía.

-También le agradecería que dijera a su marido, el que me llamó por teléfono el otro día...

-En realidad es mi hermano Carl. -Miró hacia atrás con disimulo-. Si Carl habló con usted... -Sonriendo, hizo un gesto vago-. A veces pierde la cabeza con los talones... Perdónele, si es que le dijo...

-Dígale que cuando llamó me cogió un poco confuso -dijo Arctor, recitando la excusa que tenía preparada-. Y que también lo lamento mucho.

-Creo que me comentó algo sobre el asunto, sí. -Le tendió el talón, y Arctor pagó los veinte dólares.

-¿No hay recargo?

-No, ninguno.

-Fue un día que me encontraba muy abatido -explicó Bob-. Un amigo mío acababa de morirse de repente.

-¡Oh, cuánto lo siento!

-Se atragantó con la comida y murió de asfixia. Estaba solo, en su habitación, y nadie lo oyó.

-¿Sabe, señor Arctor? Ese tipo de muertes ocurre con más frecuencia de lo que la gente piensa. Leí que cuando estás comiendo con un amigo, y él, o ella, no habla durante un buen rato, debes inclinarte hacia él y preguntar, ¿puedes hablar? Porque a lo mejor no puede. Si se está asfixiando no puede hacerlo.

-Sí. Gracias. Eso es cierto. Y gracias por lo del talón.

-Lamento lo de su amigo.

-Gracias. Era casi el mejor amigo que tenía.

-Es tan horrible... ¿Cuántos años tenía, señor Arctor?

-Estaba en los treinta. -Y era cierto: Luckman tenía treinta y dos.

-¡Oh, qué pena! Se lo diré a Carl. Y gracias por haber venido.

-Gracias a usted. Y también al señor Englesohn, de mi parte. Muchas gracias a los dos.

Salió de la tienda y volvió a la cálida calle matutina. El sol y el aire le hicieron entornar los ojos.

Pidió un taxi por teléfono. En el trayecto de vuelta meditó lo bien que se había librado de la trampa de Barris, sin tener que pasar por escenas desagradables. Podía haber sido mucho peor, se dijo. El talón estaba en su poder y no había tenido que enfrentarse directamente con aquel tipo.

Sacó el talón para examinar la habilidad de Barris falsificando su letra y su firma. Sí, era una cuenta cancelada. Reconoció el color del talón al momento. El banco había estampado las palabras CUENTA CANCELADA. No era extraño que el cerrajero se hubiera puesto nervioso. Más tarde, estudiando el talón con más detenimiento, Bob advirtió que la letra era suya. No se parecía en nada a la de Barris. Una falsificación perfecta. Nunca lo habría notado, a no ser porque no recordaba haber llenado aquel talón.

¡Dios mío!, pensó, ¿cuántas falsificaciones como ésta habrá hecho Barris? Puede haberme robado la mitad de lo que tengo.

Barris es un genio, meditó. Además, debe haberlo hecho por un procedimiento de reproducción caligráfica u otro medio mecánico. Pero yo no he dado nunca un talón a ese Englesohn, no puede ser una copia. Es un talón único. Lo entregaré a los grafólogos del departamento para que averigüen cómo fue hecho. Quizás a base de práctica, simplemente a base de práctica y más práctica.

Y en cuanto al rollo ese de los hongos, siguió pensando, hablaré con Barris y le diré que otra gente se queja de que ha tratado de venderles cápsulas de hongos. Y que los tire todos a la basura. Le explicaré que me he enterado por alguien que estaba preocupado, cosa que no tiene nada de extraño.

Pero todo esto, reflexionó, son pequeñas pistas de lo que Barris está preparando, descubiertas en mi primera sesión en la central. *Sólo son ejemplos de una conspiración contra mí*. Dios sabe qué otras cosas habrá hecho Barris: tiene todo el tiempo que quiere para gandulear, leer libros y planear complots, intrigas, conspiraciones y cuanto se le ocurra... Tal vez, pensó sobresaltándose, debería comprobar si ha intervenido mi teléfono. Barris posee un montón de equipo electrónico e incluso casas como la Sony, por ejemplo, fabrican y venden bobinas de inducción, un material adecuado para intervenir un teléfono. Sí, debe haberlo hecho, y quizá hace mucho tiempo. Aparte, claro, del dispositivo que hace poco, y por necesidad, instaló la policía.

Mientras el taxi seguía su ruta, volvió a examinar el talón. Tuvo un pensamiento repentino: ¿Y si lo hubiera hecho yo mismo? ¿Y si el talón fuera obra de Arctor? Creo que así fue, pensó. Creo que lo hizo el mismo hijo de puta de Arctor y, además, muy deprisa. Esas letras inclinadas indican que Arctor tenía mucha prisa. Lo hizo a toda velocidad, cogió el talonario equivocado... y luego se olvidó por completo del asunto.

Fue, meditó, aquella vez que Arctor...

Was grinsest du mir, hohler Schädel, her?
Als dass dein Hirn, wie meines, einst verwirret
Den leichten Tag gesucht und in der Dämmrung schwer,
Mit Lust nach Wahrheit, jämmerlich geirret.

...estaba en Santa Ana, en una gran concentración de drogadictos, donde conoció a la chavala de cabello rubio y largo, dientes extraños y un culo impresionante, pero tan vivaz y amistosa... No pudo poner en marcha el coche porque estaba flipado a más no poder. Tuvo muchos problemas... Aquella noche hubo demasiadas pastillas, inyecciones, hash... La fiesta duró hasta el amanecer. Con abundante sustancia M y además de primera. De auténtica calidad. Su propia mercancía.

-Pare en esa gasolinera -dijo inclinándose hacia el conductor-. Me bajaré ahí.

Salió, pagó al taxista, entró en la cabina, buscó el teléfono del cerrajero y lo marcó.

-Cerrajería Englesohn, buenos... -contestó la vieja.

-Soy yo otra vez, Arctor. Siento molestarla. ¿Puede decirme qué dirección tienen apuntada con mi llamada, con la llamada que hice para aquel trabajo que pagué con el talón de veinte dólares?

Librodot

-Lo miraré. Un momento, por favor, señor Arctor. -Se oyó el golpe del teléfono cuando la mujer lo dejó en el mostrador.

-¿Quién es? ¿Ese Arctor? -escuchó preguntar a un hombre lejos del aparato.

-Sí, Carl, pero no digas nada, por favor. Acaba de venir hace poco...

-Hablaré con él.

Una pausa.

-Bien, señor Arctor -dijo la mujer-, tengo esa dirección. -Le dio la dirección de su casa.

-¿Es el sitio adonde fue su hermano? ¿A hacer la llave?

-Espere un momento. ¡Carl! ¿Recuerdas a dónde fuiste para hacer la llave del señor Arctor?

-A Katella -se oyó la distante respuesta.

-¿No fuiste a su casa?

-¡A Katella!

-Alguna parte de Katella, señor Arctor. Anaheim... No, espere... Carl dice que fue a Santa Ana, a Main, ¿Le basta con...?

-Gracias -dijo Arctor, y colgó.

Santa Ana. Main. Allí fue la jodida fiesta de los drogadictos. Aquella noche informé de treinta nombres y otras tantas matrículas de coches, y eso como mínimo. No era una fiesta normal para mí. Había llegado un gran cargamento procedente de Méjico. Los compradores se repartieron la mercancía y, como es normal en ellos, la probaron al mismo tiempo. Es probable que la mitad de los compradores fuera detenida por agentes secretos que fueron enviados para tal fin... ¡Puf!, pensó, aún recuerdo aquella noche... O mejor dicho, jamás recordaré lo que pasó exactamente.

Pero eso sigue sin excusar a Barris, la malicia premeditada con la que suplantó a Arctor en aquella llamada telefónica. Exceptuando lo que era evidente: que Barris lo había hecho in situ, improvisadamente. Mierda, quizá Barris estuviera flipado aquella noche e hiciera lo que un montón de tipos hacen en esas condiciones: disfrutar con todo lo que pasa. Arctor había firmado el talón, de eso no había duda alguna. La mala suerte fue que Barris estuviera junto al teléfono. Su retorcida mente imaginó una broma fabulosa. Un acto de irresponsabilidad, eso era todo.

Y Arctor, siguió pensando mientras volvía a llamar al servicio de autotaxis, no ha sido muy responsable que digamos al tardar tanto tiempo en arreglar lo del talón. ¿De quién es la culpa? Sacó el talón, una vez más, y examinó la fecha. Mes y medio. ¡Dios, pura irresponsabilidad! A estas alturas, Arctor podría estar en chirona. Es un milagro que el chiflado de Carl haya tardado tanto tiempo en presentar la denuncia. Es posible que esa vieja amable que es su hermana lo haya impedido.

Será mejor que Arctor se ponga en el buen camino, decidió. Ha hecho algunas locuras, en su contra, que no he sabido hasta ahora. Barris no es el único, quizá ni siquiera sea el peor. Claro que todavía habría que averiguar la causa de esa malicia intensa, irrefrenable, que Barris muestra hacia Arctor. Ningún hombre planea durante tanto tiempo vengarse de alguien, a no ser que se tenga un buen motivo. Y Barris no trata de incordiar a nadie más. Ni a Luckman, ni a Charles Freck ni a Donna Hawthorne. Ayudó a llevar a Jerry Fabin a la clínica federal, más que ningún otro, y se porta bien con todos los animales que hay en la casa.

En cierta ocasión, Arctor iba a enviar al matadero a uno de los perros -¿Cómo diablos se llamaba aquella perra negra? ¿Popo?-, porque era imposible de amaestrarlo. Barris se pasó horas, días enteros, adiestrando a Popo, hablando con la perra hasta que la tranquilizó y pudo ser amaestrada. Popo no tuvo que ir al matadero. Si Barris fuera malicioso con todo el mundo, no haría cosas tan buenas como ésta.

-Servicio de autotaxis -dijeron por el teléfono.

Dio la dirección de la gasolinera.

Y si Carl, el cerrajero, había fichado a Arctor como drogadicto de cuidado, reflexionó mientras aguardaba la llegada del taxi, no es por culpa de Barris. Aquella madrugada, a las cinco, cuando Carl se metió en su camión para ir a buscar la llave del Oldsmobile de Arctor, Bob estaría flotando, subiéndose por las paredes, poniendo ojos de besugo y todas las cosas que pasaban cuando se tomaba droga de buena calidad. Carl habría sacado sus conclusiones en aquel preciso momento, mientras hacía la llave y Arctor estaría andando por aquí y por allá, en plena alucinación. No era extraño que Carl no se hubiera divertido.

En realidad, especuló, es posible que Barris trate de encubrir las numerosas locuras de Arctor. Bob ya no cuida de su vehículo como hacia antes, y, además, firma talones sin fondos. No lo hace deliberadamente, claro, sino porque la droga le hace sentirse espeso. Cosa que aún es peor. Barris hace lo que puede. Es una posibilidad. Pero también él está espeso. Todos están...

Dem Wurme gleich' ich, der den Staub durchwühlt,
Den, wie er sich im Staube nährend lebt,
Des Wandrers Tritt vernichtet und begräbt.

...con el cerebro embarrado, y se relacionan entre ellos con idéntica confusión. El enfangado conduciendo al enfangado. A la ruina.

Quizá Arctor, conjeturó, cortó y dobló los cables y produjo todos los cortocircuitos del cefaloscopio. A medianoche. ¿Pero por qué motivo?

Una pregunta difícil: ¿*Por qué*? Aunque todo es posible con la mente espesa. Un motivo tan retorcido como los mismos cables. Era algo que había presenciado muchas, muchas veces, durante su trabajo como agente secreto. Aquella tragedia no era ninguna novedad. Sería un caso más en los archivos policiales, simplemente un caso más. Era la fase precursora del trayecto a la clínica federal, igual que Jerry Fabin.

Todos estos tipos caminaban en un mismo tablero, ocupando diversas casillas y a diferentes distancias de la meta, y no acabarían la caminata en idéntico momento. Pero, finalmente, todos llegarían al objetivo: las clínicas federales.

Era algo grabado en el tejido nervioso. O en lo que quedaba de él. No había modo de frenar el proceso o volverse atrás.

Y menos que nadie, se estaba empezando a dar cuenta, Bob Arctor. Una intuición en pleno inicio, pero que no dependía en absoluto de lo que Barris hiciera. Una nueva visión profesional, objetiva.

Además, sus superiores de la oficina del sheriff del condado de Orange habían decidido concentrar su atención en Bob Arctor. Sin duda alguna tenían sus buenas razones, aunque él las desconociera. Tal vez estos hechos confirmaban otro: su creciente interés por Arctor -al fin y al cabo, el

Librodot

departamento se había gastado una fortuna instalando las holocámaras en casa de Arctor y pagándole para que analizara las grabaciones, así como a otros peces demasiado gordos a los que facilitaba informes periódicos-, junto con la desacostumbrada atención de Barris hacia Arctor, y ambos habiendo elegido a este último como blanco principal. ¿Pero qué había visto en la conducta de Arctor, qué era lo que de modo tan anormal le sorprendía? Y directamente, sin depender de aquellos dos intereses.

Mientras el taxi le conducía a casa, pensó que debería observar con todo cuidado los monitores, y durante bastante tiempo. La respuesta no iba a presentarse en un solo día. Debería guardar la calma, resignarse a una observación interminable y hacerse la idea de que debía aguardar.

Hubo un momento, no obstante, que vio algo en los monitores, una conducta enigmática o sospechosa por parte de Arctor. Eso indicaba la existencia de un tercer punto de mira, una tercera verificación de los intereses de los otros dos. Sí, sería una confirmación excelente. Justificaría el tiempo y los esfuerzos gastados por cada una de las partes.

¿Qué sabrá Barris que nosotros no sepamos?, se preguntó. Podríamos echarle el guante e interrogarle. Pero... es mejor hacer averiguaciones independientemente de Barris. Nos exponemos a obtener un duplicado de lo que Barris, sea quién sea o finja ser, ya sabe.

¿Qué diablos estoy pensando?, se dijo de repente. Soy un cabezota. Conozco a Bob Arctor y es una buena persona. No trama nada. O al menos nada desagradable. En realidad, Bob trabaja en secreto para la oficina del sheriff. Y ese debe ser el motivo de que...

Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust,
Die eine will sich von der andern trennen:
Die eine hält, in derber Liebeslust,
Sich an die Welt mit klammernden Organen;
Die andre hebt gewaltsam sich vom Dust
Zu den Gefilden hoher Ahnen.

...Barris vaya tras él.

Pero eso no explicaría el porqué la oficina del sheriff del condado de Orange va tras él, llegando incluso al extremo de instalar todas esas holos y designar un agente para vigilarle las veinticuatro horas del día e informar sobre él. No, esto último sigue siendo una incógnita.

Hay algo que no encaja, pensó. Hay más cosas, muchas más, en esa casa, en esa vivienda en ruinas, con su patio repleto de maleza, su perrera que nadie limpia jamás, sus animales paseándose por la mesa de la cocina y todos los desperdicios que a nadie se le ocurre echar a la basura.

Una casa maravillosa, pero totalmente echada a perder, reflexionó. Podría servir para muchas cosas. Una familia, unos niños y una mujer, podrían vivir en ella. Tiene tres dormitorios, prueba de que fue construida para eso. ¡Vaya derroche! ¡Vaya jodido derroche! Deberían confiscarle la casa, pensó. Intervenir y ejecutar la hipoteca. Quizá lo hagan. Y den mejor utilización a la vivienda. Esa casa se lo merece. Ha presenciado tiempos mucho mejores, hace años, tiempos que podrían volver si el propietario fuera otra clase de persona y cuidara de la casa.

El taxi frenó en el camino particular, repleto de periódicos desperdigados. En especial, meditó Arctor-Fred, habría que cuidar mucho el patio.

Pagó al taxista, sacó la llave de la puerta y entró en la casa.

Sintió al instante una invisible mirada: las holocámaras observándole. Una sensación que advirtió nada más cruzar la entrada. Estaba solo, no había nadie más en la casa. ¡Falso! Estaba con las holocámaras, insidiosas e invisibles, observando y grabando su imagen, todo lo que hiciera o dijera.

Igual que te observan los garabatos pintados en las paredes de unos urinarios públicos, pensó. ¡SONRÍE! ¡ES UNA FOTO ESPONTÁNEA! En cuanto entro en esta casa, vuelvo a ser yo. Una situación pavorosa que no le gustaba nada y de la que era consciente desde el primer día. Habían llegado a casa tras el «incidente de la mierda de perro» -así lo denominaba él mismo-, y ni siquiera aquella visión podía borrar la sensación de estar vigilado por las holocámaras, la sensación que cada día se volvía más insoportable.

-No hay nadie en casa, supongo -dijo en voz alta, siguiendo su costumbre.

También las unidades de vigilancia habrían grabado eso, seguro. Soy un actor ante la cámara, pensó, y actúo como si esa cámara no existiese, o la toma no serviría para nada.

Es la única toma. En esta mierda de película no hay una segunda posibilidad. O la primera sale bien, o se elimina. Pero yo soy el eliminado. El castigo es para mí, no para los que observan los monitores.

Mi única salida es vender la casa, decidió. Ya está hecha un asco, pensándolo bien... Pero... amo esta casa. ¡No hay salida!

Nadie podrá echarme de aquí.

Por ninguna razón, ya pueden inventarse lo que quieran.

Suponiendo que haya *alguien* dispuesto a buscar motivos.

Puede ser algo que sólo exista en mi imaginación. «Ellos», los que me observan. Paranoia. O quizá sea «lo» que me está observando, algo carente de personalidad.

Da lo mismo: «ellos» o «lo», pero no es nada humano.

Al menos, eso me dicta mi criterio. No sé reconocerlo como humano.

Una situación absurda, pensó, pero pavorosa al mismo tiempo. Un ser muy simple me está haciendo algo, aquí, en mi propia casa, delante de mis ojos.

Ante los ojos de *algo,* de una *cosa* que está mirándome. Algo que, a diferencia de la chica de los ojos oscuros, la pequeña Donna, ni siquiera parpadea. ¿Qué *ve* en realidad una holocámara?, se preguntó. ¿Qué es lo que ve realmente? ¿El interior del cerebro? ¿El corazón? ¿Es que una pasiva unidad de rayos infrarrojos, como la que antes utilizaban, o una holocámara tridimensional, el último adelanto de la técnica, puede penetrar en mi interior, en las entrañas de todos? Y si es así, ¿qué es lo que ve esa mirada? ¿Claridad u oscuridad? Confío en que sea lo primero, pensó, porque ni yo mismo puedo saber lo que ocurre en mi interior en este momento preciso. Sólo veo oscuridad. Oscuridad dentro, oscuridad fuera. Espero que las holocámaras lo hagan mejor, en beneficio de todos. Si la holocámara sólo ve oscuridad, igual que yo, estamos malditos. Una vez más malditos, como siempre. Moriremos sabiendo pocas cosas, e incluso lo poco que sepamos será erróneo.

Cogió un libro de la estantería del cuarto de estar. Uno cualquiera, el primero que encontró. Resultó ser la *Enciclopedia visual de la sexualidad*. Lo abrió y hojeó, deteniéndose ante una foto particular que mostraba un hombre mordisqueando con gran satisfacción el pecho derecho de una chica. La chica parecía estar gimiendo. Bob, como si estuviera leyendo el libro, o como si estuviera citando algún famoso filósofo de la antigüedad, un personaje totalmente distinto a él, dijo en voz alta:

-Todo hombre ve únicamente una pequeña parte de la verdad completa, y muy a menudo, o casi siempre...

Weh! Steck' ich in dem Kerber noch?
Verfluchtes dumpfes Mauerloch,
Wo selbts das liebe Himmelslicht
Trüb durch gemalte Seheiben bricht!
Beschränkt mit diesem Bücherhauf,
Den Würme nagen, Staub bedeckt,
Den bis ans hohe.

...también se engaña deliberadamente en cuanto a ese pequeño fragmento que puede distinguir. Una parte de él se vuelve contra él mismo y actúa como si fuera otra persona, derrotándole desde dentro. Un hombre dentro de un hombre. Y eso no es un hombre, en absoluto.

Asintiendo con un gesto de cabeza, como movido por la sabiduría de las inexistentes palabras de aquella página, cerró la *Enciclopedia visual de la sexualidad*, un grueso libro encuadernado en rojo y oro, y volvió a colocarlo en la estantería. Espero, pensó, que las cámaras no capten la cubierta del libro y echen a perder mi actuación.

Charles Freck, cada vez más abatido por lo que estaba sucediendo a toda la gente que conocía, decidió suicidarse. En los círculos en que él se movía no existía problema alguno en hacer tal cosa. Era cuestión de tomar una buena cantidad de barbitúricos, mezclados con algún vino barato, ya bien entrada la noche. Además, claro está, había que dejar el teléfono descolgado para evitar que una llamada pudiera distraerte.

Era muy importante elegir los artefactos que futuros arqueólogos encontrarían junto al cadáver, de forma que pudieran determinar la época de la muerte y, también, dónde tenía puesta la cabeza el muerto antes de pasar a la otra vida.

Pasó varios días meditando esta cuestión trascendental, mucho más tiempo del que le había costado tomar la decisión de suicidarse y casi el mismo que necesitaba para obtener la cantidad precisa de barbitúricos. Decidió morir en la cama junto a un ejemplar de *El manantial* de Ayn Rand (cosa demostrativa de que había sido un superhombre mal entendido y rechazado por las masas, y en cierto sentido, una víctima del desdén) y una inacabada carta a Exxon, protestando porque hubieran anulado su tarjeta de crédito para comprar gasolina. De ese modo culparía al sistema y su muerte tendría consecuencias, aparte de las que la muerte en sí podía acarrear.

A decir verdad, no estaba muy seguro del resultado de la muerte y de la utilidad de los artefactos. Pero todo eso tenía cierto sentido. Empezó a prepararse para el gran día, como un animal intuyendo que ha llegado su

hora y poniendo en práctica su programa instintivo, dictado por la naturaleza, conforme se aproxima su inevitable fin.

En el último momento, ya muy cerca del momento decisivo, cambió de opinión respecto a una cuestión muy importante. Decidió tomarse los barbitúricos con un vino de calidad, en vez de usar otro barato. Así pues, se dirigió a Casa Joe en lo que teóricamente debía ser su último viaje. Casa Joe estaba especializada en vinos selectos, de entre los que eligió una botella de Cabernet-Sauvignon Mondavi 1971. Pagó casi treinta dólares por el vino: todo lo que tenía.

De nuevo en casa, Charles abrió la botella y la dejó airearse. Luego bebió varios vasos y dedicó algunos minutos a contemplar su página favorita del *Manual ilustrado de la sexualidad*, una foto que mostraba a la chica encima de su amante. Después, colocó junto a su cama la bolsa de plástico conteniendo los barbitúricos y se acostó en compañía del libro de Ayn Rand y la inacabada carta de protesta dirigida a Exxon. Intentó pensar en algo que tuviera sentido, pero le resultó imposible... Sólo veía a aquella mujer, la de la foto, echada encima de su compañero. Se tragó de un golpe todos los barbitúricos, junto con un vaso entero de Cabernet-Sauvignon. Una vez cumplido con su deber, puso el libro de Ayn Rand y la carta sobre su pecho, se recostó y aguardó.

Pero le habían estafado. No eran cápsulas de barbitúricos, como su aspecto parecía denotar. Eran un extraño tipo de psicodélicos, algo que no había probado en toda su vida. Tal vez una mezcla, algo completamente nuevo en el mercado. Charles Freck había pensado que se asfixiaría tranquilamente, pero todo se redujo a una alucinación. Bueno, es la historia de mi vida, pensó con mucha filosofía. Siempre me han timado. Debo enfrentarme a la realidad de un viaje inmediato, teniendo en cuenta que me he tragado un montón de cápsulas.

De una dimensión desconocida surgió una extraña criatura que le miró con aire de reproche, de pie junto a su cama.

Aquel grotesco ser tenía infinidad de ojos por todo su cuerpo. Iba vestido con las ropas más llamativas, la moda de pasado mañana, y su estatura alcanzaba los dos metros y medio. Además, llevaba un alargado rollo de pergamino.

-Vas a leerme mis pecados -dijo Charles Freck.

La criatura asintió y desplegó el pergamino.

-Necesitarás mil horas para acabar, ¿no? -dijo Charles, inmóvil en la cama, sin poder moverse.

El extraño ser de una dimensión desconocida fijó sus múltiples ojos en la figura de Charles Freck.

-Ya no pertenecemos al universo vulgar -dijo la criatura-. Las categorías inferiores de la existencia material, el «espacio», el «tiempo» y otras similares, han dejado de preocuparnos. Acabas de entrar en el reino de lo trascendental. Tus pecados serán enunciados incesantemente, por turnos, por toda la eternidad. La lista no acabará nunca.

Hay que saber con quién se trata, pensó Freck, y deseó ansiosamente volver a tomar posesión de su última media hora de vida.

Pasaron mil años. Charles Freck seguía acostado en su cama, aferrando sobre su pecho el libro de Ayn Rand y la carta dirigida a Exxon. No habían

cesado de leerle sus pecados, pero aún no habían pasado de su época más infantil, cuando tenía seis años y le enseñaban las cuatro reglas.

Otros mil años. Pecados de cuando tenía doce primaveras, de la época en que supo qué era la masturbación.

Cerró los ojos, pero fue en vano. Aquella criatura de múltiples ojos y dos metros y medio de altura seguía allí, pergamino en mano, leyendo la interminable lista de sus pecados.

-Y después... -prosiguió el extraño ser.

Al menos he bebido un buen vino, pensó Charles Freck.

XII

Dos días después, Fred observó el monitor tres en medio de una gran perplejidad. Su sospechoso, Bob Arctor, cogió un libro de la estantería que había en la sala de estar de su casa. Una elección fortuita, no había duda alguna. ¿Tendrá la droga escondida detrás del libro?, se preguntó Fred. Tocó el mando de ampliación, concentrando la imagen en la estantería. ¿Un número de teléfono, una dirección apuntada en ese libro? Arctor no mostraba intenciones de leer el libro. Acababa de entrar en la casa y ni siquiera se había quitado la chaqueta. Su aspecto era muy llamativo: se le veía tenso y abatido al mismo tiempo, sumido en algún problema de difícil solución.

El zoom de la holocámara permitió que Fred viera la página del libro que Bob estaba observando: una foto a color de un hombre mordisqueando el pecho derecho de una mujer, ambos desnudos. Era evidente que la hembra estaba en pleno orgasmo. Sus ojos estaban entornados y abría la boca como si gimiera inaudiblemente. Tal vez Arctor está tratando de excitarse, pensó Fred. Pero Bob no prestaba atención a la foto, sino que estaba recitando una frase mística, con un cierto acento alemán que, lógicamente, pretendía confundir a cualquier persona que estuviera escuchándole. Debía pensar que sus compañeros de casa estaban metidos en alguna habitación y deseaba llamar su atención, hacerlos aparecer en el cuarto de estar, especuló Fred.

Pero no apareció nadie. Luckman se había tomado un montón de barbitúricos mezclados con sustancia M y se había caído, completamente vestido, a dos pasos de su cama. Y Barris estaba fuera. Fred sabía todo esto porque llevaba mucho rato observando los monitores.

¿Qué está haciendo Arctor?, se preguntó Fred. Anotó el número de código de las escenas. Cada vez hace cosas más raras. Ahora comprendo lo que aquel informador anónimo nos dijo por teléfono.

Aunque bien pensado, reflexionó Fred, esas frases recitadas por Arctor pueden ser un mensaje en clave dirigido al equipo electrónico que él ha instalado en la casa: abrid transmisión, cerrad transmisión. Incluso puede haber creado un campo de interferencias para anular la acción de las holocámaras... Pero resultaba una hipótesis poco creíble. No era un acto racional, no tenía sentido... excepto quizás, para Arctor.

Este tipo está chiflado, pensó Fred, totalmente chiflado. No ha dado pie con bola desde aquel día que encontró su cefaloscopio saboteado, desde aquel mismo día que volvió a casa con el coche jodido y habiéndose salvado de un accidente grave por puro milagro. E incluso antes de ese día, admitió

Fred. De todos modos, el «día de la mierda de perro», como lo llamaba Arctor, había sido decisivo.

No puedo culparle, reflexionó Fred, mientras Arctor se quitaba la chaqueta con aspecto fatigado. Es algo que destrozaría la mente de cualquier persona. Pero algunas personas se recuperarían, y él no muestra ningún síntoma de mejoría. Al revés, cada día está peor. Lee en voz alta cuando no hay nadie escuchando. Un texto inexistente recitado de una forma extraña.

A menos que pretenda engañarme, pensó Fred sintiendo una repentina intranquilidad. Tal vez suponga que alguien le está vigilando y... trate de ocultar lo que realmente está haciendo. ¿Estará jugando con nosotros? ¿Será simplemente eso? Sólo podré averiguarlo con el tiempo, comprendió Fred.

Creo que nos está engañando, decidió Fred. Hay gente que intuye cuándo la están mirando. Un sexto sentido. No una paranoia, sino un instinto primitivo: como un ratón, como cualquier animal perseguido, sabe que lo están acechando. Lo *siente*. Hace payasadas delante nuestro para embaucarnos. Pero... es imposible asegurarlo. Un engaño puede encubrir otro engaño. Toda una cadena de engaños.

El sonido de la extraña lectura de Arctor había despertado a Luckman, tal como captaba la cámara situada en su dormitorio. Luckman se incorporó pesadamente y escuchó. Luego oyó el ruido que hacía Arctor al poner su chaqueta en un colgador y tirar otro al suelo. Luckman saltó sobre sus largas y musculosas piernas y asió el puño metálico que siempre tenía en la mesita de noche. Muy tenso y sin hacer ruido, se dirigió hacia la puerta de la habitación.

En el cuarto de estar, Arctor recogió el correo de la mesa y empezó a examinarlo. Tiró un montón de propaganda a la papelera, pero los papeles cayeron al suelo.

Luckman identificó los ruidos que oía. Se relajó y levantó la cabeza como si buscara aire.

Arctor estaba leyendo una carta. De repente frunció el ceño.

-Van a hundirme -dijo.

Luckman, ya más tranquilo, dejó el puño metálico sobre la mesita. ¡*Clank*! Se alisó el pelo, abrió la puerta y salió del dormitorio.

-Hola -saludó-. ¿Qué hay?

-Hoy he pasado en coche por delante del edificio Maylar, la empresa de microfilms -explicó Arctor-. Estaban haciendo inventario. Pero uno de los empleados, sin darse cuenta, se había llevado el inventario pegado en la suela del zapato. Así que todo el mundo estaba afuera, en el aparcamiento de la Maylar, con pinzas y un montón de lupas minúsculas. Y una bolsita de papel.

-¿Daban alguna recompensa? -preguntó Luckman, bostezando y dándose palmadas en su robusta tripa.

-Habían ofrecido una recompensa. Pero también la perdieron. Era una moneda microscópica.

-¿Sueles ver cosas así siempre que vas por la calle?

-Sólo en el condado de Orange.

-¿Cómo es de grande el edificio de la Maylar?

-Tiene unos tres centímetros de alto.

-¿Y cuánto dirías que pesa?

-¿Contando los empleados?

Librodot

Fred apretó el mando de avance rápido y lo detuvo momentáneamente cuando el contador señaló que había transcurrido una hora.

-...unos cinco kilos -estaba diciendo Arctor.

-Bueno, si sólo has hecho que pasar por allí, ¿cómo puedes saber que mide tres centímetros y pesa cinco kilos?

-Tienen un letrero muy grande -contestó Arctor, ahora echado en el sofá, con los pies en alto.

¡Dios mío!, pensó Fred. Repitió la maniobra anterior, pero deteniendo la cinta cuando sólo habían pasado diez minutos de tiempo real. Tenía una corazonada.

-...¿cómo es el letrero? -estaba diciendo Luckman. Estaba sentado en el suelo, limpiando una caja llena de hierba-. ¿Luces neón? ¿De colores? Puede que lo haya visto.

-Mira, voy a enseñártelo -dijo Arctor, buscando algo en el bolsillo de su camisa-. Me lo he traído a casa.

Fred apretó el avance rápido por tercera vez.

-...¿sabrías entrar microfilms de contrabando en un país, sin que nadie se enterara? -dijo Luckman.

-Cualquier manera puede ser buena -contestó Arctor. Estaba recostado, fumando un porro. El ambiente estaba muy cargado.

-No, me refiero a una manera que no puedan descubrir nunca. Fue un secreto que me contó Barris un día. Se supone que no debo contarlo a nadie porque lo explicará en su libro.

-¿Qué libro? ¿*Droga común doméstica y...*

-No. *Formas sencillas de entrar o sacar objetos de los Estados Unidos, según la ruta que se siga.* Los microfilms hay que pasarlos de contrabando con un cargamento de droga, heroína, por ejemplo. Debes meterlos en los paquetes. Nadie los descubrirá, porque son muy pequeños. No...

-Pero entonces, algún yonki se expone a picarse con una inyección que será medio caballo y medio microfilms.

-En ese caso, será el yonki más jodidamente culto que se haya visto en la historia.

-Depende de lo que haya en los microfilms.

-Barris sabe otra forma de pasar droga por la frontera. Ya sabes, los polis de aduanas te hacen declarar lo que llevas y no puedes decir droga porque...

-Vale. ¿Y qué?

-Pues verás. Coges un gran trozo de hash y le das la forma de un hombre. Luego vacías una parte y metes allí un mecanismo de cuerda, de relojería, y una pequeña grabadora. Antes de pasar la aduana te pones tras el muñeco y le das cuerda. Entonces el aduanero preguntará, «¿Tiene algo que declarar?» Y el bloque de hash dirá, «No, nada», y seguirá andando hasta el otro lado de la frontera.

-Si le pusieras una batería solar en lugar de la cuerda, seguiría andando durante años. Para siempre.

-¿Y de qué serviría eso? El muñeco acabaría en el Atlántico o en el Pacífico. De hecho, se saldría del borde de la Tierra, como...

-Imagínate una aldea esquimal y un bloque de hash, de metro ochenta, que valdría... ¿Cuánto podría valer?

-Mil millones de dólares.

-Más. Dos mil millones.

-Los esquimales están allí, curtiendo pieles y tallando lanzas de hueso. De repente se presenta un bloque de hash que vale dos mil millones de dólares, caminando sobre la nieve y diciendo sin cesar, «No, nada».

-Se preguntarán qué significado deberá tener eso.

-Se quedarán sorprendidos para siempre. Y nacerán varias leyendas.

-Suponte que les dices a tus nietos: «Yo vi con mis propios ojos cómo aquel bloque de hash, de metro ochenta de alto y dos mil millones de dólares de valor, surgió de la niebla, caminando en esa dirección, y diciendo, «No, nada». Tus nietos te mandarían al manicomio.

-No, las leyendas van evolucionando. Al cabo de algunos siglos se explicaría así: En tiempos de mis antepasados, un día se les apareció de repente un bloque de hash afganistano de primera calidad. Medía treinta metros de alto y valía ocho billones de dólares. Les empezó a disparar, mientras gritaba, «¡Muerte a los perros esquimales!». Mis antepasados lucharon con él, con sus lanzas, y acabaron matándolo.

-Los niños tampoco se lo creerán.

-Los niños ya no se creen nada.

-Es deprimente explicarle algo a un niño -afirmó Luckman-. Una vez un chaval me preguntó, «¿Cómo era el primer automóvil?». Jo, tío, yo nací en 1962.

-¡Dios! -exclamó Arctor-. Eso mismo me preguntó una vez un tipo que conocía, un tío jodido por el ácido. Tenía veintisiete años y yo sólo tres más. Ya no reconocía las cosas. Luego siguió abusando del ácido, o de lo que le vendían como ácido, y acabó meándose y cagándose en el suelo. Cuando le preguntabas cualquier cosa, como «¿Qué tal te va, Don?» lo único que hacía era repetir la pregunta. «¿Qué tal te va, Don?». Igual que un loro.

Silencio. Los dos hombres siguieron fumando sus porros en la nube de humo que era el cuarto de estar. Un silencio prolongado, tétrico.

-Bob, ¿sabes una cosa? -dijo por fin Luckman-. Yo solía tener la misma edad que cualquier otra persona.

-Igual que yo, creo -contestó Arctor.

-No sé por qué.

-Sí, Luckman. Sabes que eso nos ocurrió a todos.

-Bueno, no hablemos del asunto. -Luckman siguió inhalando ruidosamente. Su alargado rostro se hundió en la penumbra del mediodía.

Sonó uno de los teléfonos de la central clandestina. Un monotraje mezclador lo descolgó, contestó y luego pasó el aparato a Fred.

Fred desconectó los monitores y cogió el teléfono.

-¿Recuerda cuando estuvo aquí la semana pasada? -dijo una voz-. ¿Pasando un test BG?

-Sí -contestó Fred, tras unos segundos de silencio.

-Se suponía que usted iba a volver. -Una pausa-. Hemos procesado nuevo material sobre usted... Yo mismo me he encargado de programar toda la serie de pruebas perceptivas y de otros tipos. Deberá presentarse mañana a las tres en punto, en la misma sala. El examen durará unas cuatro horas. ¿Recuerda el número de la sala?

-No -contestó Fred.

-¿Cómo se encuentra?

-Bien -fue la lacónica respuesta de Fred.

-¿Algún problema? ¿Dentro o fuera de su trabajo?

-Tuve una pelea con mi chica.

-¿Síntomas de confusión? ¿Tiene dificultades para identificar personas u objetos? ¿Ha visto algo que le pareciera transpuesto o invertido? ¿Siente alguna desorientación dimensional o lingüística mientras hago estas preguntas?

-No -repuso mecánicamente-. Respuesta negativa a todo lo que me ha preguntado.

-Nos veremos mañana en la sala 203 -dijo el psicólogo del servicio.

-¿Qué tipo de material sobre mí es el que les ha parecido...?

-Hablaremos de eso mañana. No falte. ¿De acuerdo? Y no se desanime, Fred. -*Click*.

Muy bien, pensó, pues también *click* para ti. Y colgó.

Irritado, sintiendo que abusaban de él, que le forzaban a hacer algo desagradable, conectó los monitores una vez más. Las zonas holográficas se llenaron de colorido y las escenas tridimensionales cobraron vida. El sistema de sonido arrojó sobre Fred toda aquella charla incomprensible, frustrante.

-La chica creía que había quedado embarazada -sonó la monótona voz de Luckman-. Empezó a engordar, y cuando ya hacía cuatro meses que no le venía la regla, se decidió por el aborto. Pero lo único que hizo fue quejarse del dinero que costaba abortar. No sé por qué, pero no podía acudir al seguro. Un día fui a su casa. Encontré a una amiga que le estaba diciendo que su embarazo era psicológico. «*Quieres* creer que estás embarazada», le explicaba la otra chica. «Un complejo de culpabilidad... El aborto, la pasta que va a costarte... Sí, tienes un complejo de culpabilidad». Y aquella chica, que a mi me gustaba mucho, la miró con toda tranquilidad y contestó: «Muy bien. Tengo un embarazo psicológico. Lo que haré será pasar por un aborto psicológico y pagarlo con dinero psicológico».

-¿De quién es la cara que hay en el psicológico billete de cinco dólares? -preguntó Arctor.

-Bueno, ¿quién fue nuestro presidente más psicológico?

-Bill Falkes. *Creyó* que era presidente, sólo eso.

-¿Cuándo fue?

-En 1882. Se imaginó que había sido presidente durante dos mandatos. Un intenso tratamiento le llevó a pensar que sólo había sido presidente durante un mandato...

Fred apretó furiosamente el mando de avance rápido. Dos horas y media. ¿Cuánto tiempo durará esta mierda?, se preguntó. ¿Todo un día? ¿Siempre?

-...así que llevas tu crío al médico, al psicólogo, y le explicas que se pasa el día berreando y cogiendo rabietas. -Luckman estaba sentado frente a la mesita del cuarto de estar, inspeccionando dos cajas de hierba y tomándose una lata de cerveza-. Y las mentiras. El niño miente, se inventa cosas increíbles. El psicólogo examina al chaval y diagnostica: «Señora, su hijo está histérico. Tiene un hijo histérico. Pero no sé por qué». Y luego, tú, la madre, ves la oportunidad de intervenir y dices: «Yo sé la razón, doctor. La culpa es de mi embarazo, porque fue un embarazo psicológico».

Luckman y Arctor empezaron a reír. Igual que Barris, que había vuelto en algún momento de las dos últimas horas y se había unido a ellos. Estaba enrollando la cuerda blanca de su espantosa pipa de hash.

Fred volvió a pasar la cinta a toda velocidad, esta vez dejando transcurrir una hora.

-...ese tío salió por la tele -estaba diciendo Luckman, encorvado sobre una caja de hierba. Arctor se hallaba frente a él, observándole, aunque sin demasiado interés-. Y dijo que era un impostor famoso en todo el mundo. Se había hecho pasar, no importa cuándo, por un gran cirujano de la Escuela de Medicina Johns Hopkins, por un investigador de partículas submoleculares de alta velocidad que gozaba de una subvención en Harvard, por un novelista finlandés premiado con el Nobel de literatura, por un depuesto presidente argentino casado con...

-¿Y salió bien parado? -preguntó Arctor-. ¿No le descubrieron nunca?

-Bueno, es que ese tipo nunca suplantó a nadie. Solamente se hizo pasar por un famoso impostor. La historia salió al cabo de algún tiempo en el *Times* de Los Ángeles... ellos hicieron las averiguaciones. El tío estaba de barrendero en Disneylandia, o lo estuvo hasta que leyó la autobiografía de aquel famoso impostor, porque en realidad existió uno, y se dijo: «Caramba, podría hacerme pasar por todos esos tipos tan extraños y hacer lo mismo que él». Pero luego lo meditó mejor y pensó: «Demonios, eso es una tontería. Lo único que haré será hacerme pasar por otro impostor». Y según el *Times*, hizo una fortuna. Casi tan grande como la del auténtico impostor de fama mundial. Y declaró que le había resultado mucho más fácil.

-Nosotros mismos vemos impostores de vez en cuando -dijo Barris, solo en un rincón y concentrado en su pipa-. A lo largo de nuestras vidas. Pero no suplantan a físicos subatómicos.

-Te refieres a la poli, ¿no? A los de estupefacientes -dijo Luckman-. Sí, los agentes secretos. ¿A cuántos conoceremos? ¿Qué aspecto deben tener?

-Es lo mismo que si preguntaras qué aspecto tiene un impostor -intervino Arctor-. Hace tiempo hablé con un gran traficante de hash que había sido pescado con cinco kilos de mercancía encima. Y le hice esa pregunta: ¿Qué aspecto tenía el agente que te detuvo, ese tipo que se hizo pasar por el amigo de un amigo y que te engañó para que le vendieras hash?

-Tenía el mismo aspecto que nosotros -dijo Barris, sin dejar de enrollar la cuerda.

-*Peor* que el nuestro -corrigió Arctor-. Ese tío, el traficante de drogas, que acababa de ser sentenciado y entraba en chirona al día siguiente, me dijo: «Llevan el pelo más largo que nosotros». Moraleja: Apártate de los tipos que se parezcan a ti.

-Hay agentes femeninas -dijo Barris.

-Me gustaría encontrarme con uno de esos tipos -expuso Arctor-. Dándome cuenta, claro. Sabiendo a qué atenerme.

-Eso lo averiguarás cuando te ponga las esposas -dijo Barris-. Cuando llegue tu día.

-No, si lo digo porque... Bueno, ¿tienen amigos esos agentes de narcóticos? ¿Qué tipo de vida llevan? ¿Saben las esposas lo que están haciendo sus maridos?

-Esos tíos no están casados -señaló Luckman-. Viven en cuevas y espían a la gente debajo de coches aparcados, como los duendes.

-¿Qué comen? -preguntó Arctor.

-Personas -repuso Barris.

-¿Cómo puede hacer eso un tío? -inquirió Arctor-. ¿Cómo puede hacerse pasar por un agente de la brigada de estupefacientes?

-¿*Qué*? -dijeron al unísono Barris y Luckman.

Librodot

-Mierda, no sé lo que me digo -dijo Arctor, esbozando una mueca-. Hacerse pasar por un agente... ¡Jo! -Agitó la cabeza, tratando de sonreír.

-¿HACERSE PASAR POR UN AGENTE? -gritó Luckman, mirándole fijamente-. ¿*HACERSE PASAR POR UN AGENTE*?

-Hoy tengo la cabeza muy revuelta -se excusó Arctor-. Será mejor que me vaya al catre.

Fred interrumpió el avance de la cinta. La escena quedó inmovilizada y cesó el sonido.

-¿Tomándose un descanso, Fred? -le dijo otro de los monotrajes mezcladores.

-Sí. Estoy cansado. Esta mierda es insoportable en cuanto pasa un rato. -Se levantó y sacó el paquete de tabaco-. No comprendo ni la mitad de lo que dicen, estoy fatigado. Harto de escucharles.

-Cuando se está con ellos, ahí en su casa -intervino otro agente-, no resulta tan desagradable, ¿sabe? Bueno, usted también ha participado en las escenas que ha visto. Cumpliendo su trabajo, pero ha estado allí, supongo. ¿No es cierto?

-Nunca me acercaría a este tipo de indeseables -repuso Fred-. No paran de repetir las mismas cosas, una y otra vez, como si fueran cotorras. ¿Por qué hacen eso, por qué se pasan horas y horas parloteando?

-¿Y por qué hacemos nosotros esto? Una vez te has acostumbrado, es un trabajo terriblemente monótono.

-Pero es nuestra obligación, nuestro trabajo. No tenemos otra alternativa.

Debemos hacernos pasar por agentes secretos de la brigada de estupefacientes, pensó Fred. ¿Qué significa eso? Nadie lo sabe...

Todos nosotros nos hacemos pasar por importantes, reflexionó. Hombres que viven bajo un coche aparcado y se alimentan de mierda. No somos cirujanos, novelistas o políticos de fama mundial. Nadie desea que hablemos ante las cámaras de TV. Ninguna persona en su sano juicio creería que nuestra vida...

Soy como el gusano que se arrastra entre el polvo, hasta que lo aplasta el pie de un caminante.

Sí, esta es la mejor expresión, pensó Fred. Es una poesía que me leyó Luckman. ¿O quizá la leí en la escuela? Es curioso lo que aparece a veces en tu mente. Recuerdos.

Las espantosas palabras de Arctor seguían grabadas en su mente, aun cuando hubiera desconectado el sonido. Ojalá pudiera olvidarlas, pensó Fred. Ojalá pudiera olvidarme de Arctor por un instante.

-A veces tengo la sensación de saber lo que van a decir antes de que digan una sola palabra -dijo Fred.

-Eso se denomina *déjà vu* -dijo uno de los monotrajes mezcladores-. Mire, voy a darle algunos consejos. Haga correr la cinta durante intervalos de tiempo más largos. Seis horas, por ejemplo. Y obsérvela entonces. Si no encuentra nada de interés, apriete el botón de retroceso. Lo que pretendo decirle es que examine la grabación en sentido inverso, ya que así no quedará inmerso en el ambiente propio de esta gente. Seis horas adelante, o incluso ocho, y luego grandes saltos hacia atrás... Es un truco que le costará muy poco de aprender. Y sabrá distinguir las escenas útiles de los metros y metros que no sirven para nada.

-En realidad -dijo otro agente-, no se enterará de nada hasta que encuentre algo que valga la pena. Es lo mismo que le ocurre a una madre dormida. Nada la despierta, aunque pase un camión cerca de su casa, hasta que oye llorar a su bebé. Sólo ese sonido interrumpe su sueño, la alerta. Y no importa que el llanto sea muy débil. El inconsciente actúa de modo selectivo una vez sabe qué sonidos son los que deben preocuparlo.

-Sí, lo sé -dijo Arctor-. Tengo dos hijos.

-¿Chicos?

-No, chicas. Dos niñas.

-¡Estupendo! -dijo uno de los agentes-. Yo tengo una niña, de un año.

-Nada de hombres, ¿eh? -advirtió el otro monotraje mezclador. Todos rieron... un poco.

De todas formas, pensó Fred, hay algo que debo extraer de la cinta; esa frase crítica: «hacerse pasar por un agente». Una frase que también había sorprendido a los compañeros de Arctor. Mañana a las tres, decidió Fred, cuando vaya a la oficina, llevaré una copia -bastará la banda de sonido- y la discutiré con Hank, junto con alguna otra cosa que pueda obtener casualmente.

No deja de ser un inicio, pensó, aunque sea lo único que pueda mostrar a Hank. Es una prueba de que esta vigilancia constante de la casa de Arctor no es una pérdida de tiempo.

Es una prueba, reflexionó, de que yo tenía razón.

Esa observación fue un fallo, un desliz cometido por Arctor.

Ellos lo averiguarán, se dijo. Acecharemos a Arctor hasta que caiga, no importa lo desagradable que sea verle y escucharle. A él y a sus amigos. Esos compinches suyos son tan perversos como él. ¿Cómo he podido convivir con ellos durante todo este tiempo? ¡Vaya forma de vivir! Un absurdo sin fin, como había dicho uno de los otros agentes.

Vivir allí, pensó, en la oscuridad, la oscuridad mental... Y oscuridad, también, en el mundo exterior, en todas partes. Por culpa de esos individuos, del tipo de personas que son.

Cigarrillo en mano, volvió al lavabo. Cerró la puerta con el pestillo. Dentro del paquete de tabaco, bien escondidas, llevaba varias tabletas de sustancia M. Las sacó. Llenó un vaso de agua y se tragó las diez pastillas. Ojalá hubiera traído más. Bueno, se consoló, cuando acabe, cuando vuelva a casa, podré tomarme unas cuantas más. Consultó su reloj, tratando de averiguar cuán larga sería la espera. Su mente estaba confusa. ¿Cuántas jodidas horas tengo que esperar?, se preguntó irritado. ¿Es que he perdido la noción del tiempo? Los monitores me han descentrado. Ya no sé la hora que es.

Tengo la impresión de haber tomado ácido y pasado bajo un tren de lavado para automóviles, pensó. Cepillos gigantes, remolinos de jabón que se echan encima mío. Una cadena me arrastra hacia túneles de espuma negra. ¡Vaya forma de ganarse la vida! Abrió el pestillo y, de mala gana, volvió al trabajo.

Apretó el mando de reproducción.

-...por lo que puedo suponer -estaba diciendo Arctor-, Dios ha muerto.

-No sabía que estuviera enfermo -se extrañó Luckman.

-Ya que mi Oldsmobile está definitivamente acabado -dijo Arctor-, he decidido venderlo y comprarme un Henway.

-¿Cuánto vale un Henway? -preguntó Barris.

Unas tres libras, se dijo Fred.

-Unas tres libras -repuso Arctor.

A las tres en punto de la tarde, un día después, Fred compareció ante dos agentes del servicio médico -que no eran los mismos de la vez anterior- para someterse a diversos tests. Fred se sentía peor que nunca.

-Ahora verá en rápida sucesión diversos objetos que deben resultarle familiares. Esta serie de objetos pasará primero ante su ojo izquierdo y luego ante el derecho. Al mismo tiempo, en el panel iluminado que tiene delante aparecerán bosquejos de objetos igualmente familiares. Con ese punzón deberá indicar cuál es, en su opinión, la reproducción que corresponde al objeto que usted esté viendo en aquel mismo instante. Debo advertirle que las imágenes se moverán a gran velocidad, por lo que no podrá dudar en su elección. Además, no sólo cuenta la precisión, sino también la rapidez. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -contestó Fred, punzón en mano.

Un montón de objetos vulgares pasó ante su vista. Fue marcando las fotos iluminadas que había en la mesa. La prueba se inició con imágenes suministradas a su ojo izquierdo, y se repitió de idéntico modo con el ojo derecho.

-Ahora taparemos su ojo izquierdo y mostraremos un objeto familiar a su ojo derecho. Con su mano izquierda, repito, con su mano izquierda, deberá identificar el objeto que ha visto entre un grupo de otros objetos.

-De acuerdo -dijo Fred. Vio un dado y movió su mano izquierda entre los pequeños objetos situados ante él hasta que encontró otro dado.

-En el siguiente test, pondremos al alcance de su mano izquierda varias letras que forman una palabra. No podrá ver esas letras, únicamente percibirlas por el tacto. Después deberá escribir la palabra con su mano derecha.

Así lo hizo. La palabra era CALOR.

-Pronuncie la palabra.

-Calor.

-Ahora, con ambos ojos tapados, meterá la mano izquierda en esta caja absolutamente oscura. Tocará un objeto y deberá identificarlo. Luego nos dirá qué objeto es, sin haberlo visto. A continuación le mostraremos tres objetos en cierta forma muy similares, y deberá decirnos cuál de los tres se parece más al que tocó con la mano.

-De acuerdo -dijo Fred.

Pasó aquel test y muchos más durante casi una hora. Toque, diga, mire con un ojo, seleccione... Toque, diga, mire con el otro ojo, seleccione... Escriba, dibuje...

-En el próximo test, tocará dos objetos, uno con cada mano y manteniendo los ojos cerrados. Deberá decirnos si el objeto palpado por su mano izquierda es el mismo que ha tocado su mano derecha.

Así lo hizo.

-Ahora verá en sucesión rápida diversas imágenes de triángulos en varias posiciones. Debe decirnos si se trata del mismo triángulo o...

Al cabo de dos horas le hicieron encajar objetos de complicadas formas en agujeros de no menos complicadas formas, controlando el tiempo que tardaba en ejecutar la operación. Tuvo la sensación de estar pasando por su primer examen escolar... y, además haciéndolo mal, mucho peor que cuando

tenía seis años. La señorita Frinkel, pensó, la vieja señorita Frinkel que se ponía delante de mí para ver cómo me equivocaba y sin dejar de lanzarme aquella terrible mirada que significaba: ¡Muérete!, como acostumbran a decir en el análisis transicional. Muérete, deja de existir. Miradas con mensaje, abundantes miradas hasta que yo cometía el error fatal. La señorita Frinkel ya debe estar en la tumba. Quizás alguien se las ha ingeniado para devolverle el mensaje: ¡Muérete!, y ha triunfado. Ojalá fuera así. Quizá él mismo había sido el mensajero. Como ahora, enfrentado a las pruebas psicotécnicas.

Pero aquellos mensajes no le servían de nada ahora. Los tests prosiguieron.

-¿Qué error hay en esta foto? Uno de los objetos no encaja. Debe señalar...

Lo hizo. Luego fue lo mismo, pero con objetos reales, no con fotos. Debía apartar todos los objetos que sobraran y después, una vez finalizado el test, reunir los sobrantes de las diversas «series» -tal era su nombre técnico- y determinar si tenían o no alguna característica en común, si constituían o no otra «serie».

Estaba en plena tarea cuando los dos psicólogos anunciaron que el tiempo asignado había concluido. Le dijeron que se fuera a tomar una taza de café y que esperara en el pasillo hasta que le llamaran.

Pasó un rato, fastidiosamente largo para él, y apareció uno de los examinadores.

-Una última cosa, Fred -dijo-. Necesitamos hacerle un análisis de sangre. -Entregó a Fred un papel: un volante para el laboratorio-. Baje al vestíbulo y busque la sala del laboratorio de patología. Entregue este volante allí y le tomarán una muestra de sangre. Luego vuelva aquí y espere.

-Sí -dijo sin entusiasmo alguno. Se alejó arrastrando los pies.

Trazas en la sangre, comprendió. Eso es lo que buscan.

Se sometió a la extracción de sangre en el laboratorio de patología y regresó a la sala 203. Una vez allí, abordó a uno de los psicólogos.

-Oiga -dijo-, ¿podría ir arriba para hablar con mi superior mientras espero los resultados? Él acabará pronto su jornada y se marchará.

-De acuerdo -contestó el agente médico-. Estamos pendientes del análisis de sangre, de modo que tardaremos más de lo previsto para emitir nuestro dictamen. Sí, puede ir a ver a... ¿Hank?

-Sí, Hank. Estaré arriba con él.

-Telefonearemos allí cuando estemos listos... Fred, parece mucho más deprimido ahora que la primera vez que le vimos.

-¿Cómo dice?

-Me refiero a la primera vez que vino aquí, la semana pasada. Se le veía bajo una gran tensión, pero bromeaba y reía.

Mirándole, Fred comprendió que aquel era uno de los dos agentes médicos de la primera sesión. Pero su única respuesta fue un gruñido. Se alejó hacia el ascensor, sumido en sus pensamientos. Deprimente, todo esto es deprimente, meditó. ¿De cuál de los dos médicos se trata? ¿Del que tenía un mostacho con las puntas levantadas, como si fuera un manillar de bicicleta, o del otro...? Supongo que era el otro. Este no tiene mostacho.

Tocará este objeto con su mano izquierda, se dijo en su interior, *y al mismo tiempo lo mirará con la otra mano. Luego nos dirá...* No se le ocurrió

Librodot

ningún otro absurdo para completar la frase. No sin ayuda de los dos médicos.

Entró en el despacho de Hank. Había otro hombre sentado en el extremo opuesto, frente a su superior. Y no vestía monotraje mezclador.

-Es el informador que nos telefoneó usando un dispositivo electrónico para ocultar su voz -dijo Hank-. El que nos habló de Bob Arctor, ¿recuerda?

-Sí -contestó Fred, permaneciendo de pie e inmóvil.

-Este hombre volvió a telefonear -prosiguió Hank-. Para darnos más informes sobre Arctor. Le contestamos que debía dar un paso más e identificarse. Le retamos a que se presentara aquí, y así lo ha hecho. ¿Le conoce?

-Desde luego -repuso Fred, mirando fijamente a Jim Barris, que sonreía estúpidamente mientras manoseaba unas tijeras. Barris tenía un aspecto repugnante y parecía muy nervioso. Super repugnante, pensó Fred. Aquel hombre le daba náuseas-. Se llama Jim Barris, ¿no es cierto? ¿Le han detenido alguna vez?

-Su carnet de identidad dice que se llama James R. Barris -dijo Hank- y él lo ha confirmado. No consta que haya sido detenido.

-¿Y qué es lo que quiere? -Fred miró a Barris-. ¿Qué información posee?

-Tengo... -dijo Barris en voz muy baja-. Tengo pruebas de que el señor Arctor forma parte de una gran organización clandestina. Una organización poderosa que dispone de arsenales de armas, utiliza mensajes en clave y probablemente dedicada a la subversión de...

-Eso es pura especulación -interrumpió Hank-. ¿Tiene pruebas, o son simples suposiciones? No nos informe de nada que no sea de primera mano.

-¿Ha estado alguna vez en un hospital mental? -preguntó Fred a Barris.

-No.

-¿Está dispuesto a firmar una declaración jurada, ante notario, en la oficina del fiscal del distrito? -prosiguió Fred-. ¿Una declaración que recoja las pruebas e información que usted facilite? ¿Está dispuesto a presentarse ante los tribunales, a declarar *bajo* juramento que...?

-Antes ha indicado que lo haría -interrumpió Hank.

-Mis pruebas -dijo Barris-, que no he traído conmigo pero podré exhibir en su momento, son grabaciones de conversaciones telefónicas sostenidas por Bob Arctor. Conversaciones que yo escuchaba sin que él lo supiera, a eso me refiero.

-¿De qué organización se trata? -preguntó Fred.

-Creo que es... -empezó a decir Barris, pero Hank le interrumpió con un gesto-. Bueno, es de tipo político -añadió. Sudaba y estaba temblando ligeramente, pero su aspecto era de complacencia-. Y va contra el país. Una organización extranjera, enemiga de los Estados Unidos.

-¿Qué relación guarda Arctor con la fuente de la sustancia M? -inquirió Fred.

Barris parpadeó, se mordió el labio y gesticuló.

-La respuesta está en mi... Cuando examinen mi información, es decir, mis pruebas, llegarán a la indudable conclusión de que la sustancia M es fabricada por una nación extranjera resuelta a subvertir los Estados Unidos y que el señor Arctor está profundamente introducido en la maquinaria de esta...

-¿Puede facilitarnos nombres concretos de otras personas que pertenezcan a dicha organización? -preguntó Hank-. ¿Personas que se hayan visto con Arctor? Debe saber que proporcionar información falsa a las autoridades legales constituye un delito, y si hace tal cosa se expondrá a ser enjuiciado.

-Lo comprendo -dijo Barris.

-¿Qué contactos tiene Arctor? -interrogó Hank.

-Una tal señorita Donna Hawthorne -repuso Barris-. Él se presenta en su casa con diversos pretextos y contacta con ella regularmente.

-*Contacta* -repitió Fred, riéndose-. ¿A qué se refiere?

-He seguido a Arctor, en mi propio coche -dijo Barris, hablando muy despacio y con toda claridad-. Sin que él lo supiera.

-¿Va muy a menudo a esa casa? -inquirió Hank.

-Sí, señor. Muy a menudo. Digamos que...

-Ella es su chica -intervino Fred.

-El señor Arctor también... -empezó a decir Barris.

-¿Cree que todo esto tenga algún sentido? -preguntó Hank a Fred.

-No nos queda más remedio que examinar las pruebas de este hombre -contestó Fred.

-Traiga sus pruebas -ordenó Hank a Barris-. Todas. Sobre todo, nombres... Nombres, números de matrículas de coches, números telefónicos... ¿Sabe si Arctor está metido en grandes cargamentos de droga? ¿Más que si fuera un simple adicto?

-Desde luego.

-¿Qué tipo de droga?

-Varios tipos. Tengo muestras, las recogí con todo cuidado... para que ustedes las analicen. También puedo traerlas. Muchas y muy variadas.

Hank y Fred se miraron mutuamente.

Barris, con la vista clavada delante de él, sonrió.

-¿Quiere añadir algo más en este momento? -preguntó Hank a Barris. Luego se volvió hacia Fred y añadió-: Quizá deberíamos enviar un agente con este hombre para obtener las pruebas. -Frase que significaba: para asegurarnos que no se espante, cambie de opinión y nos deje plantados.

-Me gustaría decir una cosa -dijo Barris-. El señor Arctor es drogadicto, adicto a la sustancia M, y su mente se halla perturbada. Ha sido un proceso gradual, ocurrido a lo largo de un periodo de tiempo, y ahora es un hombre peligroso.

-*Peligroso* -repitió Fred.

-Exacto. Padece incidentes propios de personas con lesiones cerebrales producidas por la sustancia M. El quiasma óptico debe estar deteriorado, ya que es un componente ipsilateral débil... Además... -Barris aclaró su garganta-. También hay deterioro en el corpus callosum.

-Tal como le informé y advertí -dijo Hank-, este tipo de especulación sin pruebas carece de valor para nosotros. Bien, enviaremos un agente a recoger las pruebas. ¿De acuerdo?

Barris asintió, sonriendo.

-Aunque, la verdad... -dijo.

-Será un agente vestido de paisano.

-Es que... -Barris gesticuló-. Podrían matarme. El señor Arctor, como he explicado...

-De acuerdo, señor Barris -le interrumpió Hank-. Apreciamos lo que está haciendo y los riesgos que corre. Además, si hay resultados, si su información tiene un valor decisivo a la hora de obtener una acusación ante los tribunales, entonces...

-No he venido por esa razón. Ese hombre está enfermo. Tiene el cerebro dañado por culpa de la sustancia M. La razón por la que...

-Es algo que nos tiene sin cuidado -atajó Hank-. Sólo nos interesa que sus pruebas tengan valor. Lo demás es su problema.

-Gracias, señor -dijo Barris, sin dejar de sonreír y sonreír.

XIII

Fred volvió a la sala 203, el laboratorio psicológico de la policía, y escuchó sin interés las explicaciones que sobre el resultado del test le facilitaron los dos psicólogos.

-Usted muestra lo que nosotros consideramos más como un fenómeno de competencia que de deterioro. Siéntese.

-De acuerdo -respondió lacónicamente Fred. Tomó asiento.

-Competencia entre los dos hemisferios de su cerebro -explicó el otro psicólogo-. No hay una señal simple, anormal o pervertida, sino más bien dos señales que interfieren entre sí, conduciendo información opuesta.

-Lo normal -prosiguió el primer médico-, es que una persona emplee el hemisferio izquierdo. Aquí se localiza el sistema del yo, el ego o conciencia. Es el hemisferio dominante porque siempre se localiza en él la zona central del habla. Precisando más, la bilateralización implica una capacidad o valencia verbal en el hemisferio izquierdo, con funciones espaciales en el derecho. La mitad izquierda puede compararse a un computador digital, la derecha a un computador analógico. De modo que la función bilateral no es una simple duplicación. Ambos sistemas reciben y procesan la información de formas distintas. Pero ese no es su caso. Usted carece de hemisferio dominante, de modo que no se produce una acción compensatoria entre uno y otro. Una mitad de su cerebro le dice una cosa, la segunda mitad le dicta otra diferente.

-Es como si su coche tuviera dos indicadores de combustible -intervino el otro agente-. Uno indica que el depósito está lleno y otro informa que está vacío. Es imposible que los dos tengan razón, y de ahí el conflicto que se produce. Pero en su caso, no es que uno funcione bien y el otro mal, sino que... Me explicaré. Ambos indicadores valoran la misma cantidad de gasolina: el mismo combustible, el mismo depósito. Están valorando lo mismo. El conductor sólo tiene una relación indirecta con el depósito de gasolina, a través del indicador o, en su caso, de los indicadores. El combustible podría agotarse y usted no lo sabría hasta que se lo indicara algún otro indicador del tablero de mandos o el coche se detuviera. Nunca habría dos indicadores facilitando información contradictoria, porque en cuanto eso sucede, usted no tiene conocimiento alguno de la circunstancia sobre la que recibe información. No es lo mismo que si dispusiera de un indicador principal que, en caso de fallar, fuera sustituido automáticamente por otro secundario.

-Entonces, ¿qué significa todo esto? -preguntó Fred.

Librodot

-Usted ya lo sabe, estoy seguro de ello -dijo el psicólogo de su izquierda-. Lo ha estado experimentando sin saber por qué o qué cosa era.

-¿Los dos hemisferios de mi cerebro pugnan entre ellos?

-Sí.

-¿Por qué?

-Por culpa de la sustancia M. Es normal que la droga produzca este efecto, funcionalmente. Era lo que esperábamos, y los tests lo han confirmado. Se ha producido una lesión en el hemisferio izquierdo, el dominante en la mayoría de los casos, y la otra mitad del cerebro trata de compensar el trastorno. Pero ese doble funcionamiento no resulta: se trata de un estado anormal para el que el organismo no está preparado. Nunca debería ocurrir. Lo denominamos *información cruzada*, y está relacionado con los fenómenos de escisión cerebral o personalidad dual. Podríamos intentar una hemisferectomía en la mitad derecha, pero...

-¿Me curaré cuando deje de tomar sustancia M? -interrumpió Fred.

-Es muy posible -asintió el psicólogo sentado a su izquierda-. Se trata de un trastorno funcional.

-Puede ser una lesión orgánica -dijo el otro hombre-. Y puede ser permanente. El tiempo lo dirá, y sólo cuando esté un largo período sin tomar sustancia M, ni una sola pastilla.

-¿Qué? -dijo Fred. No había comprendido la respuesta. ¿Sí o no? ¿Su lesión sería permanente o temporal? ¿Qué le habían respondido?

-Aunque se tratara de una lesión del tejido cerebral -dijo uno de los médicos-, actualmente se está experimentando con la extirpación de pequeñas secciones de ambos hemisferios, tratando de abortar así el período de competencia interhemisférica. Se cree que este método podrá devolver su condición de dominante al hemisferio original.

-Sí, aunque existe el problema de que el individuo sólo reciba impresiones *parciales* después de someterse al tratamiento. Es decir, que los datos sensoriales que capte sean incompletos. Y ello para toda la vida. En lugar de dos señales, obtendrá media señal, cosa que, en mi opinión, es igualmente nociva.

-De acuerdo, pero una función parcial no competitiva es mejor que nada. Información cruzada significa recepción nula.

-Bien, Fred -dijo el otro médico-. No deberá tomar más...

-No volveré a tomar sustancia M -expuso Fred-. En lo que me queda de vida.

-¿Qué cantidad toma actualmente?

-No mucho. -Hizo una pausa y añadió-: Tomo más últimamente, debido a la tensión que padezco en mi trabajo.

-La superioridad le relevará de sus misiones -dijo uno de los psicólogos-. Déjelo todo. *Está* enfermo, Fred. Y lo estará por bastante tiempo. Después, nadie sabe qué pasará. Tal vez vuelva a la normalidad, tal vez no.

-¿Cómo es posible que los dos hemisferios de mi cerebro, aun siendo dominantes ambos, no reciban los mismos estímulos? -dijo Fred muy irritado-. ¿Por qué no puede sincronizarse eso, como en el sonido estereofónico?

Silencio.

-Es decir -prosiguió Fred, gesticulando-, cuando la mano izquierda y la mano derecha cogen un objeto, el mismo objeto, lo normal es que...

-La zurdería o su opuesto... ¿Qué significan estos términos cuando nos ponemos delante de un espejo, cuando la mano izquierda «se convierte» en la derecha...? -El psicólogo se inclinó hacia Fred, que no alzó la vista-. ¿Cómo definiría un par de guantes, uno para la mano derecha y otro para la mano izquierda, de modo que una persona que desconociera estos términos pudiera comprenderlos sin error posible? ¿Una imagen refleja?

-Un guante para la mano izquierda... -empezó a decir Fred, pero no supo continuar.

-*Es como si un hemisferio de su cerebro percibiera el mundo reflejado por un espejo.* Reflejado por un espejo, ¿comprende? la izquierda se transforma en derecha, con todo lo que ello implica. Además, ni siquiera sabemos cuáles son las implicaciones, qué ocurre cuando se ve un mundo invertido de tal forma. Hablando en términos topológicos, un guante para la mano izquierda es un guante para la mano derecha *estirado a través del infinito.*

-A través de un espejo -dijo Fred. Un espejo oscurecido, una cámara oscura, pensó. Y San Pablo no se refería a un espejo de vidrio -no existían entonces-, sino a un reflejo de sí mismo cuando miraba al fondo pulido de un plato metálico. Era algo que le había dicho Luckman, el hombre que leía a los teólogos. No se trataba de mirar a través de un telescopio o sistema óptico, objetos que no invertían nada, sino simplemente ver su propio rostro reflejado, invertido, *estirado a través del infinito*. Tal como acaban de explicarme. No a través de un espejo, sino la *reflexión* de un espejo. Y ese reflejo que capta eres tú, es tu cara, y no lo es. No tenían cámaras en aquellos tiempos remotos, de modo que esa era la única forma de que una persona pudiera verse a sí misma: en el reflejo de una imagen.

Así me he visto yo.

En cierto sentido, he empezado a contemplar el universo por sus reflejos. ¡Con el otro lado de mi cerebro!

-Topología -estaba diciendo uno de los psicólogos-. Una ciencia, o una matemática, poco comprendida. Como los agujeros negros del espacio...

-Fred ve el mundo al revés -decía el otro psicólogo en aquel mismo momento-. Yo diría que ve un mundo de frente y, al mismo tiempo, otro mundo por detrás. Resulta muy difícil hacerse una idea de la imagen final que se presenta ante sus ojos. La topología es una rama de las matemáticas que investiga las propiedades de una configuración geométrica, o de otro tipo, que permanece inalterada cuando es sometida a una transformación continua punto por punto y en todos sus puntos. Pero aplicada a la psicología...

-Y cuando se trata de objetos, ¿quién sabe en qué van a convertirse? Pueden hacerse irreconocibles. Cuando un hombre primitivo contempla por primera vez una fotografía en la que aparece él mismo, no sabe identificarse. Aunque haya visto muchas veces su propio reflejo en objetos metálicos. Pero ese reflejo le ofrece una imagen invertida, a diferencia de la imagen que contempla en la foto. Y debido a ello, no reconoce que la persona de la fotografía es él mismo.

-Siempre ha visto una imagen refleja invertida, y piensa que él tiene ese aspecto.

-Es frecuente que una persona que escucha la grabación de su voz...

-Eso es distinto. Ahí entra en juego la resonancia en el seno...

Librodot

-Quizá sean ustedes los que ven el universo invertido, reflejado en un espejo -intervino Fred-. Quizá mi visión sea la correcta.

-Usted ve el universo *en las dos formas posibles.*

-O sea, que...

-Antes solía decirse que el hombre sólo veía «reflejos» de la realidad, no la realidad en sí. El principal defecto de un reflejo no es que sea irreal, *sino que ofrece una imagen invertida*. -El psicólogo que acababa de exponer su opinión adoptó una extraña expresión-. Paridad. El principio científico de la paridad. Universo e imagen refleja. Hay una razón que nos lleva a confundir la segunda por el primero; carecemos de una paridad bilateral.

-Una fotografía puede compensar la falta de paridad hemisférica bilateral. No es el objeto en sí, pero tampoco es el objeto invertido, de modo que, basándonos en ese argumento, las imágenes fotográficas no serían tales imágenes, sino formas reales. La inversión de una inversión.

-Pero también una foto puede ser una inversión si por causas fortuitas el negativo es impreso en sentido contrario. En ese caso, se advierte el error cuando se trata de letras, pero no cuando la foto capta el rostro de una persona. Podemos disponer de dos copias por contacto de un hombre determinado, una invertida y otra no. Otra persona que no conozca a ese hombre no podrá indicar cuál de las dos copias es la correcta, pero advertirá que se trata de imágenes distintas, puesto que le resultará imposible superponerlas.

-Todo esto le dará una idea, Fred, de cuán complejo resulta formular la distinción entre un guante para la mano izquierda y...

-Así se cumplirá lo que está escrito -dijo una voz-. Y la muerte perecerá ante la victoria. -Quizá fue Fred el único que escuchó aquellas palabras-. Porque en cuanto lo escrito aparezca invertido, distinguiréis la ilusión de la realidad. La confusión termina y la muerte, el enemigo final, la sustancia Muerte, no perece en el cuerpo sino ante la victoria. Y he aquí que ahora os explicaré el sagrado secreto: *nosotros no dormiremos todos en la muerte.*

Se refiere a la explicación de un misterio, pensó Fred. De un secreto sagrado. Nosotros no moriremos.

Los reflejos desaparecerán.

Y lo harán rápidamente.

Todos seremos transformados. Se refiere a que seremos vueltos a invertir de repente. ¡En un abrir y cerrar de ojos!

Fred observó a los dos psicólogos de la policía mientras redactaban y firmaban el informe. Todos seremos transformados, siguió pensando tristemente, porque ahora mismo estamos jodidamente invertidos. Supongo que lo estamos todos, toda persona y todo maldito objeto. El espacio, el tiempo... Pero una vez hecha la copia por contacto, el fotógrafo descubrirá que ha colocado al revés el negativo. ¿Cuánto tiempo tardará en destruir esa copia? ¿Cuánto tiempo tardará en hacer otra tal y como debe?

Una fracción de segundo.

Comprendo lo que significa ese pasaje de la Biblia, reflexionó Fred. A través de un espejo en enigma. Pero eso no mejora en absoluto mi sistema perceptivo. Como ellos dicen, entiendo las cosas pero estoy incapacitado para ayudarme.

Veo en los dos sentidos, se dijo Fred, el correcto y el invertido. Quizá sea la primera persona en la historia de la humanidad que haga tal cosa simultáneamente y esté capacitado para ver el mundo real, el mundo

correcto, por un instante. Pero poseo la otra visión, la normal. ¿Cómo distinguirlas?

¿Cuál de las dos es la invertida y cuál la correcta?

¿Cuál será mi asignación por enfermedad, retiro o incapacidad mientras me voy consumiendo?, se preguntó. Sintió miedo, un pavor inmenso, un frío terrible que le rodeaba. *Wie kalt ist es in diesem unterirdischen Gewölbe! Das ist natürlich, esi st ja tief.* Y debo apartarme de la mierda. He conocido gente que ha pasado por eso. ¡Dios mío!, pensó, y cerró los ojos.

-Puede parecer un poco metafísico -decía uno de los médicos-, pero los matemáticos afirman que tal vez estemos en vísperas del surgimiento de una nueva cosmología que...

-¡La infinitud del tiempo que se expresa como eternidad, como un lazo! -dijo el otro visiblemente excitado-. ¡Un lazo de cinta magnetofónica!

Disponía de una hora antes de volver a la oficina de Hank para escuchar y examinar las pruebas que presentara Barris.

Decidió ir a la cafetería del edificio. En el camino se cruzó con gente de uniforme, gente vestida con monotrajes mezcladores y gente con traje y corbata.

El informe de los psicólogos debía ir camino del despacho de Hank en aquel momento. Estaría allí cuando Fred se presentara.

Tendré tiempo para pensar, reflexionó mientras se ponía en la cola de entrada. Tiempo. Supongamos que el tiempo es redondo, como la Tierra. Viajas hacia el oeste para llegar a la India y se ríen de ti, pero finalmente la India está delante, no detrás. Quizá la crucifixión está delante nuestro en el tiempo, mientras nosotros viajamos pensando que queda al «este».

Había una secretaria delante suyo. Apretado suéter azul, sin sostenes y casi sin falda. Le resultó agradable contemplarla. La miró una y otra vez hasta que la mujer se dio cuenta y le dio la espalda bandeja en mano.

El advenimiento de Cristo y su retorno, un mismo acontecimiento, pensó Fred. El tiempo, un lazo de cinta magnetofónica. No me extraña que estén tan seguros de su vuelta. Cristo volverá.

Contempló el trasero de la secretaria. Fue entonces cuando comprendió que ella no podía dirigirle idénticas miradas, ya que vestido con el monotraje mezclador carecía de rostro y de trasero. Pero ella se ha dado cuenta de que la observo, lo intuye, decidió. Cualquier chica con unas piernas así lo intuiría, supondría que todos los hombres la miraban.

Vestido así, pensó Fred, podría echarme encima de ella y tirármela. Nadie sabría quién había sido el culpable. ¿Cómo podría identificarme esta mujer?

Esta vestimenta es ideal para cometer delitos, meditó. Y otras acciones menos delictivas que siempre has deseado cometer, pero que nunca has ejecutado.

-Señorita -se dirigió a la chica del ajustado suéter azul-, tiene usted unas piernas muy bonitas. Aunque supongo que ya lo sabe, o no vestiría una minifalda como ésta.

-¿Eh? -La chica se quedó boquiabierta-. ¡Ah, ya sé quién eres!

-¿De verdad? -contestó él, sorprendido.

-Pete Wickam.

-¿Quién?

-¿No eres Pete Wickam? Siempre vas detrás mío...

-¿Soy el tipo que siempre te sigue y te mira las piernas, siempre pensando en lo que tú ya sabes?

Ella asintió.

-¿Tengo alguna posibilidad? -preguntó Fred.

-Depende.

-¿Podríamos ir a cenar una noche?

-Creo que sí.

-¿Puedes darme tu teléfono? Así podré llamarte.

-Mejor me das el tuyo -contestó la chica, tras una ligera vacilación.

-Te daré mi número si te sientas conmigo ahora, aquí, mientras te tomas lo que hayas pedido y yo hago igual con mi bocadillo y mi café.

-No, me está esperando una amiga... Aquí.

-Bueno, puedo sentarme con las dos.

-Tenemos que discutir cosas privadas.

-De acuerdo.

-Ya nos veremos, Pete. -La mujer se apartó de la cola con la bandeja, cubiertos y servilleta.

Fred cogió un bocadillo y una taza de café y se sentó en una mesa vacía. Dejó caer algunas migas en el café y se quedó mirándolas.

Esos cabrones quieren separarme de Arctor, meditó. Me internarán en Synanon, New-Path o alguno de esos sitios y pondrán a otro agente para vigilar y analizar a Arctor, algún imbécil que no conocerá ni una mierda de Arctor... Tendrán que volver a empezar desde el principio.

Al menos me dejarán examinar las pruebas de Barris, pensó. Espero que no me den de baja hasta que analicemos ese material, sea lo que sea.

Si follo con esa chica y la dejo embarazada, los niños... no tendrán rostro. Masas difusas. Se estremeció.

Sé que deben apartarme del servicio activo. ¿Pero por qué inmediatamente? Si pudiera hacer algunas cosas más... Procesar la información de Barris, colaborar en la decisión que se tome. O aunque sólo fuera, poder sentarme allí y ver qué pruebas tiene. Averiguar para mi propia satisfacción qué planea Arctor. ¿Planea algo? ¿Es inocente? Deben darme el tiempo suficiente para averiguarlo, me deben ese favor.

Me conformaría con ver y oír, sin decir nada.

Siguió sentado allí. Luego vio de nuevo a la chica del suéter azul ajustado y a su amiga, una morena de pelo corto, levantándose y dirigiéndose a la salida. La amiga, que no era tan sexy, dudó un momento y después se acercó a la mesa de Fred, inclinado sobre el café y los restos del bocadillo.

-¿Pete? -dijo la chica del pelo corto.

Fred alzó la vista.

-Bueno, Pete -empezó a decir la chica, muy nerviosa-. Sólo tengo un momento. Mira, Ellen quería decírtelo en persona, pero no se atreve. Pete, ella habría salido contigo hace mucho tiempo, hace un mes, hasta en marzo. Pero...

-¿Qué?

-Mira, me ha encargado que te diga que llevaba algún tiempo tratando de hacerte comprender que... te irían mejor las cosas si usaras algo como Scope, por ejemplo.

-Ojalá lo hubiera sabido -dijo él, sin entusiasmo alguno.

-Bueno, Pete -dijo la chica, sintiéndose aliviada-. Ya nos veremos. -Se alejó corriendo, sonriente.

Ese Pete... ¡Pobre desgraciado!, pensó Fred. ¿Habrá hablado en serio esa chica? ¿O será solamente que ese par de locas maliciosas han visto a Pete -a mí- sentado aquí solo, y habrán pensado eso para dejarle chafado? ¿Una cochinada para...? ¡Bah, a la mierda!, pensó.

Aunque podía ser cierto, decidió. Se limpió la boca, aplastó la servilleta y se puso trabajosamente en pie. ¿Tendría mal aliento San Pablo?, se preguntó. Caminó por la cafetería, de nuevo con las manos metidas en los bolsillos. Los bolsillos del monotraje mezclador, primero, y luego los auténticos bolsillos de su pantalón. Quizá fuera por eso que Pablo pasara en la cárcel la última parte de su vida. Le encarcelaron por ese motivo.

Todas estas chorradas siempre te ocurren en momentos así, meditó mientras abandonaba la cafetería. Después de todas las cabronadas que he tenido que aguantar hoy, viene la chica y me suelta eso... La tontería más grande jamás producida por los pontífices desde el test psicotécnico. Vaya día, qué mierda de día, pensó. Se sentía peor que antes. Apenas podía andar, y pensar era un sufrimiento. La cabeza le bullía de confusión. Y de desesperación. De todas formas, reflexionó, Scope no es bueno. Lavoris es mejor. Aunque cuando lo escupes te da la sensación de estar vomitando sangre. Quizá Micrin. Micrin puede ser mejor, decidió.

Si hubiera farmacia en el edificio, pensó Fred, podría comprar Micrin y usarlo antes de subir a ver a Hank. Eso me daría un poco de confianza. Quizás así tendría más posibilidades.

Cualquier cosa me serviría de ayuda, cualquiera, caviló. Una insinuación, una sugerencia de aquella chica, por ejemplo. Estaba abatido y tenía miedo. *Mierda*, pensó, *¿qué voy a hacer*?

Si me apartan de todo, reflexionó, nunca volveré a ver a mis amigos, a ninguno de ellos, a la gente que he conocido y vigilado. Estaré en un mundo aparte, quizá retirado el resto de mi vida... Todo ha terminado. Arctor, Luckman, Jerry Fabin, Charles Freck y, sobre todo, Donna Hawthorne. Nunca volveré a verlos, jamás. Es el fin.

Donna. Fred recordó una canción alemana. Su tío abuelo solía cantarla en tiempos: «Ich seh', wie ein Engel im rosigen Duft / Sich tröstend zur Seite mih stellet». Su tío abuelo le había explicado el significado: «La veo, vestida como un ángel, muy cerca de mí para darme consuelo». Se refería a una mujer, la mujer que amó, la mujer que le salvó (en la canción). En la canción, no en la vida real. Su tío abuelo estaba muerto y Fred había escuchado aquellas palabras hacía mucho tiempo. Su tío abuelo, alemán de nacimiento, cantando o leyendo en voz alta en su casa.

Gott! Welch Dunkel hier! O grauenvolle Stille!
Od' ist es um mich her. Nichts lebel auszer mir...

¡Dios mío! ¡Cuán oscuro es este lugar! ¡Qué silencio tan espantoso!

Nadie más que yo habita en este vacío...

Aunque mi cerebro no esté destruido cuando me reincorpore al servicio, pensó Fred, habrán asignado otro agente a mis amigos. O estarán muertos, en chirona, en una clínica federal o simplemente desparramados, desparramados, desparramados. Aplastados y destruidos, como yo,

Librodot

incapaces de comprender qué diablos ocurre. De todas formas, ya ha llegado el final para mí. Sin saberlo, he dicho adiós.

Lo único que quizá podría hacer, se dijo, es examinar las cintas de las holocámaras, recordar.

-Debería ir a la central clandestina y... -Miró a su alrededor y siguió pensando para sus adentros. Debería ir a la central clandestina y robar las cintas ahora que puedo hacerlo. Si tardo mucho me expongo a que las borren o que me impidan el acceso a ellas. El jodido departamento puede cobrárselas del salario que me debe. Las cintas y la gente de esa casa me pertenecen, son mías se mire como se mire.

Esas cintas son ahora lo único que me queda. No hay otra cosa que pueda pensar en llevarme.

Pero para reproducir las cintas, pensó Fred al instante, necesitaré todo el sistema holográfico reproductor que hay en la central clandestina. Tendré que desmontarlo y sacarlo de allí pieza por pieza. No me harán falta las cámaras ni las unidades de registro, sólo los componentes reproductores y todo el sistema de reproducción tridimensional. Puedo hacerlo, puesto que dispongo de una llave de ese piso. Me exigirán que la devuelva, pero puedo hacer un duplicado aquí mismo antes de la devolución. Es una llave normal tipo Echlag. ¡Puedo hacerlo! Este pensamiento hizo que se sintiera mejor. Se notaba tenso, fatigado y algo enojado con todo el mundo, pero también contento al pensar que iba a arreglar la situación.

Por otra parte, meditó, si robara las cámaras y las cabezas reproductoras podría seguir observando y escuchando por mi cuenta, tal como he estado haciendo hasta ahora. Al menos durante algún tiempo, pero así es todo en la vida: temporal, como la experiencia que me aguarda.

Hay que mantener la vigilancia, pensó Fred. Es algo esencial. Y debería hacerlo yo, a ser posible. Siempre estaría observando, observando y sacando conclusiones, aunque nunca hiciera nada sobre lo que viera, aunque sólo fuera para quedarme allí sentado y observar en silencio. Eso, que yo observara todo lo que sucede desde el lugar que me corresponde, es tremendamente importante.

No en su interés, sino en el mío.

Y también en su interés, se corrigió mentalmente. Si pasa algo, como aquella vez que Luckman se atragantó, y alguien lo está viendo... y yo lo estoy viendo, pediré ayuda. Telefonearé o haré lo que sea para ayudarles al momento, como debe ser.

O si no, morirán y no se enterará nadie. O el jodido que lo vea no querrá darse por enterado.

Alguien debe intervenir en estas vidas insignificantes y destrozadas. O por lo menos vigilar sus enfermizas idas y venidas. Vigilarlas y grabarlas, a ser posible, para que haya un recuerdo. Para que sean recordadas en el futuro, en una época que la gente pueda comprenderlas.

Fred tomó asiento en el despacho de Hank, junto a éste, un agente de uniforme y el sudoroso y sonriente informador Jim Barris. Había una grabadora en la mesa, y todos escuchaban una de las cintas de Barris. Había otra grabadora que obtenía un duplicado de la cinta para uso del departamento.

-...Ah, hola. Escucha, no puedo hablar.

-¿Cuándo, entonces?

-Ya te llamaré.

-Esto no puede esperar.

-Bueno, ¿de qué se trata?

-Tratamos de...

Hank hizo un gesto a Barris para que parara el aparato.

-¿Puede identificar estas voces, señor Barris? -preguntó.

-Claro que sí -se apresuró a contestar Barris-. La voz de mujer es de Donna Hawthorne. La otra es de Robert Arctor.

-Perfecto -dijo Hank, al tiempo que asentía. Después miró a Fred. Tenía delante el informe médico de Fred y estaba ojeándolo-. Prosiga con la grabación.

-...la mitad de California del Sur mañana por la noche. -Era la voz del hombre que Barris había identificado como Robert Arctor-. El arsenal de las fuerzas aéreas en la base de Vandenberg será asaltado para obtener armas automáticas y semiautomáticas...

Hank desvió los ojos del informe médico y prestó completa atención a la cinta, irguiendo la pequeña masa difusa que era su cabeza.

Barris se sonrió, dedicando ahora su sonrisa a todos los hombres que había en la habitación. Sus dedos juguetearon con los clips que había sobre la mesa. Los manoseó una y otra vez, como si estuviera conectando dos cables. Movía las manos, sudaba, volvía a juguetear con los clips...

-¿Qué me dices de esa droga desorientadora que la pandilla de motoristas robó para nosotros? -preguntó la mujer identificada como Donna Hawthorne-. ¿Cuándo hay que llevar esa porquería a la zona divisoria de aguas jurisdiccionales para...?

-Lo primero que precisa la organización son las armas -interrumpió la voz masculina-. Eso será la etapa B.

-De acuerdo, pero ahora tengo que irme. Hay un cliente.

Clic. Clic.

-Puedo identificar a esa banda de motoristas mencionada -dijo Barris, removiéndose en la silla-. Aparece citada en otra...

-¿Dispone de más material similar? -inquirió Hank-. Me refiero en cuanto a complots clandestinos. ¿O esta cinta es lo único que tiene al respecto?

-Tengo mucho material aparte de este.

-Pero sobre el mismo tema.

-Se refiere, sí, a la misma organización subversiva y sus planes, exactamente. A este determinado complot.

-¿Quién es esta gente? ¿Cuál es en concreto la organización?

-Es una organización extendida por todo el mundo...

-Le pido nombres, no especulaciones.

-Fundamentalmente, Robert Arctor y Donna Hawthorne. También he traído notas en código... -Barris buscó una mugrienta libreta que estuvo a punto de caer al suelo mientras la abría.

-Voy a embargar todo este material, señor Barris -dijo Hank-. Las cintas y todo lo que ha traído. Estarán en nuestro poder durante algún tiempo, mientras las examinamos por nuestra cuenta.

-Mi caligrafía, y el material codificado que...

-Se mantendrá en contacto con nosotros cuando tengamos algún problema al respecto o deseemos que nos aclare algo. -Hank indicó al policía de uniforme, no a Barris, que apagara la grabadora. Barris se abalanzó

Librodot

sobre ella. El polizonte le detuvo al momento y le obligó a retirar la mano. Barris miró a su alrededor, parpadeando y aún sonriendo-. Señor Barris, en tanto estudiemos este material quedará detenido. Se le acusa de facilitar a las autoridades información deliberadamente falseada. Es una formalidad para que usted esté a nuestra disposición. Un simple pretexto en beneficio de su propia seguridad, naturalmente. Todos sabemos la verdad, pero en cualquier caso formularemos la denuncia y la haremos llegar al fiscal del distrito, aunque, eso sí, con ruego de que el caso sea demorado. ¿Le parece satisfactorio?

Hank no esperó la posible respuesta. Ordenó al policía de uniforme que se llevara a Barris. Las pruebas y toda la porquería traída por el informador quedaron sobre la mesa. El polizonte abandonó la sala en compañía del sonriente Barris, y Hank y Fred quedaron solos, uno frente a otro, con la revuelta mesa separándoles. Hank leyó el informe de los psicólogos. Al cabo de un cierto tiempo, cogió el teléfono y marcó un número interior.

-Tengo aquí material aún no evaluado -dijo-. Deseo que lo examinen y determinen si es o no falso. Cuando me faciliten los resultados les diré cuál será el siguiente paso. En total pesa unos seis kilos, así que les hará falta una caja de cartón tamaño tres. Bien, gracias. -Colgó-. Era el laboratorio de electrónica y criptoanálisis -informó a Fred, y prosiguió la lectura.

Se presentaron dos técnicos del laboratorio, uniformados y fuertemente armados, trayendo en las manos un contenedor de acero.

-Es lo único que encontramos -se disculpó uno de ellos, llenando la caja con los objetos que había sobre la mesa.

-¿Quién es el jefe de turno? -preguntó Hank.

-Hurley.

-Asegúrense de que Hurley se encargue de esto hoy mismo y me informe en cuanto tenga sospechas de falsificación. Debe ser hoy mismo, díganle eso.

Los técnicos del laboratorio cerraron el recipiente metálico y salieron del despacho. Hank dejó a un lado el informe de los psicólogos, se echó hacia atrás y dijo:

-¿Qué...? Bueno, ¿qué opinión le merecen las pruebas de Barris, hasta el momento?

-Tiene usted mi informe médico, ¿no? -dijo Fred; hizo ademán de cogerlo, pero cambió de idea-. Creo, por lo poco que he oído, que las pruebas son genuinas.

-Es una falsificación. Sin valor alguno.

-Es posible que esté en lo cierto, pero no opino igual.

-El arsenal que mencionaban en la cinta, el de Vandenberg, es el arsenal de OSI, casi seguro. -Hank puso la mano sobre el teléfono-. ¿Cómo se llamaba aquel tipo de OSI...? Hablé con él una vez... Vino aquí el miércoles con algunas fotografías... -Hank agitó la cabeza y se apartó del teléfono para encararse con Fred-. Esperaré. Puedo esperar hasta conocer el informe preliminar. ¿Fred?

-¿Qué dice mi informe...?

-Dice que está completamente loco.

Fred se contrajo de hombros... o trató de hacerlo.

Wie kalt ist es in diesem unterirdischen Gewölbe!

-Aún puede tener dos células cerebrales funcionando. Pero nada más. Dentro de su cabeza abundan los cortocircuitos y las chispas.

Das ist natürlich, es ist ja tief.

Librodot

-Dos, dice usted -expuso Fred-. ¿Entre cuántas?

-No lo sé. Creo que hay montones de células en un cerebro... billones de células.

-El número de conexiones entre ellas superará el de estrellas en el universo.

-Si es así, su porcentaje actual es bastante malo. Dos células en perfectas condiciones entre... ¿sesenta y cinco billones?

-Sesenta y cinco billones de billones, diría yo.

-Un porcentaje peor que el de los Phillies de Filadelfia en los viejos tiempos de Connie Mack. Solían finalizar la temporada con un porcentaje de...

-¿De qué me servirá decir que ocurrió mientras cumplía con mi deber? -interrumpió Fred.

-Le servirá para estar sentado en una sala de espera y leer un montón de *Saturday Evening Post, Cosmopolitan...*

-¿En dónde?

-¿Dónde le gustaría?

-Tendré que pensarlo.

-Si yo estuviera en su caso -opinó Hank-, no me iría a una clínica federal. Compraría seis botellas de un buen bourbon, I.W. Harper por ejemplo, y me iría al campo. A las montañas de San Bernardino, cerca de los lagos. Y esperaría allí, solo, hasta que todo acabara. En un lugar donde nadie pudiera encontrarme.

-Pero es posible que nunca haya un final.

-Entonces, no vuelva. ¿Conoce alguna persona que tenga una cabaña por allí?

-No -repuso Fred.

-¿Puede conducir un coche sin problemas de ningún tipo?

-Mi... -Vaciló. De repente se sintió como en sueños, relajado, ablandado. Hubo una alteración en todas las relaciones especiales de aquella sala, un cambio que incluso afectó su conciencia del tiempo-. El coche está en...

-No lo recuerda.

-Recuerdo que está averiado.

-Podemos pedir a alguien que le acompañe. Sería mucho más seguro, por otra parte.

¿Acompañarme a dónde?, se preguntó Fred. ¿Acompañarme por dónde? ¿Por autopistas, carreteras y senderos? ¿Caminando como un animal sujeto por una correa, que sólo quiere volver a casa o que lo dejen suelto?

Ein Engel, der Gattin, so gleich, der führt mich zur Freiheit ins himmlische Reich, pensó Fred.

-Desde luego -dijo, y sonrió. Un alivio. Rebelarse contra la correa, tratar de liberarse, esforzarse por conseguirlo, y luego descansar-. Y ahora, ¿qué piensa de mí? He acabado chamuscado, aunque sólo sea por un tiempo. O quizá para siempre. ¿Qué opina ahora?

-Opino que usted es muy buena persona.

-Gracias.

-Llévese la pistola.

-*¿Qué?*

-Que se lleve la pistola cuando vaya a las montañas San Bernardino con las botellas de I.W. Harper.

-¿En previsión de que no me recupere? ¿Se refiere a eso?

-Tómelo como guste. Teniendo en cuenta lo que dice el informe, la cantidad de... Llévese la pistola.

-De acuerdo.

-Cuando regrese, llámeme. Quiero saberlo.

-Bueno, ya no tendré el monotraje mezclador.

-Es igual. Llámeme, con o sin monotraje.

-De acuerdo -convino Fred. La cosa no tenía mayor importancia. Aquella ocupación había concluido.

-Advertirá una diferencia notable cuando recoja su próxima paga. Un cambio apreciable.

-¿Tengo derecho a alguna bonificación por esto, por lo que me ha sucedido?

-No. Léase el código penal. Un agente que se convierte de forma voluntaria en un adicto, y que no informa enseguida a sus superiores, comete una falta leve. La pena puede ser una multa de tres mil dólares y/o seis meses de cárcel. Lo más probable es que usted sólo sea multado.

-¿*De forma voluntaria*? -exclamó, sorprendido.

-Nadie le obligó a hacerlo a punta de pistola. Nadie puso droga en su comida. Usted tomó una droga que causa hábito, destrucción del cerebro y desorientación mental, sabiendo lo que hacía y de forma voluntaria.

-¡Tenía que hacerlo!

-O se excusó en el deber para hacerlo. Hay muchos agentes que hacen eso. Además, teniendo en cuenta la cantidad de droga que usted tomaba, en opinión de los médicos, tuvo que...

-Me está tratando como a un estafador. Y no lo soy.

Hank tomó papel y lápiz y empezó a calcular.

-¿Qué cobra en la actualidad? Me refiero a su salario -dijo Hank-. Puedo calcularlo ahora si...

-¿Podría pagar la multa dentro de algún tiempo? ¿En plazos mensuales durante dos años?

-No diga tonterías, Fred.

-De acuerdo.

-¿Cuánto por hora?

No consiguió acordarse.

-Bien -insistió Hank-. Entonces, ¿cuántas horas de servicio?

Ni tampoco de esto. Hank dejó a un lado el papel.

-¿Un cigarrillo? -Ofreció su paquete a Fred.

-También dejaré el tabaco. Lo dejaré todo, hasta los cacahuetes y... -No podía pensar. Los dos hombres, ocultos en sus monotrajes mezcladores, guardaron silencio durante unos segundos.

-Es lo que digo a mis hijos -comentó Hank.

-Tengo dos hijos. Dos niñas.

-Me cuesta creerlo. Se supone que no tiene hijos.

-Quizá no los tenga. -Fred empezó a pensar cuándo se presentarían los síntomas de abstinencia. Luego intentó calcular cuántas pastillas de sustancia M había ocultado en diversos escondites. Y cuánto dinero tendría, una vez cobrada la liquidación, para comprar más.

-Tal vez desee que calcule su liquidación -dijo Hank.

-Muy bien -repuso Fred, asintiendo vigorosamente-. Hágalo. -Aguardó en tensión, tamborileando sobre la mesa como había hecho Barris.

-¿Cuánto por hora? -repitió Hank. Inmediatamente puso la mano sobre el teléfono-. Llamaré a contabilidad.

Fred no respondió. Esperó los acontecimientos con la mirada abatida. Quizá Donna podría ayudarme, pensó. Donna, por favor, ayúdame ahora.

-No creo que se vaya a las montañas -dijo Hank-. Ni aunque alguien le acompañe.

-No.

-¿Adónde quiere ir?

-Deme tiempo para pensarlo.

-¿Una clínica federal?

-No.

Nuevo silencio.

Se supone que no tiene hijos, había dicho Hank. ¿Qué significaba esa frase?, se preguntó Fred.

-¿Y qué me dice de la casa de Donna Hawthorne? -preguntó Hank-. De su información y la de otros agentes se deduce que ustedes dos están muy unidos.

-Sí, lo estamos. -Fred alzó la vista y preguntó-: ¿Cómo lo sabe?

-Por un proceso de eliminación. *Sé quién no es usted*. Y en este grupo particular no hay un número infinito de posibilidades. A decir verdad, es un grupo muy reducido. Habíamos pensado que este grupo nos permitiría llegar muy alto, y es posible que lo consigamos con Barris. Usted y yo hemos pasado largos ratos en compañía. Hace tiempo que descubrí su identidad. Usted es Arctor.

-¿*Quién dice que soy*? -preguntó Fred, mirando fijamente a Hank, el monotraje mezclador que estaba frente a él-. ¿Yo soy Bob Arctor? -No podía creerlo, era algo absurdo. No encajaba con nada que hubiera hecho o pensado.

-No importa -dijo Hank-. ¿Cuál es el teléfono de Donna?

-Lo más probable es que esté en su trabajo. -Le temblaba la voz-. En la perfumería. El número es... -Era tan difícil controlar su voz como recordar el número de la perfumería. Yo no soy ese, se dijo. No soy Bob Arctor. ¿Pero quién soy? Quizá...

-Necesito saber el número de teléfono de Donna Hawthorne, el de su trabajo -estaba diciendo Hank ante el teléfono-. Aquí -añadió, pasando el aparato a Fred-. Póngase usted. No, mejor será que no lo haga. Hablaré con ella y diré que le recoja... ¿dónde? Le llevaremos hasta allí en coche, para que se reúna con ella. ¿Se le ocurre un lugar adecuado? ¿Dónde acostumbra a encontrarse con ella?

-Déjenme en casa de Donna. Sé cómo entrar.

-Explicaré a Donna que usted se encuentra allí y no aguanta más. Me limitaré a decir que le conozco y que me ha pedido que la llamara.

-Estupendo, fabuloso. Gracias, hombre.

Hank asintió y empezó a marcar un número exterior. A Fred le pareció que su superior marcaba los números a cámara lenta y que no acababa nunca. Cerró los ojos y suspiró. ¡Jo, estoy acabado!, pensó.

Sí, lo estoy. Alucinado, destrozado, chafado, jodido... Totalmente jodido. Le dio la impresión de estar riendo.

-Le acompañaremos hasta casa de Donna... -empezó a decir Hank, y se interrumpió para concentrarse en el teléfono-. Hey, Donna. Soy un amigo de Bob, ¿sabes? Mira, chica, él está francamente mal, de verdad. Mira, Bob...

Todo va bien, pensaron al unísono dos mentes dentro de su cerebro. Fred escuchó a su amigo mientras hablaba con Donna. Y no te olvides de decirle que me traiga algo, se dijo. Estoy muy mal. ¿Puede conseguir algunas pastillas? ¿Una supercarga de hash, como ella sabe hacerla? Trató de tocar a Hank, pero fue en vano: su mano no respondió.

-Algún día haré lo mismo por usted -prometió a Hank cuando éste colgó el teléfono.

-Quédese aquí hasta que consiga el coche. Voy a pedirlo ahora mismo. -Nueva llamada de Hank-. ¿Garaje? Quiero un coche normal y un agente sin uniforme. ¿Hay algo utilizable?

Dentro del monotraje mezclador, las masas difusas, ambos hombres cerraron los ojos en espera del vehículo.

-Tal vez debiera llevarle a un hospital -comentó Hank-. Su aspecto es fatal y es posible que Jim Barris le haya envenenado. En realidad, estamos interesados en Barris, no en usted, y si instalamos las holos en su casa fue para vigilar a Barris. Confiábamos en atraerlo hasta aquí... y lo hemos hecho. -Una pausa-. Por eso yo sabía perfectamente que sus cintas y todo lo demás eran falsificaciones. El laboratorio lo confirmará. Pero Barris está metido en algo muy grave. Grave y tenebroso, y está relacionado con armas.

-¿Cuál ha sido mi papel, entonces? -gritó repentinamente Fred.

-Debíamos tender una trampa a Jim Barris.

-Ustedes son unos guarros.

-Lo montamos todo de forma que Barris, suponiendo que se llame así, fuera sospechando paulatinamente que usted era un agente secreto de la policía. Y que usted pretendía atraparlo o usarle para llegar hasta peces más gordos. De modo que...

Sonó el teléfono, y Hank lo cogió.

-Perfecto -dijo-. Descanse, Bob. Bob, Fred o como guste. Tranquilícese... Hemos atrapado al sujeto y es un... bueno, la palabra que usted acaba de utilizar para nosotros. Ha valido la pena, ¿no? Atrapar a ese monstruo, sea lo que sea lo que esté haciendo...

-Sí, vale la pena. -Fred apenas podía hablar. Chirriaba como una máquina, simplemente.

Los dos hombres esperaron en silencio.

Camino de New-Path, Donna detuvo el coche en la carretera para que ambos pudieran ver las luces que había abajo, en todas direcciones. Sin embargo, no había mucho tiempo que perder: el dolor había empezado para Bob, y ella se daba cuenta. Pero deseaba estar con él una vez más. Bien, ya había esperado bastante. Vio lágrimas en las mejillas de Bob, que comenzó a marearse y vomitar.

-Vamos a sentarnos un rato -dijo Donna. Le guió entre arbustos, sobre un suelo arenoso lleno de latas de cerveza y otros desperdicios-. Yo...

-¿Tienes la pipa de hash? -masculló Bob.

-Sí.

Debían alejarse bastante de la carretera, de modo que la policía no les viera. O buscar un lugar que les permitiera esconder la pipa si aparecía un agente. Donna vería el coche detenerse y apagar las luces a cierta distancia, antes de que el polizonte se acercara andando. Habría tiempo.

Tiempo suficiente para esto, pensó Donna, para estar a salvo de la ley. Pero ni un segundo más para Bob Arctor. Su tiempo, al menos desde el

Librodot

punto de vista humano, había concluido. Ahora había iniciado otro tipo de vida, una existencia similar a la de una rata: correr de un lado a otro sin utilidad alguna. Moverse sin objetivo, errar de aquí para allá. Claro que Bob aún distingue las luces. Pero quizás eso no le importe en absoluto.

Encontraron un lugar resguardado y Donna sacó el envoltorio que contenía el trozo de hash. Encendió la pipa, sin que Bob Arctor, a su lado, pareciera advertirlo. Se había ensuciado, sin poder hacer nada por evitarlo, quizás incluso sin darse cuenta. Era un síntoma normal de la abstinencia.

-Aquí -dijo Donna.

Se inclinó para darle la supercarga, pero tampoco esto llamó la atención de Bob. Estaba encogido, sufriendo los retortijones de estómago, vomitando encima de su ropa, temblando, gimiendo desesperadamente, musitando una extraña canción...

Donna recordó entonces a un tipo que había conocido en cierta ocasión, un hombre que había visto a Dios. Se comportó de forma muy similar, gimiendo y gritando, pero sin ensuciarse. Había visto a Dios en medio de una llamarada tras tomar una buena dosis de ácido, en medio de un viaje. El tipo había hecho experimentos con vitaminas solubles en el agua, grandes cantidades de ellas. La fórmula ortomolecular que supuestamente mejoraba la actividad nerviosa del cerebro, acelerándola y sincronizándola. Pero aquel individuo no se había vuelto más inteligente, sino que había visto a Dios. Una sorpresa total para él.

-Supongo que nunca sabemos lo que nos espera -dijo Donna.

Bob Arctor, a su lado, gimió por toda respuesta.

-¿Conocías a un tipo llamado Tony Amsterdam?

Silencio.

Donna aspiró el hash y contempló las luces que se extendían ante ellos, percibiendo los olores y sonidos de la noche.

-Después de ver a Dios se sintió muy bien, durante casi un año. Y luego cambió todo. Estuvo peor de lo que había estado en toda su vida, pues se dio cuenta de que jamás volvería a ver a Dios. Viviría el resto de su vida, décadas, quizá cincuenta años, y no vería otra cosa distinta a lo que siempre había visto. Lo que nosotros vemos. Se puso peor que si no hubiera visto a Dios. Me lo explicó un día que se encontraba muy mal. Perdió la cabeza y empezó a maldecir y a romper cosas que tenía en su piso, incluso el tocadiscos. Había comprendido que siempre viviría igual, sin ver nada, sin finalidad alguna. Un montón de carne en movimiento, comiendo, bebiendo, durmiendo, trabajando y cagando.

-Como todos nosotros. -Aunque las náuseas seguían atormentándole, Bob Arctor pudo pronunciar su primera frase.

-Eso mismo le dije yo -comentó Donna-. Todos estábamos en el mismo barco y los demás no perdíamos la cabeza. Y me contestó, «Tú no sabes lo que he visto. No lo sabes».

Bob Arctor sufrió un espasmo convulsivo y después se atragantó.

-¿Te explicó... qué vio? -dijo por fin.

-Chispas. Surtidores de chispas de todos los colores, igual que cuando se te estropea la tele. Chispas trepando por la pared, en el aire... Y el mundo entero era una criatura viviente, mirara a donde mirara. No había accidentes. Todo encajaba y tenía una finalidad, un objetivo... una meta en el futuro. Después vio un portal. Lo vio durante una semana, en todas partes... dentro de su piso, cuando salía a comprar o conducía el coche... Y

siempre tenía las mismas proporciones, muy estrecho. Dijo que le resultó muy... agradable. Sí, esa era la palabra que empleó. Nunca intentó traspasarlo. Era tan agradable que se conformó con observarlo. Un portal perfilado en una luz intensa de color rojo y oro, como si las chispas se hubieran reunido en líneas y formando una figura geométrica. No volvió a verlo en toda su vida y por eso acabó tan fastidiado.

-¿Qué había al otro lado? -preguntó Bob al cabo de un rato.

-Otro mundo, eso es lo que dijo él. Pudo verlo.

-¿Nunca... atravesó el portal?

-Por eso empezó a patear todo lo que había en su casa. Nunca se le ocurrió atravesarlo, sólo admirar el portal. Luego dejó de verlo y fue demasiado tarde. Se abrió para él unos cuantos días y después se cerró y desapareció para siempre. Tomó un montón de LSD y de esas vitaminas solubles en el agua, pero jamás volvió a verlo. No pudo redescubrir la combinación.

-¿Cómo era el otro lado?

-Dijo que siempre era de noche.

-¡De noche!

-La luz de la luna y agua, siempre lo mismo. Nada se movía o cambiaba. Agua negra, como la tinta, y una orilla, la playa de una isla. El estaba convencido de que se trataba de Grecia, la Grecia antigua. Imaginó que el portal era una falla del tiempo y que a su través se contemplaba el pasado. Y después, cuando dejó de verlo, se encontró en la autopista, conduciendo entre un montón de camiones, y le estalló la cabeza. Le resultó imposible soportar el movimiento, los ruidos, los vehículos que pasaban en las dos direcciones, los bocinazos y los chirridos... Nunca comprendió por qué había podido ver aquello, pero estaba convencido de que era Dios y la puerta que llevaba al otro mundo. Al final no consiguió otra cosa más que chamuscarse la cabeza. Perder el acceso al portal fue un problema irresoluble para él. Siempre que se encontraba con alguien, no tardaba mucho en explicar que lo había perdido todo.

-Así soy yo.

-Había una mujer en la isla. Una estatua, en realidad. Tony Amsterdam dijo que era la Afrodita cirenaica, inmóvil bajo la luna. Una estatua de mármol, pálida y fría.

-Debió aprovechar la oportunidad y cruzar el portal.

-No tuvo ninguna oportunidad. Era una persona, algo que ha de venir. Algo mejor dentro de mucho tiempo, en el futuro. Quizá después de que él... -Hizo una pausa-. Después de su muerte.

-Se equivocó -afirmó Bob Arctor-. Hay que aprovechar la oportunidad cuando se presenta, así de fácil. -Cerró los ojos para resistir el dolor. El sudor bañaba su rostro-. Además, ¿qué puede saber un tío enmerdado en ácido? ¿Qué sabemos nosotros? No puedo hablar. Olvídalo. -Otra vez la oscuridad, los temblores, las convulsiones...

-Son trailers, avances que nos ofrecen -dijo Donna. Abrazó a Bob, lo más estrechamente que pudo, y le meció-. Así que nos mantendremos firmes.

-Eso es lo que ahora tratas de hacer conmigo, mantenerme firme.

-Eres un buen chico, pero has estado metido en un mal negocio. La vida no ha terminado para ti todavía. Voy a cuidar mucho de ti. Ojalá... -Continuó abrazándole en silencio, en una inútil lucha contra la oscuridad

interna que iba devorando, consumiendo a Bob-. Eres un buen chico, muy bueno. No te merecías esto, pero era inevitable. Lucha por llegar hasta el final. Un día, cuando haya pasado mucho tiempo, volverás a ver claras las cosas. La claridad volverá a tu cabeza.

Recuperarás la claridad, pensó Donna. Llegará un día en que todo el mundo recuperará lo que injustamente le fue arrebatado. Pueden pasar mil años, o incluso más, pero ese día llegará y se hará justicia. Tal vez estés en el caso de Tony Amsterdam, quizás hayas visto a Dios y la visión haya desaparecido temporalmente. Una visión oscurecida, pero no finalizada. Tu cerebro es una masa en llamas, circuitos que arden y no cesan de chamuscarse por más que yo te abrace. Pero quizás haya una chispa de brillante colorido en medio de ese torbellino, una chispa oculta, de forma irreconocible, que a través de su recuerdo te guíe en los años venideros, en el futuro horrible que te aguarda. Una palabra mal asimilada, algo minúsculo que has visto pero no has comprendido, un fragmento estelar que se ha mezclado con la basura de este mundo para guiarte con su brillo hasta el día que... Un día muy lejano. Donna no pudo imaginarlo. Quizás algo procedente de otro mundo, confundido entre la vulgaridad de éste, había aparecido ante Bob Arctor antes del fin. Donna no podía hacer otra cosa que no fuera abrazarle y esperar.

Pero si Bob lo redescubría, si ese momento afortunado llegaba, se produciría un proceso de reconocimiento, una comparación correcta en el hemisferio derecho. Incluso al nivel subcortical que fuera accesible a Bob. Y ese sería el fin de aquel trayecto tan espantoso, costoso y falto de objetivo para Bob.

Una luz deslumbró a Donna. Frente a ella vio un policía armado con vara y llevando en la mano una linterna.

-¡Pónganse en pie, los dos! -dijo el polizonte-. Carnets de identidad. Usted primero, señorita.

Donna soltó a Bob, que se deslizó hasta caer al suelo. Arctor no había advertido la presencia del policía. El coche patrulla había aparcado en el arcén de una carretera situada en lo alto de la colina, y aquel pasmoso les había sorprendido. Donna sacó la cartera que llevaba en el bolso y forzó al policía a alejarse un poco de Bob, donde éste no pudiera escucharla. El polizonte examinó durante un largo rato la documentación de la chica, con la ayuda de su linterna.

-Usted es una agente secreta de la policía -dijo finalmente.

-No grite, por favor -apremió Donna.

-Lo siento. -El agente le devolvió la cartera.

-Haga el favor de largarse, deprisa.

El policía iluminó la cara de Donna con la linterna y luego se marchó, con el mismo sigilo con que había aparecido.

Donna se acercó de nuevo a Bob y comprendió que éste no había visto nada en absoluto. Arctor no se daba cuenta de nada, ni de Donna ni mucho menos de otra persona.

A lo lejos sonó el motor del coche policial, prosiguiendo su ruta por aquella carretera inadvertida. Varios insectos, y quizás una lagartija, se movieron entre los secos arbustos de los alrededores. La autopista 91 quedaba delimitada por una hilera de luces, pero estaba muy lejos y ningún sonido llegaba hasta allí.

-Bob -dijo Donna con gran suavidad-. ¿Me oyes?

Silencio.

Todos los circuitos fundidos, pensó Donna. Recalentados y fundidos. Nadie podrá repararlos, por mucho que lo intenten. Y lo intentarán.

-Vamos, Bob -dijo. Tiró de aquel cuerpo, tratando de que Bob se pusiera en pie-. Debemos irnos.

-No puedo hacer el amor -contestó Arctor-. Mi herramienta ha desaparecido.

-Nos están esperando -urgió Donna-. Tengo que ingresarte.

-¿Y qué haré sin herramienta? ¿Me aceptarán?

-Te aceptarán.

Es precisa una gran sabiduría para saber cuándo hay que aplicar injusticia, pensó Donna. ¿Cómo es posible que la justicia caiga víctima, aunque sólo sea por una vez, de lo que es justo? ¿Cómo puede suceder esto? Porque este mundo está maldito, se contestó ella misma, y aquí, ahora mismo, tenemos las pruebas. En un momento dado, al nivel más profundo, se averió el mecanismo que rige todos los procesos. Y de lo que quedaba en pie brotó la necesidad de transformar la variada gama de errores que cometemos en la elección más inteligente. El fallo debió producirse hace miles de años y ahora está infiltrado en la misma esencia de todo lo que vemos. Inmerso en todos y cada uno de nosotros. Es algo que llevamos dentro cuando actuamos, cuando abrimos la boca para decir algo, cuando tomamos una decisión... No me importa cuándo, cómo o por qué empezó todo esto, pero confío en que tenga un fin, algún día. Espero, igual que Tony Amsterdam, volver a ver el brillante surtidor de chispas de todos los colores. Y confío en que todos podamos verlo. Un estrecho portal que nos abra el camino de la paz. Una estatua, el mar y la luz de la luna, o algo similar, y ningún elemento perturbador, nada que rompa la calma.

Hace mucho tiempo, miles de años, pensó Donna. Antes de la maldición, antes de que todas las cosas y todos los hombres sufrieran esta transformación. La edad de oro, cuando sabiduría y justicia eran conceptos idénticos. Antes de que todo se diseminara en fragmentos, partes rotas que no encajaban, que no podían ser recompuestas por mucho que nos esforzáramos.

Muy lejos, entre la oscuridad y uniformidad de las luces urbanas, Donna escuchó el sonido de una sirena. Un coche policial que iba persiguiendo a alguien. Le pareció oír a un animal enloquecido, ávido de sangre, sabedor de que la presa caería pronto en sus garras. Donna se estremeció. Hacía frío. Es hora de volver al coche, pensó.

No, ya no era la edad de oro. Esos ruidos en la oscuridad... ¿Soy yo la que produce esos sonidos codiciosos?, se preguntó Donna. ¿Soy yo ese ser ávido de sangre que se acerca a su presa o está aproximándose a ella?

¿Soy yo ese animal que ya ha capturado a su presa?

Bob se agitó y gimió junto a ella, mientras le ayudaba a levantarse. Donna le sostuvo de vuelta al coche, ayudándole, ayudándole, ayudándole sin desmayo. La sirena de la policía cesó de repente: había capturado su presa, cumplida su misión.

También yo he cumplido mi misión, pensó Donna mientras sostenía contra ella a Bob Arctor.

Los dos miembros del personal de New-Path observaron atentamente la piltrafa humana que yacía en el suelo: un hombre vomitando, retorciéndose

entre sus propias inmundicias, abrazándose como si quisiera anular el frío que le hacía temblar de modo tan violento.

-¿Qué es *eso*? -preguntó uno de los asistentes.

-Una persona -contestó Donna.

-¿Sustancia M?

Donna asintió con un gesto de cabeza.

-La droga le ha comido el cerebro. Otro pobre diablo.

-Triunfar es fácil -dijo Donna-. Todo el mundo puede triunfar. -Se inclinó sobre el cuerpo de Robert Arctor y, silenciosamente, se despidió de su amigo.

Adiós.

Donna abandonó New-Path sin volver la mirada. Los dos asistentes cubrieron a Bob con una vieja manta del ejército.

Donna puso en marcha el coche y se dirigió hacia la autopista más cercana, hacia el lugar donde el tráfico fuera más denso. Cogió un cartucho de Carole King, *Tapestry*, su disco favorito de entre todos los que tenía, y lo introdujo en la grabadora. Luego extrajo su pistola Ruger, adherida magnéticamente a la parte trasera del tablero de mandos. Puso la directa y siguió a un camión repleto de cajas de Coca-Cola. Mientras Carole King cantaba, Donna vació el cargador de la Ruger en las botellas de Coca-Cola que veía a un par de metros de distancia.

Carole King evocó con su suave voz las personas que se alineaban y convertían en individuos repelentes. Antes de agotar sus municiones, Donna apuntó a otras cuatro botellas. El parabrisas del coche se llenó de vidrios y salpicaduras de Coca-Cola. Después se sintió mejor.

Justicia, honestidad, lealtad... no son cualidades de este mundo, reflexionó Donna. Y acto seguido embistió a su eterno enemigo, el viejo rival, el camión de Coca-Cola, que siguió su ruta como si nada hubiera ocurrido. El coche de Donna dio una vuelta de campana. Los faros se apagaron. Chirridos horribles surgidos del guardabarros al friccionar contra un neumático. Se encontró fuera de la autopista, en el lateral, con el coche enfilando la dirección opuesta. El agua brotaba del radiador. Los automovilistas se detenían junto a ella para quedarse mirando boquiabiertos.

¡Vuelve aquí, hijo de puta!, gritó Donna para sus adentros. Pero el camión de la Coca-Cola había desaparecido, seguramente sin sufrir el menor daño. Un rasguño, como mucho. Aquella batalla contra algo que era a la vez símbolo y realidad, contra algo que era más poderoso que ella, debía terminar así. Había sido algo inevitable. Donna salió del coche pensando en las cuotas del seguro: iban a aumentar, no había duda. En este mundo, se dijo Donna, atacar al diablo es un crimen que hay que pagar en el acto... y en metálico.

Un Mustang último modelo se detuvo junto a Donna.

-¿Te apetece un paseo, guapa? -dijo el conductor.

Donna no respondió. Se puso a andar. Un ser diminuto caminando entre una infinidad de luces en movimiento.

XIV

Librodot

Samarkand House, edificio residencial de New-Path en Santa Ana, California. Una hoja de revista clavada con chinchetas en el tablón de anuncios del recibidor:

Cuando el paciente senil se despierte por la mañana y pregunte por su madre, debe recordársele que ella murió hace mucho tiempo, que él tiene cerca de ochenta años, que está internado en una casa de reposo, que estamos en 1992 y no en 1913, y que debe enfrentarse a la realidad y

El texto acababa allí. Era evidente que algún interno había arrancado el resto del artículo. Era un trozo de papel satinado, perteneciente sin duda a una revista especializada en gerontología.

-Lo primero que harás será encargarte de los cuartos de aseo -dijo George, uno de los asistentes del centro, mientras ambos recorrían el pasillo-. Los suelos, los lavabos y, sobre todo, los retretes. Hay tres cuartos de aseo en este edificio, uno en cada piso.

-De acuerdo -contestó.

-Aquí tienes una fregona y un cubo. ¿Crees que sabrás hacerlo? ¿Sabrás limpiar el cuarto de aseo? Bueno, empieza. Te estaré observando para darte consejos.

Cogió el cubo y se dirigió a la parte trasera del piso. Una vez allí, vertió jabón líquido en el recipiente y luego lo llenó de agua caliente. Agua espumosa delante suyo, no veía otra cosa. Espuma brotando mientras el agua surgía estrepitosamente.

-Si lo llenas mucho, no podrás levantarlo -le dijo George.

-Creo que no sabes explicar dónde te encuentras -expuso George al cabo de un rato.

-Estoy en New-Path. -Dejó el cubo en el suelo. El agua se derramó en parte. Se quedó mirándole fijamente.

-Sí, en New-Path. ¿Pero en dónde?

-En Santa Ana.

George alzó el cubo, mostrándole cómo debía empuñar el asa y caminar sin que el agua se cayera.

-Creo que dentro de algún tiempo te mandaremos a la isla o a alguna de las granjas. Pero antes debes aprender a fregar platos.

-Puedo hacerlo. Puedo fregar platos.

-¿Te gustan los animales?

-Sí, mucho.

-¿Animales de granja?

-Animales.

-Ya lo veremos. De momento, esperaremos a conocerte mejor. Y eso llevará algún tiempo, de todas formas. Todo el mundo, toda persona que ingresa aquí, pasa un mes fregando platos.

-Me gustaría vivir en el campo.

-Disponemos de varios tipos de instalaciones. Ya determinaremos la que más te conviene. Mira, puedes fumar aquí, pero no lo aconsejamos. Synanon es distinto, allí no te dejan fumar.

-Ya no tengo cigarrillos.

-Entregamos un paquete diario a cada residente.

-¿Dinero? -No tenía ni un centavo.

-No me entiendes. El paquete diario es gratis. Tú ya has pagado lo que vale. -George cogió la fregona, la metió en el cubo y empezó a fregar para darle una lección práctica.

-¿Cómo es que no tengo dinero?

-Por la misma razón que no tienes cartera o apellido. Pero todo se te devolverá. Todo. Lo que queremos hacer es devolverte todo lo que has perdido.

-Estos zapatos no me van bien.

-Dependemos de las donaciones que nos hacen las empresas, y, además, todo lo que nos dan es nuevo. Es posible que dentro de algún tiempo obtengamos algo de acuerdo con tus medidas. ¿Te probaste todos los zapatos que había en la caja?

-Sí.

-Vale. Aquí está el cuarto de aseo de la planta baja. Es el primero que debes limpiar. Cuando hayas acabado, cuando lo hayas dejado bien, perfecto, sube al segundo piso, con el cubo y la fregona y te acompañaré hasta el cuarto de aseo que hay allí. Y después de ese, el cuarto de aseo del tercer piso. Pero tendrás que obtener un permiso para subir a ese piso, al tercero, porque allí se alojan las chicas. Antes de subir tendrás que hablar con alguien del personal. No se te ocurra hacerlo sin que te den permiso. -Le dio una palmada en la espalda-. ¿Vale, Bruce? ¿Has comprendido todo?

-Sí. -Bruce empezó a fregar.

-Estarás haciendo este trabajo, limpiar los cuartos de aseo, hasta que lo hagas muy bien. Lo importante no es lo que haga una persona, sino que se proponga hacerlo bien y pueda sentirse orgullosa cuando lo consiga.

-¿Podré volver a ser como era antes? -preguntó Bruce.

-Entraste aquí por culpa de lo que eras antes. Si vuelves a la misma situación, regresarás a este centro, tarde o temprano. O ingresarás en otro sitio peor, quizá. ¿No te gusta estar aquí? Tienes suerte, un poco más y no te habríamos visto nunca la cara.

-Me trajo otra persona.

-Eres muy afortunado. La próxima vez quizá no haya nadie que te traiga hasta aquí. Podrían abandonarte en la cuneta de una carretera y decir: ¡Que se vaya al infierno!

Bruce siguió fregando.

-Lo mejor es empezar con los lavabos, luego la bañera, después los retretes y por último el suelo.

-De acuerdo -aceptó Bruce. Enjuagó la fregona.

-Hace falta una cierta habilidad. Pero tú aprenderás.

Bruce, concentrado en su trabajo, vio algunas grietas en el esmalte del lavabo. Puso en ellas un poco de detergente y abrió el agua caliente. El vapor se elevó en el aire. Se quedó inmóvil sumergido en aquella corriente. Le gustaba el olor.

Después de comer se sentó en la salita para tomar su taza de café. Nadie le dirigió la palabra, ya que todos pensaban que era un drogadicto sometido a la abstinencia total. Mientras bebía el café, escuchó la conversación de sus compañeros. Todos ellos se conocían.

-Si estuvieras en el pellejo de un muerto, seguirías viendo, pero bastante mal, puesto que no podrías mover los músculos oculares. Tampoco podrías mover los ojos o la cabeza. Estarías paralizado y sólo verías lo que pasara justo por delante. Lo único que harías sería esperar y esperar. Una escena terrible.

Bruce contempló el humo que surgía de la taza, sólo eso. Le gustaba aquel olor.

-¡Hey!

Una mano sobre su hombro. Una mano femenina.

-¡Hey!

Bruce miró de reojo.

-¿Cómo te va?

-Muy bien -contestó.

-¿Te sientes mejor?

-Me siento bien.

Se quedó mirando el café, el humo, y no miró a la mujer. No miró a nadie, sólo su taza de café. Le gustaba el calorcillo que tenía el vapor.

-Sólo podrías ver a alguien cuando pasara justo por delante tuyo. Sólo entonces. O cuando pasara alguien en la dirección que estuvieras mirando, pero sólo en esa dirección. Si una hoja de árbol, o algo por el estilo, te tapara el ojo, siempre verías lo mismo: una hoja de árbol. Y nada más, puesto que no podrías mover el ojo.

-De acuerdo -dijo Bruce, asiendo la taza de café con ambas manos.

-Imagínate que eres consciente. Y que estás muerto. Puedes ver y pensar, pero no estás vivo. Lo único que haces es mirar. Identificar lo que ves, pero estás muerto. Una persona puede morir y conservar la conciencia. A veces, es lo que distingues en el brillo de los ojos de una persona que murió en la infancia. Algo ya muerto, pero que sigue reflejándose. No es el cuerpo vacío el que te mira, sino algo ya muerto y que sigue observando y observando, mirando sin cesar.

-Ese es el significado de la muerte -dijo otra persona-. Cuando mueres no puedes dejar de observar cualquier cosa que haya delante tuyo. Alguna cosa sin importancia que está precisamente allí. Y no puedes elegir o cambiar nada. Has de resignarte a aceptar tal como es lo que hay allí delante.

-¿No te gustaría estar observando eternamente una lata de cerveza? Quizá no fuera tan terrible, pues no habría nada que temer.

Antes de la cena, servida en el comedor del centro, tenía lugar la sesión de Conceptos. Varios asistentes escribían Conceptos en la pizarra para que fueran posteriormente discutidos.

Bruce tomó asiento con los brazos cruzados sobre su regazo. Miró al suelo y escuchó el sonido del agua que bullía en la cafetera. El ruido intermitente acabó por asustarle. *Plof-plof.*

Seres vivos y seres muertos intercambian sus propiedades.

Todos los residentes, sentados en sillas plegables esparcidas por el comedor, discutieron el Concepto. A todos parecía resultarles familiar. Era evidente que se trataba de algo característico de la ideología de New-Path. Tal vez un Concepto aprendido de memoria y discutido después una y otra vez. *Plof-plof.*

La energía de los seres muertos es superior a la de los seres vivos.

Hablaron del nuevo Concepto. *Plof-plof.* El ruido de la cafetera fue aumentando de volumen, asustando aún más a Bruce. Pero no movió un solo dedo. Permaneció sentado, escuchando. Era muy difícil prestar atención a las discusiones. La cafetera le impedía concentrarse.

-Estamos admitiendo demasiada energía muerta dentro nuestro. E intercambiando... ¿Quiere alguien ver qué pasa con esa maldita cafetera?

Hubo un descanso mientras se examinaba la cafetera. Bruce siguió con la mirada baja, aguardando.

-Volveré a escribirlo. *Estamos intercambiando demasiada vida pasiva por la realidad exterior.*

Discutieron el punto. La cafetera dejó de hacer ruido y todo el mundo acudió a llenar su taza.

-¿Quieres café? -dijo alguien a sus espaldas, tocándole-. ¿Ned? ¿Bruce? ¿Cómo se llama? ¿Bruce?

-Sí. -Se levantó y los siguió hasta la cafetera, a esperar turno. Le observaron mientras ponía leche y azúcar en su taza. Le miraron cuando volvió a su silla, la misma de antes. Se aseguró que así fuera, se sentó y siguió escuchando. Aquel café caliente, el humo, le hizo sentirse mejor.

Actividad no significa necesariamente vida. Los quasars son activos. Y un monje meditando no es un ser inanimado.

Observó la taza vacía, un objeto de porcelana. En el fondo, por fuera, vio algo impreso y grietas en el barniz. La taza parecía muy vieja, pero había sido fabricada en Detroit.

El movimiento circular representa la forma más inerte del universo.

-Tiempo -dijo otra voz.

Bruce conocía la respuesta a eso. El tiempo es circular.

-Sí, es la hora de acabar. ¿Tiene alguien un comentario final que hacer?

-Bueno, hay que seguir la línea de menor resistencia, esa es la regla de la supervivencia. Seguirla, no encabezarla.

-Exacto, los seguidores sobreviven al dirigente. Como en el caso de Cristo. Y no al revés.

-Será mejor que cenemos, porque ahora Rick deja de servir exactamente a las cinco y media.

-Hablad de eso en el juego, pero no ahora.

Ruidos y crujidos de sillas. Bruce también se levantó. Llevó la taza de porcelana a la bandeja y se puso en la cola. Olió ropa fría a su alrededor. Buenos olores, pero fríos.

Parecen afirmar que la vida pasiva es buena, pensó. Pero no existe vida pasiva. Es una contradicción.

Se preguntó qué era la vida, qué significado tenía. Quizá no lo había entendido.

Acababa de llegar un montón enorme de llamativas ropas donadas. Algunos residentes iban cargados con ellas, otros se habían puesto camisas para probarlas.

-Hey, Mike. Te queda muy bien.

Un hombre de corta estatura y regordete, pelo rizado y cara de bulldog, estaba de pie en el centro de la sala. Trataba de ponerse un cinturón y se le veía irritado.

-¿Cómo va esto? No veo la manera de ponérmelo. ¿Por qué no da de sí? -Tenía un cinturón de ocho centímetros, sin hebilla, con anillos metálicos que no sabía cómo trabar. El hombre parpadeó y miró a su alrededor-. Creo que me han dado uno que nadie sabe manejar.

Bruce se acercó a él por detrás y aseguró el cinturón con los anillos.

-Gracias -dijo Mike. Rebuscó entre varias camisas, con los labios fruncidos-. Usaré una de estas cuando me case.

-Muy bonita -opinó Bruce.

Mike se dirigió hacia dos mujeres que estaban en el extremo opuesto de la sala y se puso por encima una camisa de flores color vino tinto. Las mujeres sonrieron al verle.

-Me voy de juerga a la ciudad -dijo.

-¡A cenar! ¡Todos adentro! -gritó el director del centro con su enérgica voz. Guiñó el ojo a Bruce-. ¿Cómo va todo, muchacho?

-Bien -contestó Bruce.

-¿Estás resfriado?

-Sí, es por culpa de la abstinencia. ¿Puedo tomar Dristan o...?

-Nada de fármacos. Nada. Entra y ponte a cenar. ¿Tienes apetito?

-Más que antes -dijo Bruce, entrando en el comedor. Alguna gente le sonrió desde sus mesas.

Después de la cena, Bruce se sentó en medio de los grandes peldaños que llevaban al segundo piso. Nadie le dijo una palabra, ya que todo el mundo asistía a una reunión en aquel mismo momento. Se quedó sentado allí hasta que terminó. La gente salió y llenó el vestíbulo.

Le miraron, y quizás alguien le habló. Permaneció en las escaleras, encogido y con los brazos cruzados, observando y observando... la alfombra oscura que tenía ante sí.

Las voces callaron.

-¿Bruce?

No se movió.

-¿Bruce?

Una mano le tocó. No dijo nada.

-Bruce, vamos a la sala. Deberías estar acostado en tu habitación, pero quiero hablar contigo.

Mike le hizo señas para que le siguiera. Bajaron juntos las escaleras y entraron en la sala, que estaba vacía. Una vez allí, Mike cerró la puerta.

Sentándose en un sillón muy hondo, Mike indicó a Bruce que hiciera lo propio delante suyo. Mike parecía cansado. Había ojeras en torno a sus ojillos. Se restregó la frente.

-Estoy levantado desde la cinco de la mañana -dijo.

Un golpe. La puerta empezó a abrirse.

-¡No quiero que entre nadie! -gritó Mike-. ¡Estamos hablando! ¿Vale?

Murmullos. La puerta se cerró.

-Mira, es mejor que te cambies de camisa un par de veces al día -dijo Mike-. Sudas como una bestia.

Bruce asintió.

-¿De qué parte del estado vienes?

Bruce no contestó.

-A partir de ahora, recurre a mí cuando te encuentres así de mal. Yo pasé por lo mismo, hace año y medio. Solían pasearme en coche, varios miembros del personal. ¿Conoces a Eddie? ¿Ese larguirucho que sólo bebe agua y se mete con todo el mundo? Me estuvo acompañando durante ocho días, sin dejarme solo ni un momento. -Mike gritó de repente-: ¿Queréis largaros? ¡Estamos hablando! ¡Id a ver la tele! -Se calló, y miró a Bruce de arriba abajo-. A veces hay que hacerlo. No dejar que una persona esté sola.

-Comprendo -dijo Bruce.

-Bruce, ten cuidado. No pienses en quitarte la vida.

-No, señor -repuso Bruce, bajando la vista.

-¡No me llames señor!

Bruce asintió.

-¿Estuviste en el ejército, Bruce? ¿Ahí empezaste? ¿Te hiciste drogadicto en el ejército?

-No.

-¿Te picabas o la tragabas?

No movió los labios.

-Señorito, he pasado diez años en chirona. Una vez, ocho tipos de nuestro corredor de celdas se cortaron el cuello el mismo día. Dormíamos poniendo los pies en el lavabo, las celdas eran muy pequeñas. Así es la cárcel, duermes con los pies en el lavabo. ¿Has estado en chirona?

-No.

-Pero por otra parte, también conocí viejos de ochenta años que eran felices estando vivos y ansiaban seguirlo estando. Recuerdo cuando estaba metido en la droga... Yo me picaba. Empecé cuando era un quinceañero y no hice otra cosa más que eso. Inyectarme una y otra vez durante diez años. Hero y sustancia M juntas... Me picaba tanto que no me quedaba tiempo para otra cosa. Ahora me he librado de todo, de la droga y la cárcel, y estoy aquí. ¿Sabes qué es lo que más noto? ¿Sabes cuál es la principal diferencia? Ahora ando por la calle y me fijo en algunas cosas. Escucho el ruido del agua cuando vamos al bosque... Dentro de poco conocerás las otras instalaciones, las granjas y todo eso. Paseo por la calle, por una calle vulgar y corriente, y veo los perros y los gatos. Antes no los veía nunca. Sólo me preocupaba la droga. -Miró su reloj-. En fin, por eso puedo comprender cómo te sientes.

-La abstinencia es muy dura -dijo Bruce.

-Todos los que están aquí han pasado por eso. Claro que algunos reincidieron. Si te vas ahora, volverás a caer. Y tú lo sabes.

Bruce asintió.

-Ni una sola persona del centro ha tenido una vida fácil. Y con eso no quiero decir que la tuya lo sea. Eddie si que te lo diría. Te explicaría que tus problemas son chorradas. Pero no es cierto. Comprendo cómo te sientes, pero yo también estuve así y ahora me encuentro mucho mejor. ¿Quién es tu compañero de habitación?

-John.

-Ah, sí, John. Debes estar en la planta baja, ¿no?

-Me gusta.

-Sí, es más caliente. Debes tener mucho frío, supongo. Como otra gente que hay por aquí. Recuerdo que yo también tenía mucho frío. Me pasaba los días temblando y me cagaba en los pantalones. Escucha, no tendrás que volver a pasar por eso si te quedas aquí, en New-Path.

-¿Cuánto tiempo?

-El resto de tu vida.

Bruce alzó la cabeza.

-Yo no puedo irme -explicó Mike-. Volvería a la droga en cuanto saliera de aquí. Tengo muchos amigos fuera, demasiados. Y no tardaría mucho en volver a comprar droga por las esquinas e inyectármela, en volver a la cárcel

por otros veinte años. Mira... ¡Hey!, tengo treinta y cinco años y voy a casarme por primera vez. ¿Conoces a Laura, mi novia?

Bruce no estaba seguro.

-Una chica bonita, algo llenita. ¿No la recuerdas?

Bruce asintió.

-Laura tiene miedo de cruzar la puerta. Alguien debe acompañarla. Vamos a ir al zoo... La semana que viene llevaremos al zoo de San Diego al hijo del director ejecutivo, y Laura está asustada a más no poder. Más de lo que estoy yo.

Silencio.

-¿Has oído lo que he dicho? -preguntó Mike-. ¿Que me asusta ir al zoo?

-Sí.

-No recuerdo haber visitado un zoo. ¿Qué se hace allí? Quizá tú lo sepas.

-Mirar jaulas y zonas valladas.

-¿Qué tipo de animales tienen?

-De todos los tipos.

-Salvajes, supongo. Normalmente salvajes. Y animales exóticos.

-En el zoo de San Diego tienen casi todos los tipos de animales salvajes.

-Tienen esos osos... ¿cómo se llaman? ¿Koalas?

-Sí.

-Vi un anuncio en la tele -explicó Mike-. Y salía un koala. Esos osos saltan y parecen muñecos de trapo.

-El viejo osito de trapo, ese que tienen los críos, lo fabricaron en los años veinte basándose en el koala.

-¿De verdad? Supongo que habría que ir a Australia para encontrar un koala. ¿O ya están extinguidos?

-Hay muchos en Australia -dijo Bruce-, pero su exportación está prohibida. No dejan sacarlos vivos, ni tampoco las pieles. Casi han desaparecido.

-Nunca he salido del país, excepto cuando pasaba mercancía de Méjico a Vancouver, en la Columbia Británica. Siempre seguía la misma ruta, así que poca cosa pude ver. Lo único que me preocupaba era llegar pronto. Conduzco uno de los coches de la Fundación. Si te sientes así, muy mal, te llevaré a dar un paseo y podremos seguir hablando. No me importa. Eddie y otros que están aquí ahora lo hicieron por mí en otro tiempo. Así que no me importa hacerlo.

-Gracias.

-Ahora deberíamos ir a tumbarnos. ¿Te han puesto ya en el turno de cocina? ¿Para poner las mesas y servir?

-No.

-Entonces te toca irte a dormir a la misma hora que yo. Nos veremos en el desayuno. Siéntate conmigo y te presentaré a Laura.

-¿Cuándo os casaréis?

-Dentro de mes y medio. Nos gustaría que estuvieras presente. La boda será aquí en el edificio, claro, así que asistirá todo el mundo.

-Gracias.

Participó en el juego, y todo el mundo le gritó. La habitación estaba llena de rostros gritando. Bruce bajó la mirada.

-¿Sabéis qué es él? ¡Un viejo verde! -Una voz aguda hizo que Bruce levantara la cabeza. Era una chica china que estaba gritando en medio de aquel estruendo-. ¡Eres un viejo verde, eso es lo que eres!

-¿Puedes orgasmarte? ¿Puedes orgasmarte tú solo? -gritaron todos los residentes, sentados en el suelo formando un círculo.

El director ejecutivo sonrió. Vestía pantalones acampanados y zapatillas de color rosa, y el brillo de sus arrugados ojos le daba un aspecto espectral. Su cuerpo oscilaba de un lado a otro mientras mantenía las piernas cruzadas sobre el mismo suelo, sin ningún cojín.

-¡Orgásmate, queremos verlo!

El director ejecutivo parecía gozar de aquella locura. Sus ojos resplandecían de alegría. Observaba lo que ocurría a su alrededor y disfrutaba. Daba la impresión de ser un bufón de alguna antigua corte, con sus vestimentas elegantes y repletas de colorido. De vez en cuando se oía el sonido áspero y monótono de su voz, un ruido que parecía brotar de un metal, de una bisagra mal ajustada.

-¡El viejo verde! -aulló la chica china. Detrás de ella, otra mujer agitó los brazos e infló las mejillas. *Plop-plop*-. ¡Aquí! -siguió gritando la china. Se puso de espaldas, mostrando a Bruce las nalgas y señalándolas con un dedo-. ¡Bésame el culo, viejo verde! ¡Te gusta dar besos! ¡Besa aquí, viejo verde!

-¡Orgásmate, queremos verlo! -insistió la concurrencia-. ¡Hazte una paja, viejo verde!

Bruce cerró los ojos, pero las voces siguieron llegando hasta sus oídos.

-¡Alcahuete! -dijo el director ejecutivo con su voz monótona-. ¡Jodido! ¡Chulo! ¡Mierda de hombre! ¡Polla tonta!

Los gritos se mezclaban en los oídos de Bruce. Levantó la vista al escuchar la voz de Mike en una momentánea y relativa calma. Mike estaba mirándole, impasible, con el rostro enrojecido y la garganta oprimida por el cuello de la camisa, demasiado pequeño.

-Bruce -dijo Mike-. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que te trajo aquí? ¿Qué quieres explicarnos? ¿Puedes contarnos alguna cosa sobre ti?

-¡Alcahuete! -gritó George, dando saltos como si fuera una pelota de goma-. ¿Qué eras antes, alcahuete?

-¡Abre el pico! -gritó la chica china, también brincando-. ¡Habla, pajillero! ¡Alcahuete, besador de culos, jodido! ¿Qué tienes que decirnos?

-Soy un ojo -dijo Bruce.

-¡Eres una mierda de hombre! -gritó el director ejecutivo-. ¡Canijo! ¡Asqueroso! ¡Pajillero! ¡Marica!

Bruce ya no oía nada. Olvidó el significado de las palabras y, finalmente, las mismas palabras.

Lo único que advirtió fue la mirada de Mike, que observaba y escuchaba sin oír nada. Bruce no recordaba cosa alguna, no entendía lo que estaba pasando, se sentía muy mal y quería irse.

El Vacío fue creciendo en su interior. Y esto le produjo una cierta alegría.

Era muy tarde.

-Echa un vistazo -dijo una mujer-. Aquí tenemos a los monstruos.

Mientras ella abría la puerta, Bruce se asustó. Escuchó el ruido que surgía de aquella habitación, una sala que le sorprendió por su tamaño, y vio muchos niños jugando en el interior.

Aquella misma noche observó cómo dos viejos daban leche y otros alimentos a los niños, sentados en una pequeña alcoba que estaba cerca de la cocina. Rick, el cocinero, sabía que todos los residentes se hallaban en el comedor, esperando la cena, pero su primera preocupación fue dar a los dos viejos la comida de los niños.

Una chica china llevaba platos al comedor.

-¿Te gustan los niños? -le preguntó, sonriendo.

-Sí.

-Puedes sentarte ahí y comer con ellos.

-¡Oh!

-Dentro de poco, un mes o dos, les darás de comer. -La mujer vaciló-. Cuando estemos seguros de que no les harás daño. Aquí tenemos una regla: no se puede pegar a los niños, hagan lo que hagan.

-De acuerdo.

Bruce sintió el calor de la vida que brotaba de aquellos niños comiendo. Se sentó. Uno de los niños más pequeños se puso en sus rodillas. Empezó a darle de comer con la cuchara. Una agradable sensación para los dos, pensó Bruce. La muchacha china le sonrió y se fue a poner los platos en el comedor.

Estuvo allí, con los niños, durante mucho rato. Cuando uno de ellos abandonaba su regazo, otro ocupaba el lugar vacante. Los dos viejos se peleaban constantemente. Ambos criticaban la forma de dar de comer a los niños que cada uno de ellos tenía. La mesa y el suelo estaban cubiertos de migas, trozos y restos de comida. Sorprendido, Bruce se dio cuenta de que los niños ya habían cenado y marchaban a su gran cuarto de juegos para ver los dibujos animados que ofrecía la televisión. No sin tropezar, se agachó para recoger la comida esparcida por el suelo.

-¡No, ese trabajo no te corresponde! -gritó irritado uno de los viejos-. Soy yo el que debe hacerlo.

-De acuerdo -dijo Bruce. Al levantarse se pegó contra el borde de la mesa. Tenía la mano llena de migas y comida y se quedó mirándola con aire pensativo.

-¡Vete al comedor y ayuda a recoger el servicio! -le dijo el otro viejo. Aquel hombre tenía un ligero defecto en el habla.

Un tipo que servía en la cocina, ayudando a fregar los platos, pasó junto a Bruce.

-Necesitas permiso para sentarte con los niños -le dijo.

Bruce asintió y se quedó parado, sin saber qué hacer.

-Ese trabajo le va muy bien al viejo -siguió diciendo el ayudante de cocina-. Hace de niñera. -Soltó una carcajada-. Es lo único que puede hacer. -Se alejó.

Sólo quedaba una criatura en la habitación, una niña que estaba mirando, estudiando a Bruce con sus grandes ojos.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó.

Bruce no contestó.

-Te he preguntado cómo te llamas.

Con mucho cuidado, Bruce tocó un trozo de carne que había en la mesa. Ya estaba frío. Pero Bruce, consciente de la compañía de la niña, sintió un cierto calor. Acarició por un instante la cabeza de la pequeña.

-Me llamo Thelma -dijo la niña-. ¿Has olvidado tu nombre? -Dio una palmadita a Bruce-. Tienes que escribirlo en la palma de tu mano, así no te olvidarás nunca. -Otra palmadita.

-¿Y no se borrará? -preguntó Bruce-. Si lo escribes en la mano, en cuanto hagas algo o te laves, se borrará.

-Oh, sí, es verdad. Bueno, pues escríbelo en la pared, en la pared de tu habitación. Muy alto, para que no se borre. Cuando quieras saber tu nombre...

-Thelma -susurró Bruce.

-No, Thelma es *mi* nombre. Debes tener un nombre distinto. Además, Thelma es un nombre de chica.

-Déjame pensar -dijo Bruce, meditando.

-Cuando volvamos a vernos te daré un nombre. Pensaré uno para ti. ¿Vale?

-¿No vives aquí?

-Sí, pero es posible que me vaya. Mi madre quiere irse de aquí, y nos llevará con ella, a mi hermano y a mí.

Bruce asintió, notando que parte de aquel calor iba desapareciendo.

La niña se fue corriendo. Una acción repentina que Bruce fue incapaz de comprender.

Debo recordar mi nombre, pensó Bruce. Al fin y al cabo, es mi responsabilidad. Se miró la mano. ¿Por qué estaba haciendo eso? No había nada que ver. Bruce, ese es mi nombre, meditó. Pero deberían existir otros nombres mejores. El poco calor que sentía desapareció. Igual que la niña.

Otra vez solo, desamparado, perdido en un lugar extraño, descontento...

Un día, Mike Westaway se las arregló para que le enviaran fuera, a recoger un lote de productos casi descompuestos que un supermercado local había donado a New-Path. Tras asegurarse de que no era seguido por ningún asistente del centro, hizo una llamada telefónica. Al cabo de un rato, se encontró con Donna Hawthorne en el mostrador de un establecimiento McDonald.

Se sentaron afuera, en una mesa de madera, con sus correspondientes hamburguesas y botellas de Coca-Cola.

-¿Crees que hemos logrado introducirle? -preguntó Donna.

-Sí -repuso Westaway. Pero ese tipo está muy jodido, pensó. ¿Para qué servirá todo esto? ¿Hemos ganado algo?, se preguntó. Pero las cosas eran así, por fuerza.

-¿No sospechan cosas raras de ese hombre?

-No.

-¿Crees que son ellos los que fabrican la mercancía?

-No soy yo el que lo cree, son ellos. -Los que nos pagan, pensó.

-¿Qué significa el nombre?

-*Mors ontologica.* Muerte del espíritu. La identidad. La naturaleza esencial.

-¿Podrá actuar ese hombre?

Westaway contempló los coches y la gente que pasaba. Estaba manoseando su hamburguesa y su mirada reflejaba irritación.

Librodot

-No lo sabes, ¿verdad? -dijo Donna.

-Nunca se sabe hasta que sucede. Hasta que un recuerdo, unas cuantas células chamuscadas vuelven a la vida. Es un reflejo. Una reacción, no una acción. Nos queda la esperanza, sólo eso. Recuerda lo que Pablo dijo en la Biblia: fe, esperanza y caridad. -Observó a la chica que tenía delante, una mujer guapa, morena. Su rostro inteligente aclaraba por qué Bob Arctor... No, pensó Mike. Bruce. Aunque sea pensando, debo llamarle Bruce. Si no lo hago así, me encontraré con que sé demasiadas cosas, cosas que ni debo ni puedo saber. Pero ahora me explico por qué Bruce tenía tan metida en su cabeza a esta mujer. Cuando tenía cabeza, claro.

-El estaba muy bien preparado -dijo Donna, en un tono de voz que a Mike le pareció de extraordinaria congoja. Y al mismo tiempo, una expresión de dolor apareció y desapareció instantáneamente en el rostro de Donna, deformando sus facciones-. Hay que pagar un precio tan alto... -añadió, como si pensara en voz alta. Bebió un poco de Coca-Cola.

Es el único camino, pensó Mike. El único medio para meterse allí. Yo no puedo hacerlo, eso es una verdad como un templo. Y llevo mucho tiempo intentándolo, pero ellos sólo dejarán entrar a un flipado como Bruce, un hombre inofensivo, alguien que sea... como debe ser. De lo contrario, no se arriesgarán. Esa es su línea.

-El gobierno exige mucho, demasiado -comentó Donna.

-La vida exige mucho.

-En este caso se trata del gobierno federal -dijo Donna. Estaba mirando fijamente a Mike, conteniendo su irritación-. Nos exige mucho, a ti y a mí. Y a... A ese hombre que en tiempos fue mi amigo.

-Sigue siendo tu amigo.

-No, te refieres a lo que queda de él -puntualizó cruelmente Donna.

Lo que queda de él, pensó Mike Westaway, sigue buscándote, a su manera. También él se sentía triste. Pero el día era muy agradable, la gente y los coches le animaban y el aire olía muy bien. Además, había una perspectiva de triunfo, el detalle que más levantaba su moral. Si habían llegado tan lejos, podían alcanzar la meta.

-Creo que no hay nada más terrible que sacrificar algo o alguien, un ser viviente -dijo Donna-, sin que ese ser lo sepa. Si lo *supiera*, si lo comprendiera y se ofreciera voluntario... -Gesticuló-. Pero él no lo sabe, nunca lo supo. Ni se ofreció voluntario...

-Claro que lo hizo. Era su trabajo.

-No tenía la menor idea, ni la tiene ahora. Porque ahora ya no tiene ideas, ninguna. Y lo sabes tan bien como yo. Nunca volverá a tener ideas, mientras viva. Sólo reflejos. Y no fue por accidente, sino porque se suponía que había de ser así. De modo que ahora nos toca soportar este... horrible karma. Lo noto en mi espalda. Es como si estuviera aguantando un cadáver. Llevo sobre mi espalda un cadáver, el de Bob Arctor, por mucho que él siga viviendo. -Donna había alzado la voz sin advertirlo. Mike Westaway hizo disimulados gestos hasta que la chica se tranquilizó. En otras mesas de madera, algunos clientes habían olvidado por un momento sus hamburguesas y miraban tratando de averiguar qué ocurría.

-Bueno, considéralo desde otro punto de vista -expuso Mike después de una pausa-. No pueden interrogar a alguien, a lo que sea, que carece de mente.

-Debo volver a mi trabajo -dijo Donna. Miró su reloj-. Les diré que todo parece ir bien, de acuerdo con lo que tú me has explicado. En tu opinión.

-Hay que esperar hasta el invierno.

-¿Hasta el invierno?

-Exacto. No importan las razones, pero así es. El asunto funcionará en el invierno próximo, o no funcionará en absoluto. Será entonces cuando triunfemos o fracasemos. -Justo en el solsticio, pensó Mike.

-Una época muy apropiada. Todo está muerto y cubierto de nieve.

-¿En California? -Mike se echó a reír.

-El invierno, el ocaso del espíritu. *Mors ontologica*. Cuando el espíritu muere.

-Aunque en realidad sólo esté dormido -añadió Westaway. Se levantó-. También yo debo irme. Debo recoger unos fiambres.

Donna se quedó mirándole. Sus ojos reflejaban consternación, tristeza, dolor...

-Es para la cocina -explicó Westaway-. Zanahorias, lechugas y cosas por el estilo. Una donación del supermercado McCoy para nosotros, los pobres desgraciados de New-Path. Sé que esos alimentos no estarán en muy buenas condiciones y por eso he dicho fiambres. Pero no pretendía hacer un chiste, no pretendía nada. -Dio una palmada en la espalda a Donna. Y al hacerlo, al tocar la chaqueta de cuero de aquella mujer, se le ocurrió que quizá la prenda era un regalo de Bob Arctor, un obsequio hecho en una época mejor y mucho más feliz.

-Hemos trabajado juntos en esto durante mucho tiempo -dijo Donna en un tono de voz reposado, moderado-. Pero ya estoy cansada. Tengo ganas de llegar al final. Algunas noches, cuando no puedo dormir, pienso, mierda, somos más insensibles que ellos, que el adversario.

-Mirándote, no puedo creer que seas una persona insensible. Claro que no te conozco demasiado. Lo que veo, y muy claramente, es una de las personas más cordiales que conozco.

-Parezco cordial, eso es lo que ve la gente. Una mirada afectuosa, un rostro encantador, una sonrisa cálida... todo es pura apariencia. Pero por dentro soy fría, una máquina de fabricar mentiras. No soy lo que parezco ser. Soy espantosa. -La voz de Donna se mantuvo sosegada. Sonreía mientras hablaba y sus ojos, grandes y tiernos, no mostraban malicia alguna-. Pero así ha de ser, no hay más remedio. ¿No es cierto? Hace mucho tiempo que lo comprendí y por eso finjo. No es una situación insoportable. Te permite obtener todo lo que deseas. Y hasta cierto punto, todas las personas son iguales. Lo que es francamente malo es que... soy una mentirosa. Mentí a mi amigo, mentí a Bob Arctor desde que nos conocimos. Un día le dije que no creyera en nada que yo dijera. Pensó que era una broma, claro, no me hizo caso. Pero se lo dije. Si no quiso escucharme, si no quiso creerme, la culpa es de él, no mía. Le advertí, pero él olvidó la advertencia al momento y siguió adelante, aceptó el engaño.

-Hiciste lo que debías hacer. Más de lo que debías.

-Bien, en realidad no hay nada que deba informar, hasta el momento -dijo Donna poniéndose en pie-. Sólo que, en tu opinión, se ha introducido y le han aceptado. No han podido sonsacarle nada en esos... -Se estremeció-. En esos juegos asquerosos.

-Ya nos veremos. -Hizo una pausa-. La gente del gobierno no querrá esperar hasta que llegue el invierno.

-Tendrá que hacerlo, hasta el solsticio de invierno.

-¿Qué?

-Esperar. Y rezar.

-Vaya tontería -dijo Donna-. Rezar es una tontería. Yo lo hacía en otros tiempos, y mucho, pero lo dejé. Si las oraciones sirvieran de algo, no tendríamos que hacer esto, lo que estamos haciendo. Es otro engaño.

-Como tantas cosas. -Donna empezó a caminar y Mike la siguió un trecho. Aquella mujer le atraía, le gustaba-. No creo que tú destruyeras a tu amigo. Tengo la impresión de que has quedado tan destrozada como la víctima, por mucho que no se te note. De todas formas, no había otra alternativa.

-Iré al infierno -dijo Donna. De repente, sonrió. Una sonrisa juvenil que iluminó toda su cara-. Me educaron en el catolicismo.

-Dicen que en el infierno te venden bolsas de mierda a cinco dólares. Y cuando llegas a casa descubres que hay un montón de bombones dentro de ellas.

-Bombones hechos con lo que cagan los pavos.

Fueron las últimas palabras de Donna. Cuando Mike se dio cuenta, la chica había desaparecido. Se había esfumado entre el tumulto de gente que iba de un lado para otro. Mike parpadeó. ¿Así debía sentirse Bob Arctor?, se preguntó. Sí, seguro. Estaba aquí hace un momento. Incluso me pareció que no se iría nunca. Y después... nada. Se ha esfumado como el fuego o el aire, como un elemento de la tierra que vuelve a la tierra. Para confundirse con la gente ordinaria que siempre nos rodea. Mezclada entre la gente. La mujer esfumada. Una transformación que se produce cuando Donna quiere. Nada ni nadie puede permanecer a su lado.

Pretendía atrapar el viento, pensó Mike, igual que Arctor. Es inútil tratar de poner firmemente tus manos sobre un agente de la brigada de narcóticos. Son gente furtiva, sombras que desaparecen siguiendo el dictado de su trabajo, como si nunca hubieran estado en el lugar que uno las ha visto. Arctor estaba enamorado de un espectro policial, una especie de holograma que un hombre puede atravesar... para encontrarse solo al otro lado y sin haber podido asirlo, sin haber tocado la imagen, la chica.

El *modus operandi* de Dios consiste en transmutar el mal en el bien, reflexionó Mike. Si está actuando aquí, está haciendo tal cosa ahora mismo, aunque nuestros ojos sean incapaces de verlo. El proceso se oculta bajo la superficie de la realidad y emerge únicamente después. Quizás ante los ojos de nuestros futuros descendientes. Gente mezquina que no conocerá la terrible guerra que hemos padecido, y las pérdidas que hemos sufrido, como no sea a través de una nota al pie de algún libro de historia de escasa difusión. Una simple mención que no incluirá la lista de los muertos en combate.

Lo justo sería que erigieran un monumento a los que murieron en la batalla, pensó Mike. Y a los que no murieron, a los que tuvieron que vivir después de sufrir la muerte. Como Bob Arctor. El caso más triste de todos.

Donna es una mercenaria, meditó Mike Westaway. Pero no a sueldo. Son los tipos más fantasmales, esos que cuando desaparecen lo hacen para siempre. Y después, nuevos nombres, nuevas señas. Te preguntas, ¿dónde está ahora esa chica? Y la respuesta es...

En ninguna parte. Porque en realidad nunca la has visto.

Mike volvió a sentarse a la mesa de madera para acabar la hamburguesa y la Coca-Cola. Eran productos mejores que cualquier otra cosa que sirvieran en New-Path. Por más que la hamburguesa hubiera sido hecha con anos de vaca triturados.

Llamar a Donna, volver a verla, poseerla... Quiero lo mismo que Bob Arctor quería, se dijo Mike. Quizá Bob haya tenido suerte al estar allí, y no aquí, en la vida normal. Pero la tragedia de su vida seguía existiendo. Amar a un espíritu etéreo, esa era la auténtica desgracia, la desesperanza personificada. El nombre de Donna, sus apellidos y residencia, no aparecerían nunca en documento alguno. Hay chicas así, las que más te hacen perder la cabeza, con las que no tienes la menor esperanza. La has perdido en el mismo momento que la abrazas.

Tal vez hayamos salvado a Bob de algo peor, fue la conclusión de Westaway. Y al mismo tiempo, hemos dado una utilidad a lo que quedaba de él. Una utilidad excelente y de gran valor.

Si es que la suerte nos sonríe.

-¿Sabes algún cuento? -preguntó un día Thelma.

-Sé el cuento del lobo -dijo Bruce.

-¿El lobo y la abuelita?

-No. El del lobo blanco-y-negro. Se subía a un árbol e iba cayendo una y otra vez sobre los animales del granjero. Por fin, el granjero reunió a sus hijos y a los amigos de sus hijos y se pusieron al acecho del animal, esperando a que el lobo blanco-y-negro se dejara ver. Al cabo de un rato, el lobo atacó a un animal de color oscuro y aspecto sarnoso, y todos dispararon y mataron a aquella bestia de pelaje blanco-y-negro.

-Oh, es un cuento demasiado malo.

-Pero recogieron la piel -prosiguió Bruce-. Despellejaron al gran lobo blanco-y-negro que atacaba desde los árboles y conservaron su maravilloso pelaje para que otra gente que llegara allí después pudiera ver cómo había sido aquel animal y se maravillaran al contemplar su fuerza y tamaño. Las futuras generaciones hablaron de aquel lobo, relataron numerosas historias sobre su bravura y majestad y derramaron lágrimas por su muerte.

-¿Por qué lo mataron?

-Debían hacerlo. Con los lobos no hay otro remedio.

-¿Sabes otros cuentos? ¿Otros mejores?

-No, ése es el único que sé.

Bruce recordó cuánto había disfrutado el lobo con su gran habilidad para saltar, con los brincos incansables de su esbelto cuerpo. Pero ese cuerpo ya no existía, había sido abatido por animales descarnados que de todos modos también serían masacrados y devorados. Animales sin fuerza que nunca saltaban, que no se enorgullecían de sus cuerpos. El lado bueno del asunto era que estos animales seguían andando, bien que con grandes esfuerzos. Y el lobo blanco-y-negro no se había lamentado, no había dicho nada ni siquiera cuando le dispararon. Sus fauces habían seguido aferradas a la presa. Para nada. Pero era su forma de actuar y gustaba de hacer tales cosas. No conocía otro modo, otro estilo de vida. No sabía hacer más que eso. Y lo atraparon.

-¡Aquí viene el lobo! -exclamó Thelma, dando torpes saltos-. ¡Auuu, auuu! -Quiso coger diversos objetos, pero no pudo.

Bruce, consternado, advirtió que algo fallaba en aquella niña. Por primera vez desde que la conocía, vio que Thelma era una subnormal. Sumido en la tristeza, se preguntó cómo podían ocurrir cosas así.

-Tú no eres el lobo -dijo.

Mas aún no siéndolo, Thelma seguía tropezando, saltando torpemente, tirando objetos al suelo. No era el lobo, pero el desequilibrio continuaba existiendo. ¿Cómo es posible que...

Ich unglücksel' ger Atlas! Eine Welt,
Die ganze Welt der Schmerzen muss ich tragen,
Ich trage Unerträgliches, und brechen
Will mir dar Herz im Leibe.

...pueda existir tanta tristeza?, pensó Bruce. Se alejó.

Thelma siguió jugando a sus espaldas. Otro brinco, otra caída. ¿Qué debe sentirse estando en esas condiciones?, se preguntó.

Recorrió el pasillo en busca de la aspiradora. Le habían ordenado que limpiara con todo cuidado el gran cuarto de los juegos donde los niños pasaban la mayor parte del día.

-Al fondo del corredor, a mano derecha -le dijo alguien. Era Earl.

-Gracias, Earl -contestó Bruce.

Llegó hasta una puerta cerrada y empezó a llamar, pero enseguida optó por abrirla.

En el interior de la habitación había una vieja sosteniendo tres pelotas de goma y tratando de hacer malabarismos con ellas. Se volvió hacia Bruce, sonriéndole y mostrando al hacerlo los pocos dientes que quedaban en su boca. Pelo lacio, canoso, caía sobre sus hombros. Llevaba calcetines cortos de color blanco y zapatos de jugar al tenis. Bruce vio unos ojos hundidos que le sonreían, y una boca casi vacía.

-¿Puedes hacer esto? -preguntó la mujer con una voz sibilante. Lanzó las tres pelotas al aire. Cayeron sobre su cabeza y rebotaron hasta el suelo. La vieja se agachó, riendo y escupiendo al mismo tiempo.

-No, no sé hacerlo -repuso Bruce, paralizado por la consternación.

-Yo sí.

Aquella anciana y enjuta criatura recogió las pelotas. Los huesos de los brazos crujían en cuanto hacía un movimiento. Torció los ojos y trató por segunda vez de ejecutar sus malabarismos.

Otra persona apareció en la puerta, detrás de Bruce, y se quedó allí, observando también la escena.

-¿Cuánto tiempo lleva practicando? -preguntó Bruce.

-Muchísimo tiempo -contestó el recién llegado-. Vuelve a probar. ¡Estás a punto de lograrlo!

La vieja cloqueó al agacharse para recoger las pelotas por enésima vez.

-Hay una allí -dijo el otro hombre-, bajo la mesita de noche.

-¡Ohhhh! -gritó la anciana.

Estuvieron observándola durante un buen rato. La escena fue repitiéndose: recogía las pelotas, apuntaba con todo cuidado, aseguraba su equilibrio, lanzaba las pelotas al aire, se encorvaba mientras caían sobre su cuerpo o su cabeza, volvía a recogerlas...

El hombre que había detrás de Bruce suspiró y dijo:

-Donna, será mejor que vayas a lavarte. No estás limpia.

-Esa no es Donna -dijo Bruce, tremendamente sorprendido-. ¿Es Donna? -Observó a la vieja y sintió un terror indescriptible. Había lágrimas en los ojos de la anciana, que había devuelto la mirada a Bruce. Pero reía y reía. Bruce esquivó las tres pelotas que la mujer le había tirado con la esperanza de darle.

-No, Donna, no hagas eso -dijo el otro hombre-. No tires las pelotas a la gente. Debes recogerlas y lanzarlas bien alto, como viste que hacían por la tele. Pero ahora tienes que lavarte. Tienes mal olor.

-Bueno -contestó la anciana, y salió de la habitación a toda prisa. Una masa de huesos en movimiento. Las tres pelotas aún oscilaban en el suelo.

El otro hombre cerró la puerta.

-¿Cuánto tiempo lleva Donna aquí? -inquirió Bruce, mientras ambos avanzaban por el pasillo.

-Mucho tiempo. Yo entré hace seis meses y ya estaba aquí. Lo de los juegos malabares empezó hace una semana.

-Entonces no puede ser Donna. No, porque lleva más de seis meses en el centro. Además, sólo hace una semana que yo ingresé.

Donna me trajo aquí en su MG, pensó Bruce. Lo recuerdo porque tuvimos que detenernos para llenar el radiador. Donna tenía muy buen aspecto entonces. Ojos tristes y aspecto afligido, pero tranquila, serena. Con su chaqueta de cuero, sus botas, su bolso con la pata de conejo colgando... La Donna de siempre.

Siguió buscando la aspiradora. Se sentía mucho mejor, pero no sabía por qué.

XV

-¿Podría ocuparme de los animales? -preguntó Bruce.

-No -repuso Mike-. Creo que te enviaré a una de nuestras granjas. Quiero probar cómo se te dan las plantas, durante algunos meses. Al aire libre, donde puedas tocar la tierra. Ya hemos tirado demasiados cohetes tratando de conquistar el espacio. Ahora quiero que tú trates de conquistar...

-Quiero vivir con algo vivo.

-La tierra vive. Nuestro planeta aún sigue vivo. Será una experiencia muy útil para ti. ¿Tienes algún conocimiento sobre agricultura? ¿Semillas, cultivo, recolección?

-Trabajaba en una oficina.

-Vivirás al aire libre de ahora en adelante. Si recuperas tu mente, ha de ser de una forma natural. Ya no puedes pensar, sólo trabajar. Te dedicarás a la siembra, al cultivo de nuestras plantaciones vegetales, que es como las llamamos, o a matar insectos. Esto último, acabar con los insectos mediante productos adecuados, nos da mucho trabajo. No obstante, tenemos mucho cuidado con los sprays de insecticidas. Pueden hacer más daño que bien. Pueden envenenar las cosechas, el suelo y las mismas personas que los utilizan. Los insecticidas devoran la cabeza del que los usa. Algo parecido a lo que te ocurrió a ti.

-De acuerdo -contestó Bruce.

Te dieron una buena rociada de insecticida, pensó Mike mientras observaba al otro hombre. Y por eso te has convertido en un insecto. Un

insecto muere cuando lo rocías con un producto tóxico. Pero si haces lo mismo con un hombre, con su cerebro, obtienes un insecto que revolotea describiendo un círculo cerrado hasta que llegue la muerte final. Una máquina refleja, como una hormiga, que repite la última instrucción recibida.

Nada nuevo volverá a introducirse en el cerebro de ese hombre, meditó Mike, porque su cerebro ya no existe.

Y con el cerebro, desapareció esa persona que en otros tiempos pudo contemplar el mundo. La persona que yo nunca conocí.

Aunque es posible que si le colocamos en el lugar apropiado, en la posición correcta, todavía pueda bajar la mirada y descubrir la tierra. Reconocer que sigue estando allí. Y colocar en esa tierra algo que vive, algo distinto a él. Para que crezca.

Crecer: precisamente lo que él, o «eso» que es él, no puede hacer. Es una criatura muerta, no puede volver a crecer, sólo vegetar hasta que sus restos también mueran. Y entonces recogeremos lo que quede para hacerlo desaparecer.

No hay mucho futuro para alguien que ha muerto, pensó Mike. Por lo general, sólo existe pasado. Pero Arctor-Fred-Bruce ya ni siquiera tiene pasado. Sólo le queda esto.

Mientras conducía el coche del centro, la desplomada figura que había a su lado se agitó violentamente. Reanimada por el movimiento del vehículo.

Me pregunto, pensó Mike, si fue New-Path la que hizo esto a Bruce. ¿Le enviaron una sustancia para conseguir esto, para obligarle a recorrer un camino tal *que en último término le llevara hasta ellos*?

Para edificar su civilización dentro del caos, siguió pensando. Si es que puede hablarse de «civilización».

Mike no lo sabía. No llevaba en New-Path el tiempo suficiente. El director ejecutivo le había informado en cierta ocasión de que sus tareas no le serían reveladas hasta que pasara otros dos años más como miembro del personal.

Y tales tareas, había dicho el director, no tenían nada que ver con la rehabilitación de drogadictos.

Solamente el director ejecutivo, Donald, conocía la procedencia de los fondos de New-Path. Siempre había dinero. Bueno, pensó Mike, fabricar sustancia M da mucho dinero. En granjas rurales muy apartadas, pequeñas tiendas, diversas instalaciones etiquetadas con el nombre «escuelas»... Dinero que corre por todas partes. En la fabricación, distribución y venta final. Lo suficiente, como mínimo, para mantener la solvencia y crecimiento de New-Path... Y para otras cosas. Suficiente para diversos objetivos finales.

Claro que todo dependía de lo que New-Path pretendiera hacer.

Él sabía algo -mejor dicho, lo sabía el Departamento de Limitación de Drogas de los Estados Unidos-, algo que la mayoría de los ciudadanos e, incluso, la misma policía, desconocía.

La sustancia M, al igual que la heroína, era un producto orgánico, no una síntesis de laboratorio.

Cuando pensaba, cosa frecuente, que todos aquellos beneficios podrían mantener la solvencia *y el crecimiento* de New-Path, sabía muy bien lo que esa palabra significaba.

Los vivos, siguió reflexionando, nunca debían ser utilizados para servir los intereses de los muertos. Muy al contrario, los muertos -echó una ojeada

a Bruce, la hueca figura que estaba junto a él- deberían servir los intereses de los vivos, si ello fuera posible.

Es ley de vida, razonó.

Y los muertos, suponiendo que tuvieran sensibilidad, se sentirían mucho mejor actuando de tal modo.

Los muertos, pensó Mike, que todavía sean capaces de ver, aunque no de comprender: los muertos son nuestras cámaras.

XVI

Encontró un pequeño fragmento de hueso debajo del fregadero de la cocina, entre las cajas de jabón, cepillos y cubos. Parecía un hueso humano y se preguntó si habría pertenecido a Jerry Fabin.

Esto le hizo recordar un hecho ocurrido en un momento muy lejano de su vida. Había vivido con otros hombres y estos bromeaban a veces diciendo que tenían una rata llamada Fred y que el animal vivía debajo del fregadero. Un día, explicaron a la gente, no tenían nada que comer y tuvieron que matar a la pobre y vieja rata que era Fred.

Quizás aquel hueso era lo que quedaba de la rata, el animal que había vivido bajo el fregadero y que ellos se habían inventado para que les hiciera compañía.

Estaban hablando en la sala. Bruce oyó la conversación.

-Este tipo estaba más chiflado de lo que parecía. Así lo pensaba yo. Un día, se fue a Ventura con su coche, para buscar a un viejo amigo que vivía en el campo, cerca de Ojai. Reconoció la casa nada más verla, sin necesidad de comprobar el número, se detuvo y preguntó a la gente dónde estaba Leo. «Leo ha muerto. Siento darle la noticia». Y este tío les contestó, «Bueno, ya volverá el jueves». Se marchó otra vez hacia la costa y supongo que el jueves siguiente regresaría para preguntar por Leo. ¿Qué te parece?

Bruce siguió escuchando la charla mientras tomaba una taza de café.

-...funciona, y se encuentra con que el listín de teléfonos sólo incluye un número. Hay que llamar a ese número para todo lo que se desee. Es el mismo número relacionado en página tras página... Estoy hablando de una sociedad completamente flipada. Y en la cartera tienes aquel número, el número, apuntado junto a los nombres de diversas personas. Si te olvidas del número, no puedes llamar a nadie.

-Puedes telefonear a información, en ese caso.

-No, porque información tiene el mismo número.

Bruce escuchaba atentamente. Ese lugar, el que estaba describiendo el hombre que hablaba, era muy interesante. Cuando llamabas a ese número, te decían que te habías equivocado, o que aquel teléfono estaba fuera de uso. Así que volvías a llamar, al mismo número, y entonces encontrabas a la persona que querías encontrar.

Si un paciente visitaba al médico -el único que había, especializado en todo-, sólo existía una medicación posible, que el doctor prescribía después de examinar al enfermo. Te llevabas la hoja a la farmacia y el farmacéutico era incapaz de entender qué había escrito allí el médico. En consecuencia, te daba las únicas píldoras que tenía: aspirinas. Un medicamento que lo curaba todo.

Si infringías la ley -la única ley, que todo el mundo se saltaba a la torera una y otra vez-, el polizonte tomaba nota de la infracción, no con pocos esfuerzos. Y siempre era la misma infracción. Toda infracción de la ley era castigada con idéntica pena. No había diferencia alguna entre cruzar la calle con los ojos cerrados o cometer alta traición: todo se castigaba con la pena de muerte. Y existía gran agitación para abolirla, pero era inútil. Sin pena de muerte no habría ningún castigo posible para los que, por ejemplo, cruzaran la calle imprudentemente. Y así, la pena de muerte continuó constando en el código hasta que finalmente la comunidad se flipó del todo y murió. Bueno, no se fliparon porque ya lo estaban antes. Desaparecieron uno a uno, conforme iban infringiendo la ley, y se supone que murieron.

Supongo que cuando la gente se enteró de que había muerto el último de aquellos hombres, pensó Bruce, debieron preguntarse cómo debían ser esos tipos, los que habían desaparecido. Veamos... Bueno, volveremos el jueves. No estaba muy convencido de su razonamiento, pero se puso a reír, y como lo hizo en voz alta, todos los que se encontraban en la sala le imitaron.

-Muy bien, Bruce -dijeron.

Aquel dicho se había convertido ya en una especie de frase de efecto, la frase que se repite una y otra vez, todas las semanas, en las películas de dibujos animados que dan por TV. Cuando algún residente de Samarkand House no entendía algo o no podía encontrar lo que le habían pedido que buscara (un rollo de papel higiénico, por ejemplo), la respuesta inevitable era, «Bueno, supongo que volveré el jueves». La paternidad de la frase se atribuía a Bruce. Era su dicho. Había calado hondo en Samarkand House, y significaba algo para todos los residentes.

Una noche, durante una sesión de Juego, llegó el momento en que los residentes reconocían los méritos de cada uno de ellos en cuanto a las aportaciones hechas a New-Path, conceptos y cosas por el estilo. El mérito que se reconoció a Bruce fue su habilidad para el humor, para ver el lado divertido de las cosas sin importar cuán mal se encontrara. Todos los residentes aplaudieron desde sus respectivos lugares en el círculo. Bruce alzó la vista, sorprendido y vio las sonrisas de todos sus compañeros, la calurosa aprobación que se reflejaba en todas las miradas. El sonido de aquel aplauso permaneció muy dentro de él, en su corazón, durante un largo período de tiempo.

XVII

A finales de agosto, dos meses después de su ingreso en New-Path, fue trasladado a una granja del valle de Napa, situado tierra adentro en la California septentrional. El país del vino, repleto de excelentes viñedos californianos.

Donald Abrahams, director ejecutivo de la Fundación New-Path, firmó la orden de traslado, a instancias de Michel Westaway, un miembro del personal que se había interesado mucho por las posibilidades de hacer algo especial con Bruce. En especial desde que el Juego no había podido proporcionarle ayuda alguna. En realidad, aquellas sesiones le habían dejado en peores condiciones.

-Te llamas Bruce -dijo el capataz de la granja. Bruce había bajado torpemente del coche, arrastrando su maleta.

-Me llamo Bruce -repitió.

-Vamos a probarte en la granja durante algún tiempo, Bruce.

-De acuerdo.

-Creo que esto te gustará más, Bruce.

-Creo que esto me gustará más. Esto será mejor.

-Te han cortado el pelo hace poco, por lo que veo.

-Sí, me han cortado el pelo. -Bruce se pasó la mano por su afeitada cabeza.

-¿Por qué?

-Me cortaron el pelo porque me encontraron en el piso de las mujeres.

-¿Es el primer corte de pelo?

-Es el *segundo*. -Bruce hizo una pausa y luego añadió-: Un día me puse muy violento. -Se quedó inmóvil, aún sosteniendo la maleta. El capataz le hizo una seña para que la dejara en el suelo-. Quebranté la regla de la violencia.

-¿Qué hiciste?

-Arrojé una almohada.

-Bien, Bruce. Ven conmigo y te enseñaré dónde dormirás. Aquí no tenemos un edificio central. Hay una cabaña para cada seis personas. Duermen y se hacen la comida allí, y están allí cuando no hay trabajo que hacer. Sólo se trabaja, no hay sesiones de Juego. Se han acabado los juegos para ti, Bruce.

Bruce pareció alegrarse. Una sonrisa apareció en su cara.

-¿Te gustan las montañas? -El capataz señaló hacia su derecha-. Mira. Montañas. Sin nieve, pero son montañas. Santa Rosa queda a la izquierda. En las laderas de esas montañas crecen vides realmente grandes. Nosotros no cultivamos eso. Diversos productos farmacéuticos, pero no vides.

-Me gustan las montañas.

-Míralas. -El capataz volvió a señalar. Bruce no miró-. Te conseguiremos un sombrero. No puedes trabajar en el campo con la cabeza así, pelada. No empieces a trabajar hasta que te demos un sombrero, ¿vale?

-No empezaré a trabajar hasta que me deis un sombrero.

-Aquí es muy bueno el ambiente.

-Me gusta.

-Sí. -El capataz indicó a Bruce que recogiera su maleta y le siguiera. Observó a Bruce y se sintió embarazado: no sabía qué decir. Era algo que ya había experimentado, siempre que llegaban tipos como éste-. A todos nos gusta este ambiente, Bruce. A todos, te lo digo de verdad. Tenemos eso en común. -Todavía tenemos algo en común, pensó.

-¿Veré a mis amigos? -preguntó Bruce.

-¿Te refieres a la gente que había allí? ¿Los residentes del centro de Santa Ana?

-Mike, Laura, George, Eddie, Donna.

-La gente de las residencias no viene a las granjas. Nuestro trabajo es exclusivo. Pero es probable que vuelvas allí una o dos veces al año. Celebramos reuniones en Navidad y...

Bruce se había detenido. El capataz le indicó que se moviera.

-La próxima reunión será el día de acción de gracias. Los trabajadores de las granjas volverán a sus residencias de origen y permanecerán en ellas durante dos días. Luego regresarán aquí, hasta Navidad. Así que volverás a verlos. Si es que no los han trasladado a otros centros, claro está. Faltan

tres meses. Pero se supone que tú no puedes mantener relaciones aquí, en New-Path... ¿No te lo han dicho? Tienes que relacionarte con la familia como si fuera un todo.

-Lo entiendo. Nos lo hicieron aprender de memoria como una parte del Credo de New-Path. -Observó a su alrededor-. ¿Puedo beber un poco de agua?

-Te mostraremos dónde está el agua. Tienes agua en tu cabaña, pero también hay una fuente pública, para toda la familia. -Guió a Bruce hacia una de las cabañas prefabricadas-. Nuestras instalaciones agrícolas no permiten el libre acceso, ya que tenemos plantaciones experimentales, cultivos híbridos, y queremos evitar una posible propagación de los productos insecticidas que utilizamos. La gente que entra aquí, incluso los miembros del personal, queda impregnada de restos de pesticidas. En la ropa, zapatos y cabello. -El capataz eligió una cabaña al azar-. Esta será la tuya. La 4-G. ¿Te acordarás?

-Todas son muy parecidas.

-Fíjate en algún detalle que te permita reconocer la cabaña. Algo que puedas recordar con facilidad, algo que tenga colorido. -Abrió la puerta de la cabaña. Un aire caliente y repugnante brotó del interior-. Creo que te pondremos primero con las alcachofas. Tendrás que llevar guantes, ¿sabes? Las alcachofas tienen pinchos.

-Alcachofas.

-¡Ah! También tenemos hongos. Cultivos experimentales. Herméticamente cerrados, desde luego. Toda persona que se dedica al cultivo de hongos domésticos ha de mantener aislada la plantación. Si no se hace así, las esporas patógenas podrían contaminar la tierra cercana. Las esporas de los hongos son diseminadas por el aire, claro está. Es un riesgo que corren todos los cultivadores de hongos.

-Hongos -repitió Bruce. Entró en la cabaña, notando la oscuridad y el calor que reinaban en ella. El capataz le siguió con la mirada.

-Sí, Bruce -dijo el capataz.

-Sí, Bruce -repitió Bruce.

-Bruce, despierta.

Bruce hizo un gesto de asentimiento y se quedó inmóvil en la deprimente oscuridad de la cabaña, con la maleta aún en las manos.

-De acuerdo -dijo.

Se atontan en cuanto oscurece, pensó el capataz. Como las gallinas.

Un hombre que vegeta entre vegetales, se dijo. Hongos entre hongos. Elíjase lo que se prefiera.

El capataz hizo descender la bombilla eléctrica que había en la cabaña y empezó a mostrar a Bruce cómo manejarla. Bruce no pareció interesado. Había vuelto a vislumbrar las montañas y estaba mirándolas fijamente, como si hasta ahora no hubiera advertido su presencia.

-Montañas, Bruce, montañas -dijo el capataz.

-Montañas, Bruce, montañas -repitió Bruce. Siguió mirándolas.

-Ecolalia, Bruce, ecolalia.

-Ecolalia, Bruce...

-Bien, Bruce -dijo el capataz, y salió de la cabaña. Cerró la puerta tras él y pensó: Creo que le pondré con las zanahorias. O con la remolacha. Algo que sea sencillo, que no le desconcierte.

Y un nuevo vegetal en el otro lecho, allí. Para hacerle compañía. Podrán vegetar juntos, al unísono. Hileras, hectáreas enteras de ellos.

Le llevaron al campo y Bruce contempló las irregulares espigas del maíz. Es una plantación de inmundicias, pensó. Tienen una granja de inmundicias.

Se inclinó y vio una florecilla azul, casi pegada al suelo. Había muchas, en el extremo de tallos muy cortos, extraordinariamente frágiles. Parecían rastrojos, simples brozas.

Infinidad de flores. No las había visto antes porque no había acercado su cara lo bastante. Criaturas intrusas mezcladas entre los elevados brotes del maíz, ocultas entre ellos. Era la costumbre de muchos agricultores: sembraban en anillos concéntricos, intercalando los tipos de semillas. Bruce recordó el método de los labradores mejicanos que cultivaban marihuana, rodeando, circundando la planta con otras de superior crecimiento, de modo que los *federales* no pudieran advertirla desde sus jeeps. Las plantaciones de marihuana sólo podían ser descubiertas desde el aire.

Y cuando los *federales* localizaban alguna de estas plantaciones... ametrallaban al agricultor, su esposa, sus hijos e incluso sus animales. Y luego se iban a toda prisa, para proseguir la búsqueda de plantaciones con sus helicópteros y sus jeeps.

Florecillas de color azul. ¡Qué bonitas son!, pensó Bruce.

-Estás contemplando la flor del futuro -dijo Donald, el director ejecutivo de New-Path-. Pero no para ti.

-¿Por qué no para mí? -preguntó Bruce.

-Ya disfrutaste bastante en otro tiempo -repuso el director. Una risita-. Así que levántate y deja de adorar esas flores... Fueron tu dios, tu ídolo, pero eso ha terminado. Una visión trascendente, ¿no? ¿No es eso lo que ves crecer aquí? Al menos das esa impresión. -Dio una vigorosa palmada en la espalda de Bruce, y después pasó la mano frente a los ojos de aquel hombre ensimismado, interrumpiendo sus visiones.

-Han desaparecido -dijo Bruce-. Las flores de primavera han desaparecido.

-No, lo que pasa es que no puedes verlas. Es un problema filosófico que está fuera de tu comprensión. Epistemología: la teoría del conocimiento.

Lo único que vio Bruce fue la palma de la mano de Donald tapando la luz. Se quedó mirándola durante mil años. Una mano que había bloqueado, bloqueaba y bloquearía por siempre la visión de unos ojos muertos, vivos fuera del tiempo. Unos ojos cegados y una mano cegadora que nunca se apartaría de allí. El tiempo se detuvo cuando aquellos ojos fijaron su mirada. El universo quedó paralizado al mismo tiempo que él y su raciocinio. El universo quedó inmovilizado, al menos para Bruce, alcanzando la inactividad total. No había nada que él no supiera, nada que pudiera sorprenderle.

-Vuelve al trabajo, Bruce -dijo Donald, el director ejecutivo.

-La he visto -dijo Bruce. La he reconocido, pensó. He visto plantada la sustancia M, la muerte brotando del suelo, de la misma tierra de un campo repleto de tonos azules y rastrojos.

El capataz de la granja y Donald Abrahams intercambiaron una mirada. Después observaron al hombre que estaba arrodillado y la *Mors ontologica* plantada por todas partes, oculta entre el maíz.

-Vuelve al trabajo, Bruce -repitió como un loro el hombre arrodillado. Bruce se puso en pie.

Donald y el capataz se dirigieron tranquilamente hacia el Lincoln que estaba aparcado cerca de allí. Iban hablando. Bruce, sin volverse, sin osar volverse, supo que se alejaban.

Bruce se agachó y cogió una de aquellas plantas azuladas. La metió en su zapato derecho, ocultándola a la vista. Un regalo para mis amigos, pensó. Dentro de su mente, donde nadie pudiera advertirlo, deseó que el día de acción de gracias llegara pronto.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela se ha referido a varias personas que sufrieron un castigo excesivo por lo que habían hecho. Deseaban gozar de la vida, pero eran como niños jugando en la calle. Veían a sus amigos morir uno tras otro -atropellados, mutilados, destruidos-, pero ellos seguían jugando. Todos nosotros fuimos realmente felices durante algún tiempo, por más terriblemente breve que fuera. El posterior castigo superó todo lo imaginable: no podíamos creerlo por mucho que lo viéramos. Por ejemplo, mientras redactaba esta nota me enteré del suicidio de la persona en que estaba basado el personaje ficticio de Jerry Fabin. Un amigo mío, que luego me sirvió de modelo para describir a Ernie Luckman, murió antes de que empezara la novela. Yo también fui, durante algún tiempo, uno de estos niños que juegan en la calle. Intenté, como todos los demás, jugar en vez de crecer. Y recibí mi castigo. Soy una de las personas que aparecen en la lista que leerán casi al final de la nota, una relación de los individuos a quienes está dedicada esta novela y del estado en que quedaron.

El mal uso de la droga no es una enfermedad, sino una decisión similar a la de apartarse frente a un coche que se nos echa encima. Podría afirmarse que no es una enfermedad, sino un error de juicio. Cuando mucha gente empieza a cometer tal fallo, se trata de un error social, un modo de vida. El lema de este modo de vida particular es «Sé feliz ahora porque mañana te morirás». Pero la muerte acontece casi instantáneamente y de la felicidad sólo queda el recuerdo. Por lo tanto, no hay otra cosa más que una aceleración, una intensificación de la existencia humana normal. La única diferencia es que este tipo de vida se desarrolla más velozmente que el ordinario. Tiene lugar en días, semanas o meses en lugar de años. Tomad el dinero contante y sonante y no os preocupéis por los intereses, como afirmara Villon en 1460. Un criterio erróneo cuando el metálico asciende a diez centavos y el interés es por toda una vida.

No hay ninguna moraleja en esta novela. Ni tampoco se trata de una visión burguesa, ya que no se afirma que los personajes cometieran el fallo de jugar cuando deberían haber estado trabajando duramente. La novela sólo explica cuáles fueron las consecuencias. En la tragedia griega, la sociedad empezó a descubrir la ciencia, o dicho de otro modo, la ley de la causalidad. Aquí, en esta novela, existe una Némesis. No una diosa del destino, porque ninguno de nosotros tuvo opción a dejar de jugar en la calle, sino, como reflejo en mi relato, extraído de lo más profundo de mi vida y de mi corazón, una Némesis terrible para aquellos que quisieron seguir jugando. No soy un personaje de esta novela, soy la novela en sí. Como lo

Librodot

era todo nuestro país en esta época. Mi libro se refiere a más gente de la que yo conocí en persona, a algunos individuos cuya suerte todos pudimos conocer a través de los periódicos. Optamos por perder el tiempo con nuestros camaradas, por decir y hacer tonterías mientras grabábamos discos. Y esa fue la peor decisión que se tomó en la década de los sesenta, tanto dentro como fuera del *establishment*. La naturaleza nos reprimió con drásticas medidas. Hechos espantosos nos obligaron a detenernos.

El «pecado» de estas personas, si es que puede hablarse de pecado, consistió en querer vivir bien siempre, y fueron castigados por ello. Pero creo, como ya he dicho al principio, que quizás el castigo fue excesivo, y prefiero considerarlo, a la manera griega o de un modo moralmente neutral, como pura ciencia, como una determinista e imparcial relación causa-efecto. Los amaba a todos. Y esta es la lista. A todos los quise y a todos les dedico ahora mi cariño:

A Gaylene	fallecida
A Ray	fallecido
A Francy	psicosis permanente
A Kathy	lesión cerebral permanente
A Jim	fallecido
A Val	lesión cerebral masiva y permanente
A Nancy	psicosis permanente
A Joanne	lesión cerebral permanente
A Maren	fallecida
A Nick	fallecido
A Terry	fallecido
A Dennis	fallecido
A Phil	lesión pancreática permanente
A Sue	lesión vascular permanente
A Jerri	psicosis permanente y lesión vascular

…y un largo etcétera.

In memoriam. Fueron mis camaradas, los mejores que he tenido. Permanecen en mi recuerdo, y el enemigo nunca será olvidado. El «enemigo» fue el error que cometieron jugando. Dejadles que vuelvan a jugar, de algún otro modo, y permitidles que sean felices.

FIN